

SILVIA MARTÍNEZ-MARKUS



CENTINELAS DE LOS HIELOS

EL MAR NO SIEMPRE ES AZUL

astor
NOVA

SILVIA MARTÍNEZ-MARKUS

Centinelas
de los hielos

*Continuación de
El mar no siempre es azul*

astor
NOVA

© Silvia Martínez–Markus, 2018
© Ediciones Palabra, S.A. 2018
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 - (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
palabra@palabra.es

Diseño de cubierta: Raúl Ostos
Diseño de ePub: Rodrigo Pérez Fernández
ISBN: 978-84-9061-668-0

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Índice

Primera Parte

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25

Segunda Parte

- 1
- 2
- 3

4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35

Tercera Parte

1
2
3
4
5
6
7

8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

Guía de personajes

*«Una vez en la vida
debo encontrar dentro de mí
una noche de agosto
mi alma perdida
que arrojé al mar».*

Héroes del Silencio

PRIMERA PARTE

¿De qué color es la traición?

¿Roja carmesí como la pasión de la que se alimenta? ¿Negra, como el odio que esconde entre sus pliegues? ¿O plateada, similar a las dagas que hieren muy dentro, provocando una herida profunda?

¿Cómo continúa la vida tras una traición? ¿Cómo seguir adelante, cuando crees que no hay regreso posible y el tiempo no va a enmendar tus errores?

El inicio del camino por el que has andado ya no existe.

No hay vuelta atrás.

Medusas.

Toda la superficie del agua aparecía cubierta de medusas que relucían como bombillas bajo la luz de la luna y se mecían con el oleaje, creando un manto plateado que flotaba a la deriva.

La marea viva de la última luna nueva había acercado toneladas de medusas a nuestras costas.

Nadaba unos metros bajo el agua para evitar sus tentáculos. También debía sortear aquí y allá unas bolas negras babosas, de origen y especie desconocidos, que habían proliferado en las últimas semanas y que dejaban unos restos oscuros, gelatinosos y tóxicos en la orilla de las playas.

Lo que no sabía era que poco después sería incapaz de esquivar mi propia muerte.

Ya no se oía el motor de la lancha motora que en la tiniebla había lanzado el paquete de droga, solo el golpear de las olas contra la playa.

Enseguida llegaría el submarinista que se había sumergido en las sombras junto a las rocas. Así que me aproximé rápida a la maroma que ataba el fardo y comencé a cortarla con las manos temblorosas.

Aún sentía miedo cuando me acercaba a la droga.

Los contrabandistas utilizaban dos métodos para descargar los estupefacientes. El primero consistía en acercar una lancha con siete motores lo más rápido posible hasta la costa, donde les esperaba una furgoneta para recogerlos. Era tal su velocidad en el agua que resultaban casi imposibles de interceptar. Con el segundo, el que habían utilizado esa noche, dejaban caer la droga de manera silenciosa en distintos puntos acordados con unos submarinistas. Ahí solíamos actuar, ayudadas de la guardia costera, quitándoles los fardos antes de que los recogiesen.

Electra, la sirena a la que acompañaba en las operaciones antidroga, se encontraba con Gabriel, miembro de la guardia costera al que años antes salvamos la vida. Le guiaba hasta la Punta de Gavilanes, el lugar donde me encontraba. Solo les faltaba el polvo blanco del delito para demostrar que aquella lancha surtía a todos los camellos de la costa.

La soga era gruesa, de plástico azul, y yo había olvidado mi cuchillo, así que usaba una navaja insuficiente para cortarla. Comencé a ayudarme también de los dientes. Todas las sirenas habíamos aprendido desde pequeñas a cortar redes con los dientes para evitar ser atrapadas en una red de arrastre.

Tenía que acabar antes de que el submarinista se acercara y me descubriera, y confiaba en escuchar el chapoteo de sus aletas para escapar, con o sin droga.

Pero el mar permanecía en un silencio negro. Extraño.

Debía huir ya, sin haber conseguido cortarla.

Otro fracaso.

—Un segundo más —me dije.

Percibí el ligero silbido cerca de mi cintura demasiado tarde, cuando el arpón me rozó la piel y se estrelló contra la pared de rocas con un chasquido.

Sentí un escalofrío y mi cerebro se puso en alerta. Ningún humano podía descubrir que en aquellas playas vivían sirenas.

Me giré rápida y descubrí al submarinista delante de mí observándome detrás de unas gafas de buceo. Había cargado otro arpón y lo dirigía a mi estómago.

Ya había cortado la cuerda y la droga colgaba de mi mano.

Disparó por segunda vez antes de que me diera tiempo a moverme.

Un coletazo desvió el arpón y golpeó con fuerza la cara del submarinista arrancándole las gafas.

Era Electra.

La sirena se impulsó en un pequeño saliente rocoso cubierto de erizos y asestó otro golpe en el torso del hombre, que quedó inconsciente.

Después le sacó la cabeza fuera del agua y comenzamos a arrastrarlo hacia la orilla.

Mi miedo se había convertido en pánico y me embargaba una terrible sensación de inseguridad.

—Stella, ¿en qué estabas pensando? ¿No has oído cómo se aproximaba? —preguntó asustada.

Negué con la cabeza.

—Te hubiera matado —continuó con voz seria.

Guardé silencio.

—¿Dónde está Ceix? —preguntó, refiriéndose al tritón que me acompañaba en el mar para protegerme desde que el verano anterior me atacara una serpiente gigante.

—No le he avisado para que viniera.

Electra subió las cejas con un gesto de interrogación.

—Es un imbécil, no le soporto —expliqué.

—No importa cómo te caiga Ceix. Tiene orden de los Tres Sabios y Melkarth de protegerte. Y tú debes dejarte proteger.

Expulsé agua por la boca como única contestación.

Los Tres Sabios vivían lejos, en la Atlántida, aquel continente hundido milenios antes, y Melkarth era un viejo tritón, delegado de gobernación del Mediterráneo, que me inspiraba poca o ninguna confianza.

Dejamos en la orilla al submarinista. Le atamos de pies y manos con la maroma y el fardo de droga.

—La guardia costera llegará enseguida, a pesar de la marejada. Ya veo sus luces —añadió Electra, mirándose las manos temblorosas en las que se habían clavado varias púas de erizo de mar.

Después nos dirigimos entre altas olas oscuras hacia el puerto. Electra nadaba delante de mí en silencio. Cuando alcanzamos el mirador del Cabezo de la Cebada, me hizo una señal para que me detuviera junto a un saliente.

—Espera. Quiero enseñarte a dar el golpe del submarinista. Busca un punto de apoyo y colócate de lado.

Electra hablaba seria sin mirarme a la cara.

—¿Ahora? —pregunté con apatía.

Me sentía desolada. Como si un tiburón blanco me hubiera mordido las entrañas.

—Sí. Ahora —contestó, sin darme la opción de oponerme—. Se rumorea que han asesinado al gobernador de los mares. Debes estar preparada.

Me agarré, con desgana, a unas rocas.

¿Era verdad lo que acababa de decir del gobernador?

—Concentra todas tus fuerzas en las manos y en el estómago, e impúlsate —dijo.

Electra, disimulando un gesto de dolor al apoyarse en sus manos heridas, movió la cola, y la imité, con aparente desinterés. Después de varios intentos y corrección de postura, dio por concluida la lección. Ahora sí que me miró a los ojos.

—Nunca más volveremos a actuar contra las lanchas. ¿Me has entendido? Nos limitaremos a avisar a la guardia costera —dijo.

—¿Por qué no? Estamos salvando a miles de jóvenes.

—¿A costa de tu vida? No estabas concentrada, Stella. Esperaste demasiado y no oíste llegar al submarinista. Es un error intolerable. ¿Y lo de Ceix? No puedes prescindir de su protección a tu capricho. Hablaré con Melusina mañana mismo.

Melusina era la ondina de más edad de la bahía. Pertenecía al Consejo de Ancianos y velaba por el orden en nuestra región.

—¡No! ¡Pensará que no valgo para ello! ¡Me mandará a cuidar a viejecitas desvalidas y bebés!

Electra continuó implacable.

—Quizá aún no estás preparada para mayor responsabilidad. ¡Observa tu collar! Era totalmente negro. No lo miraste.

El collar de cristales, que me avisaba de los peligros en el mar, estaba perdiendo el color oscuro, aviso de una amenaza mortal.

—¿Por qué te metes en mi vida? —contesté enfadada—. ¡Gracias a mí has regresado al mar!

Podía haber añadido, con rencor, que la había ayudado a abandonar la cueva en las minas, donde vivía, con la cabeza perdida, desde que años antes la abandonara un tritón sin escrúpulos, pero me callé.

Electra tomó agua y dudó unos segundos.

—Y te lo agradezco —contestó con un tono de voz más relajado—. Pero no se trata de jugar a superhéroes. Quizá estás intentando aparentar algo que no eres, Stella. No estamos aquí para salvar a la humanidad de todos sus criminales.

—Yo creo que sí.

—Ni necesitas demostrar a nadie lo que vales o que eres una sirena eficaz.

Me alejé de ella sin contestar. Sus noes me aturdían y se me clavaban como peces espada. Más aún sabiendo que llevaba razón y que mi energía por salvar vidas era una energía sin fuerza, sin luz, sin norte. Desequilibrada.

—Dile a tu tío que mañana habrá buena pesca al suroeste del cabo Tiñoso —concluyó Electra.

Era la única sirena de la bahía que poseía el don de predecir el tiempo en el mar y los lugares exactos en los que se encontraban los bancos de peces.

Al abandonar años antes el mar y haber negado a los pescadores su ayuda, había hundido el negocio de muchos barcos del pueblo. Y ahora intentaba enmendar su error indicando siempre dónde se encontraba la mejor pesca.

Hice un gesto indeterminado con la mano. Un gesto que ocultaba mi frustración.

Y nadé hacia el puerto con una sensación terrible de inseguridad.

Saldría al amanecer en las primeras rocas del espigón e intentaría olvidarla.

Pero de mí misma no sería tan fácil olvidarme.

2

Solo había avanzado unas *ballenadas* cuando distinguí en la superficie una figura. Pescaba en las rocas exteriores del puerto deportivo, sobre las que estallaban las olas.

Era Pau.

Hubiera reconocido su contorno en cualquier costa del mundo. ¿Cuándo había regresado de la ciudad? ¿Por qué no me había llamado?

Me recorrió un escalofrío de alegría que me hizo olvidar las peligrosas operaciones antidroga, las extrañas medusas negras y a Electra. Salté rápida sobre una roca sin que me viera y dejé que mi cola azulada se convirtiera en piernas. Aún temblaba por el sobresalto del arpón del submarinista.

Estaba convencida de que a Pau todavía le impresionaba mi cola azul turquesa de sirena. Y, aunque me asegurara que yo le gustaba tal cual era, en el fondo sospechaba que sentía cierto rechazo hacia mi condición marina.

Le saludé desde una piedra frente a la que se encontraba. Me contuve en el último momento para no saltar hasta la suya. La piedra era tan pequeña que conmigo peligrarían los aparejos de pesca y la silla plegable. Además salpicaban las olas y, al tocarme de nuevo el agua salada, hubiera recuperado mi condición de sirena.

Pau contestó moviendo la cabeza. No me miró.

—¿Qué tal en la ciudad? ¿Habéis encontrado un buen piso? —pregunté, sentándome en el suelo.

Esperaba tener con él una de esas conversaciones profundas como el océano, con sustancia, frente al mar amaneciendo.

La mar, él y yo.

Quería escuchar con ganas lo que les había ocurrido en la ciudad buscando el piso y arreglando los papeles de la universidad. Pau poseía un talento especial para contar con gracia cualquier historia mínima. Y mi alma maltrecha necesitaba el sonido de su risa.

Pau guardó silencio unos segundos.

De pronto me di cuenta de que en los últimos meses el mar nos había distanciado.

Quizá yo había dedicado demasiado tiempo a vigilar las playas y a demostrar que era una sirena valiente, y poco a estar con él.

Pero le había besado y, cuando una sirena besa a un humano, quedan unidos para siempre.

Confiaba tanto en aquel beso, que no veía necesario hacer ningún esfuerzo por mejorar nuestra relación ni por mantenerla. Como si aquel beso fuera un abono tan potente, que, al echarlo sobre una planta, esta no necesitara nunca más riego ni sol para seguir con vida.

Me equivocaba.

—Sí, hemos encontrado un piso que no está mal —balbuceó con desgana, enrollando el sedal.

—¿Está cerca de la universidad?

En realidad el piso me interesaba poco, en ese momento solo deseaba que me dijera unas palabras agradables que calmaran mi malestar, como una pomada.

—Hmmm. Relativamente.

En silencio agarró el anzuelo, y con gestos lentos quitó los restos de carnaza y pinchó un gusano.

Indiferente, como si estuviera solo y yo no existiera.

—Te he echado de menos —dije, intentando arreglar no sabía qué roto.

Pau se tomó tiempo para contestar. Yo intentaba mirarle a los ojos, pero el flequillo se los tapaba.

—Tampoco te lo habrás pasado tan mal en el mar. A estas horas supongo que vienes de alguna misión imposible con el tritón ese rubio. ¿Te has convertido ya en su rémora?

Ceix.

Lanzó el sedal al agua, como si me acabara de lanzar un anzuelo al corazón. Pero no quería pescarme, sino provocar un desgarrón.

—El tritón rubio me protege. Y no, no he estado con él esta noche.

—Ni ninguna —quise añadir, pero no era cierto.

A Ceix, a Electra y a mí nos había encontrado el amanecer, en más de una ocasión, cortando redes de arrastre o fardos de droga.

—Ya. La sirena desvalida que necesita guardaespaldas. Puedes invitarle hoy a la fiesta de despedida, así le conoceremos en persona con todas las escamas y aletas, no solo sus chapoteos y su sombra.

—¿Fiesta de despedida? —pregunté desorientada.

—De los que nos vamos a la universidad. ¿No te acuerdas? Me marchó nueve meses.

—¡Ah!, sí... La fiesta de esta noche.

La había olvidado.

—Seguro que aprovechas mi ausencia para jugar con él entre la espuma marina —continuó.

—Seguro que lo pasaría mucho mejor que contigo —contesté, disponiéndome a saltar

de nuevo al mar oscuro—. Solo dile a tu padre que mañana se acerquen con los barcos al sureste del cabo Tiñoso, de parte de Electra.

Lo mejor que podía hacer era irme a mi casa y dormir unas horas. ¿Tenía un problema con los demás, o los demás, conmigo?

Salté al agua fría y caí sobre un banco de medusas de cuatro ojos.

—No te preocupes. Cuando regrese, tu rubio protector habrá conseguido que me olvides... O te habré olvidado yo —oí la voz de Pau debajo del agua.

Mi energía sin fuerza, sin luz y sin norte se estaba deshinchando como un flotador bajo el sol a la deriva.

3

Antes de alcanzar el espigón, y sin haber conseguido despegarme del todo las medusas de la piel, recordé que en mi casa, en la calle Soledad, no había nadie.

Mi madre se había marchado con unas amigas a un balneario durante todo el fin de semana.

Ahora también salía a menudo con Ginés Campillo, el dueño de la autoescuela y el soltero de oro del pueblo. Él nunca se había casado porque estaba enamorado de mi madre, y ella, sin saberlo y por cuidar de mí, no le había dado esperanzas.

Pero ahora yo había adquirido una cola de sirena y comenzaba a nadar sola.

Me detuve en la entrada a la bahía, ante la vista de una protuberancia que sobresalía de la superficie del agua, iluminada por los rayos naranja del amanecer. Era Boba, mi tortuga preferida. Le acaricé la cabeza. Nunca el encuentro con una tortuga me había provocado tanta alegría, porque las tortugas comen medusas.

Acabé poco después en la isla de Cueva de Lobos sin ningún resto de gelatina transparente de *aurelia aurita* sobre mi cuerpo, pero sí con las señales de sus tentáculos.

A Boba la había dejado en la playa del Castelar con un banco de aguamalas.

En la isla de Cueva de Lobos vivía la familia de sirenas y tritones de la bahía. Para mí aquellas cuevas submarinas bajo la isla eran el único hogar submarino que conocía, un lugar donde descansar.

Poco antes de llegar, comencé a escuchar un ruido extraño bajo el agua. Alguien golpeaba cristales rotos.

Imagué que sería Ceix haciendo el imbécil, como siempre. Así que me acerqué despacio, para que no me viera y no tener que saludarle.

Pero frente a la playa de la Grúa encontré a Dana, su hermana, aporreando con una piedra algo que parecían lunas de coches. A su alrededor saltaban esquirolas y caían en un plástico que había extendido sobre la arena.

Lo que me faltaba. Ahora mi mejor amiga perdía la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Te has vuelto loca o qué?

Dana se apartó los tirabuzones rojizos de la cara.

Había dibujado sobre los cristales líneas, ángulos y números.

—¡Aquí tiene que estallar! ¡El cálculo es perfecto! —exclamó estampando con las dos manos la piedra contra la luna—. Podría calcular con los ojos cerrados.

El cristal estalló en miles de pequeños trozos.

—Ayer unos chicos se pusieron a hacer el tonto en un mirador de La Azohía. El coche cayó al mar con todos dentro. Sacamos con facilidad a cuatro, menos a una chica. ¡No pude romper el cristal! Tuve que abrir la cerradura con un cuchillo. ¡Pero estuvo al borde de la muerte! ¡¿Lo entiendes?! —explicó en el tono de voz que solía usar cuando se enfadaba, que era bastante a menudo.

—Lo siento. ¿Te asustaste?

—Sí, por Neptuno.

—Nosotros solemos usar en la tierra unos martillos muy eficaces que rompen los cristales de los coches e incluso cortan los cinturones de seguridad.

—¿De verdad? —preguntó soltando la piedra—. ¿Me puedes conseguir uno?

A mi mente vino Ginés Campillo y su autoescuela.

—Hecho.

—Eres genial. ¿Te lo han dicho ya en las últimas horas? —preguntó atándose el pelo rojo en la nuca con un pasador de conchas.

—Si tú supieras...

—¡Cuenta, cuenta! ¡Eh! ¿Pero qué te ha pasado? Tienes la cara... Todo el cuerpo. ¡No! ¡No me lo digas! Medusas...

Afirmé con la cabeza.

—¡Vámonos ahora mismo a casa! —exclamó—. ¿Te pica?

—Déjalo, no es nada.

—¡Ni hablar! Esas marcas hay que tratarlas cuanto antes.

Ayudé a Dana a recoger el plástico con los cristales y nos dirigimos a la cueva donde vivía con su familia.

—¿Está tu hermano? —pregunté antes de entrar—. ¿O anda ocupado con alguna de sus maravillosas novias?

Lo que menos deseaba era encontrarme a Ceix en su casa y me preguntara por qué la noche anterior no le había llamado.

—Sí, está preparando el viaje a la Otra Costa. Se va el lunes. Y es raro, ahora no tiene novia. Dejó hace dos días a la última: Crispida de Algameca. Quizá la conozcas, fue miss Cartago Nova el año pasado.

—No suelo ir a concursos de belleza —contesté resoplando.

Solo quedaban tres días para que Ceix y Pau se marcharan. La partida del primero me provocaba un alivio infinito, la del segundo, un desgarrón profundo. Era incapaz de pensar en cómo solucionar lo nuestro.

Me hubiera gustado tener dos corazones como los calamares.

Entramos en el laboratorio de Dana, junto a su habitación. Allí realizaba sus estudios y experimentos con todo lo que caía en sus manos, ya que sus intereses científicos eran tan múltiples como infinitos.

En el agua flotaban diversidad de peces que yo no conocía y de las paredes colgaban algas con las que investigaba buscando antibióticos y otras medicinas, e incluso fuentes de energía alternativa.

Sobre un saliente de la roca, al aire, se veían matraces, pipetas y decenas de tubos de ensayo con líquidos de colores. Estos iban desde el verde vómito hasta el azul turquesa. También variaban las texturas, algunos parecían cócteles exóticos y otros, engrudos o pócimas repugnantes. En uno de ellos flotaba incluso una rana y en otro podía verse enrollada una serpiente de colores llamativos, como en los almacenes de un museo de ciencias.

—¡Bébetelo! —dijo, y me ofreció un tubo de ensayo con un líquido de color azul cobalto burbujeante.

—¿Qué es? —pregunté mirando el bote con aprensión.

Yo eso no me lo tomaba.

—No sabe mal. Un antídoto contra las picaduras de medusas. De todas menos una —contestó señalando una pequeña red en la que había guardado varias de aquellas medusas negras como babosas, que no eran originarias del Mediterráneo—. ¡Criaturas del maligno!

Levanté una ceja incrédula.

—El maligno no tiene poder para crear nada. Solo para corromperlo.

Dana levantó ligeramente la red.

—Pues aquí lo ha conseguido en grado sumo. Tú, que quieres ser bióloga marina, sabrás que estos bichos son totalmente desconocidos para la ciencia. Estoy investigando su toxicidad. Creo que son peores que las avispa de mar, capaces de matar a una persona en menos de un minuto.

—Le podemos poner nuestros nombres: *stella danae*. Suena bien, ¿no? —bromeé, sin dejar de mirar el tubo de ensayo azul.

—¡No! La primera apareció hace quince días. Ahora nadan a nuestro alrededor miles. ¿Sabes lo que eso significa? Muerte.

Las dos nos miramos a los ojos. Meses atrás nos había atacado una serpiente gigante, un animal que se creía extinguido. Y sabíamos que, allá en los abismos, Leviatán, la criatura maligna, se preparaba para escapar de su prisión.

—¿Lo has probado con alguien? —pregunté volviendo a la pócima azul.

—Con toda la familia, menos con Ceix. Dice que una pringada como yo es incapaz de crear un antídoto eficaz contra la picadura de medusa.

—¿Efectos secundarios?

—Un poco de mareo los días siguientes, pero luego se pasa. ¡Venga, bébetelo!

Me tragué el mejunje azul de una sola vez. Tenía un sabor amargo.

—¿Quieres un tomate de mar para quitarte el sabor? —ofreció Dana, arrancando de una esquina unas anémonas cubiertas de tentáculos rojos. Era su comida preferida.

—¿No tendrás algún langostino? ¿O un gambón? —pregunté—. Con ali-oli.

—No sé qué es el ali-oli ese, pero he visto alguna gamba por ahí en la zona más oscura. ¡Espera, que te falta la pomada!

¡La pomada!

Sacó un frasco con un ungüento de color grisáceo. Me hizo sacar la cara del agua y me la cubrió con él. Parecía que había extendido una capa de cemento gris sobre mi rostro.

—¿Esto lo absorbe rápido la piel? —pregunté.

—Antes de salir a la superficie te lo quitas. Por si se asusta Pau —dijo guiñándome un ojo.

Pau.

Con una crema parecida, Dana había conseguido, a lo largo de todo el invierno, que nos desapareciera la horrible cicatriz del ataque de la serpiente gigante, que nos cruzaba a ambas la espalda.

—Ahora necesito que alguien me ayude a patentar el antídoto de las medusas y promocionarlo —añadió—. Tengo algunas ideas.

—Genial —contesté sin demasiado interés.

—Hablando de olas más agradables, mi abuela se ha marchado unos días afuera, pero insistió en que bajo ningún concepto te cortes el pelo —explicó Dana, dando los últimos retoques de la pomada que me tapaba toda la cara.

—¡Otra vez con lo del pelo! Voy a parecer la novia de Tarzán.

—¿Tarzán? No lo conozco. ¿Es un amigo tuyo?

—No, déjalo. Oye, ¿piensas que estoy preparada para ser una sirena salvavidas?

Dana sorbió el tentáculo de un tomate de mar.

—¿Y esa tontería ahora?

—Electra se ha mosqueado conmigo esta mañana. Dice nosequé de no pretender ser algo que no eres.

—¡Bah! No hay quien entienda a los mayores. Pasa de ella. Hasta hace unos meses se paseaba con la mirada perdida empujando un carrito de supermercado lleno de bolsas y un gato.

Su comentario no alivió mi malestar. Las dos sabíamos que Electra había recuperado la cordura tras regresar al mar y que era una de las mejores sirenas vigilante de la bahía.

Despertó mi curiosidad, junto a los tubos de antídoto, un rollo de alga de gran tamaño en el que habían troquelado caracteres, como letras. Era distinto a otros periódicos marinos que había conocido antes y que se solían grabar en piedras.

—¿Y esto? —pregunté.

—Un periódico. Me lo ha mandado un periodista de Orán. Se destruye enseguida.

Lo desenrollé y leí:

—El gobernador de los mares, asesinado.

Miré a Dana preocupada.

—¿Es verdad? Me lo comentó Electra. No tenía ni idea de que lo hubieran matado...

—Ni tú ni casi nadie. No se ha visto al gobernador de los mares en la Atlántida desde hace meses. Oficialmente está enfermo, pero sigue firmando leyes y decretos. Ese artículo afirma que lo han asesinado y que es Belgemir, el regente de la ciudad de Tula, el que firma sus documentos.

—¿Ha conseguido pruebas tu amigo el periodista? —pregunté.

—Sí. Por lo visto tiene contactos dentro del palacio de gobernación. Algún antiguo empleado...

—Desaparece el gobernador justo antes de las fiestas de Poseidón...

—¡Fiestas Poseidónicas! ¡Cómo me gustaría acudir alguna vez antes de morir!

—¡Anda, no dramáticas! —contesté.

Las fiestas en honor a nuestro padre Poseidón se celebraban cada cinco años en la Gran Ciudad de Tula, capital de la Atlántida. Además de un mercado en el que se vendían todo tipo de productos y animales provenientes de los mares más lejanos, y de la reunión del Gobierno de los Mares, tenía lugar el gran campeonato de las Manzanas de Oro. Miles de jóvenes competían durante tres días por robar una de las cinco manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

Dana me observó unos segundos.

—Te veo más apagada que el faro de Hércules —dijo, mientras rebuscaba entre sus caracolas marinas musicales—. Estaba esperando una música muy buena de Orán, esencia pura del Mediterráneo, pero desde hace un par de meses mis amigas guardan silencio. Serán los exámenes... ¡Pero tengo algo mejor!

Encendió un proyector en una de las paredes de la habitación. Sobre la piedra negra apareció la imagen de tres sirenas ataviadas con vistosos collares y pulseras.

—¡Te voy a enseñar un baile! ¡De Alejandría! ¡Con la canción del verano!

Enseguida reconocí a las amigas de Dana, que comenzaron a bailar.

—¡Eh! ¡Falta la música! —dijo Dana, colocando en mi oreja una caracola.

—*Huyamos juntos a los mares tropicales...* —escuché.

Dana comenzó a bailar al son de la música como en el video y, poco después, la seguía yo, cantando el estribillo.

—*Con las ballenas y los corales...*

Aquello sí que hizo me mi estado de ánimo mejorara hasta casi olvidar a Electra y a Pau.

Tenía cosas mejores que hacer que llorar y lamerme las heridas.

Cuando me marchaba, Dana puso en mi mano el periódico de alga.

—Tienes que estar al día del mundo marino —dijo.

Viviendo en la tierra, era difícil enterarse de todo lo que ocurría en el mar.

—¡También ha aparecido un submarino en las costas de las islas Arainn! —añadió.

—¿Y? —pregunté. No recordaba dónde se encontraba aquel lugar, además me parecía normal que aparecieran barcos y sumergibles cerca de las playas.

—¡Un submarino alemán de la Primera Guerra Mundial! ¡Extraño, extraño! ¡Léelo en casa! —me animó sonriendo.

Salí de la cueva de manera sigilosa con el periódico extraoficial en la mano. No quería que Ceix me viera, y menos con la cara embadurnada del potingue gris contra la picadura de medusa.

Me encontré de golpe en la entrada con Lorelei de Baltrum, su madre, una de las arqueólogas marinas más importantes del Mediterráneo. Quise despedirme rápido, pero Lorelei seguía y perseguía mi plan de estudios marinos hasta la última coma.

Parecía enfadada, sin que yo comprendiera por qué.

—Te estuvimos esperando ayer en el cabo Cope —dijo, observando con curiosidad mi cara gris.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Mucho tiempo? —pregunté disimulando, sin saber a qué se refería.

—Supongo que tendrás un motivo importante por el que no te presentaste al examen de Criaturas Marinas Peligrosas.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

—Examen... Tocó una campana pidiendo auxilio y tuve que rescatar a un niño —mentí.

—Ayer no sonó ninguna campana en nuestras playas. Tendrás que presentarte a la próxima convocatoria. Espero que mientras tanto no te ataque un cocodrilo marino.

No entendía nada de lo que decía.

—¿Y eso que llevas en la cara? —preguntó señalando la pomada, y, sin dejarme tiempo para explicar de qué se trataba, continuó—. ¿Una mascarilla? ¿A eso dedicas tus ratos libres? Stella, ¡preocúpate menos por tu belleza y más por tu inteligencia!

Afirmé con la cabeza, disimulando mi malestar. Estaba empezándome a cansar de tanta sirena exigente y poco comprensiva.

—¿Y ya has leído el libro que te dejé sobre pecios de la armada española? —insistió, señalándome con uno de sus largos dedos.

No solo no lo había leído, sino que no recordaba dónde lo había dejado, ni qué era un pecio.

—El prólogo es estupendo —mentí de nuevo.

—¿Sí? Lo he escrito yo.

Me acordé de que un pecio eran los restos de barcos hundidos.

—Un tema apasionante –contesté alejándome–. Tengo prisa pero ya hablaremos despacio de ello.

¿Para qué necesitaba conocer los barcos que se fueron a pique durante el imperio español? Para nada. Bueno, quizá por las monedas de oro. Pero en nuestra bahía no había ninguno.

Y lo de los cocodrilos era de risa...

No había nadado ni dos *ballenadas*, cuando reconocí detrás de mí un siseo especial. Intenté nadar más rápido y sentí una vergüenza tan profunda que comencé a frotarme la pomada de la cara, pero aquello parecía hormigón y ni con las uñas conseguía arrancarla.

Unos segundos más tarde, algo me rozó la espalda.

—¡No me toques! –exclamé sin girarme.

Era Ceix.

—*Huyamos juntos a los mares tropicales... Con las ballenas y los corales* –canturreó sonriendo.

—¿Nos has estado espiando? ¿Qué quieres? Me voy a mi casa a dormir –contesté inclinando la cabeza para que no me mirara a la cara.

Su pelo rubio brillaba bajo la luz del sol que entraba en el agua, y sus ojos azul océano solo se fijaron en el periódico que aún llevaba en la mano.

Esperaba que me sermonease por no haberle avisado en la operación antidroga de la noche anterior. Pero solo contestó con cierta ironía:

—¡Ah, claro! Te estará esperando tu mamaíta.

—No, mi madre se ha ido este fin de semana.

—¡Ah! ¿Estás sola en tu casa? ¡Interesante!

—¿Quieres algo o no?

Ceix hizo un gesto rápido y se colocó delante de mí cortándome el paso.

—De ti, muchas cosas...

Observó mi cara fijamente. Su primer gesto fue de sorpresa, pero después se fue dibujando en su boca una sonrisa perversa.

—¿Pero qué te ha pasado, reina de los mares? ¿Metiste la cara en una fumarola? –preguntó, acercando su cara a unos centímetros de la mía.

Me arranqué algunos trozos de pomada que colgaban de mi mejilla.

—¡Nada! ¡Déjame en paz! –contesté irritada.

—¿Una poción de belleza para cautivar me? –preguntó con sorna–. ¿No pretenderás vender tu voz a cambio de mi amor? Quizá no sea necesario.

Resoplé y me giré para continuar.

—¡Espera, espera! Necesito que me hagas un favor. Dana me preocupa. Se trata del

asunto ese de los cristales de los coches. Lo de ayer le ha afectado demasiado.

—Nunca te ha interesado tu hermana.

—Bueno... Pero te ha pedido un martillo.

—¿Cómo lo sabes? Eres...

Intenté, sin fuerzas, empujarle con la mano para que me dejara pasar.

—A la pobre se le han acabado todas las lunas de coche y camión, y no puede practicar más. Yo iría a buscarle alguna, pero preparo un viaje, ¿lo sabías? No tengo tiempo.

—¿Y?

—Creo que la caravana que hay sumergida frente al camping de Bolnuevo los conserva intactos. ¿Podrías fijarte ahora? Está a la derecha de la rambla frente a la playa. ¡Cuidado, que en la charca de la rambla hay arenas movedizas!

Unos días antes Ceix había salvado la vida a dos niños que jugaban allí.

—Gracias. No soy tonta.

Resoplé un par de veces como si me molestara mucho hacerle el favor. En realidad estaba muy sorprendida de su repentino interés por Dana y su equilibrio mental. Albergaba cierta esperanza, profunda como una fosa oceánica, de que Ceix algún día cambiara.

Saqué la cabeza a la superficie y llené mis pulmones de la tibia brisa marina.

Solo me había acercado una vez a la caravana de Bolnuevo. Permanecía allí, medio sepultada en el fondo marino desde que una riada arrastrara el camping entero con todos sus ocupantes. Nunca se supo el número de muertos, pues unos meses después había elecciones y se ocultó la tragedia. De día los submarinistas de la Guardia Civil marcaban los cadáveres que encontraban y de noche los recuperaban en secreto.

Bajé rápida hacia la caravana esperando no encontrar una mano sobresaliendo de la arena. Comprobé, desde la distancia, que conservaba todos los cristales excepto el de la luna delantera, que había sido golpeado por un objeto voluminoso, quizá un árbol.

Ascendí, pensando que quizá podría nadar bastante fuerte hasta el puerto. Desde que había dejado la natación, llevaba meses entrenándome, cada vez con menos ganas, para participar el verano siguiente en los juegos Neptúnicos de Tula, la capital de la Atlántida.

Entonces lo oí.

El sonido de la risa de Pau.

Una carcajada.

Supuse que estaría en la playa con Méndez y sus amigos, pero supuse mal. Estaba sentado sobre una toalla junto a una chica rubia de pelo largo recogido en una trenza.

Los dos solos.

Saqué los ojos y observé a la chica, mientras sentía que se me paraba la respiración. ¿La conocía de algo?

Sí, claro. Era Bibi. La tía más mema de su clase. Tocaba el piano y se las daba de culta. Pero ¿con ese nombre de perro? ¡Por favor!

Era nueva en el pueblo, había llegado ella sola a vivir un año antes a la casa de un familiar, una tía o algo así.

Seguro que Pau había ido a bañarse solo y se la había encontrado allí por casualidad.

Pau se puso de pie, le dio la mano para ayudarle a levantarse y sin soltarla se acercaron a la orilla. Ella bebía de una lata de refresco.

Enseguida Pau comenzó a salpicar en plan anuncio de colonia. Y supongo que habrían corrido y caído uno encima del otro, si la playa no hubiera sido de cantos rodados.

Bibi se tiró al agua y Pau, a su lado. No quise mirar más. Me apreté el corazón para comprobar que no se me había parado. Y me sumergí dando un fuerte coletazo, como una ballena.

Ahora sí que batiría mi récord nadando hasta el puerto.

¿Dónde había coincidido Pau con Bibi? ¿Desde cuándo?

¡Qué «casualidad» que yo me los hubiera encontrado en la playa que me había indicado Ceix!

¿Dónde estaba mi mundo, fuera o dentro del mar?

Cada día entendía mejor a la Sirenita.

Había calculado que dormiría cinco o seis horas antes de entrar a trabajar en la heladería, pero no dormí ninguna. Di vueltas en mi cama de la calle Soledad, sin poder apartar de mi cabeza la imagen de Pau y Bibi. Intentando espantar el fantasma del miedo, recogiendo los trozos de sueños rotos que caían sobre las sábanas, aferrándome a retazos de risas de otros tiempos.

Mi única compañía era Nemo, el gato color caramelo de Electra, que, desde que ella regresara al mar, vivía con nosotras. Se había subido y bajado de la cama de manera intermitente durante toda la tarde, oliéndome. Nemo me apreciaba, quizá porque yo era un pez. Pero sentía cierto miedo de que cualquier día me diera un bocado.

Supuse que tendría hambre. Siempre le traía unas doncellas para comer, pero con el enfado lo único que encontré cerca de la costa fue un pulpo. Le había cortado con unas tijeras un par de trozos de una pata, pero Nemo no estaba acostumbrado a semejante dureza de tejidos. Lo olió y se giró con la cabeza elevada.

—¿Lo quieres con patatas? ¡Te tenía que haber llamado Bebo!

Y ahí se quedó el pulpo sobre la encimera de la cocina junto a una nota de mi madre explicándome dónde había dejado el pescado congelado en el arcón. Mi madre no comprendía que yo ya comía en el mar exquisito pescado fresco, crudo y vivo.

Antes de salir hacia la heladería, recordé el periódico-alga y la noticia del submarino alemán en Arainn. Desenrollé el alga y leí:

Extraña aparición de un submarino alemán U-31 en las costas de las islas Arainn.

El pasado quince de agosto, en la costa noroccidental de las islas atlánticas dos sirenas fueron embestidas, mientras cantaban y se peinaban en unos salientes rocosos, por un objeto desconocido, que quedó varado en una playa. Las sirenas avisaron a las autoridades competentes que se acercaron a la playa brumosa en la que descansaba el objeto cubierto por algas, coral y animales marinos, que impedían conocer su origen.

El objeto también fue avistado por un pescador humano que avisó a la policía terrestre. Tras esperar que los humanos abandonaran el objeto a la caída de la noche,

este fue estudiado exhaustivamente por profesores de la universidad de Lemuria, que procedieron a limpiar los restos que cubrían el objeto. Enseguida se descubrió una banda negra y una cruz germánica a babor que parecía coincidir con la de un submarino alemán U-31 de la Primera Guerra Mundial, desaparecido en enero de mil novecientos quince.

Los humanos, que regresaron al amanecer, acompañados de incógnito por varias sirenas y tritones, entraron en el submarino, donde, con gran sorpresa, encontraron los cuerpos de varios marineros en excelente estado de conservación debido a las bajas temperaturas soportadas. Incluso encima de una mesa yacían los alimentos de la última cena.

El submarino, con los ocupantes y demás objetos, entre los que se halló el diario de abordaje, fue arrastrado, en secreto, hasta las instalaciones de la universidad de Lemuria, donde será estudiado en los próximos meses. Las autoridades humanas continúan buscándolo.

Según declaraciones de Nehalenia de Arainn, una de las investigadoras, nos encontramos ante uno de los hallazgos más importantes del siglo.

Era una noticia interesante, pero en aquel momento carecía de excesivo interés para mí, así que lo tiré a la basura y llamé a Julia, mi mejor amiga en la tierra.

—¿Que no vas a venir a la fiesta de despedida? —preguntó—. Tía, llevo un mes preparándola. ¡Qué dolor de corazón! Te perderás el video con fotos de todos desde que nacimos...

Fotos mías seguro que no, llegué al pueblo con dos años.

—Y mi hermano..., por fin ha conseguido la fórmula del flan de coco y maracuyá. No hago más que comerme sus pruebas —dijo.

Y me colgó.

Pero dos minutos después aporreaba la puerta de mi casa.

Entró como un huracán.

—Stella, vengo a tu llamada. Me necesitas.

Lo único que necesitaba era que me dejara en paz. Cuanto antes.

Paseó la mirada por el patio para buscar el origen de mi negativa.

—Tu madre no está, ¿verdad?

—No.

Se tiró en el sofá y puso las manos detrás de la cabeza.

—¡Cuéntame! —dijo.

—No voy a la fiesta porque tengo jaqueca.

—¿Jaqueca? Pero si en tu vida te ha dolido la cabeza. ¿No tienes otra excusa, otro rollo que contarme?

Sus ojos se posaron en el pulpo de Nemo.

—¿Y eso? —preguntó.

—Por si a Nemo le gustaba.

—¿Lo has pescado tú? —preguntó, se levantó y alzó con asco una pata—. ¿Sin arpón?

—Es un nuevo método que me han enseñado.

—Ya —dijo volviéndose al sofá—. Esa jefa tuya de la empresa de buceo es bien rara.

¿Cuándo me la vas a presentar?

—¿Con quién han buscado el piso tu hermano, Joaquín y Pau? —pregunté, cambiando de tema.

Julia entrecerró los ojos.

—¿Por qué me preguntas por el piso?

—¿Alguna chica?

—Creo que han encontrado una vivienda grande en la que caben los cinco que han ido... Pero ya voy entendiendo... Tu problema para no ir a la fiesta empieza por P. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —contesté girándome para que no viera mi cara.

—Contigo nada significa mucho... Pero no me lo vas a contar ahora. Ya veo.

Guardé silencio.

—Te advertí que pasabas demasiado tiempo lejos de él, absorbida por ese trabajo extraño en el mar y luego en la heladería.

—Ya.

—A los chicos como Pau, populares a la vez que sensibles, guapos pero humildes, hay que mimarlos un poco...

—¡No me digas cómo tengo que tratar a Pau! —la interrumpí.

Me acerqué a la puerta para echar a mi mejor amiga de mi casa, pero, en lugar de abrir la puerta de la calle, abrí la nevera.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté.

—¿Tienes algún zumo? Que no sea de coco ni de maracuyá.

Le puse en la mano uno de manzana.

Julia había entrado en mi casa como una faraona, derrochando una seguridad de la que carecía. Su cara, demasiado seria, ocultaba la pena que sentía por mi negativa a ir a la fiesta, que también era para su hermano.

—¿Conoces la canción esa de *Huyamos juntos a los mares tropicales*? —pregunté.

—No.

—Tiene un baile graciosísimo.

Me levanté y comencé a bailar.

—*Con las ballenas y los corales...*

Era difícil seguir los pasos con piernas, en lugar de con cola.

Julia se tapó los ojos con la mano.

- ¡No! Estás peor de lo que imaginaba.
- Es la canción del verano –insistí.
- Con esa letra, ¿dónde? ¿En el castillo de «La sirenita» de Disneylandia?
- ¡Venga! *Con las ballenas y los corales...*
- A ver el primer paso...

Media hora después, Julia se marchaba tarareándola.

—¿Estás segura de que no quieres enseñarnos la canción y el baile esta noche? Nos reiremos con Bibi. Seguro que baila fatal, con ese pelo rubio...

—No, en serio.

—¿Y qué les digo a los demás? –preguntó.

—Recursos no te faltan para inventarte algo.

—Nos vemos... Estoy pensando que en las fiestas del pueblo... ¿Podrías conseguir esa música?

—Lo veo difícil, pero lo intentaré...

6

La noche en la heladería transcurrió entre pequeños cortes de luz que se convirtieron en un apagón poco antes de acabar el turno, lo que nos obligó a encender el generador para que no se derritieran los helados.

Durante la tarde había confundido las copas, los sabores de los helados y sorbetes de las distintas mesas. Y, cuando ya me disponía a marcharme a casa, con un codo tiré una cubeta de helado, que se reventó en trozos, manchando de pasta marrón todo el suelo de baldosas blancas.

Aquella noche con Electra no teníamos prevista en el mar ninguna operación antidroga ni barcos con redes de arrastre que cortar, así que Electra me estaría esperando para cartografiar la Cueva del Agua, unas grutas subterráneas bajo el mar en las que cada verano moría alguien atrapado. También los submarinistas de los equipos de rescate. El agua cristalina se convertía, con el movimiento de las aletas, en lodo y fango que impedía la visión del buzo más experimentado.

Desde que comenzó el verano entrábamos a recorrer aquellas galerías con nombres tan significativos como «el Laberinto» o «la Ratonera», y establecer un mapa que poder entregar a las autoridades. Gabriel, el guardia costero, quería que abriéramos uno de sus túneles ahora taponado, y que comprobáramos si se podía respirar en las dos burbujas de aire del tramo final. El mayor interés de Electra era una sima de veintiséis metros de profundidad a la que aún no habíamos descendido. Electra creía que aquella sima escondía algún misterio o secreto de gran trascendencia para la ciencia. Típico de Electra.

Podía esperarme con la linterna encendida, yo no iría.

Sabía que la fiesta de despedida de Pau se celebraría en la casa de Joaquín, que vivía en la playa de la Isla. Tampoco iría, ni siquiera me acercaría por la zona.

Salía de la heladería cuando oí el eco de una campana hacia el oeste.

En cada playa de nuestro pueblo habían sido colgadas muchos años antes unas campanas que avisaban cuando alguien se encontraba en peligro dentro del mar. Los turistas pensaban que al tocarla acudía la Cruz Roja o el socorrista, pero, en la mayoría

de los casos, era una sirena la que salvaba al accidentado.

Corrí hacia la playa, me quité la ropa manchada de chocolate, y me lancé al agua tan oscura, como el dolor que notaba en mi interior, como si alguien apretara con fuerza mi garganta. De nuevo escuché su sonido cerca del faro, provenía... de la playa de la Isla.

El único de la fiesta que conocía el secreto de las campanas era Pau. Sentí una punzada de esperanza. Quizá me llamaba para explicarme que aquella chica solo era una amiga, o para pedirme perdón.

Pero cuando alcancé la playa, cerca de la campana, solo encontré a un señor indiferente con un perro canela, que corría por la arena confundiendo con ella. Nadie se bañaba en el agua, ni nadie parecía en peligro.

Mandé a todos a la mierda y me dirigí a la isla de Paco Rost, que daba nombre al lugar. Atravesé la oscura posidonia y, cuando alcancé la isla, me senté en la pequeña playa junto al camino que subía a las ruinas de la casa de Paco y su familia, que, junto con un aljibe, aún se mantenían allí en pie.

Toqué con los dedos las piedrecillas mezcladas con caracolas diminutas y restos de conchas. Peonzas, bocas rojas, canaillas, porcelanas... Algún día sería bióloga marina, y me marcharía de aquel pueblo también para estudiar. ¿Al mar o a la tierra? Quizá a Tula, la capital de la Atlántida, para conocer mis orígenes.

¿Qué había hecho mal con Pau para que me dejara, sin decir nada, por una mema de trenza dorada?

Traición.

Me habían asegurado que, si una sirena besa a un humano, quedan unidos para siempre.

Me habían engañado.

Pero ¿toda mi vida dependía de que un humano me quisiera? ¿Todos mis sentimientos y actuaciones debían girar alrededor de él y de su traición?

Desde mi isla veía dos luces, la de la fiesta de la casa de Joaquín, donde no habían llegado los cortes de electricidad que parecían limitarse a la zona del puerto; y la luz de la luna temblando sobre el mar apacible. Su reflejo parecía un camino plateado hacia el horizonte, hacia las profundidades tranquilas. ¿Qué camino debía elegir? En ninguno me encontraba bien. En el mar añoraba la tierra y fuera anhelaba las profundidades marinas.

Me dejé mecer por las olas intentando calmar mi tormenta interior.

Poco después oí un suave chapoteo cerca de mí.

—¡Cerdo! ¡Sal de ahí! ¿Has tocado tú la campana?

—¿Cómo una sirena tan guapa me trata tan mal? —contestó Ceix sacando la cabeza

rubia del agua—. Nunca he visto un cerdo de cerca. Tendrás que buscar otro animal repugnante con el que compararme. ¿Un pez sapo peludo? ¿Una medusa melena de león? ¿Uno de esos tiburones a los que tanto temes?

—¡Lo sabías! —exclamé, impulsándome con las manos para marcharme.

Ceix me agarró del brazo y se sentó a mi lado.

—¡No tan rápido, preciosidad! Creías hacerme un favor y te lo estoy haciendo yo a ti.

—¡Ya! —contesté intentando soltarme.

De su muñeca colgaba el trozo de cuerda con el que me ataron el año anterior en la cárcel. Aseguraba que le daba buena suerte.

—Stella, quiero que sepas la verdad sobre él.

—¡Diciéndome dónde está mi novio con otra chica! —exclamé apartando la cara.

—¡¿Novio?! ¿Ese Pau, con nombre de foca, tu novio? ¡Ya quisiera él! ¡No sabe ni lo que vale una de tus escamas!

—Y si a mí me gusta —contesté mirándole a los ojos.

En su cara aún se veía la cicatriz del ataque de la serpiente gigante. No había querido quitársela con la crema de Dana.

—El problema es que tú ya no le gustas a él, Stella. Te ha traicionado. En enero comenzó a pasear con ella por la playa. Y ya en la ciudad este fin de semana...

—¡¿Lo sabías desde enero y no me has dicho nada hasta ahora?! —

—¡Ah, espera! ¡La sirenita se ofende porque le advierto de una traición; y ahora me recrimina no habérselo comunicado antes!

Resoplé.

—A esos humanos débiles no les gustan las sirenas como tú. ¿Te has dado cuenta cómo mira tu cola de pescado? Se avergüenza.

Bajé la cabeza y tragué saliva.

Era verdad.

—A los hombres les incomoda cualquier mujer que se salga de lo normal. No les gustan las heroínas, sino las doncellas sumisas que les esperan haciendo calceta con un pastel de... ¿De qué hacéis los pasteles fuera?

—De mierda, como tú. ¡Eres insoportable!

La verdad me golpeaba en los oídos. Y me dispuse de nuevo a sumergirme.

—Eso lo dices ahora... —murmuró entrelazando los dedos de su mano palmeada con los de la mía.

—Y siempre —contesté sin soltarme.

—Espera, en realidad he venido a pedirte otras dos cosas. Sabes que el lunes me voy a la Otra Costa a estudiar ciencias políticas.

—Pensé que querías ser médico...

—Ya no. La enfermedad me desagrada. El lunes me acompañará mi familia hasta allí y me gustaría que tú también vinieras.

Apretó mi mano y la soltó.

—¿Para? Seguro que tienes una cohorte de sirenas tontas que también te van a seguir..., participantes de concursos de belleza.

Ceix era el don Juan del Mediterráneo. No existía sirena de la que se encaprichara, que no cayera en sus hermosos brazos. Tenía que reconocer que mi protector era el tritón más guapo que me hubiera encontrado nunca.

Ceix acarició mi pelo con sus dedos.

—¡Que no me toques! —exclamé apartando la mano como a una mosca—. Y no, no voy a ir contigo. ¿Y la segunda petición?

—No tocarte, podría devorarte...

Ceix llevó sus dedos hasta mi cuello donde colgaba el pequeño estuche con la llave de la jaula de Leviatán, y también el collar de cristales de Calipso que me avisaba de las amenazas. Ahora mostraba un extraño color gris perla. Sentí un agradable cosquilleo, que hizo desaparecer el malestar anterior.

—Quiero que me prestes este collar —susurró rozando los trozos de cristal—. Solo durante mi ausencia. Puedo correr algún peligro por aquellos mares.

Hubiera apartado su mano de nuevo, pero descubrí con horror que me agradaba. Demasiado.

Me gustaba aquel tritón canalla e inalcanzable. Siempre me había atraído, pero había apartado de mí cualquier esperanza de conseguirlo.

De pronto me di cuenta de que él sí que me entendía. Él era mar. Ceix era vida.

Sin retirar los dedos de mi collar, murmuró:

—¿Qué estás haciendo con tu vida, Stella? ¿Hacia dónde nadas? ¿De quién huyes? ¿Quién quieres demostrar que eres?

—¿A ti qué te importa?

—¿Sabes que hay otras opciones en tu vida además de un humano con nombre de foca?

¿Estaba entendiendo bien lo que Ceix me decía?

El corazón comenzó a latirme con fuerza.

—Conmigo nunca sentirás miedo. Te protegeré..., de verdad. Tú y yo. Te ayudaré a ser la sirena que siempre has deseado ser. No una sirena varada, como ahora.

Mientras me quitaba el collar, no podía apartar mis ojos de los suyos azules.

¿De verdad me estaba proponiendo algo más?

Ceix agarró mi barbilla:

—Ayer no me llamaste y estuvieron a punto de matarte con un arpón —susurró.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me vigilas? —pregunté, intentando parecer arrogante. No lo

conseguí.

—Cumpla órdenes —contestó acercando su cara a la mía.

Cuando se encontraba a escasos centímetros, y creía que me iba a besar, con un gesto rápido, se puso el collar, saltó al agua y desapareció en las aguas plateadas.

De nuevo miré el reflejo de luz de luna rielando sobre el mar. Un esperanzador camino cálido y agradable. El mar podría ser oscuro pero una nueva luz iluminaba un futuro sin tensiones, en el que no me sentiría una extraña ni una sirena de segunda categoría.

Me apoyaba en un nuevo sentimiento, casi salvaje, que se había despertado dentro de mí.

¿Debía cambiar la oscura traición por la plateada tentación?

—¡Ceix, iré contigo! —grité tan alto que hubiera deseado que todos los de la fiesta me escucharan.

Sabía que aún se encontraba cerca.

Ya no había vuelta atrás, pero dudé. Quizá yo me estaba imaginando algo que era imposible y Ceix se reía en mi cara.

—¡Solo a Orán! —puntualicé.

Un pequeño remolino a unos metros me indicó que me había oído.

En realidad iría con él adonde quisiera.

Sin vuelta atrás.

Si hubiera sabido lo que me esperaba, habría salido del mar para entrar en aquella fiesta de despedida.

El corte de electricidad aún no había sido reparado cuando una hora más tarde alcancé el puerto. Sentía tanta energía que entrené largo rato hasta que me cansé y decidí salir.

Todas las calles del puerto permanecían oscuras, solo en alguna casa aislada brillaba la tenue luz de un camping-gas o una linterna. Muchos vecinos habían sacado sillas a la puerta y se iluminaban con velas, mientras charlaban entre ellos o jugaban a las cartas. Evité encontrarme con alguien conocido.

Mi calle, Soledad, parecía un túnel negro. Casi a tientas alcancé la puerta metálica de mi casa para, con asombro, comprobar que se encontraba abierta. ¿Habría regresado mi madre antes de tiempo?

Empujé el picaporte, mojado, y la puerta se entreabrió. No se veía a nadie dentro de la casa más que la oscuridad, cubierta de silencio. De manera automática toqué el interruptor, que no se encendió. En algún lugar, mi madre guardaba velas. Recordé que en un cajón de la cocina. Pero la distancia hasta la cocina me resultó insalvable a oscuras y sola.

No podía llamar a la casa de mi tía. A esas horas, todos estarían durmiendo. Quizá Pau aún permanecía despierto después de volver de la fiesta, o tal vez no había regresado y paseaba con Bibi por playas oscuras.

Di unos pasos hasta el patio y me di cuenta de que el suelo también estaba mojado.

Llamé a Nemo en susurros, pero no dio señales de vida.

Así que me armé de valor y decidí correr hasta la cocina.

Solo tendría que abrir con rapidez los cajones que se encontraban junto a la pila de fregar. Pero, cuando me disponía a ello, descubrí que ya estaban abiertos y su contenido yacía desparramado por el suelo cubierto de agua.

Sentí un escalofrío de terror. Toqué con los dedos el agua que cubría las baldosas y me los llevé a la boca. Era agua de mar.

Tanteé los objetos hasta encontrar un cabo de vela y lo encendí con una caja de cerillas que no se habían mojado.

Hubiera preferido no ver el estado de mi casa.

Lo primero que entró por mis ojos fue el pulpo despedazado y lanzado contra la pared. Tuve miedo de encontrar también al gato color caramelo despanzurrado en un rincón, pero había desaparecido. Junto al pulpo yacían rajados los cuadros de mi madre con temas marinos.

También habían vaciado el contenido de todos los armarios y cajones.

Comencé a distinguir por el suelo huellas de pies descalzos y sucios. Pies con membrana, pies de tritón.

Me costaba respirar. Quizá se encontraban todavía en casa.

Buscaban unos planos. ¿Por qué sabían que yo los conservaba?

Debía comprobar si los habían encontrado. Así que, arrimada a la pared, me acerqué a mi habitación. Alumbré con la vela y observé que allí también habían vaciado todos los cajones y armarios. Mi colcha con estampado de peces la habían rajado por la mitad y colgaba de la lámpara como un fantasma.

Me agaché despacio junto a la mesilla y saqué del primer cajón una linterna. La dejé encendida enfocando el armario, cuyas puertas colgaban de sus goznes medio abiertas. Me aproximé a él y, cuando iba a abrirlo, oí un ruido dentro. Un rumor débil pero real.

El corazón comenzó a latirme con fuerza.

Lo escuché de nuevo.

De pronto se abrió la puerta y saltó algo encima de mi cara.

Me tiré al suelo y vi a Nemo elevarse sobre la cama y escapar por el pasillo hacia la calle.

¡Asco de gato!

Con el corazón a punto de estallar, miré en el interior del armario. El último cajón permanecía en su sitio. Y debajo, los planos de Xiro.

Xiro era el nombre que recibió la jaula en la que Leviatán, una criatura maligna que había asesinado a mis padres y aterrorizado el mundo marino, fue encerrado catorce años antes. ¿Por qué guardaba yo los planos de la jaula? La jaula fue construida en unas minas cercanas a nuestro pueblo. El responsable era Pólux, el arquitecto que había engañado y abandonado a Electra años antes.

Electra perdió la cabeza, salió del mar y con el nombre de Cornelia comenzó a pasearse por el pueblo como una enajenada, pero conservó documentos y mapas que nos llevaron a Julia, a Pau y a mí a las minas, donde se forjó la jaula.

Pau se había roto una pierna por ayudarnos a salir cuando se bloqueó la puerta.

Respiré profundamente.

Solo aquellos planos y la llave que colgaba de mi cuello podrían liberar a Leviatán.

Llamé a Julia, pero no contestó al teléfono. Quizá aún estaba jugando al Monopoly en la fiesta. Y comiendo flanes de frambuesa y lichi.

—Stella, vives en la calle Soledad —me recordé.

Me sentía como si una ola marrón me hubiera revolcado sobre mí misma, sin saber dónde se encontraba el suelo y dónde el cielo para respirar.

Si llamaba a la policía, se despertarían mis tíos, todas las vecinas, la calle parecería una verbena, regresaría mi madre... Pau me miraría con lástima y yo me sentiría una pringada.

Así que me subí a la buhardilla, donde casi no habían tocado nada, atranqué la puerta y me tumbé en una colchoneta verde de las que usaba mi tío para hacer gimnasia cuando estaba soltero.

Quería parecer una de esas tías duras a las que le saquean la casa y se ponen a dormir como si no hubiera ocurrido nada, pero no lo era.

Aquella amenaza de la liberación de Leviatán, que siempre me había parecido lejana, se acercaba a mi vida real y terrestre.

Ahí fuera me esperaban varios tritones. No dudarían en matar por conseguir la llave o los planos de Xiro. Me habían vigilado y sabían que en mi casa no se encontraba nadie.

Habían dejado el pueblo sin luz para pasar desapercibidos.

No encontraríamos paz en el mundo marino hasta que se apresara a los que querían soltar a Leviatán.

Hablaría con Ceix, cuando supiera con seguridad en qué consistía nuestra relación. Él me ayudaría y me protegería.

A través de la ventana veía la luna plateada.

10

El día de mi viaje a la Otra Costa, Pau también se marchaba en el autobús de las tres, pero no me acerqué a su casa a despedirme. Con dolor deseé que le fuera bien con la rubia de la trenza y sus ensayos soporíferos de piano.

Sentí cómo mi interior levantaba entre nosotros un muro de hielo. Una barrera que me protegería del sufrimiento pero que me alejaría del amor.

Hasta el día que supe de su traición, en aquella playa junto a la caravana, pensar en el mañana era pensar en Pau.

Él y yo para siempre.

Ahora se despertaba en mí otro sentimiento hacia Ceix para el que no necesitaba un mañana, sino un hoy. Sin importarme el futuro, ni el pasado, solo un presente brillante de luz plateada.

Cuando amaneció, me despedí con un mensaje de Julia, y me marché a la Otra Costa provista de un equipaje de instrucciones, precauciones y consejos de mi madre.

También llevaba el martillo de cristales para Dana, que me había conseguido Ginés.

Cerca del puerto pasé junto a unos obreros que cambiaban los cables que habían provocado el apagón días antes. Se rumoreaba que los habían cortado.

Antes de alcanzar el faro, oí una voz que me llamaba con insistencia. Al escuchar los gritos, me recorrió un escalofrío. Mi maestra Calipso, cuando fue herida de muerte, me pidió auxilio así, invocando mi nombre a grandes voces.

Era Electra.

Esperé con impaciencia a que se acercase.

No parecía enfadada, sino inquieta. Si no hubiera tenido la mano vendada con algas, se las habría retorcido con aquel gesto suyo nervioso.

—¡Stella! ¡Necesito que me ayudes! —exclamó.

El pelo rubio le flotaba alrededor de la cabeza, como una aureola fantasmal.

—¿Qué pasa? —contesté tapando mi irritación con un manto de frialdad—. Me están esperando.

—He encontrado una orca en una red de arrastre. ¡Debemos liberarla!

—¿Una orca? —pregunté incrédula.

No tenía tiempo para liberar ballenas. Ceix me esperaba. Además, durante años Electra se había paseado por el pueblo como una mendiga con la cabeza perdida. No era demasiado de fiar.

—Sí, intuyo algo oscuro. No la han capturado humanos. Me cuesta creerlo pero veo la mano de tritones detrás.

—¿Tritones? No comemos carne de orca viva. ¡Tranquilízate! Quizá ha sido una alucinación. ¿Oyes voces? ¿El canto de la orca?

—No es una broma. La conducen hacia el oeste. ¡Stella, necesito que vengas conmigo!

Había llegado el momento de vengarme de Electra por todo aquello que me dijo durante la operación antidroga.

—Electra, yo no juego ya a superhéroes. No estamos aquí para salvar a la humanidad de todos sus criminales.

Electra me miró con los ojos abiertos.

—Me marcho a Orán. Un viaje inaplazable —continué—. Que tengas un buen día. Nadaba hacia Ceix.

—La orca está embarazada —oí a mis espaldas.

Llegué a Cueva de Lobos poco después.

Buceaba rápida ansiando encontrar cuanto antes a aquel tritón rubio, que me hacía perder la noción de la realidad, e intentando olvidar a Electra y su ballena. No iba a permitir que sus fantasías de perturbada arruinaran mi felicidad.

Delante de la cueva esperaban un montón de material y varios delfines.

Busqué a Ceix con la mirada, pero fue Dana con su pelo rojizo la que salió a recibirme.

—¡Qué jaleo! A mi madre le ha llamado de urgencia un arqueólogo que investiga en Norax nosequé púnico. Han encontrado unos yacimientos o algo así y corrían peligro de ser expoliados. Se marchó esta mañana.

—¿Norax?

—Sí, Menorca.

Respiré aliviada. Me angustiaba viajar a Orán con Lorelei y sus rollos sobre libros, exámenes y criaturas peligrosas.

—Ahí no acaba todo —continuó Dana—; mis hermanos pequeños y mi abuela han comido algo en mal estado y se encuentran fatal. Mi padre ha dicho que se queda con ellos cuidándoles.

—Pobres —contesté sin sentir ninguna lástima—. ¿No será el antídoto antimedusa? —pregunté con aprensión.

Quizá la siguiente era yo.

—¡No! El antídoto no provoca efectos secundarios, solo marea un poco unos días después —explicó—. Le dijimos a Ceix que se marchara él solo a Orán. Pero ha insistido tanto que al final vamos Ainé, tú y yo. Seguro que le está esperando alguna sirena o se trae algo entre manos.

—¿Y este material? ¿Es de Ceix? —pregunté cambiando de tema.

—Ceix no lleva casi nada. Dice que comienza una nueva vida sin cargas, pero con amor. ¿Tú le entiendes?

No contesté. Pero le entendía.

—Todo el material es de mi padre. Se lo entregaremos en la ciudad a sus

compradores. Me ha dicho Ceix que me lleve algún bote del antídoto por si lo podemos vender allí. Mi hermano está rarísimo... Primero me dice que mi poción es un asco y ahora quiere hacer negocio.

—Quizá esté cambiando.

Dana me observó extrañada.

—¿Cambiano? A mejor, seguro que no.

—Te ha traído más lunas de coche para que practiques, ¿no? De la caravana de Bolnuevo.

—¿Cristales? ¿Ceix? ¿A mí? Ni hartos de licor de sargazo.

—¿No?

—No. Por cierto, mi abuela dice que vayas a verla sin falta y cuanto antes.

—¿Ahora? ¿Es necesario? —pregunté.

Entré en la cueva, mientras buscaba a Ceix con la mirada, y me dirigí a la cámara donde dormía Melusina. Allí la encontré tumbada en un rincón. Su cuerpo de ondina del Rin me pareció más pálido y decrepito que nunca. Junto a ella nadaba un pez linterna. Melusina lo tocó y el pez abrió los ojos iluminando ligeramente la estancia.

—Me han dicho que te encuentras enferma. ¿Querías algo? —le pregunté acercándome. Deseé que no me entretuviera demasiado.

Tardó en reaccionar, parecía mareada. En su cuello brillaba el colgante del Consejo de Ancianos.

—Stella, no veo conveniente que viajes a la Otra Costa.

No me esperaba aquella recomendación y la sentí como una amenaza.

—¿Por qué? —pregunté a la defensiva.

—Sabes que allí gobiernan Melkarth y Bad, y en las últimas semanas he recibido noticias contradictorias sobre su administración. Y esas noticias no me gustan. Pero, antes de juzgarlas y dar parte a los Tres Sabios, debería comprobar por mí misma que son verdad. ¡Espera a que mejore!

—Yo quiero ir a Orán hoy —contesté con firmeza—. No me gusta fiarme de rumores extraños.

—¿No te habrá engatusado Ceix?

Parpadeé como si me hubiera molestado.

—¡No! Yo sé defenderme de los tritones como Ceix.

—Eso espero... —contestó suspirando. Guardó silencio unos segundos y después añadió—: Pásame esa caja de allí.

Le acerqué un pequeño joyero de concha del que sacó un peine y varias horquillas. Se incorporó hasta quedarse sentada. Con la cara pálida y ojerosa parecía mayor.

—Esperaba que este momento no llegara tan pronto. ¡Acércate! Te voy a peinar.

—¿A peinar ahora? —pregunté extrañada y algo contrariada—. Tiene que ser rápido.

Melusina llevaba todo el verano insistiendo en que no me cortara el pelo.

—Sí. ¡Quítate la llave!

Saqué rápida por mi cuello la llave de la jaula de Leviatán. Si alguien me arrebatara aquella llave, conseguiría liberar a la criatura más perversa que albergaban los mares.

—No sé por qué Ceix ha puesto tanto empeño en que le acompañes a Orán. Debemos tomar precauciones. ¿Y el collar de Calipso?

—Se lo he prestado a Ceix hasta que regrese. Faltan pocas semanas para que comiencen las clases del instituto y ya no lo necesitaré.

Me observó unos instantes.

—¡Este Ceix!

Ató la cadena de la llave alrededor de mi pelo y después con esfuerzo comenzó a peinármelo de tal modo que la llave quedó totalmente oculta dentro.

—Stella, se rumorea que unos tritones han visitado el pueblo el día del corte de luz. ¿Sabes algo? ¿Viste a alguien extraño?

Quería contarle a Melusina que aquellos tritones habían registrado mi casa, que parecían vigilarme y se encontraban cerca. Ella podría avisar a las autoridades de la capital, y los capturarían sin demasiado esfuerzo.

Pero esas autoridades también reforzarían su protección sobre mí. Me prohibirían acompañar a Ceix hasta Orán.

Y estaba harta de parecer una sirena desvalida necesitada siempre de ayuda.

Ahora solo necesitaba respirar. Ceix. Mi oxígeno.

—No. No sé nada —mentí.

Melusina me explicó cómo debía arreglarme el pelo yo sola, si se me deshacía el peinado.

—¡Mírate bien! —dijo, señalando un espejo, cuando hubo acabado—. Permaneced en la ciudad solo un día. Ya sabes que existen peligros. ¡No irritéis a Melkarth y mantened a Ainé alejada de Bad!

Bad era el tritón más salido del Mediterráneo. Antes secretario de Melkarth, ahora había ascendido a regidor de la ciudad.

—Mejórate —contesté, la besé, con apatía, en la frente y salí.

Recordé que no le había dado el martillo a Dana, así que me dirigí a su habitación en el otro extremo de la isla. En realidad, solo deseaba encontrar a Ceix.

No había llegado al final del pasillo, cuando noté una mano que salía de la oscuridad y que por detrás me sujetaba el cuello e introducía sus dedos en mi pelo. Era Ceix y un escalofrío de agrado me recorrió la espalda.

—¡Que me despeinas! —dije sin apartarme.

—Ya veo que te has arreglado para venir a despedirme —contestó mirándome de arriba abajo de tal manera que me estremecí.

Se había colocado delante de la puerta.

—Voy a entrar —enuncié, ocultando una sonrisa—. Yo no soy una de esas de tus novias fácilonas.

—Tú y yo haremos cosas grandes, Stella. Ya hablaremos en Orán —contestó acercando su cara a mi cuello.

De pronto oí que Ainé gritaba mi nombre y me alejé con desgana de Ceix.

Olvidé dar el martillo a Dana.

Ainé necesitaba a alguien que le ayudara a llevar su ropa hasta el exterior. La había metido en un fardo tan pesado que nos costó bastante acercarlo a los delfines.

—¿Y todo esto? Solo vamos a estar un día —le dije, mirando aún hacia la cueva—. ¿O son negocios?

Ainé tenía un taller de confección de ropa para sirenas, y vendía bastantes prendas entre las sirenas de los alrededores.

—Debo presentarme de la mejor manera ante Bad. Ahora es el regidor marítimo de Orán.

—¿Y? —preguntó Dana, que llevaba en la mano una red de tomates de mar del mismo color que su pelo.

—Debo resultar apetecible.

—¿Apetecible? Pero tú, ¿qué eres? ¿Una sardina? Ese Bad es un imbécil repugnante. Vamos a permanecer lo más lejos que podamos de él. ¿Me has entendido? —preguntó Dana, moviendo la red de tomates de tal manera que parecía que se la iba a estampar a su hermana en la cara.

—En la Otra Costa haré lo que me dé la gana —contestó Ainé.

Olvidaba que Ainé buscaba marido con desesperación.

Me miré la ropa que llevaba: un cómodo corpiño de esponjas bastante desgastado. Si quería deslumbrar a Ceix, debía empezar por mi atuendo exterior.

—¿No llevarás algo que me valga? —le susurré a Ainé, para que no me oyera Dana.

—Por supuesto. Las últimas tendencias de la Costa Cálida.

—Stella, ¿para qué quieres convertirte en una sirena objeto? —preguntó Dana—. ¿No tenías ya a ese humano en el bote?

¡Si ella supiera!, pensé.

—¡Que valoren tu inteligencia...! —continuó Dana.

Ainé siguió hablándome sin prestar atención a su hermana.

—Cuando regresemos, tengo que acabar mi nueva colección de ropa. La voy a presentar y vender en las próximas fiestas de Poseidón.

—¡Vas a ir a Tula! —exclamé—. ¿Podría verla?

—Todas las hermanas tontas tienen suerte —añadió Dana.

—Por supuesto, y probarte los trajes. Me ha invitado Petrea, una comerciante de la

ciudad, que conoció mis diseños hace unos meses.

—¡Dejaos de chorradas! ¡Nos vamos! ¡Ya! —dijo Ceix, con su tono borde de siempre. Esperaba una sonrisa, pero no me miró, ni nos ayudó a cargar los fardos.

Nos dirigimos bajo un cielo cubierto de nubes grises hacia el oeste, al mar de Alborán, y allí en el cabo de Gata, cerca del arrecife de las Sirenas, tomamos una corriente que conducía a Orán, como si nadáramos por un enorme río submarino.

Ceix viajaba delante de nosotras en un delfín, como uno de esos pistoleros del antiguo oeste. Conseguía que el delfín nadara más rápido, hiciera cabriolas, vueltas y giros. Pero en ningún momento se giró para preocuparse por mí. Detrás le seguían otros cuatro delfines con la carga. Nosotras viajamos sentadas en ella.

En un par de ocasiones me acordé de la orca embarazada, pero la aparté de mi mente.

Ahora solo deseaba olvidar, cambiar de aguas y divertirme. Sentirme en paz y libre por primera vez desde que conocía mi condición de sirena.

Dana enseguida notó que me ocurría algo. Bajo ninguna circunstancia debía saber que sentía algo por su hermano o moriría de un ataque de cólera. Solo le conté que mi relación con Pau no pasaba por su mejor momento.

—¿No será por la rubia esa de la trenza con la que va a la playa?

La miré con los ojos abiertos.

—¿La conoces? ¿Los has visto antes?

—Decenas de veces. Pensé que tú también. Primero iban en grupo y hace poco comenzaron a ir solos —añadió Dana—. Es rara esa chica... No sé. Le noto algo extraño. Pero en realidad no te encuentro triste. Más bien, nerviosa.

—Sí, eso de visitar Orán... —contesté.

—¿Temes que Pau te deje?

—¡No digas tonterías! Besé a Pau, estamos unidos para siempre —dije sin convencimiento.

—Besar a un humano y la unión que conlleva, a veces, no es una suerte, sino una maldición.

—En realidad no me creo los rollos esos del beso. Se trata de fábulas y leyendas antiguas... —dije con cierto desdén.

Si las leyendas eran ciertas, debía romper aquel vínculo cuanto antes. Como los cristales de los coches de Dana.

Pau ya no me interesaba. Ni yo a él.

En ese momento me di cuenta de que Ceix se había acercado a nosotras y que había escuchado la conversación. Su interés me halagó.

—¿Te estás volviendo tan cínica que ya no crees en las tradiciones de nuestros antepasados? —preguntó Dana.

—En serio, lo del beso, ¿no puede anularse?

—Yo creo que no. Pero no tengo experiencia en ello —contestó y, sin dejarme contestar, añadió—: ¿Sabes que nosotros vivíamos antes en Orán?

—¿Ah, sí?!

—Mi padre tenía un laboratorio muy grande allí y muchos clientes. Y mi madre trabajaba en la universidad de Senia. Nos mudamos a Cueva de Lobos a petición de los Tres Sabios.

—Cuando yo llegué...

—Exacto.

—Lo siento. Cambiasteis el todo por la nada.

—¿La nada? ¡Pero si vivimos en la bahía más bonita del Mediterráneo! No te he contado que en Orán hay unas carreras de rayas fantásticas. Tengo varias amigas que participan. Hace tiempo que no tengo noticias de ellas...

—No me extraña, con lo tonta que eres, no querrán saber nada de ti —se oyó la voz de Ceix, inmiscuyéndose en la conversación.

De nuevo, el Ceix desagradable de siempre.

Se alejó con el delfín nadando delante de nosotras.

Durante el resto del trayecto, Ainé me contó cientos de secretos de belleza y trucos para conquistar a cualquier tritón.

Yo, en realidad, nunca me había preocupado tanto por mi aspecto físico y todos esos datos me abrumaban. En el fondo me provocaban desasosiego. No tenía ni idea de protocolo ni de cómo comportarme en el palacio de un regidor, aunque fuera Bad.

—¡Fíate de mí! —concluyó Ainé, cuando le expuse mis dudas.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Dana.

—Te estoy oyendo —contestó Ainé desde el otro extremo de la red que transportaba la carga.

De pronto me acordé que aún llevaba el martillo de los cristales, pero decidí no comentarlo, por si en un arrebató de amor fraterno Dana se lo lanzaba a la cabeza de Ainé. Así que intenté sacar otro tema que no guardara relación con Bad, y le pregunté a Dana por la noticia aquella del extraño submarino.

Dana dio un respingo y me golpeó el brazo.

—¡La raba del calamar! ¿Leíste que unos humanos, acompañados de unos tritones y sirenas de incógnito, entraron y encontraron los cadáveres de algunos marineros? Faltaba

el capitán y un oficial.

Afirmé con la cabeza.

—Todos los humanos que entraron a inspeccionar el submarino han muerto.

—¿Cómo?

—Parecen infectados de algo parecido a radioactividad. Toda la playa está también contaminada.

—¿Y las sirenas y tritones? —pregunté.

—Sanos. Nos llevamos el submarino y lo están analizando en la universidad de Lemuria.

Solo recordaba que la región de Lemuria se encontraba al norte del océano Atlántico, pero no quise preguntar más para no parecer una inculta.

Cruzamos un cardumen de atunes en el que nos aprovisionamos de carne fresca, sorteando las aves que lo sobrevolaban y que se sumergían en el mar para atraparlos.

A principio de verano, Dana me había enseñado a cazar grandes piezas con ayuda de finas lanzas hechas de espina de pez. Y con los atunes pude probar mis habilidades.

Enseguida me di cuenta de que, según nos acercábamos a Orán, la temperatura del agua descendía, así como la cantidad de peces y tortugas, que llegaron a desaparecer y fueron sustituidos por grupos de tritones policías armados.

En aquellas aguas oscuras y frías, comencé a recordar las advertencias de Melusina sobre Bad y Melkarth. Pero no me acordaba con claridad de ninguna frase entera. ¿Qué noticias le habrían llegado desde la Uharu, la Orán marítima? Quizá tendría que haberle prestado más atención mientras me peinaba.

Un escuadrón de policía, compuesto por seis tritones, se acercó a nosotros y, colocándose unos delante y otros detrás, nos escoltaron hasta la entrada de la ciudad.

Larga era la historia de Uharu, la Orán marítima. Encrucijada de culturas y centro de rutas comerciales desde Fenicia en el oriente hasta Tartesos y la Atlántida en el mar Océano.

La ciudad marítima se encontraba al oeste de la ciudad terrestre y el puerto, allá donde terminaba la plataforma de la playa de las Dunas.

Cuando vimos los primeros edificios de la ciudad, Ceix vino hacia mí y me invitó a sujetarme a su delfín. Nadábamos uno junto al otro hacia aquel futuro desconocido y alucinante.

—Lo vamos a pasar muy bien aquí —dijo Ceix—. Gracias por haberme acompañado.

—¿Pero qué haces? —oí la voz de Dana a mis espaldas—. ¡Vuelve con nosotras!

—Llevamos demasiado cargamento y vuestro peso cansa a los delfines —dijo Ceix.

Esperaba encontrar una urbe luminosa y llena de bullicio, como Alejandría, pero la primera impresión que tuve fue de oscuridad. Las grutas y casas se arracimaban en una penumbra gris, como si sobre ellas flotara un polvo oscuro. Ningún adorno en los estrechos callejones silenciosos, que aún guardaban cierto regusto a historia antigua, pero también a suciedad y a decadencia.

Enseguida me di cuenta de que por las calles solo nadaban tritones y ninguna sirena.

—Allí se encuentra el campo en el que se corren las carreras de rayas —explicó Dana, pero solo alcancé a ver una extensión de posidonia—. Puede que descubra a alguna amiga.

Dana se desvió unos metros acercándose al campo.

—¡No hay nadie! Siempre se encuentran en él tritones y sirenas practicando —dijo decepcionada.

Ceix enseguida le hizo volver junto a nosotros.

—¡No me voy a perder! ¡Piensas que soy tonta! —exclamó Dana comenzando a enfadarse.

—Es por tu seguridad, hermanita...

—¡Han desaparecido todos! ¿Y las rayas? Ceix, ¿qué ha ocurrido? ¿Ya no hay

carreras?

—Ni idea. Pero que se dediquen a otras aficiones más útiles para la ciudad – contestó—. ¿Qué pintan unas sirenas montando en rayas?

—¡¿Cómo?! Ya hablaré con mis amigas... –contestó Dana.

—No tenemos tiempo en este viaje para ver a las tontas de tus amigas –concluyó Ceix.

Dana resopló de rabia.

Después de entregar el cargamento a uno de los compradores de Alfeo, alcanzamos el barrio de Lamur en el que se encontraba el palacio del regidor, que sobresalía por encima de todos los demás edificios. Construido en un brillante mármol blanco, sus altas torres y sus cúpulas se elevaban hacia la superficie, como si quisieran tocar el aire del exterior.

—¿No se ven desde fuera? –pregunté a Dana.

—Creo que no. Según los cálculos de los arquitectos, nunca baja la marea tanto. A menos que haya un tsunami.

En la sede de gobierno vivían Melkarth, el nuevo delegado de gobernación para el Mediterráneo, y Bad, el regidor marítimo de la ciudad. Títulos importantes, y largamente deseados, para ellos pero no para mí.

Por la larga, e incomprensible, amistad que ambos mantenían con la familia de Cueva de Lobos, habían invitado a Ceix a vivir con ellos mientras estudiara en la ciudad.

Pensé que Ceix, siempre amigo de fiestas y jolgorios, declinaría la invitación, pero no. Parecía contento de vivir en aquella fortaleza. Y no era para menos, porque detrás de sus muros blancos, custodiados por decenas de tritones armados, que formaban una cadena a su alrededor, encontramos una auténtica joya arquitectónica.

Lujo, riqueza y esplendor.

En la entrada, una decena de morsas, atadas, eran conducidas hacia las dependencias palaciegas.

—¿Morsas? –pregunté extrañada—. ¿Desde cuándo hay morsas en el Mediterráneo?

Dana me miró con gesto de interrogación.

Entregamos también los delfines a un tritón. Me detuve delante de la majestuosa puerta a contemplarla. Estaba rematada con un enorme arco de herradura de mármol blanco cubierto de inscripciones. Tan grande, como para resultar sobrecogedor e incluso amenazante.

¿Qué ocurría, según Melusina, dentro de aquel palacio?

Ceix se acercó, cogió mi mano y tiró de mí hacia adentro.

Entramos en un patio cuadrado cubierto por un antiguo techo de cristal emplomado de colores, como el que encontrara el año anterior en los Archivos Secretos de

Alejandría. A pesar de la belleza de las vidrieras, estas solo dejaban entrar una tenue luz, insuficiente para poder ver con claridad. Así que por la estancia nadaban beroes luminosos, o farolillos de mar, de distintos tamaños. Bolas alargadas de luz transparente. Pero aquellos beroes parecían enfermos. Nadaban chocando unos con otros y en sus cuerpos blandos y cristalinos se veían cortes y desgarrones.

Con cuidado cogí uno con la mano. El animal temblaba y pensé que le quedaban pocas horas de vida. Lo dejé con suavidad en el suelo.

Los cuatro lados del patio se abrían a través de arcos de herradura a unas galerías porticadas. Todas las paredes y las arcadas estaban cubiertas de relieves dorados con figuras geométricas, florales y con letras desconocidas para mí.

Reinaba allí un gran alboroto, ya que un grupo de tritones descargaban y empujaban infinidad de paquetes y jaulas con animales.

Dana nadaba observando el techo, fijándose en todos los dibujos que formaban los cristales de colores, e intentó subir para tocarlo, pero uno de los guardias armados le hizo descender.

Frente a la puerta de entrada, otros operarios colocaban con ayuda de unas cuerdas sobre una basa la escultura dorada de una sirena desconocida, que empuñaba un arco.

—¿Y esa quién es? —pregunté a Ainé, que se encogió de hombros.

—Será Lala Mansur... —me contestó Dana—. ¿Por qué están tan limpios el exterior del palacio y el cristal? ¿No se posan en ellos las algas y las esponjas? ¿Utilizarán algún producto especial? ¿Una nueva patente?

—Está limpio porque aquí se friega, hermanita —dijo Ainé.

En ese momento, Ceix se giró y me preguntó si me gustaba el palacio. Así que, ante su sonrisa, tanto el techo emplomado como la limpieza y la tal Lala dejaron de interesarme.

Los tritones de seguridad que guardaban el patio, de cuerpo muy alargado y fuerte, conocían a Ceix.

Inspeccionaron el equipaje de Ainé y después nos hicieron esperar un buen rato hasta que nos llevaron a una sala redonda. Parecía alicatada en oro y no tenía ningún mueble, solo cubría el suelo una alfombra de algas, sobre la que habían esparcido enormes esponjas en las que apoyarse.

Poco después bajó Bad. Le rodeaban cuatro guardaespaldas de piel tan negra como el azabache.

—¡Bienvenidos al palacio de gobernación! ¡Construido a imagen del de la Gran Ciudad de Tula! —exclamó con su voz dulce, pero poco melodiosa—. ¡Qué mujeres más hermosas! ¡Disculpad a Melkarth, anda muy ocupado con sus estudios y no podrá recibirlos!

Ni falta que hace, pensé.

—Y, además, acabamos de recibir una legación de Guardianes de los Hielos Perpetuos... —añadió.

Comprendí entonces la presencia de las morsas en el palacio, pero ¿qué hacían tritones centinelas de los hielos en Uharu? ¿A ellos se refería Melusina?

Los centinelas solo habían creado problemas en los últimos años en el mundo marino. Afán de poder, expansión por territorios que no les pertenecían, desobediencia e insumisión ante el gobernador de los mares; ataques a sirenas y demás animales marinos, extinción de especies protegidas: un gobierno tiránico que arrebatava la libertad de los que no se sometían a sus principios.

Bad se acercó primero a Ceix, después a Dana y a mí, y por último se detuvo con Ainé unos momentos en los que aprovechó para decirle algo al oído. Ainé se ruborizó.

—Bad en acción —me susurró Dana.

—Siento mucho todo lo que le ha ocurrido a vuestra familia esta mañana... Así tendremos oportunidad de disfrutar de estas bellezas marinas.

—No será de la mía —balbució Dana.

¿Cómo sabía Bad lo que le había ocurrido a la familia de Cueva de Lobos? ¿Habría mandado Ceix un mensaje durante el camino?

—Espero que os quedéis a la fiesta de gala que celebraremos mañana aquí en el palacio. Hemos invitado a la legación de Guardianes de los Hielos, a todos los profesores de la universidad y a los tritones de cultura o ciencia de la ciudad. Vuestra bella presencia animará el aburrido ambiente.

—Gracias, pero regresamos mañana por la mañana —se disculpó Dana.

—Bueno, bueno, bueno... —contestó Bad nadando a nuestro alrededor y sonriendo con esos dientes verdes picudos—. Entonces esta noche os invitaré a cenar. Estoy muy contento de que Ceix haya venido por fin a Uharu. Será de gran ayuda para los tiempos que se acercan.

—Estaremos encantados de cenar con el regidor de Uharu —contestó Ceix, como si hablara en nombre de todas.

Bad sonrió, se detuvo unos instantes y se acercó de nuevo a Ainé.

—Y aún más me colmo de gozo por tu presencia, y que hayas aceptado mi invitación. Para ti también se acercan tiempos nuevos.

—Estaré encantada de conocerlos —contestó Ainé.

Aquel tritón con semejante vocabulario parecía un profeta de pacotilla, un donjuán marino de medio pelo.

Y, mientras dejábamos el patio a nuestras espaldas, tuve la impresión de adentrarme en una cueva, en apariencia maravillosa, de la que nos iba a costar mucho esfuerzo salir.

Para la cena, Ainé me dejó un corpiño de piel de tiburón, que, me aseguró, hacía juego con el color de los ojos de Bad. No tenía yo demasiado interés en conjuntar con ningún órgano de aquel tritón tan engolado. Pero sí en agradar a Ceix. Todavía teníamos pendiente una conversación, que yo vislumbraba muy importante para los dos.

La cena se celebró en una sala abovedada tan enorme como la ballena que encontramos al entrar.

Era una orca y yacía muerta sobre una piedra alargada.

Un cadáver de *orcinus orca*...

Me dio un vuelco al corazón y me detuve junto a la puerta. Ceix de nuevo, como al entrar en el palacio, me sujetó la mano y tiró de mí.

—¿Adónde nos has traído? —le pregunté.

—No podemos desairar al regente —contestó con una sonrisa.

—Espero que os guste —nos explicó Bad—. Suelo comerla viva con mis invitados. Pero vosotras sois ¡tan sensibles e indefensas!

Después se echó sobre un cojín de esponja verde en la cabecera de la piedra.

Bad llevaba enredadas en el pelo varias pinzas verdes de cangrejo, que le daban un aire excéntrico. Me recordaba a uno de esos emperadores romanos con una rama de laurel en la cabeza.

—¿Qué es eso?! —le pregunté a Dana señalándoselas.

—¡Puf! ¡Este tritón está más perdido que una anguila en el mar de los Sargazos! Las pinzas de cangrejo son símbolo de las divinidades marinas —susurró—. Ahora juega a ser dios.

—Genial.

Sobre la ballena colgaba una lámpara de cristales con bombillas, como las terrestres. Al estar apagada, nadaban a nuestro alrededor beroes.

Nos acomodamos los cuatro frente a la orca. Nosotras tres juntas y Ceix a nuestra derecha.

—Perdona, ¿cómo te llamabas? —me preguntó Bad, clavando en mí sus ojos gris acero.

En la mano llevaba un cilindro como un biberón del que daba largos tragos.

—Stella.

—Nos conocemos de algo. ¿Verdad?

—De vista —contesté, apartando la cara.

—Por favor, siéntate a este lado, con Ceix. Voy a ser su mentor y me gusta verle rodeado de sirenas bellas.

Enseguida me di cuenta de que detrás de nosotros se encontraban varios tritones preparados para cortar la ballena, y que la puerta la cubrían tres guardaespaldas armados.

—Y dime, Stella, antes de que empecemos, ¿no te gustaría quedarte también aquí a estudiar?

—¿Yo? Aún no he acabado mis estudios terrestres. Me falta un año.

Comencé a sentirme nerviosa y tensa. Lo último que deseaba era que el regidor fijase su atención en mi persona.

—Es una pena... ¡Hacéis tan buena pareja! Además, tú vives con esos repugnantes humanos, ¿no? Habría que acabar con ellos. No sé cómo los soportas.

Miré a Dana pidiendo ayuda.

—¡Qué palacio tan hermoso! —exclamó Dana—. ¿Y esta lámpara?

—¿Te gusta? —preguntó Bad.

Afirmó con la cabeza.

—La conseguimos de un barco antiguo: Titanic. No creo que a una sirena como tú le suene ni el nombre —contestó Bad, moviendo la mano como si apartara unas pulgas de agua.

Dana se mordió los labios y se hizo la tonta. Había visitado con sus padres tres veces los restos del Titanic.

Ceix sonrió pero no dijo nada en defensa de su hermana.

—Otro ejemplo de inutilidad humana. Construyen la nave más grande del mundo y se les hunde en el primer viaje —dijo Bad—. ¡Un barco que no lo hundía ni Dios!

—A los humanos hijos de Albión les encanta hablar de ese barco y de su hundimiento —añadió Ceix.

—Podemos comenzar ya a cenar. Pero no penséis que vamos a comernos esta orca... ¡Tienen la carne tan dura! —dijo Bad e hizo una seña a un tritón que se acercó con una sierra dentada, un punzón y un cuchillo.

Bad se levantó, cogió el punzón y se aproximó al vientre de la ballena.

—Siempre comienzo con el mismo ritual —explicó.

Clavó primero el punzón, y después el cuchillo varias veces, con una fuerza de la que parecía carecer, hasta lograr hacer un agujero en el que introdujo la sierra. Además de sangre y borbotones de grasa, comenzaron a desparramarse las tripas viscosas de la orca y un olor repugnante.

Empecé a marearme.

Cuando ya hubo abierto un par de metros del vientre, metió las manos entre las entrañas.

—No os he explicado que esta ballena me la han traído de un lugar cercano a vuestra bahía y se encuentra en estado. En mitad del embarazo, ocho meses.

Comenzó a extraer algo del interior de la orca y aparté la vista para no desmayarme.

—Hay una sirena muy irritante por aquella zona que intentó evitar que nos la llevásemos. ¡Como si los animales del mar no fueran de todos! Ceix, ¿cómo se llama esa loca?

—Electra —contestó.

Su nombre me golpeó en el pecho.

—¡Electra! ¿Acaso no es esa sirena que tuvo relación con el conocido Pólux?

—Sí —contestó Ceix.

Y yo tuve que contener un respingo al oír hablar del arquitecto que ideó la jaula en la que se encontraba encerrado Leviatán.

—Por favor, mantenedla controlada o tendremos que tomar medidas desde la delegación de gobierno.

—Por supuesto —dijo Ceix.

—A veces es necesario pescar al pez que daña al resto de animales que lo rodean. Al pez en descomposición que pudre la charca. ¿No lo crees así, Stella? —preguntó, mostrando al sonreír sus dientes picudos.

No contesté, pero moví la cabeza con un gesto ambiguo para evitar irritarle.

Yo era la culpable de aquellas muertes. Cerré los ojos pensando que todo se trataba de una pesadilla. Pero, cuando Ceix apretó mi brazo y los abrí, allí continuaba la orca.

Bad hizo una seña a uno de sus sirvientes que se colocó a su lado para ayudarle. Poco a poco fue saliendo el feto del interior de la ballena.

—Esta carne es deliciosa, un manjar del que solo podemos disfrutar unos privilegiados —explicó, mientras dejaban la pequeña orca negra y blanca sobre la piedra—. Somos privilegiados porque hemos luchado para serlo. Y esto no ha hecho más que empezar.

Me llevé la mano a la boca para no vomitar. Dana también lo observaba con cara de asco y Ainé esbozaba una sonrisa bobalicona.

Ceix se acercó a mí y pasó su brazo encima de mi hombro.

—¡Tranquila! Será la mejor carne que hayas probado en tu vida. ¡Bebe esto!

Me acercó uno de los cilindros-biberón. Probé su contenido. Era alcohol. No me ayudó a olvidar el asqueroso olor, sino que me revolvió el estómago.

Se limpiaba Bad los brazos de la sangre de orca, cuando un beroe descendió y se acercó demasiado a su cabeza.

—¡Aparta!

El regidor, sin pensarlo, lo agarró y, estrujándolo, lo lanzó contra la pared.

Como mi pulpo.

El beroe cayó al suelo muerto, mientras en la sala se hacía un incómodo silencio.

Bad regresó a su cojín, se recolocó las pinzas de cangrejo del pelo, y un camarero se dispuso a trincar la cría de ballena, y a repartirla.

Delante de mí dejó un trozo de cabeza. Un ojo vidrioso negro que me miraba. Casi oía sus gritos.

—¡No puedo! —le susurré a Ceix—. ¡Vámonos!

—No debemos desairar a nuestro anfitrión. Haz que comes. Desmenúzalo poco a poco —contestó agarrándome por la cintura.

Bad no paraba de hablar entre bocado y bocado de carne. Bebía del cilindro y se refería a Ainé siempre con halagos empalagosos.

—¡Disfruto tanto de vuestra presencia esta velada! —repetía.

Solo la noche nos impedía marcharnos de aquella ciudad cuando acabara la cena.

—Por cierto —dije, mientras Bad sorbía el interior de un hueso—, quizá le gusta tanto que nos encontremos aquí porque en esta ciudad no hay otras sirenas.

—¿Que no hay sirenas? —preguntó con una carcajada más falsa que un pulpo de plástico.

—Yo no he visto ninguna desde que hemos llegado.

—Melkarth y yo nos hemos responsabilizado de la seguridad de todas las sirenas de Uharu, y después extenderemos esa protección a todo el Mediterráneo.

—¿Y en qué consiste esa protección? —preguntó Dana, animándose. No había tocado el trozo de feto que le habían puesto delante.

—Su protección es: ¡su casa! Permanecen en ella y solo salen lo imprescindible acompañadas de un tritón, que actúa siempre como su tutor —contestó, mientras se hurgaba entre los dientes con una espina.

—¡Ah! ¿Las sirenas adultas necesitan un tutor? —pregunté sin tomármelo demasiado en serio—. ¿Siempre?

—Por supuesto. El tutor vela por su bienestar. Cuando es joven, es su padre; cuando el padre las casa con el tritón adecuado que él elige para ella, el tutor pasa a ser su esposo. Y, cuando este fallece, lo será su hijo mayor.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—Y ¿trabajan fuera? —pregunté, con la esperanza de no estar entendiendo bien las contestaciones del regidor.

Solo deseaba lanzarle el ojo de orca que flotaba delante de mí.

—No lo consideramos necesario. Ese trabajo lo puede realizar un tritón, incluso con mayor libertad, sin que peligre su integridad física. En esta ciudad no hay tritones

ociosos, todos trabajan. Todos llevan alimentos a su casa –dijo, y sacó de entre sus dientes la espina.

—¿Y ellas qué opinan?

—Son felices. Les proporcionamos todo lo que necesitan: ropa, hijos, abalorios...

¡Y me acababa de preguntar si quería ir allí a estudiar!

—¿Cuándo considera el ilustre Melkarth que este modelo de protección se imponga en todo el Mediterráneo? –preguntó Dana, controlando su irritación.

—Antes de un año –contestó satisfecho.

Crucé la mirada con Dana. Aquello no podía ser real.

Después de la cena, Ceix nos acompañó a la habitación por un largo corredor de baldosas de colores.

Cuando me disponía a entrar detrás de Dana, Ceix se acercó a mí.

—Mañana hablamos, ¿quieres? –preguntó clavando fijamente sus ojos en mi cuello.

Afirmé con la cabeza. Era lo único que esperaba de aquel viaje.

—Ceix, ¡no te quedes aquí! –añadí-. ¿Es verdad eso que ha contado Bad sobre las sirenas?

Esperaba una contestación rotunda negándolo: «¡No! ¡Bad bromeaba!».

Pero Ceix solo respondió:

—Algún día lo entenderás.

—¡¿Qué?!

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él.

—¿Y si yo fuera tu protector? Tú y yo. ¿No te gustaría, Stella? –preguntó en un susurro junto a mi oreja.

Me disponía a contestar, cuando me soltó.

—Que duermas bien –añadió.

Se alejó por el pasillo y yo entré en la habitación.

Iba a gritar, pero me contuve al ver la cara de horror de Dana.

—¡Cierra! ¡Cierra! —dijo.

Empujó la puerta con fuerza y esta se cerró con un golpe que retumbó en todo el pasillo.

—¿Pero esto qué es?! ¿He oído mal? ¿Me estoy volviendo loca?

—Creo que no, parece todo muy real —contesté.

Notaba cómo el corazón me latía a gran velocidad y no sabía distinguir si era por Ceix o el remordimiento me estaba comenzando a roer por dentro.

—¡Mañana al amanecer nos vamos! Sin despedirnos del asesino de orcas. Pero ¿tú has visto cómo sacaba el feto? ¡Disfrutaba! —exclamó Dana.

No tenía palabras para expresar el dolor que sentía. Yo podía haber salvado aquella ballena. Y había puesto en peligro la vida de Electra.

—¡Avisaré a un guardia para que nos despierte a la salida del primer rayo de sol! —dijo Dana, acercándose a la puerta.

Agarró el picaporte, pero este no se movía ni hacia abajo ni hacia los lados.

No se abría desde dentro.

Comenzó a golpetear el picaporte.

—¡Nos han encerrado! ¡No nos van a dejar salir! —gritó.

Le sujeté los hombros. Todo lo que tenía de inteligente, lo tenía de histérica.

—¡Tranquila, Dana! ¡Estamos las tres juntas! Ceix nos protegerá —dije poco convencida.

Ya no sabía lo que significaba la palabra «protección».

—Dana, ¡traga agua! ¡Expulsa!

Dana pareció calmarse y nos apoyamos en un banco dorado que rodeaba toda la habitación.

Ainé, en silencio, miraba las paredes de plata repujada y brillante, limpias de animales y algas.

—¡Es precioso este sitio! —exclamó.

—¡Estás tonta! ¡Seguro que lo limpian esclavos! —contestó Dana, encolerizándose de

nuevo—. Ya has oído lo que ha dicho Bad. Si vives en el Mediterráneo, para protegerte, no te van a dejar trabajar. No podrás confeccionar ni vender tu ropa. ¡Ni siquiera salir de casa sola!

—Bad me ha asegurado que sí. Y en cualquier caso coseré la ropa a nuestros hijos.

—¿Cómo?! ¿Vuestros hijos?! —exclamó Dana, a punto de tirarse contra ella—. ¿Cuándo has hablado con él? ¿Te has comprometido en secreto?!

Ainé subió la barbilla y guardó silencio.

—¡Tumbate! Pasaremos aquí la noche y mañana regresaremos cuanto antes —dije para sosegarla.

—¡No nos van a abrir! ¡Bad es un psicópata! —dijo, marcando cada letra.

—Creo que estás exagerando. Solo nos ha agasajado de la manera que ha considerado más apropiada —contestó Ainé con frialdad, apoyada en la pared—. Como un tritón generoso.

Agarré a Dana para que no se lanzara contra su hermana. Con el pelo rojo moviéndose sobre su cabeza parecía Medusa. Solo le faltaban las serpientes.

—¿No comprendes que Bad es un degenerado? Seguro que tiene un harén de mujeres aquí en el palacio.

—¿Harén, Bad?! ¿Qué has bebido, hermanita? Bad es un tritón honesto.

—¿Honesto? ¿Entiendes el significado de esa palabra?

Ainé resopló como una morsa marina y no contestó.

—¿No notas algo? ¡Nos espían! —exclamó Dana poco después, mirando alrededor.

Observé las paredes forradas de plata labrada dibujando pequeñas conchas.

—¡Estás paranoica, Dana! Esto no es la cárcel de Gormax.

Durante el verano anterior, Ceix, Dana y yo habíamos sido secuestrados y encerrados en una cárcel abandonada en el estrecho de Mesina, de la que conseguimos escapar con bastante suerte. Dana aún no lo había olvidado.

—Confía en Ceix. Vendrá a buscarnos —añadí.

—¿Que confíe en Ceix? No sabes lo que dices —afirmó Dana—. Y yo aquí en este banco no duermo. Seguro que tiene un resorte secreto, se da la vuelta y desaparecemos.

Acabamos echándonos en un rincón a pasar las pocas horas que faltaban para huir de allí.

Frente a nosotras en la puerta se veía el relieve de una sirena que portaba un arco, muy parecida a la de la estatua del vestíbulo.

—Dame la mano —pidió Dana—. Si por la noche me llevan, lo notarás, y podrás gritar. Nadie me oiría. Pero al coger su mano sentí cierto alivio.

Como no podía dormir, y notaba que Dana tampoco, le pregunté por la sirena de la puerta:

—¿La sirena es Lala Mansur?

—Supongo que sí. Es muy conocida en la zona. Y ahora están poniendo esculturas de ella por toda la ciudad.

—¿Por qué? ¿Es la esposa de Melkarth?

—¡No! Hace muchos siglos fue la reina de la ciudad y en realidad de todo el Mediterráneo. Se la conocía como la reina del Séptimo Mar. Regía con mano de hierro un ejército de sirenas que dominaban estas aguas. Auténticas guerreras que sabían utilizar todo tipo de armas. Ella era especialista en el tiro con arco. Gracias a Lala Mansur, los literatos antiguos escribieron sobre nosotras. ¿Conoces a Homero?

—El de Ulises y Troya... Me suena —contesté.

¿Entraría aquel autor en las lecturas obligatorias de Lorelei? Ya me daba igual.

—Aquellas sirenas vivían solas, sin tritones. Así que seducían a incautos marineros con su armonioso canto. Cuando ellos se asomaban a la superficie del agua para verlas, ellas los arrastraban a las profundidades. Cuando nacían sirenas, se quedaban con ellas; cuando eran tritones, los abandonaban en las playas. ¡Y ay de aquel niño que descubriera que era un tritón y quisiera regresar al mar!

Las palabras de Dana sobre aquellas historias antiguas provocaban en mi interior un efecto sanador, como un bálsamo que me hacía olvidar la angustia de las últimas horas.

—Cuenta Homero en su libro *La Odisea* que el héroe Ulises cuando regresaba a su casa en Ítaca de la guerra de Troya pasó con su barco cerca de aquellas sirenas. Según una antigua profecía, el día que un hombre escuchase su canto sin precipitarse en el mar, morirían. Así que Ulises hizo colocarse a todos sus hombres tapones de cera en los oídos, y ordenó que lo atasen al palo mayor del barco, y que no lo soltasen aunque lo pidiera entre gritos y sollozos.

—¿Y? —pregunté interesada.

—Ulises lo consiguió y aquellas sirenas murieron. Todas menos tres que habían salido a una playa a abandonar a un tritón recién nacido. Una de ellas era Lala Mansur, su reina. Regresaron al mar pensando que podrían crear de nuevo un ejército de sirenas. Pero la noticia de su derrota había llegado a oídos de los tritones a los que habían obligado a vivir en tierra y entraron en el mar para enfrentarse con ellas. Mansur tuvo que retirarse aquí a la ciudad de Uharu, donde la obligaron a firmar un pacto de no agresión con los tritones. ¿Te aburro?

—¡No! —contesté, relajada y al borde del sueño.

—Lala fue ganando en poder y fama. Y volvió a extender sus tentáculos por todo el Mediterráneo. Su odio hacia los humanos creció y comenzaron a atacar barcos por el solo placer de asesinar a los navegantes. No hay guerra ni batalla en este mar en la que no hubiera sirenas preparadas para recibir y matar a los soldados que caían por la borda. Salamina, Accio, Lepanto, Aboukir...

—¿Pero cuántos años vivió aquella sirena?!

—Ni se sabe. Parecía eterna.

—¿Y cuándo murió?

—Desapareció en la Primera Rebelión de Leviatán, cuando este mató a los últimos reyes del mar, Albión y Tetis.

—Hace doscientos años.

—Exacto. Desde entonces, algunos aseguran haber visto a Lala Mansur en todos los mares del mundo, desde el mar Negro hasta el mar del Diablo. Pero no se sabe si vive y dónde —explicó Dana.

—¿Y por qué ahora ponen esculturas de ella? ¿No quieren que todas las sirenas se queden en sus casas? No lo entiendo.

—Yo tampoco, la verdad —dijo. Y luego añadió:

—Ainé, ¿ni se te ocurra soñar con Bad! ¿Me has oído?

Ainé no contestó.

—Mañana regresamos a casa y todo irá bien —le dije—. *Huyamos juntas a los mares tropicales...*

—*Con las ballenas y los corales* —contestó Dana.

Cuando nos despertamos, habían dejado unos corpiños dentro de la habitación junto a la puerta. Jamás había visto una ropa marina tan bella. Cogí uno que parecía haber sido tejido con hilo de oro en el que habían insertado perlas rosas.

—¡Qué hermoso! —exclamó Ainé, entusiasmada, con otro en la mano cuajado de zafiros.

—¡Yo de aquí no me llevo nada! —dijo Dana, lanzando uno de los corpiños contra la pared—. Solo malos recuerdos. Jamás podré mirar a una orca sin sentirme una asesina.

Ni yo tampoco, pensé.

—No los han dejado para que nos los llevemos —dijo Ainé con una sonrisa falsa—. Es una invitación.

Pensé que sería agradable acudir a una fiesta así vestida y con Ceix al lado.

Enseguida se abrió la puerta y entró Ceix.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó.

—¡Fatal! ¡Vámonos! —exclamó Dana—. No queremos desayunar con Bad. ¿Qué ha preparado? ¿Un cachalote?

Ceix me guiñó un ojo y nos dio varias caballas.

—Os quiero enseñar el palacio antes de que os marchéis. Regresaréis con una caravana de comerciantes que sale de aquí hoy hacia Cartago Nova.

Ceix conocía bien el palacio. Nos guio con soltura por los pasillos, corredores y estancias. Nadaba siempre a mi lado, como un príncipe enseñando sus posesiones.

Pero aquel palacio me resultaba frío, como los ojos grises de su regidor.

En el patio habían desaparecido los paquetes del día anterior, pero se preparaba la fiesta de la noche. Del techo emplomado habían colgado un estrado, desde donde hablarían las autoridades.

No se veía ni rastro de los integrantes de la caravana en la que debíamos regresar a casa.

Aproveché para fijarme en las puertas de salida al exterior. Todas guardadas por

tritones.

Nos disponíamos a regresar a nuestra habitación, cuando uno de los tritones armados se acercó a Ceix.

—Me anuncian que la caravana retrasa su partida. No creo que tengáis que esperar mucho.

—Hasta la fiesta de esta noche. No somos tontas. Nos habéis dejado los trajes dentro de la habitación —dijo Dana, que comenzaba a enfadarse de nuevo—. ¡Una habitación sin picaporte!

Ceix, como si no la hubiera entendido, hizo ademán de conducirnos de nuevo arriba.

—Podéis esperar tranquilas. Yo os aviso —dijo.

—¡Nos vamos ahora mismo a casa! —anuncié sin moverme del vestíbulo.

Si debía elegir entre el tritón de mis sueños y sus mentiras, y mi libertad, prefería lo segundo.

—¿Cómo? —preguntó Ceix aún sonriendo.

—Lo que has oído. No nos engañáis. Aquí no se prepara ninguna caravana.

A Ceix se le congeló la sonrisa.

—¡Stella, no esperaba esto de ti! ¡Aún no hemos hablado! —dijo con tono de reproche.

—Has tenido tiempo para ello. Te he estado esperando.

—¿Hablar de qué?, preguntó Dana. Pero, como no recibió contestación, añadió—: Stella tiene razón: ¡Regresamos a casa!

Dana cogió a Ainé del brazo y tiró de ella hacia la puerta. Pero Ainé se soltó con un manotazo y dijo:

—Yo hoy no me voy.

Las dos nos giramos asombradas.

—En la fiesta de esta noche se anunciará mi compromiso con Bad. No hay vuelta atrás.

Dana abrió los ojos.

—¡No! ¡No lo permitiré!

—Lo siento, no eres mi madre. Ya lo hemos hablado hace tiempo —contestó con firmeza.

Dana comenzó a tragar agua rápidamente. Ceix se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

—Dana, es tu oportunidad de conocer a científicos y directores de laboratorio a los que podrías vender tus investigaciones —le dijo, con una voz tan suave como falsa.

—No me interesa. Ainé, ¡recoge tus cosas! —dijo Dana.

—No. Te he dicho que no me voy. Me convertiré en la esposa del regidor de Uharu.

Crucé una mirada de duda con Dana. Bajo ninguna circunstancia podíamos dejar allí

a Ainé sola.

—Y, si te comprometes hoy, ¿te quedarás aquí? —le preguntó Dana.

—No, regreso a casa para preparar la boda y hablar con papá y mamá.

—¿Mañana? —pregunté.

—Sí.

Bastante incómoda contesté:

—Bien, nos quedamos hasta mañana. Pero yo no iré a la fiesta.

Dana afirmó con la cabeza.

Acompañamos a Ceix hasta nuestra celda-habitación.

Supuse, con dolor, que lo nuestro se había acabado. En el fondo sabía que los tritones como Ceix regalan su amor a la sirena elegida, y que esta debe agradecerlo cumpliendo con sumisión todos sus caprichos. Yo no estaba dispuesta a pagar ese precio por estar con él.

Pero, antes de entrar, Ceix se acercó a mí y, como si no hubiera ocurrido nada, me agarró de la cintura y me pidió que le acompañara.

Por fin tendría lugar esa conversación que tanto esperaba.

—¿Adónde vais? ¡Ni se os ocurra dejarme sola! —bramó Dana, clavando sus ojos en las manos de Ceix.

—A un mirador que hay aquí cerca —contestó Ceix.

—¿Qué está pasando entre vosotros dos? —oí su voz desde el pasillo.

—¡Tranquila! —contestó Ceix.

Ceix me llevó por una galería hasta una torre, por la que ascendimos. Abrió una pequeña puerta metálica y nos encontramos en un torreón circular cubierto de mármol blanco que tocaba la superficie del agua.

Con un gesto me invitó a sentarme.

Bajo un cielo encapotado veíamos parte de la ciudad terrestre, Orán, y los barcos que entraban en el puerto.

Me encontraba incómoda y sentía cierto temor a la reacción de Ceix.

—Tenía planeado traerte aquí para pedirte que me acompañaras a la fiesta. Ya veo que prefieres regresar a casa, a esa bahía mediocre, antes que aceptar lo que yo te ofrezco —dijo, mientras colocaba uno de mis mechones de pelo detrás de la oreja.

Guardé silencio.

—Stella, ¡no soporto más a esas sirenas frívolas! Necesito a mi lado alguien como tú. Eres distinta —dijo.

¿Era cierto? Lo decía con tanta convicción...

—En la fiesta me presentarán en sociedad. Y quiero presentarte conmigo. Los dos juntos... Por favor.

El sol brillaba sobre su pelo rubio.

—Ceix, aquí ocurre algo raro —dije, mirándole a los ojos—. Los Guardianes de los Hielos, Bad y esa ballena... Este lugar es peligroso.

—Yo te protegeré en la fiesta.

—Ceix, ¿me estás pidiendo solo que te acompañe a la fiesta o algo más? Creo que nos estamos precipitando.

—Tú decides si quieres algo más.

Aquella contestación era un sueño para mí. Dejaría de ser la sirena varada en la bahía para conocer otros horizontes.

—No me gusta que me mientan, que me manipulen —dije, antes de caer de nuevo en su embrujo plateado.

—Stella, estaba desesperado por conseguirte.

Ceix me agarró por las muñecas y me empujó contra la pared. Tenía los ojos fijos en mi cuello.

—Stella, te necesito. ¿Cómo quieres que te lo diga?

Intenté soltarme, pero en realidad me gustaba estar allí con él.

—¡Jamás vuelvas a engañarme! —quise decir, pero en ese momento acercó sus labios a mi cuello, y lo rozó.

—Tú y yo para siempre —susurró, tocando con sus dedos el pelo de mi nuca.

—Iré contigo a la fiesta —dije—. Pero no necesito a nadie que me proteja.

—¡Nooooo! —gritó Dana moviendo sus rizos rojos cuando regresé y le dije que acompañaría a Ceix a la fiesta.

—Stella, no conoces a mi hermano... ¿Qué te ha dicho? ¿Lo haces por despecho hacia Pau? ¿Has caído en su red? Todas acaban malheridas...

—No sé lo que ha ocurrido —contesté—. Pero es imparable.

Me gustaba tanto Ceix que, a pesar de sus mentiras, le acompañaría a la fiesta o al fin del mundo. Después en casa, con la cabeza fría, pensaría en lo que estaba ocurriendo.

Dana gruñó.

Pasamos la tarde en la habitación aburridas, como si en aquel palacio nos hubieran olvidado.

Oíamos desde nuestra habitación sin ventanas un ruido extraño fuera, como de arponazos. Lo acompañaban risas de tritones. Creí escuchar la voz de Ceix. Pero no supe si era mi imaginación. En mi cabeza solo tenía su imagen. Y solo deseaba estar con él.

Poco antes del banquete, nos vestimos y vinieron tres sirenas a peinarnos y pintarnos. También traían en unos estuches joyas que conjuntaban con nuestra ropa. Les hablamos, pero ninguna contestaba.

—Seguro que para protegerlas les arrancan la lengua —me susurró Dana, estirándose la ropa—. Parece que voy disfrazada...

Me puse el corpiño plateado cuajado de zafiros. De mi cuello colgaba un collar también de zafiros y diamantes a conjunto con mis pendientes. No dejé que la sirena me deshiciera el peinado, pero sí adornó mi recogido con unas horquillas rematadas también con piedras azules.

Enseguida el hilo de oro comenzó a picarme, así que me puse debajo mi corpiño viejo.

Cuando Ceix vino a buscarme, comencé a sentirme nerviosa y de nuevo noté aquel mareo extraño. ¿Sería el antídoto antimedusas?

Ceix nadó a mi alrededor observándome, como si yo fuera un regalo de cumpleaños.

—¡Estás tan guapa! ¡Qué hermoso colgante!

Sentí alegría y orgullo de ser presentada y presentar a Ceix en sociedad. Todas me envidiarían y podría demostrar que era una sirena normal, alguien digno de ser querido. No me daba cuenta de que aquella alegría y aquel orgullo se desintegrarían como una boya de colores varada en cualquier playa, rodeada de restos de algas y basura.

Nos dirigimos a la fiesta, que se celebraría en el patio cubierto.

Antes de llegar a él, descubrí por una ventana el origen del sonido como de arponazos. Decenas de guardaespaldas y algunos tritones, de pelo rubio, seguramente de la comitiva de los Guardianes de los Hielos, disparaban por orden contra los restos de la

orca que Bad había rajado la noche anterior.

Aparté la cara con asco y un profundo sentimiento de culpabilidad.

—Practican puntería —explicó Ceix, al notarlo.

—¿No podrían practicar disparando a una lata vieja?

—Esa ballena ya no servía para nada.

Sobre ellos nadaban en círculo tiburones, esperando que dejaran sus horribles prácticas para acabar con los restos de la ballena.

—¿No hay habitantes necesitados de comida en esta ciudad, pobres o enfermos? —pregunté.

—No sufras por eso ahora —contestó pellizcándose en la barbilla—. No necesitamos mezclarnos con débiles y tarados.

Descendimos, seguidos de Ainé y Dana, hasta el patio al que ya entraban los invitados.

Yo esperaba que todas las sirenas se girarían para envidiarme, pero allí no había sirenas, solo tritones y la mayoría, de edad avanzada.

Entre ellos destacaban los Centinelas de los Hielos, de pelo rubio casi blanco y de complexión atlética. Seguían las órdenes de Oegir, un tritón con la mayor envergadura que había visto en mi vida. Parecía un gigante.

—Hoy es un día muy importante para nosotros —me explicó Ceix, señalando a los invitados—. Estos tritones nos conocerán como lo que realmente somos.

—¿Y qué somos?

—Ahora, nada. Pero seremos los amos del universo. Tú y yo —contestó apretando mi mano.

Las palabras me sonaron muy pretenciosas, pero las atribuí a las de un enamorado.

—¿Qué hacen aquí los Centinelas de los Hielos? —pregunté.

—Negocios necesarios para el buen funcionamiento de un estado —contestó, como si ya fuera un estudiante de ciencias políticas—. No te preocupes por ello. Para pensar ya estamos los expertos.

—Espero que no hables en serio.

Rodeó mi cintura con su brazo y guardó silencio.

Pasó un camarero con una barra roja de coral de la que colgaban serpientes marinas muertas. Por sus colores llamativos, azul y amarillo brillante, deduje que eran de Papúa. En la otra mano sujetaba una bandeja de ostras. Ceix cogió una y me la pasó. Me la comí a pesar de no tener hambre.

Un tritón desde la parte superior del patio hizo una seña a Ceix. Este se disculpó y me dejó con Dana y Ainé. No sin antes recordarme:

—El discurso de Melkarth será sublime, te buscaré para escucharlo juntos. Aún tengo otro pequeño favor que pedirte —dijo sujetándose la barbilla.

Yo sentí que el corazón me daba un vuelco. No sabía si de alegría o de confusión.

Cuando subió, me di cuenta de que figuras oscuras se movían encima de la cristalera de colores y dejaban ver su sombra sobre nosotros.

—¡Eh! ¡Ahí está Cástor! —exclamó Dana.

—¿Cástor?

—El periodista que informó del asesinato del gobernador —susurró—. Quizá no lo recuerdes pero estuvo en la fiesta de despedida de Calipso y en su funeral.

Solo me acordaba de la cara de asco con la que me había mirado. Como si yo hubiera sido la culpable de la muerte de mi maestra.

—Tengo la impresión de que en esta ciudad Melkarth está de adorno enfrascado en sus estudios, que Bad ha conseguido todo el poder del Mediterráneo y que quiere algo de los centinelas. Voy a hablar con Cástor y que me lo aclare —dijo, alejándose hacia la masa de tritones que nos rodeaban.

Me quedé sola sin saber qué hacer, envuelta en un torbellino de emociones.

De pronto saltó desde la puerta, como en una explosión, una sirena tan gorda como enfadada. El pelo negro y rizado le flotaba alrededor de la cabeza como un meteorito. Los guardias intentaban evitar que entrara, pero ella se resistía golpeándolos con sus brazos rollizos. Se hizo un silencio entre los invitados.

—¡Nadie me toca! —gritó—. ¡Yo era la rectora de la universidad hasta que llegaron estos delegados! ¡Ahora me han encerrado! ¡Por ser una sirena! ¡No necesito que nadie me proteja de nada!

Tres guardias comenzaron a empujarla hasta la entrada.

—¡Este es el hundimiento de nuestra civilización! ¡Y esos son los bárbaros que nos van a invadir! —bramó señalando a los Centinelas de los Hielos, antes de desaparecer, entre gritos y balbuceos.

—Esto es increíble, alguien tiene que acabar con ello —musitó un tritón de barba blanca a mi lado.

No sabía si estaba a favor de las sirenas o en contra de la antigua rectora.

Le miré con gesto de interrogación.

—Joven, ¡huya de aquí! —añadió en un susurro, como si no hablara conmigo.

—¿Qué?

—Te encerrarán como a las demás. Y quizá a nosotros también. Somos los únicos que nos oponemos a las medidas de seguridad de Bad y Melkarth.

—Yo no soy de esta ciudad.

—Da igual. Todas estáis en peligro en el Mediterráneo —contestó. Y se alejó.

Comencé a mirar a mi alrededor y a sentirme perdida en aquella fiesta, como si me hundiera en una fosa abisal.

En ese momento, Bad entró en el patio rodeado de guardaespaldas, y llamó a Ainé,

que se acercó a él. La exhibía como un trofeo de caza, pero le mostraba cierta indiferencia, como el que ya ha conseguido una pieza de la que se ha encaprichado y no le da ningún valor. Llevaba de nuevo el pelo adornado con aquellas pinzas de cangrejo tan ridículas.

Oegir, el guardián de los hielos, se acercó a él y comenzaron a hablar con entusiasmo, dejando a Ainé de lado.

Mientras, los camareros repartían tanta comida, que ni en un mes nos la podríamos haber acabado. Dos de ellos pasaron a mi lado sujetando con precaución un cangrejo araña japonés. Nunca había visto uno vivo, así que me acerqué a ellos. Observaba con interés al cangrejo más grande del mundo, que se agitaba intentando zafarse de sus captores, cuando uno de los camareros le arrancó una pata y me la ofreció. La extremidad todavía se movía y sin darme cuenta la agarré.

—¡La carne es deliciosa! —dijo, y continuaron su camino.

Con aquella pata en la mano y rodeada de tritones a los que no conocía, me sentí de nuevo mareada. Busqué a Ceix con la mirada pero no lo encontré. Así que subí hasta una de las galerías superiores.

Necesitaba estar un momento a solas para intentar comprender lo que me estaba ocurriendo.

Nadé aturdida a lo largo de un corredor hasta que encontré una hornacina en una pared con una escultura de Neptuno, donde me apoyé.

Intenté relajarme.

Poco después salí al pasillo para volver a la fiesta, pero me di cuenta de que me había perdido. Regresaba a la escultura una y otra vez pero no encontraba la manera de alcanzar la fiesta ni nuestra habitación, y me sentía cada vez peor. ¿Sería el antídoto contra el veneno de medusa?

Me detuve a tomar agua y me apoyé en una de las paredes, en algo parecido a un saliente. Lo empujé y se abrió una puerta.

Caí en la tiniebla y en un mareo profundo.

Cuando me desperté, me encontraba en un lugar oscuro y oía de fondo susurros y respiraciones. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, y entonces descubrí que no me hallaba sola.

A ambos lados de la habitación, de paredes negras de piedra, se encontraban sirenas inmóviles, que parecían dormir.

—¿Quiénes sois? —pregunté—. Me he perdido.

—Estás realmente perdida. En todos los sentidos de la palabra —contestó una voz de sirena joven con un fuerte acento de la Otra Costa.

A su lado yacía la pata de cangrejo japonés. Me acerqué para cogerlo, pero ella lo sujetó con fuerza. Supuse que tendría hambre.

—¿Esta es la comida de la fiesta de hoy? —preguntó señalándolo.

—Sí.

—Con estas pinzas los cangrejos araña inyectan anticoagulante a sus predadores. ¿Las has chupado? Son peligrosas.

—Ah, ¿trabajáis aquí? —pregunté nerviosa, cogiendo de nuevo la pata.

Silencio.

—¿Me podéis indicar cómo regresar a la cena del patio de entrada? —insistí.

—Yo que tú, no lo haría.

—¿Por?

—¿No hay un guardia fuera?

—No.

—¿Has cerrado la puerta? No se abre desde dentro –dijo la voz.

—Creo que la dejé entornada.

De pronto se encendió una luz a mi lado. Y pude comprobar que aquellas sirenas estaban atadas a la pared negra con largas cadenas. Eran diez. La mitad dormitaba y la otra mitad con los ojos abiertos miraban al infinito, como trastornadas.

Una joven morena de pelo largo, la única que parecía más despierta, era la que me contestaba.

Me recordó a la cárcel de Gormax en la que habíamos pasado el verano anterior y me estremecí.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois?

—¿Y tú? –preguntó en un susurro.

Acercó la luz hacia mi ropa y la observó.

—He venido con las hermanas de Ceix a acompañarle.

—¿Ceix? –preguntó, y su mirada se detuvo en una sirena tumbada en una esquina. No se movía, parecía muerta.

—¿Os quedáis en el palacio? –insistió—. Ya os habrá propuesto Bad matrimonio a alguna.

—Sí, ha pedido en compromiso a una amiga. ¿Por qué?

Pensé en Ainé, caída como fruta madura.

—Nosotras somos las esposas de Bad.

Silencio.

—¿Todas esposas de Bad?

—Sí. Marchaos cuanto antes si no queréis acabar aquí.

Una de las sirenas se agitó con un escalofrío.

Me acerqué un poco más a la sirena joven.

—¿Cuánto llevas encerrada?

—Yo llegué la última hace tres meses, pero algunas llevan años –contestó indicando a una sirena inerte en un rincón—. Me llamo Zohra.

—Yo, Stella, ¿no salís?

—No, lo tenemos prohibido. Perdimos nuestros derechos cuando nos casamos con Bad: le pertenecemos. Dice que aquí nos protege.

—¿Cómo puedo sacaros de este lugar?

—Las llaves se encuentran en el despacho de Bad. Pero su guardia nos atrapará. Desde hace una semana no han parado de llegar tritones nuevos. Parece una milicia. Muchas sirenas, que ya no están aquí, intentaron escapar antes.

—Quizá con la fiesta...

La sirena pareció dudar y luego dijo:

—Sigue el pasillo hasta la última puerta. La llave está en un cajón de la pared. Si te atrapa, con suerte te convertirás en una de nosotras, sin ella...

Me asomé al corredor desierto y nadé hasta la puerta del fondo, que abrí. Era una estancia grande de piedra. A la izquierda yacía un ancla de hierro tan grande que llegaba hasta el techo. En medio descansaba una piedra a modo de mesa, sobre la que apoyé la pinza del cangrejo, y detrás de ella, la pared estaba cubierta de una estantería de piedra con cajones. Conté unos trece. Empezaría a mirarlos por arriba e iría descendiendo hasta encontrar la llave.

Podía haberle preguntado a Zohra el aspecto de la llave y del cajón. Pero quizá ella nunca lo había visto.

A mi derecha a través de un ventanal se veía toda la ciudad. Recé para que a nadie se le ocurriera nadar por delante.

Había abierto cuatro cajones, cuando oí ruido de voces en el pasillo. Se acercaban al despacho, así que me escondí detrás del ancla y me aplasté contra el suelo.

Eran Bad y Melkarth.

Melkarth llevaba su curioso peinado con cuatro pelos grises que se cruzaban de un extremo a otro de la cabeza. Cruzado mágico, lo llamaba Dana. Nadaba muy erguido, como dándose importancia.

—Espero que haya tenido hoy tiempo suficiente para profundizar en sus importantes estudios —dijo Bad adulador—. Sabe que yo le ayudaré en los asuntos de estado siempre que lo necesite.

—Y estoy muy agradecido —contestó Melkarth con autosuficiencia.

—Déjelo todo en mis manos.

—No encontraría otras mejores.

Bad le tendió unas placas de piedra negra.

—Tengo aquí preparado el discurso de apertura de curso —dijo Bad.

—Estupendo como siempre, ¿cuánto dura?

—Unos diez minutos —contestó Bad—. Ya está todo listo para después. Para la hora de la verdad.

De nuevo Bad hablaba como un profeta de pacotilla. Miré mi collar para saber si me encontraba en peligro, pero recordé que se lo había prestado a Ceix antes de salir. Solo me quedaban los zafiros. Más hermosos pero inútiles.

—Como nos insistió Lala, ya hemos conseguido el apoyo de los guardianes. Tras la fiesta se pactará la alianza de ayuda. Primero en el Mediterráneo y después en todos los mares y océanos —explicó Bad con gesto arrogante.

En ese momento, el regidor cogió la pinza del cangrejo y la levantó observándola detenidamente.

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó, mirando con desconfianza a su alrededor.

Yo me pegué más al suelo frío.

Melkarth hizo un gesto indiferente al no entender lo que le decía.

—¿Falta alguno de los invitados importantes? —preguntó Melkarth.

Bad dejó la pinza y añadió con entusiasmo:

—No. Hoy por fin entenderán que Leviatán no necesita las inteligencias que hemos reunido esta noche en nuestro palacio. ¡Leviatán solo desea nuestra sumisión! Cuando

acabemos con ellos, dejarán de quejarse y de denunciar nuestros métodos. Y podremos por fin comenzar con el nuevo poder.

—¿Hay suficientes armas para todos los tritones que nos ayudan? —preguntó Melkarth.

—Sí.

—¿Y el resto de ciudades?

—Preparadas. Será un golpe conjunto. Solo hemos tenido problemas con Atenas.

—¿Atenas? —preguntó Melkarth con desdén.

—Sí, su regidor se negaba a seguir nuestras órdenes. Hemos mandado un escuadrón de la muerte esta mañana.

Melkarth le observó unos segundos.

—Entiendo. ¿Tenéis ya la llave de Stella para liberar a Leviatán? —preguntó Melkarth.

—No la lleva colgada al cuello, pero Ceix está a punto de conseguirla. No hay sirena que se le resista. Y esta ya ha caído: dos piropos y se ha derretido como medusa al sol —explicó. Y soltó una carcajada hueca—. Ceix será un jefe de escuadrón perfecto. Se lo ha ganado. También la distrajo mientras inspeccionábamos su casa.

—¿Y?

—En su casa no encontramos los planos de Xiro, la jaula de Leviatán. Nuestra única esperanza es la llave.

—¿Y después? ¿Qué hará Ceix con ella? —preguntó Melkarth.

Se hizo un silencio en la habitación.

Comenzó a faltarme la respiración. Necesitaba llenar mis pulmones de aire. Pero me apreté más contra el suelo.

—Comprendo —dijo Melkarth.

—Cuando consigamos la Capa de Niebla, y conquistemos también la tierra, acabaremos con su familia terrestre. No quedará nadie que la haya conocido. Jamás habrá existido.

—Stella y su llave: el mayor error de los Tres Sabios —dijo Melkarth—. Por cierto, muy buena idea la de envenenar a Melusina y a sus hermanos.

—Fue una ocurrencia de Ceix —contestó Bad—. Su familia aún confía en él. Le advertí que todavía no los matase, que pareciera una simple indigestión.

Necesitaba salir de allí cuanto antes. Me agarré con una mano al ancla, en la que leí:
Nuestra Señora de las Maravillas, año del Señor 1656.

Se acercaron a la puerta.

—Entonces anunciarás tu compromiso con la hermana de Ceix justo antes del discurso. ¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo, la verdad. Y la encuentro algo simple. Pero no puedo evitarlo,

cuando me encapricho de una sirena, no la dejo escapar.

—Tú verás, mientras que no moleste —dijo Melkarth cerrando la puerta tras de sí.

—Ya me aseguro yo de ello, como con las demás —contestó sonriendo y llevándose la pinza en la mano.

Antes de salir, se detuvo en la puerta y echó una mirada desconfiada al interior de la sala.

El mareo había desaparecido y me sentía totalmente despierta, pero el corazón me palpitaba hasta casi reventar. Debíamos huir de allí cuanto antes y regresar a casa. Melusina sabría cómo actuar y avisar al gobernador de los mares, si vivía, e incluso a los Tres Sabios.

Hundiría a Ceix en lo más profundo de las fosas Marianas.

Cuando me disponía a salir, me acordé de Zohra y el resto de mujeres de Bad. Debía liberarlas primero de las garras de aquel escualo infame. Después buscaría a Ainé.

Pero ayudarlas me traería muchos problemas, pensé, quizá se escaparían antes de que nosotras consiguiéramos huir, y Bad nos encerraría como a ellas. O provocarían un revuelo en el palacio que llevaría a un aumento de seguridad y cerrarían todas las puertas de salida. En el fondo, ellas estaban acostumbradas a estar allí con Bad y sus dientes verdes picudos. Era su marido.

Me dispuse a escapar cuanto antes por la puerta y olvidarlas.

Como a aquella ballena.

La orca embarazada.

Me detuve.

Recordé a Ceix, aquel tritón por el que había estado dispuesta a dejarlo todo y me había traicionado tratándome como a basura. Como habían tratado y engañado a aquellas sirenas.

¡Moriríamos todas o ninguna!

Me acerqué a los cajones y comencé a buscar las llaves. Me temblaba todo el cuerpo.

Encontraba decenas de objetos en aquellos cajones, menos llaves. Quizá las había guardado Bad en otro lugar.

Saqué dos cajas de piedra de vistosos colores e intenté abrirlas. Estaban cerradas y los objetos de su interior sonaban a metal.

Así que las cogí y me dirigí al ancla: Nuestra Señora de las Maravillas debía hacer un milagro.

Con todas mis fuerzas las lancé contra el hierro.

La primera caja solo contenía unos eslabones de cadena antiguos, y la otra sonó tan

fuerte al golpearla, que me detuve asustada. Aquel ruido debía de haberse oído desde el salón de la fiesta. Pero nada se movió en el pasillo.

La golpeé de nuevo reuniendo la rabia que sentía contra Ceix y su traición. Por fin se abrió y saqué dos manojos de llaves.

Zohra podía probarlas todas mientras yo regresaba a la fiesta, antes de que nos mataran.

La joven sirena recibió el manajo de llaves como si se tratara de kril en boca de ballena hambrienta.

—No había más llaves —le expliqué—. Me tengo que marchar, creo que van a acabar con todos los que estamos en la fiesta.

—¿A quiénes han invitado?

—Científicos, profesores, gente de cultura.

La sirena torció el gesto y me explicó cómo regresar.

—Ten mucho cuidado, huye cuando se te presente la ocasión, y gracias —contestó Zohra, soltando sus ataduras—. Nos veremos.

Salí despacio de la habitación y seguí las instrucciones de Zohra hasta que alcancé el patio.

Bad, apoyado en la estructura que caía del techo, similar a un atril, anunciaba su compromiso con Ainé, que se encontraba a su lado aplaudiendo. No sabía lo que la esperaba. Y en ese momento yo tenía en mi mano también la llave de su libertad.

Detrás se encontraban los Guardianes de los Hielos, como gigantes blancos.

Busqué primero a Ceix, pero había desaparecido. Y poco después descubrí a Dana que continuaba hablando con Cástor. Me situé en la zona más cercana a la puerta y le hice una señal para que descendiese. Me encontraba tan nerviosa que hubiera gritado, pero debía pasar desapercibida.

Melkarth, con gesto de dios todopoderoso, sustituyó a Bad y comenzó el discurso, mientras el auditorio guardaba un serio silencio.

—¡Mis queridos tritones de Uharu y los alrededores! El gran momento de la decisión ha llegado.

—Pero ¿dónde estabas? —preguntó Dana—. Acabo de conocer a un profesor de física cuántica interesantísimo.

—Dana, debemos huir.

—¿Qué dices? Cástor ya me ha presentado al dueño de unos laboratorios.

—He oído hablar a Bad y Melkarth. Nos han reunido aquí para matarnos a todos. Como a la orca —expliqué pasándome el índice por el cuello.

—En los últimos tiempos llegan hasta nosotros noticias de ataques de humanos a nuestros animales, a nuestro mar, a nuestros hermanos...

—Tenemos que avisar a Ceix, a Ainé y a Cástor —contestó.

—Un mundo de enemigos se alza contra nosotros, y los tritones debemos decidir si queremos permanecer como esclavos de los hombres o convertirnos en soldados y luchar contra la ignominia...

—Yo buscaré a Ainé, y tú a Cástor —expliqué—. Nos encontraremos aquí antes de que dentro de diez minutos se acabe el discurso. ¡Rápido!

—El que quiera nadar por el dorado camino de la mediocridad y la debilidad debe renunciar a la consecución de grandes y altas metas...

Era difícil pasar desapercibida con aquella ropa entre aquellos tritones que

escuchaban en silencio al delegado del Mediterráneo.

—*¡Vosotros vivís y enseñáis a los jóvenes desde vuestras cátedras bajo el signo de la mediocridad y la tibieza!*

Vi cómo Bad se despedía con un beso de Ainé y desaparecía seguido de sus guardaespaldas.

—*En vuestras universidades y centros de estudios no se enseña el espíritu de victoria, el espíritu que purifique nuestro mundo marino, que limpie nuestros mares de tolerancia hacia los humanos...*

Ainé se quedó sola y comenzó a buscarnos, momento que aproveché para situarme a su lado.

—Ainé, tenemos que marcharnos ya. Nuestra vida corre peligro.

—¡Ah, no! Me voy a convertir en la esposa de Bad. Yo no me voy.

—*¡Nuestro espíritu de victoria será enarbolado en todos los mares el día que llegue la liberación de nuestro pueblo!*

Le agarré la cara, intentando no apretar demasiado.

—¡Mírame a los ojos y escucha: Bad tiene diez sirenas más!

Alguien chistó a nuestro lado para que nos calláramos.

—Esos son bulos de la gente que no quiere a Bad como regidor. Yo le apoyaré.

—Nademos hacia abajo —propuse—. Y así me puedes aflojar un poco el corpiño que me aprieta. Y el rímel se me ha corrido.

—¿Y si me busca?

—El amor te alcanzará —contesté como en una telenovela.

—*¡Para llegar a ser libre se requiere orgullo, voluntad, fortaleza, odio y más odio!*

Un murmullo se levantó entre los profesores. Pero Melkarth levantó también una mano y todos callaron.

Descendimos hasta el lugar en el que había quedado con Dana. No habían regresado ninguno de los dos, que hablaban en la parte superior de la fiesta.

Comencé a sentirme tan nerviosa, que temí perder el control.

—¿Quieres que te afloje el corpiño o no? —preguntó Ainé.

—Espera un momento —contesté, y palidecí cuando vi cómo, a través de la puerta por la que queríamos salir, entraban decenas de tritones armados. Llevaban la cabeza tapada por una capucha gris con un rayo negro en la frente.

Ya había visto antes la capucha. Miembros de escuadrones de la muerte. El año anterior me atacó uno de ellos.

Ceix me salvó.

¿Me salvó?

—*Estoy convencido de que debemos actuar ahora, si no queremos llegar demasiado tarde...*

Los tritones de las capuchas comenzaron a colocarse alrededor de las paredes de los tres pisos.

—*Hoy debemos examinarnos y extirpar entre nosotros los elementos que se han transformado en dañinos y críticos, y que por lo tanto no encuentran sitio en nuestros mares. Es mi deseo y voluntad que el poder marino domine por siglos sobre los humanos. ¡Y seremos felices al saber que ese futuro glorioso nos pertenece!*

Bad entró de nuevo colocándose junto a Melkarth. Llevaba una escopeta de arpones de aire comprimido a la espalda y de su mano colgaba aún mi pinza de cangrejo.

Tiré de Ainé hacia un rincón.

Detrás de él apareció Ceix, también armado. Sentí que me faltaban las fuerzas cuando noté que me buscaba con la mirada.

Esto sí que era una traición. Plateada traición...

Dana descendió sola.

—Cástor dice que quiere ver todo con sus propios ojos para luego contarlo.

—¡Agáchate! —le dije, empujando a las dos contra la pared.

—*Nuestro gobierno no tolerará a elementos instigadores que ataquen su poder y los someterá al imperio de la ley. Aprobaremos una ley inmisericorde con la crítica y la defección. Un castigo ejemplarizante que se impartirá el día de la venganza...*

Melkarth levantó la mano y, tras una pausa teatral, concluyó con un grito:

—*¡Y el día de la venganza es hoy...!*

La sala quedó en silencio. Un silencio incómodo.

Y poco después comenzó a oírse un susurro de protesta, que se convirtió en un alboroto de voces.

Ceix se movía en círculos, buscándonos. No tardaría mucho en encontrarnos.

—¿Alguien no está de acuerdo? —bramó Bad, y con un gesto violento, agarró a un tritón que se encontraba a su lado.

Los tritones fijaron sus ojos en el regidor, que parecía fuera de sí.

—¿Tú eres Nauplio de Falcon? Nauplio, el mayor conocedor de la historia de este mar. Aún recuerdo tu carta de denuncia cuando destituimos a la rectora. ¿Para qué necesitamos tus conocimientos? ¿Para qué necesitamos la historia?

Puso su escopeta en la nuca y disparó.

El sonido del arpón resonó en la sala.

Después lo dejó caer hacia el suelo.

El silencio se hizo mayor que antes mientras Bad buscaba con sus ojos grises de víbora su próxima víctima.

De pronto se oyó una voz que salía desde un extremo del patio. Era el anciano con barba blanca que me había aconsejado que me marchara.

—¡Dictadores! —gritó, acercándose—. ¡Asesino! ¡Liberad a las sirenas!

Comenzaron a oírse voces airadas, gritos y quejas.

Bad se acercó rápidamente al viejo e intentó agarrarle los brazos por detrás.

Pero el tritón se revolvió y le quitó la pata de cangrejo de la mano. Se dirigió a Bad dispuesto a clavársela. Entonces, cuando la extremidad estaba a punto de atravesarle, Bad sujetó a Melkarth con rapidez, y lo usó como escudo, poniéndolo delante de su torso.

La pata se clavó en el pecho de Melkarth, el delegado de gobernación.

Bad, con indiferencia, también lo dejó caer.

Empuñó la pistola y disparó hacia la cabeza del anciano de barba blanca.

—A mí no me replica nadie —dijo.

De nuevo se hizo el silencio.

El viejo tritón se hundió en el suelo poco a poco con el arpón insertado en la cabeza.

Todos los tritones de vigilancia cargaron sus pistolas.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Ainé—. ¡¿Ha matado a Melkarth?!—

—Ya te lo he dicho. Nos van a matar a todos.

No teníamos escapatoria.

—Acabo de ver a Ceix —insistió Dana—. Él no dejará que nos ocurra nada.

Bad ya había agarrado a un tercer tritón y se disponía a acabar con él.

—¿Queréis morir uno a uno o todos a la vez? —preguntó Bad.

—Yo no quiero morir tan joven —murmuró Dana—. Me moveré despacio hasta donde se encuentra Ceix para avisarle.

—¡No! —dije sujetándola con tanta fuerza que temí hacerle daño—. Bad te verá...

Nos habíamos tumbado las tres en el suelo esperando la muerte, cuando nos encontraran.

Pero el regidor disfrutaba tanto asesinando a científicos con una habilidad y un temple frío de psicópata, que nos había olvidado.

Por el momento.

Empezaron a ayudarle los tritones de los escuadrones de la muerte.

Los profesores se desplomaban uno detrás de otro, y el agua comenzó a tornarse roja.

—¿Esto es una pesadilla o es real? —murmuró Ainé.

Detrás de mí escuché un ligero chasquido.

Me giré y vi cómo una de las planchas doradas de la pared se movía. Unos segundos después apareció una cabeza de pelo moreno. Era Zohra.

—¡Por aquí! —susurró.

Movió un poco más la placa y nos metimos las tres por un pequeño agujero hasta un pasillo muy estrecho.

—Todo el palacio tiene doble fondo en las paredes —explicó en un susurro.

—Ya lo decía yo —contestó Dana, observándola con curiosidad—. ¡Espías!

—¡Seguidme!

Ainé miró hacia atrás, mientras se cerraba de nuevo la plancha metálica.

—Esta es una de las diez esposas de Bad —le dije al notar que aún dudaba.

No contestó.

—No nos podemos marchar sin Ceix —dijo Dana—. Se encuentra en la sala.

—Ceix sabe salir solo —contesté.

—¿Estás tan enamorada de él y lo abandonas?

Ahora fui yo la que guardó silencio.

Zohra nos condujo a través de angostos pasillos oscuros que subían y bajaban, hasta que llegamos a otro corredor más ancho en el que se notaba la entrada de agua fresca.

—Os dejo aquí. Solo tenéis que seguir recto y encontraréis un pequeño ventanuco con unos barrotes. La reja está sobrepuesta. Quitadla y escapad cuanto antes.

—¡Ven con nosotras! —le dije a Zohra.

—No, regreso con mi familia. No saben nada de mí desde que Bad me secuestró. No volváis a vuestra isla. Os estarán esperando —añadió.

—También tenemos allí a nuestra familia...

—Mandad un mensaje antes de que controlen las comunicaciones y los intercepten. ¡Huid lo más lejos posible! ¡Si es necesario, abandonad el mar!

Abracé a aquella sirena a la que apenas conocía y nos dirigimos hacia el final de la galería.

Al fondo veíamos una luz esperanzadora.

Pero de pronto algo pasó delante de ella tapando la claridad.

Era Ceix.

Venía armado.

Aparté la cabeza hacia un lado. Me asqueaba.

—¿Os marcháis tan pronto? Aún no ha acabado la fiesta —dijo colocándose frente a nosotras.

—¡Ceix! —exclamó Dana. Y lo abrazó sin que me diera tiempo a advertirle—. ¡Hemos pasado tanto miedo allí dentro! Bad se ha vuelto loco. ¡Ha matado a Melkarth!

Ceix no correspondió al abrazo, y se dirigió a mí. Su belleza perversa me repugnó.

—Stella, habíamos quedado, ¿no?

—Sí, pero el ambiente se ha enrarecido con la sangre, y he decidido marcharme. Quizá en otro momento.

—Aún tengo que pedirte un último favor...

—Jamás te daré la llave.

Dana me miró con asombro. Había soltado a su hermano y nos observaba sin comprender.

—Soy muy persuasivo... La conseguiré. Como logré convencerte de que me gustaba alguien como tú.

Arponazo en el corazón.

—Nunca conseguirás la llave —contesté enfadada.

—Eso es lo que tú te crees.

Con rapidez sacó un puñal de la funda del arpón, agarró a Dana del cuello y lo apretó contra él.

—No te lo repetiré dos veces: ¡dame la llave!

—Ceix, ¿qué haces? —preguntó Dana confusa.

—No te la daré.

—Primero la mataré a ella y después a Ainé.

—¡Somos tus hermanas! —exclamó Ainé.

—El poder impera sobre la sangre —contestó Ceix apretando el cuchillo—. Son sacrificios necesarios para nuestra liberación.

Descubrí en una de las paredes de la galería una pequeña piedra saliente. Me moví hacia ella.

—Antes de que te aproximes, la habré matado —insistió.

Comenzó a brotar sangre del cuello de Dana.

Cogí agua, y con un gesto rápido me agarré al saliente y le golpeé con la cola, como me había enseñado Electra.

Ceix soltó a Dana.

—¡Dana, agáchate! —grité antes de volverle a golpear.

La cabeza de Ceix impactó contra el suelo con un ruido sordo y se desvaneció.

Dana y Ainé se detuvieron con la mirada clavada en su hermano.

—¡Fuera! ¡Rápido! —dije quitando, con las manos doloridas, los hierros del ventanuco.

Salimos a la parte trasera e inferior del palacio, junto a las estancias donde se guardaban los delfines.

Cerca de allí aún se podían ver los restos de la orca. Un tiburón la despedazaba.

Nos escondimos detrás de unas algas.

—No podemos regresar a casa. ¿Adónde vamos ahora? —dijo Dana, apretándose el cuello. Su cara estaba pálida como el interior de una concha.

—A salvar a los demás —contesté—. ¡Seguidme!

Poco después habíamos alcanzado el techo de cristal del palacio.

En una de las esquinas, junto a unas esculturas que decoraban el tejado del edificio, hacían guardia dos tritones armados.

Nos escondimos detrás de una estatua de Galatea. Yo disimulaba el miedo que sentía y que me hacía temblar.

—¿Y ahora qué hacemos aquí? —preguntó Dana, mirando alrededor.

Debajo de nosotras se oían disparos y gritos.

Saqué del bolsillo de mi ropa el martillo de romper cristales.

—¡Haz cálculos! —ordené a Dana, dejándole el martillo en la mano—. Dijiste que eras capaz de romper un cristal con los ojos cerrados.

—Y tú, ¡busca una piedra o algo con lo que golpear! —mandé a Ainé, que me miraba con expresión abobada.

Me acerqué a los tritones y los golpeé por detrás. Cayeron inconscientes sobre la posidonia que cubría el suelo arenoso. No tenía palabras para agradecer a Electra que me hubiera enseñado aquel golpe.

Cuando regresé, encontré a Dana nerviosa, calculando las medidas con los dedos temblorosos de la mano.

—No sé si sabré. Debemos romper un techo trabajado para soportar la presión del agua, no la ventanilla de un coche.

—¡Rápido! Es un cubierta antigua. Fija un punto. Lo golpeamos con el martillo y luego con la piedra.

—¿Y si nos disparan desde abajo? —preguntó Ainé, que traía una roca de tamaño considerable.

—Si disparan, lo romperán ellos.

Dana puso el índice en el lugar calculado y golpeó con el martillo. La primera vez no pasó nada, y la segunda, tampoco.

—¿No veis unas pequeñas grietas, como hilos, en el cristal? —pregunté, sobre todo para animar.

—Pues no —contestó Ainé.

Cogimos la piedra, nos elevamos un metro y la lanzamos entre las tres contra la pequeña fractura.

Saltó una esquirra de milímetros y se hizo un agujero diminuto.

—¿Y si probamos con una de las estatuas? —sugirió Dana, señalando la más cercana, que representaba una sirena con un arco.

—¿Lala Mansur? —pregunté a Dana mientras la empujábamos.

—Lala Mansur, la reina del Séptimo Mar.

—Al cristal con ella —contesté, cuando la estatua comenzó a moverse.

Poco después cayó impactando la cabeza sobre el techo.

Se oyó un chasquido fuerte y todo el techo reventó estallando en miles de cristales de colores.

—¡Y ahora a batir el récord de natación! —les dije.

Nadamos rápidas alejándonos del palacio.

Pronto saldrían los profesores supervivientes. Y detrás, los tritones con sus pistolas.

Pasamos con precaución encima del tiburón, una tintorera, que daba buena cuenta de la ballena. Aún sentía miedo de los tiburones. Dana tenía una herida en el cuello y olería la sangre enseguida. O quizá entraría en la fiesta a servirse él mismo del pastel.

De pronto tuve una idea. Me quité el corpiño de zafiros y lo enganché a uno de los arneses de delfines que encontré cerca del lugar donde los guardaban. Nadé hacia el tiburón hasta situarme encima de él e introduje el corpiño en su morro. Le tapaba la boca y los ojos.

Comenzó a retorcerse y a intentar morderme. Pero el tejido era resistente y no podía abrir la boca.

—¡Agarraos fuerte! —grité—. Esperemos que vaya hacia el oeste.

La tintorera salió despedida en dirección contraria al palacio, hacia mar abierto. Nadaba a una velocidad que nosotras jamás hubiéramos alcanzado.

Yo me sujetaba del arnés, Ainé a mi cintura y Dana a la suya.

Torció hacia la izquierda y poco después cruzó el frente de Almería a Orán, la corriente por la que habíamos venido.

—Ahora hay que soltarse —explicó Dana—. En el mar de Alborán hay dos corrientes más, y no sé si este tiburón está ahora para circunferencias.

Al soltar la tintorera sentí cómo soltaba la traición y agarraba con fuerza mi libertad. Me equivocaba.

SEGUNDA PARTE

¿Alguien sabe de qué color es el dolor? ¿Gris, como las nubes de una tormenta?
¿Blanco, por su don de purificar nuestro interior? ¿O marrón, como la muerte?

¿Cuál es el mejor remedio para que cicatricen las heridas?
Heridas que con el bisturí de nuestros recuerdos abrimos una y otra vez.
¿Es la venganza el mejor bálsamo para el dolor?
¿Dejarás que te aconseje el odio?

1

Según los vastos conocimientos de Dana, en el mar de Alborán debíamos acercarnos a la Otra Costa para, cuanto antes, adentrarnos en las dos corrientes circulares, una oriental y otra occidental, que llevaban hacia el oeste, el océano y la libertad.

Poco después de soltar a la tintorera comencé a sentir debilidad, incluso física, y también cómo aumentaba la rabia en mi interior. Ceix me había utilizado, humillado y traicionado. Me preguntaba cuándo se pasó al lado oscuro, qué le había hecho cambiar tanto hasta el punto de ser capaz de envenenar a sus hermanos pequeños y a su abuela; y clavar un puñal a Dana.

Y yo me había comportado como una imbécil.

¡Oscura traición!

Sentía como si aquel frío puñal plateado se hubiera hundido en mi pecho, provocando un dolor tan fuerte, que me costaba tragar agua.

Ni siquiera podía compartir mi angustia con Dana: Ceix era su hermano. Y ella me había advertido que no me enamorara de él.

Nadábamos en silencio, como si en cualquier momento nos fuéramos a hundir en la negra profundidad, arrastradas por una piedra gris de desesperanza atada a nuestro cuello.

Ainé no había hablado desde que dejamos el palacio. Supuse que con el tiempo ya se le pasaría. Mi madre diría que estaba en proceso de maduración.

Cuando amaneció, cerca de Rusadir, la Melilla terrestre, buscamos unas cuevas donde escondernos y dormir.

Encontramos una gruta sin morena dentro, pero llena de misidáceos, unas gambas pequeñas rojas, que se movían por toda la cueva. Yo las observaba a mi alrededor como si se tratara de insidiosos mosquitos.

—¡Abre la boca! —me dijo Dana.

No tenía ni fuerzas, pero le hice caso. Tenían un sabor delicioso.

Ainé nos miraba con frialdad y mantenía un aire silencioso y distante.

Enseguida mandamos un pez-mensaje a Cueva de Lobos, avisando de lo ocurrido,

antes de que lo interceptaran.

—Siempre pueden refugiarse en la tierra –murmuró Dana, cuando el pez se alejaba.

Dana ignoraba que los tritones de Bad habían estado en mi casa. Ya sabían dónde vivía mi familia, mi madre, Pau... En cualquier momento podrían buscarlos y acabar con ellos.

Nos tumbamos en un extremo de la gruta donde no se nos podía ver desde el exterior, pero sí nos llegaban algunos rayos de sol.

—Quieren invadir la tierra. Hablaron de una capa de vapor o de bruma –añadí.

—¿La Capa de Niebla? –preguntó Dana–. Habrás oído mal...

—No. Su objetivo era la capa esa y la llave. Conseguir el poder dentro y fuera del mar.

Después conté a las dos lo que había escuchado en el despacho del palacio.

—Voy a cerrar los ojos para no ver el futuro que nos espera. Tengo la terrible impresión de que todo se desmorona. El mundo que conocemos desaparece. ¿Cómo ha crecido el mal en tan poco tiempo? –preguntó Dana. Y abrió la boca para que se le llenara de gambas.

—Porque nadie lo ha impedido –contesté–. Es como si un pulpo negro quisiera extender sus tentáculos sobre todos nosotros, pequeños misidáceos rojizos e insignificantes.

Ainé tenía la mirada perdida en el infinito. ¿Se habría quedado tonta o aún no había despertado del shock por la pérdida de su amado Bad? Solo cuando terminé de hablar, dijo:

—¿La llave? Por eso tenía tanto interés Ceix. Ya me extrañaba que se hubiera enamorado de alguien como tú.

—Gracias –contesté–. ¿Quieres que te diga lo que pienso de ti?

—No me interesa nada tu opinión sobre ningún tema. ¿Me entiendes?

Mejor que hubiera permanecido callada.

De pronto se escuchó un ruido en el exterior, como de un pez grande. Las tres, asustadas, nos quedamos quietas y en silencio, pero no se repitió.

—¿No habrá submarinistas por aquí? –susurró Dana.

—Ni idea, tú eres la experta en el mar de Alborán –contesté.

Me asomé por la entrada de la gruta, pero no descubrí nada extraño en el exterior.

—¡Experta! Por cierto, ¿sabes adónde vamos?

—No sé, al océano –contesté–. Lejos de Bad. Cuanto más rápido, mejor.

—¿Se habrán levantado Rusadir y Tamuda?

—Nos arriesgamos entrando en las ciudades. Quizá deberíamos preguntar a alguien por el camino –sugerí, y mordí una cigarra de mar, que se movía por una roca cercana.

—¿Leíste el libro que te dejó mi madre sobre las corrientes entre las Columnas de

Hércules? Intuyo que no... Son terribles. Por no hablar del Señor de los Muertos...

—¿El Señor de los Muertos? —pregunté.

—Se cuenta que en el Estrecho actúa un tritón que hunde las embarcaciones de los inmigrantes que vienen de África para quedarse con sus pertenencias.

Parpadeé con incredulidad.

—No me lo creo, no puede ser cierto —contesté.

—¿Y si lo fuera? —preguntó Dana.

—Yo en realidad tengo que regresar a casa —dijo Ainé, saliendo de su mutismo—. Quiero recuperar mi colección de ropa para las fiestas de Poseidón. Creo que saldré en una bahía que conozco por aquí cerca, en la costa de enfrente, la de la torre de piedra.

—¿Tú eres imbécil? —preguntó Dana—. Primero nos obligas a quedarnos a la fiesta de ese loco y ahora, medio desnuda, vas a recorrer cientos de kilómetros hasta llegar a casa, donde no habrá nadie, más que asesinos... Todos habrán huido... En el mejor de los casos.

—¡Ya soy mayor!

—¿Y con qué dinero viajarás? —preguntó Dana con desconfianza.

—Venderé nuestra ropa.

—La tuya. Yo no te voy a dar nada.

—Ainé, deberías continuar con nosotras hacia el océano —dije.

Ainé dudó unos instantes.

—¿Y, si cruzamos las corrientes, podríamos acercarnos a las islas Afortunadas, a San Borondón? —preguntó—. Hace muy buen tiempo y podemos vivir en sus playas. Olvidar lo ocurrido. Conocí a un tritón en Ibosim el verano pasado...

Dana se incorporó y su furia estalló.

—Te intenta asesinar tu propio hermano, ¿y te quieres ir a la playa? ¡Por favor! ¡Has estado a punto de casarte con un psicópata!

—¡Ya no hay vuelta atrás! ¡Estamos en guerra, Ainé! —continuó—. No encontraremos la paz hasta que Leviatán haya muerto.

—Leviatán es inmortal —contestó Ainé con desdén.

—¡Solo Dios es inmortal! —exclamó Dana. Y elevando una mano continuó: ¡Esta mano será la que compruebe si Leviatán puede morir! ¡El ser maligno que ha corrompido a nuestro hermano! ¡Que ha destruido nuestra vida!

Guardaba silencio mientras la escuchaba. Leviatán también había destruido años antes mi propia vida.

—¿Y nuestra familia? —continuó—. Envenenada... y desperdigada no se sabe por dónde. ¡O muertos!

Me acerqué a ella y pasé mi brazo por su hombro.

—¡Tranquila! Todos estarán bien. Tu abuela venció una vez a Leviatán. Salvará a los

demás –le dije, intentando animarla.

—¿Se encontrará bien Oannes? ¿Habrán caído Heraclión y Alejandría? –preguntó estallando en llanto—. Y mi madre en Norax con el arqueólogo ese...

Oannes era un tritón medio etíope que le mandaba poemas de amor desde Alejandría.

—Saldremos de aquí –contesté—. Nadaremos hasta Tula y hablaremos con los Tres Sabios. Ellos sabrán qué hacer.

—¿Y te crees tú que los Tres Sabios no saben lo que está ocurriendo?

—Quizá, no. También podemos hablar con el gobernador –contesté.

—Al gobernador lo han asesinado, seguro. ¿Conoces a alguien en Tula? –preguntó Dana.

—¿Yo? Sabes que no.

—Acabaremos mendigando por las calles...

—Venderemos vuestra ropa –sugerí como Ainé.

—No estaría de más guardarla y ponernos algo más discreto –contestó Dana.

—Yo confeccionaré unas prendas... Con conchas y unas algas... –sugirió Ainé.

La primera frase sensata que brotaba de su boca en dos días.

Salió a buscar material.

Poco después dejé la cueva para recordar a Ainé que solo tenía que hacer dos corpiños, que yo llevaba el mío viejo, y la descubrí mandando un pez mensaje a nuestras espaldas.

—Ya hemos enviado un mensaje a casa –expliqué, comenzando a desconfiar.

—Lo sé –contestó sin mirarme.

Dana se acercó a nosotras y le agarró del brazo.

—¡Orca asesina! ¡¿No le habrás mandado un mensaje a Bad?! –exclamó—. ¡¿Quieres que te estrangule aquí mismo?!

—Dana...

—¡Dejadme en paz! –exclamó Ainé—. Yo voy con vosotras pero hago mi propia vida.

—¡TU PROPIA VIDA! –chilló Dana—. Pues ahora mismo tu vida va unida a la nuestra. ¿Te enteras?

La empujé para que entrara en la cueva delante de mí y la seguí, lanzando una mirada de desconfianza contra Ainé.

Poco después nos echamos a dormir en un rincón. Tarea imposible. Cuando cerraba los ojos, mi mente se llenaba de imágenes de Ceix, de Bad, de los disparos, de la orca y su feto, de Electra..., y sentía una gran inquietud.

Sabía que en algún momento volvería a encontrar a Ceix, y le haría pagar por el daño y el dolor que sentía.

Me toqué el pelo, comprobando que aún ocultaba la llave.

Al anochecer nos levantamos para continuar nuestro camino. Pero enseguida comprobamos que Ainé había desaparecido con los corpiños de piedras preciosas.

La buscamos un buen rato por los alrededores, hasta que tuvimos que aceptar que nos había dejado.

—¡No! —dijo Dana, metiendo la cabeza entre las manos.

—Debemos seguirla y obligarla a acompañarnos hasta Tula —dije—. En nuestra bahía la encontrarán y será su fin.

Dana levantó la cabeza.

—Stella, ¿tienes la llave?

—Sí.

—¿Bad y Melkarth quieren la llave?

—Sí.

—Entonces tenemos que nadar hacia Tula. Cuanto antes. Si Ainé es mayor para irse, también lo es para cuidar de sí misma.

—No conoce el mundo exterior. La engañarán. Podemos buscar la playa de la torre, salir rápido y preguntar en el primer pueblo que veamos. Y, si no, regresar al mar.

2

Nadamos en dirección a Europa, a esa cala indeterminada de la costa en la que se supone habría salido Ainé.

—Solo la buscamos un día, luego regresamos —había advertido Dana, antes de comenzar la inexacta búsqueda de la torre de piedra—. No podemos ponernos más en peligro.

Mientras tanto, yo imaginaba a los escuadrones de la muerte saliendo de Orán en nuestra búsqueda.

Descendimos varias decenas de metros hacia la oscuridad para evitar que nos viese alguien que nadara en las aguas superiores.

Poco después de dejar atrás Septem, o Ceuta, llamaron nuestra atención ligeros resplandores que provenían de las profundidades. Pero solo encontramos a un tritón que parecía pescar gambas con una red muy grande, vacía. Le preguntamos si había ocurrido algo en la ciudad el día anterior y si había visto a una sirena sola dirigiéndose al continente.

Sin contestar nos miró con los ojos muy abiertos. En la cabeza le crecían unos mechones de pelo blanco que flotaban sobre ella como antenas.

—Extraño es encontrarse dos sirenas jóvenes y solas en esta penumbra —dijo, arrastrando las palabras—. ¿Sois madres?

Cuando me miró con aquellos ojos de serpiente intuí que no teníamos que haberle preguntado, parecía enajenado.

No contestamos, pero él continuó hablando:

—Oigo los ecos de un gran dolor a vuestras espaldas. Se acercan días aciagos para el Mediterráneo. Quizá Septem aún se encuentre a salvo o Tingis, más allá de las columnas de Hércules.

Parecía que todos los tritones hablaban como profetas. Inútil preguntarle por Ainé.

Llamó mi atención un ligero movimiento de la mano para ocultar algo en la espalda. Temí que fuera la capucha de escuadrón de la muerte, pero solo se trataba de un palo blanco, que en ese momento no reconocí.

—Más allá encontraréis al Señor de los Muertos... ¡Al recolector de Almas!

—Genial –contesté.

Nos despedimos de él y continuamos nuestro camino más rápido hasta que le perdimos de vista. Y él, a nosotras.

3

En aquella pequeña playa se bañaban dos señoras mayores, y un grupo de jóvenes, chicos y chicas, que solo intentaban ligar entre ellos. Jugueteaban y se lanzaban la única botella de cinco litros de agua dulce que tenían, hasta que uno de ellos la lanzó con tanta fuerza que se estrelló contra uno de los ciclomotores en los que habían llegado, y se reventó.

—¿Así son los humanos? —preguntó Dana torciendo el gesto.

—A esa edad, sí.

—¡Qué juegos más inteligentes...! —dijo.

Las dos señoras mayores, en vista del peligro de ser golpeadas por la botella, se habían movido hacia la izquierda, acercándose a la torre de piedra que parecía vigilar la playa. En un cartel se podía leer:

Torre vigía Guadalmesí.

El movimiento de las señoras nos había permitido saber qué tipo de ropa llevaban, mejor que la de las chicas de la botella, ataviadas solo con bikinis y pantalones cortos.

Dana nadó hacia la torre, donde el mar rompía en unas rocas, y yo, en el otro extremo de la playa, salí sin ser vista a una cala separada por unos peñascos y esperé a que se me secara la cola de pez.

Dana debía esperar a que yo tuviera piernas, me levantara y le hiciera una señal para simular que se ahogaba. Pero, antes de que yo recuperara mi forma humana, se puso a chillar.

Comencé a restregarme la cola con arena seca, mientras todos los que estaban en la playa se levantaban y se acercaban a la torre.

Enseguida un chico, moreno y atlético, se lanzó al agua.

Dana se alejó de la costa unos metros más, mientras yo le quitaba las dos camisolas de flores y unas chanclas a las señoras, y luego me dirigía a una moto. Sonreía, porque Dana, al chillar, mezclaba la lengua humana con el sireno.

Pau me había enseñado a hacer puentes a los ciclomotores, pero no me hizo falta, porque las chicas habían dejado las llaves con su ropa en un montón. Lo arranqué y subí montada en él la cuesta que descendía hacia la playa.

Esperé a mitad de camino, escondida tras unos matorrales, donde enseguida me di cuenta de que algo extraño estaba sucediendo abajo.

Dana se había ido alejando tanto de la costa, que el chico atlético había perdido todas las fuerzas a mitad de camino. Hacía el muerto, esperando recuperarse para nadar hasta Dana, pero, calculando la distancia, no podría regresar con ella a la costa.

La cabeza roja de Dana había desaparecido y supuse que buceaba hacia unas rocas donde se secaría para luego reunirse conmigo.

No sabía si dejar la moto tras el matorral y bajar corriendo a salvar al humano, cuando Dana, ya con piernas, notó que el humano no se movía.

Regresó de un salto al agua y lo arrastró hacia la costa.

Lo dejó en brazos de una chica que, por su grado de aflicción, supuse que sería su novia, y Dana se dispuso de nuevo a secarse en la roca.

Pero las señoras regresaban a sus toallas y las chicas señalaban las motos, quizá para marcharse a buscar ayuda para el joven atlético, que ya comenzaba a moverse y a consolar a la desolada chica.

Enseguida se percataron de que faltaba una moto, y yo, de que Dana no subía.

En ese momento un ligero golpe de viento llamó mi atención. Provenía de la cala en la que yo me había librado de mis piernas. Tres tritones habían salido del mar y esperaban secarse. Iban armados y con capucha.

Dana, ya en piernas, me buscaba también. Le hice una señal, esperando que corriera igual de rápido que nadaba.

Alcanzó el ciclomotor en el momento en que las chicas me descubrían y comenzaban también a correr hacia mí.

Aceleré derrapando en la arena del camino y empecé a subir la cuesta.

Dana se puso la camisola y le dije:

—Date la vuelta y mira. Nos siguen tres tritones.

—¡La raba del calamar!

El camino por el que debíamos ascender era de arena amarilla fina y piedras, y la moto renqueaba en la subida. Sabía que, si pisaba mal una piedra, nos caeríamos y nos alcanzarían.

—¡Por Neptuno! ¡Nunca he subido a una moto! —dijo Dana, agarrándose atrás.

—Y no lo volverás a hacer, si nos atrapan.

Corrían tras nosotras las chicas y sus amigos de la botella, las señoras y los tres tritones.

Los jóvenes, menos el chico atlético al que había salvado Dana, comenzaron a quedarse rezagados, pero los tritones corrían cuesta arriba, como marines.

Llegamos a la carretera comarcal pocos metros antes de que nos alcanzaran.

—¿Tú has visto esas piernas? —preguntó Dana—. ¿Dónde se han entrenado?

Miré hacia atrás y vi a dos tritones parados en la carretera. El tercero se dirigía al mirador de la torre, donde había un coche aparcado.

Seguí una señal que indicaba a *El Pelayo*. Sería cuestión de minutos que los tritones nos alcanzasen, si sabían conducir. Por el tamaño de sus gemelos, supuse que también los habrían instruido en el uso de coches terrestres.

Poco después escuchamos un ruido de motor.

Yo buscaba con la mirada un camino vecinal que cortara la carretera y en el que pudiéramos ocultarnos, pero en vano. El motor se acercó, y aceleré, pero enseguida me di cuenta de que no era un coche, sino otro ciclomotor conducido por un chico, y con una chica detrás.

—¡Vamos! —chillaba ella—. ¡A por las ladronas!

Aquel chaval sí que conducía bien, y enseguida estuvo a nuestro lado.

—¡Eh! —gritó Dana moviendo el brazo—. ¡Soy yo!

Era el joven atlético al que había salvado.

—¡Ayudadnos! ¡Nos persiguen! —dijo Dana—. Los tíos esos raros de la capucha... ¡Nos van a matar!

—Dile que les devolvemos la moto en el pueblo —añadí.

—¡No le hagas caso! —contestó la chica medio histérica—. ¡Son unas ladronas!

Dana se apartó el pelo rojo de la cara y comenzó a sonreír al chico.
—¿Qué tengo que hacer? —preguntó él.

Explicamos al chico moreno y atlético que necesitábamos llegar al pueblo más cercano, y que buscábamos a una amiga rubia y algo tonta, que había venido con nosotras a pasar el fin de semana por la zona y que se había despistado.

—¿Es en serio que esos tíos os buscan? —preguntó—. Pero ¿de dónde han salido? Son rarísimos.

El chico, que se hacía llamar Chete, mandó a su novia, sin demasiadas contemplaciones, al pueblo con su moto, y la robada la escondimos detrás de unas piedras. Él vendría a buscarla luego.

—Tendrán controlada la entrada al pueblo, lo mejor será llegar andando —sugirió.

Nos adentramos en un sendero rodeado de árboles.

Yo le miraba las manos para asegurarme de que no era un tritón. Y mi amiga observaba con mucho interés la naturaleza que nos rodeaba. Se acercaba a los árboles, tocaba la arena del suelo y se dejaba acariciar la cara por los rayos del sol, algo que parecía hacer bastante gracia al chico atlético, que la miraba divertido.

—Oye, ¿os puedo preguntar por qué os persiguen? Y ¿cómo habéis perdido a vuestra amiga?

—Es una historia larga como un día sin merluza —contestó Dana.

Del sendero salimos a una carretera asfaltada y poco después cruzamos una puerta metálica en la que se podían leer unos carteles que decían:

Zona militar. Prohibido el paso.

Chete la cruzó con normalidad.

—¿Eres militar? —le pregunté deteniéndome.

—No, son unas instalaciones abandonadas. Acortaremos para llegar al pueblo.

Enseguida me di cuenta de que era verdad y los edificios junto a los que pasábamos, de color verde y naranja, tenían las ventanas cegadas con ladrillos.

—¡Qué pena que no seáis de aquí! Podría traeros una noche y montar una fiesta —dijo Chete, y luego le preguntó a Dana—: Oye, ¿tú eres extranjera? ¿Alemana?

—Sí, bueno, no. Mi madre es del norte, pero mi padre es del este. Y yo nací en el sur.

—Muy concreto, oye —dijo Chete—. ¿Y dónde vivís? Tienes un acento extraño...

—En Cueva de Lobos, entre cabo Cope y el cabo Tiñoso.

—Ni idea. Será un pueblo pequeño.

—Una isla.

—¡Ah!

Le puse en la mano a Dana una crema protectora, que había sacado de la bolsa de las señoras. Su piel blanca estaba comenzando a enrojecer.

—¿Y esto?

—Es crema para el sol. Póntela en toda la piel. Como tus potingues para las picaduras de medusa —le expliqué en voz baja para que Chete no oyera demasiado.

Pero nos oyó.

—¿En tu isla no usáis crema protectora?

—Siempre está nublado —contestó Dana, extendiendo la crema por su cara blanca.

—Oye, hay algo más que no entiendo. Tú te estabas ahogando, ¿no?

—Agradezco que vinieras a salvarme. ¿Cuánto queda para llegar? —preguntó Dana.

—Poco. Pero la marea te iba alejando de la costa, hasta que yo no pude más y me detuve.

—¿El camino es empinado? Con estas chancas...

—Oye, desapareciste bajo el agua y poco después vi tu pelo, bonito, en la orilla.

—¿Vienes aquí mucho con tus amigos?

—¿Y cómo es posible, oye, que estuvieras aquí y luego allí, regresaras y tuvieras fuerza para llevarme hasta la playa?

—¿Y la chica esa era tu novia?

Chete se detuvo y miró a Dana.

—No entiendo nada. Oye, ¿eres campeona olímpica?

—Bueno, me gusta nadar.

El chico no parecía quedar convencido.

—¿Estás de vacaciones? ¿Me enseñarías a nadar así de rápido? ¿Dónde has hecho el cursillo de primeros auxilios? Me sujetaste como una profesional.

—Con los de la cruz marina...

—No la conozco.

Dana olisqueó el aire.

—¿Huele...? ¿A qué huele? —preguntó.

—Creo que es tomillo —contesté—. Y pino piñonero...

—¡Me encanta! —contestó Dana girando sobre mí misma.

Chete la miraba alucinado.

—¿De dónde sales? —susurró sonriendo.

Dejamos la instalación militar detrás y subimos por un estrecho sendero hacia el

pueblo, al que llegamos acribilladas por las preguntas de Chete.

—Me gustaría invitaros a comer a mi casa —dijo al despedirse delante de la estación de autobuses, que en realidad era una parada con un tejado de metal a las afueras del pueblo.

Por su cara, parecía que quería invitarnos a su boda... Con Dana.

—No te pases —le susurré a mi amiga.

Chete no apartaba los ojos de Dana.

—Aclaraos, que yo voy a buscar a Ainé —dije. Y me acerqué a la parada con precaución por si encontraba a los tritones.

Delante de ella esperaba un autobús blanco.

El conductor picaba los últimos billetes de una fila de pasajeros. Pude leer en una cartulina: *Algeciras*.

Me acerqué al autobús y comencé a rodearlo mirando a los pasajeros. Me sentía fuera de lugar con aquella camisola de playa y las piernas rebozadas de arena.

—¿Ha visto a una chica rubia con el pelo muy largo, como desorientada? —le pregunté al conductor, un señor de mediana edad.

El conductor torció la boca disimulando una sonrisa.

—¿Una que ha intentado pagar con unas piedras raras? ¿La conoces?

—Sí.

El tipo me miró de arriba abajo.

—Hemos estado a punto de llamar a la policía, pero una señora le ha pagado el billete. Ha ido al baño de la estación y ahora vuelve.

—¿Qué baño? —pregunté mirando a mi alrededor.

—El de ese bar.

Hice una seña a Dana, pero estaba tan enfrascada en la conversación con Chete, que no me prestó atención.

Corrí hacia ellos.

—¡Está en el baño! —dije, tirando de Dana—. Chete, gracias por todo. ¡Nos vemos en lo más profundo del océano!

—¡Sois tan graciosas! —contestó.

Encontramos a Ainé en la puerta del bar. Se secaba el pelo con un trozo de papel de manos medio deshecho.

Se detuvo asustada.

Llevaba unos pantalones azules de albañil manchados de cemento, que seguramente había robado de una obra, y que contrastaba con su corpiño de algas marrones entrelazadas de mala manera.

Desprendía un desagradable tufo a sudor, supuse que de los pantalones, o de la descomposición de las algas.

Yo esperaba que Dana la abofeteara y le hiciera volver a la playa agarrada por los pelos, pero no, se agarró a su cuello y la abrazó.

—¡He pasado tanto miedo por ti! —dijo Dana—. Nos persiguen unos tritones. Escuadrones de la muerte. Han salido del mar.

Ainé la apartó con desdén.

—No me contéis rollos, que sois unas niñas.

—Es en serio, ¡vámonos cuanto antes!

—¡Señorita, arrancamos! —gritó el conductor desde el autobús.

—Yo me voy a casa —dijo Ainé, apartándose de nosotras.

Y, sin darnos tiempo a reaccionar, corrió hacia el autobús, que cerró las puertas detrás de ella y se puso en marcha.

También esperaba que Dana corriera tras el autobús y gritara pidiéndole que regresase, pero se quedó parada con la boca abierta y solo dijo:

—¿Qué he hecho yo para merecer estos hermanos?

El autobús torció en la siguiente calle y en ese momento vimos a los tritones.

Nos habían descubierto.

6

—¿Dónde está Chete? —pregunté, mirando a nuestro alrededor.

—Me dices que me despida de él cuanto antes, y ahora mira...

—Las sirenas deslumbramos demasiado a los humanos. Hay que tener cuidado — contesté, mientras nos adentrábamos corriendo en las callejuelas del pueblo.

—¡Vaya quién lo dice! Chete me dijo que vive en una calle con nombre de flor. Pero la he olvidado.

—¡No! ¿Clavel, jazmín, rosa?

—¡Ay, no sé! ¡Son unos nombres tan extraños!

Nos metimos en un callejón y nos escondimos detrás de unos cubos de basura.

Los tritones pasaron corriendo delante de nosotras.

Oí ruido de fregar cacharros en una casa cercana a los cubos. Era una de esas casas típicas con un patio blanco con columnas rodeado de geranios de colores. Entramos y nos escondimos detrás de una de las columnas por la que trepaba una madreselva.

—¿Madreselva, lirio, narciso? —pregunté a Dana, cogiéndola de los hombros.

—Os he visto —dijo una voz infantil desde el fondo del patio.

Las dos nos quedamos inmóviles.

—Estamos jugando al escondite —contesté a la voz, sin descubrir su origen—. ¿Nos ayudas?

—¿Estáis jugando con vuestras amigas? —dijo una niña que se acercó a nosotras.

Era rubia y llevaba un vestido rosa con florecitas.

—Jugamos con unos amigos muy malos y tenemos que escondernos hasta la meta, que es la casa de Chete, el de la calle de las flores —expliqué en voz baja.

—¡Niña! ¿Con quién hablas? —preguntó otra voz, de chica llorosa, desde el piso de arriba.

—¿Chete? —preguntó la niña pensando—. Es el novio de mi hermana.

—¿Y nos llevarías a su casa? —le pregunté, mirando con temor hacia la ventana por la que había salido la voz—. Chete nos está esperando.

—A cambio de algo —contestó la niña torciendo la cabeza hacia un lado.

—Chete te dará lo que quieras: chocolate, un helado... —dijo Dana.

—¿Que con quién hablas? —volvió a preguntar la voz adolescente y lacrimosa.

—Estoy jugando al escondite —contestó la niña.

—¿Con quién?

Salíamos por la puerta cuando la novia de Chete, con la cara y los ojos rojos, se asomó al patio.

—¡Eh! ¡Vosotras! ¡Las ladronas! —gritó, lanzándose hacia la escalera.

Monté a la niña a mis espaldas y comenzamos a correr calle abajo.

—Guapa, ¿seguro que sabes dónde vive Chete? —le pregunté para asegurarme.

—Sí, claro. Pero que no se te olvide el helado de chocolate.

La niña nos guio hasta la casa del joven atlético, donde entramos como si nos persiguiera una estampida de toros bravos.

Lo encontramos con su abuelo sentado en un sillón viendo la tele.

Se levantó alucinando, sobre todo por la presencia de la niña.

—Detrás seguro que viene su hermana para que la consueles —dijo Dana.

Chete le sacó el helado prometido y la dejó viendo la tele con el abuelo. Luego nos llevó hacia el garaje, donde estaba la puerta trasera de la casa. Su abuelo nos vio alejarnos con una sonrisa cómplice.

Chete parecía contento de volver a ver a Dana. Y ella, también de estar con él. Lo que me faltaba.

Di a Dana, para distraerla, un melocotón de una caja de fruta que había en la cochera. Lo miró con cierto asco, pero enseguida comenzó a morderlo con interés de investigadora.

—Hemos despistado a los tíos esos —le dije a Chete—. Pero están en el pueblo y no pararán hasta encontrarnos.

—Oye, ¿debéis dinero a la mafia? —preguntó serio.

—No, pero nos hemos visto envueltas en un golpe de estado —contestó Dana.

Él nos miró de arriba abajo. Con aquellas camisolas, las chanclas y las manchas de barro no teníamos ningún aspecto de insurrectas, más bien de esquizofrénicas.

—¿Tienes un coche o algo así para regresar a la playa? —le pregunté, antes de que lo hiciera él.

—La furgoneta de mi padre, pero no tengo carnet.

—Pero sabes conducir...

—Sí.

Cinco minutos después salíamos del garaje montadas en la furgoneta y nos

cruzábamos con la novia de Chete. Dana y yo íbamos tumbadas detrás, donde el padre de Chete llevaba las cajas de fruta, debajo de una manta gris militar de un sucio considerable.

La novia golpeó con furia la ventanilla.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tu hermana está en mi casa —dijo Chete sin detenerse.

La joven corrió unos metros detrás de nosotras hasta que desistió.

—Oye, ¿por qué queréis regresar a la playa? —preguntaba insistentemente Chete—. ¿Os llevo a Algeciras? ¿A Tarifa?

—¡No, no! ¡A la playa! —le contestábamos debajo de la manta.

Chete paró la furgoneta junto a otros edificios militares medio en ruinas cerca de la torre de Guadalmesí, donde nos habíamos conocido.

—Parece que hemos llegado —dijo con desgana, poniendo el freno de mano.

Nos dirigimos con él a la orilla.

—Pero ¿adónde vais?

—¿Ves allí, al fondo, África? Pues un poco antes nos espera un yate.

—¿Sois hijas de un jeque árabe o novias de James Bond? —preguntó sin comprender.

—Las dos cosas —contesté.

Dana miró a Chete con pena.

—Me encantaría haberte conocido en otras circunstancias..., más comprensibles —le dijo.

—A mí también. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Dana. Y ella, Stella.

—Me costará olvidaros —dijo con cierta resignación—. ¿No existe ninguna posibilidad...? ¿Otros días de vacaciones en la zona? ¿Una visita a vuestra isla?

—Ahora tenemos una misión imposible que cumplir. Quizá a la vuelta —contesté, agarrando el brazo de Dana.

Nos lanzamos al agua y desaparecimos.

Cuando sacamos la cabeza, la furgoneta de Chete ya subía con desgana y renqueando la cuesta hacia la carretera.

—¿Queda este lugar muy lejos de nuestro pueblo? —preguntó Dana.

Nadábamos rápidas, huyendo de los tritones, cuyo paradero desconocíamos.

La visita a aquel pueblo soleado y alegre nos había subido el ánimo y hecho descender el miedo.

Si encontrábamos a los tritones de nuevo, tendríamos la posibilidad de salir a tierra y burlarlos. Ya habíamos sido capaces una vez.

—Seguro que no sabes por qué se llaman las Columnas de Hércules el lugar que vamos a atravesar —me dijo Dana, mientras nos dirigíamos al estrecho.

Supuse que aquella información sobre las columnas también se encontraría en alguno de los libros de Lorelei que nunca leí.

—Algo me suena.

—Hércules fue el héroe tebano más importante de su época. Euristeo, el rey de Micenas, le impuso doce trabajos o misiones imposibles entre las que se encontraba matar a una hidra, limpiar un establo, capturar a la reina de las amazonas o robar las manzanas del jardín de las Hespérides. Cuando las hubo cumplido, llegó en una expedición a Gades, lo que vosotros llamáis Cádiz, y pensó que allí se acababa el mundo.

—Y...

—Con toda su fuerza sobrehumana separó dos montañas, Calpe y Abila, para comunicar el Atlántico con el Mediterráneo. Encima de cada montaña puso una columna para mostrar hasta dónde había llegado su gloria, en ellas grabó las palabras: «*Non plus ultra*».

—Latín.

—Significa literalmente: *No más allá*. También cuentan Plinio y Avieno, que tampoco sabrás quiénes son, que en estas aguas se hundió un templo dedicado al héroe.

Nos acercábamos poco a poco al estrecho, que Dana definió como un reloj de arena en posición horizontal.

Permanecimos en las profundidades, ya que las aguas del Mediterráneo, más salinas y frías, salían hacia el océano debajo de las aguas que entraban del Atlántico, cálidas y

dulces.

Nos movíamos en una oscuridad casi total y nos cruzábamos con algunos peces, pero la vida vegetal había desaparecido. En algunos lugares comencé a ver extraños palos blancos.

—Cuando hace miles de años estos dos mares se unieron, se formó la catarata más grande del mundo, por la que ahora debemos ascender —explicó Dana—. Pero lo peor viene luego.

—Muy animante.

Las aguas oscuras parecían infernalmente tranquilas pero, según nos acercábamos, notábamos cientos de remolinos que se movían a nuestro alrededor en todas las direcciones.

En una de las islas submarinas sobre la que nadábamos descubrimos las ruinas del templo de Hércules. Destacaban cuatro columnas entre el limo.

—Este templo fue construido por los habitantes de la antigua Tartesos. Se cuenta que allí se guardaron las cenizas del héroe —me explicó Dana—. ¡Descendamos!

—¿No será peligroso hacer turismo ahora? —pregunté—. Ya nos hemos retrasado en el pueblo. Y los tritones...

Notaba cierta sensación de desasosiego, que parecía crecer según bajábamos.

—¿Los tritones? Todavía estarán dando vueltas a la torre.

Nadamos hasta las ruinas, basas y capiteles cubiertos por excrecencias animales, algas y unos palos blancos, similares al que llevaba en la mano el loco ese de las gambas y los ojos saltones.

Junto a una de las columnas, Dana leyó en una inscripción:

Los dioses no me permiten callar lo que sé. Estas columnas son las ataduras de la Tierra con el Océano. Hércules las grabó en la mansión de las Parcas para restablecer la concordia entre los elementos y sellar la amistad que habrá de reinar entre ellos en el futuro.

—Da la impresión de que la concordia y la amistad entre los elementos se ha roto —comentó Dana.

—La volveremos a unir —añadí, mientras mis ojos creían ver escondiéndose entre las ruinas una figura humana, tan pequeña como un niño.

—He visto algo ahí abajo —dije.

—Sí, al hijo de Hércules —bromeó Dana.

Poco antes de alcanzar el estrechamiento de Tarifa aumentó la cantidad de objetos blancos que se arremolinaban en algunos salientes, riscos y rocas submarinas. Así como restos de plásticos y maderas.

—¿Todo eso qué es? —pregunté a Dana.

—Nadamos sobre un cementerio —contestó Dana.

—¿De sirenas? —pregunté sobrecojada.

—Humano. Son los huesos de los que se ahogaron intentando llegar a Europa desde África.

Miré de nuevo hacia abajo, hacia aquella penumbra eterna.

—¿Tantos?

—Eso parece.

—¿No podría vivir aquí una familia de sirenas y tritones y ayudarles? Como en nuestras costas.

—Este lugar es inhabitable. Pero sugiéreselo a los Tres Sabios cuando los visitemos.

De nuevo me pareció ver a varios niños nadando debajo de nosotras. Y también pequeñas luces. Resplandores que se movían entre aquellos despojos, como buscando algo.

—¿No ves sombras de niños? —pregunté. Y me pregunté si no me estaría volviendo loca.

Por lo menos no eran tritones.

Los niños dejaron de moverse por las profundidades y junto con sus luces parecieron ascender hacia donde nos encontrábamos. Eran tres, dos niños y una niña.

Nos detuvimos.

—Si nadan hacia aquí sin bombonas, están con un ser marino —explicó Dana.

—¿Y no serán genios de las aguas?

—Son humanos y no vienen solos —dijo Dana seria.

Nos acercamos a unas rocas donde intentamos escondernos, pero los niños se dirigieron a nosotras.

—¿Quiénes sois? —preguntó Dana.

Se detuvieron a unos metros enfocándonos con las luces. Pudimos ver por su silueta que eran de corta edad, unos diez años. Vestían trajes humanos desgastados y de su espalda colgaban grandes bolsas de tela abultadas.

—Venimos a ayudarlos a cruzar —dijo uno de ellos, que no dejaba de mover los pies para no hundirse. Su pelo era negro y rizado. Parecía un pompón sobre su cabeza.

—Gracias, no necesitamos ayuda —contesté.

Noté un cambio de luz en la superficie, pero miré hacia arriba y no vi nada extraño. También un silencio profundo parecía acompañar aquella aparición.

—Las corrientes son muy fuertes aquí —insistió la misma voz.

—Lo sabemos —contestó Dana—. ¿Quién os acompaña?

—Estamos solos —dijo.

Dana susurró:

—Mienten.

—¿Y cómo respiráis? ¿Sois genios de las aguas? ¿Qué buscáis aquí? —pregunté—. ¿Venís de parte de Bad?

Percibí un ligero olor a descomposición.

—No sabemos quién es Bad.

De nuevo miré hacia arriba. Sentía algo extraño sobre nuestras cabezas. ¿Habría algún naufragio? ¿Una barca llena de inmigrantes zozobraba? Pero allí solo se notaba un silencio que se podía cortar.

—Somos los niños del Señor de los Muertos —dijo la chiquilla.

—Genial —contesté, como había respondido al tritón que pescaba gambas.

Al tritón que llevaba un hueso humano blanco en la mano y que nos miraba con los ojos abiertos. Al tritón que en ese momento lanzó sobre nosotras su enorme red capturándonos.

Al Señor de los Muertos.

La red nos cubrió por completo, y los niños, bajo amenazas y gritos del tritón, le ayudaron a atarla como un fardo.

Las dos chillamos y empujamos la red sin ningún resultado. Y, mientras tiraban de nosotras, intentamos romperla con los dientes. No lo conseguimos. Parecía estar tejida con hilo metálico.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó Dana, que empezaba a enfadarse y su cara se tornaba del color de su pelo.

—¡Sapo repugnante y degenerado! ¡Suéltanos! —gritó—. ¡Ponzoña marina, morsa asquerosa! ¡Te arrancaré los dientes y los bigotes!

—Quizá si se enfada, puede irnos peor —le dije.

—¡Peor que esto! ¡Tratadas como pescados! —chilló Dana, y añadió—: ¡Socorroooooooooo!

Su grito debió de oírse en el Pacífico, pero nadie acudió en nuestra ayuda.

El tritón, con ayuda de los niños, nos colgó de una pared rocosa y lisa a varios metros de la superficie, y desaparecieron, dejándonos envueltas en un olor apestoso.

Comenzamos a movernos de un lado a otro para soltarnos, pero enseguida vimos que la red estaba colgada de una argolla metálica muy sólida.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Dana, golpeando la red hasta hacerse daño en las manos—. ¡Cuando salga, te estrangulo! ¿Me has oído?

—Como sigas así, las que vamos a morir vamos a ser nosotras en cuanto regrese.

—¡Agggg! —exclamó Dana, antes de desplomarse en el fondo de la red.

Debíamos reconocer que no escaparíamos con tanta facilidad. Enseguida descubrimos que nos rodeaban otras maromas colgadas debajo y encima de donde nos encontrábamos. Yo parpadeaba intentando descubrir si aquellos bultos eran otros tritones o sirenas, pero allí no parecía moverse nada.

Toda la pared aparecía cubierta de ellas en todas las direcciones.

—¿Puedes distinguir si nos rodean muertos? —pregunté.

Dana subió hasta la parte superior de la red.

—No. Parecen objetos inanimados.

—Genial. ¿Serán robos? —pregunté.

—¡Espera! Arriba veo algo. Preferiría no haberlo visto.

—¿Qué?

Dana bajó.

—Creo que eran los huesos de una sirena.

—Genial. Huesos y espina —contesté.

—Raspa pura.

—¿El Señor de los Muertos es uno de esos tíos con síndrome de Diógenes, que acapara porquerías?

—No sé si porquerías, por allí parece brillar oro —contestó Dana señalando una de las redes en la parte superior.

Pasaron horas en las que los hilos de la red se nos clavaban en cualquier parte del cuerpo que apoyábamos. Pensaba que, por lo menos, tendríamos peces que comer, pero hasta allí no se acercaba ninguno, repelidos por la pestilencia que nos rodeaba.

—¿Nos dejarán aquí hasta que muramos de inanición? —pregunté.

—¡Asco de vida! Si lo llego a saber, me quedo con Chete. ¡Chete! —gritó.

—Te recuerdo que vivimos en la calle Soledad.

Comenzaba a anochecer, cuando en la superficie vimos una pequeña patera, atestada de personas, que se enfrentaba a las olas de una marejadilla. Los que comandaban la nave parecían tener pocos conocimientos de navegación, porque tomaban las olas de frente. Podíamos ver las siluetas de sus ocupantes cerca de la borda. Demasiados en un espacio tan pequeño. De pronto el motor se detuvo. Y comenzaron a tirar del cordón de arranque. Parecían tan angustiados, que lo ahogaron.

En ese momento y desde abajo llegaron a la barca los niños con el tritón. Ya no eran tres niños, sino muchos más, quizá una docena. Ataron un cabo a estribor y comenzaron a tirar de él.

—Nos hemos equivocado con nuestras apreciaciones del Señor de los Muertos. Les van a ayudar —dijo Dana.

Los niños juntos reunían gran fuerza, así como el tritón. Tiraron del cabo hasta que la lancha zozobró y la mitad de sus pasajeros cayeron al mar. Otros se agarraron a la barca que flotaba boca abajo.

Aquellas personas no sabían nadar. Pataleaban y braceaban intentando mantenerse a flote.

Las dos conteníamos el aliento dentro de la red. No podíamos hacer nada desde allí.

Poco a poco los niños tiraron de los pies de los adultos hasta que se hundieron y comenzaron a ahogarse.

A los niños naufragados los sujetaron.

Después hundieron a los ahogados.

Tiraban de ellos hasta apoyarlos en una roca que sobresalía de la pared de la que colgábamos, como si se tratara de una terraza. Allí les esperaba el Señor de los Muertos, con sus pelos como antenas.

Nos apretamos contra la red para observar lo que hacía, aunque ya nos lo imaginábamos.

El tritón inspeccionaba las pertenencias de los muertos, se quedaba con lo que le gustaba, metiéndolo en un saco, y con un gesto de la mano indicaba que los dejaran caer a las profundidades.

Los niños ataban una piedra a los pies de los muertos y los lanzaban hacia la oscuridad.

¿Qué había hecho el Señor de los Muertos a los niños para que se comportasen así, con esa crueldad?

Uno de los ahogados pasó a nuestro lado con la piedra atada. Era de color negro y mantenía los ojos abiertos. Mientras se hundía despacio, parecía observarnos desde el más allá.

—¿Y si fuera Oannes? —preguntó Dana, golpeando la red con rabia—. ¿Y si fuéramos nosotras las que hubiéramos montado en esa barca buscando una vida mejor al otro lado del mar?

En la superficie, los supervivientes de la patera intentaron darle la vuelta, pero, cuando comenzaron a hacer fuerza, el Señor y sus niños tiraron de ellos y murieron todos.

Nuestros captores anclaron la barca a la pared rocosa con un cabo largo. La veíamos moverse sobre nosotras, en la oscuridad, como si se tratara de una cáscara de nuez.

Pendiente de un hilo.

Como nuestra vida.

Cuanto más tiempo transcurría, más miedo teníamos, no solo del Señor de los Muertos, sino de que los secuaces de Bad nos encontraran allí colgadas, inermes.

Sentía la amenaza que provenía del este. Y aquel temor se mezclaba en nuestra red, como en una coctelera, con el que nos provocaba estar en las manos de aquel asesino y la duda de cuándo decidiría acabar con nosotras.

Cuando amaneció, después de una noche de pesadilla, recordando el asesinato de aquellas personas inocentes, Dana comenzó a examinar cada centímetro de la red, buscando un pequeño desgarrón, un hilo suelto o una mancha de óxido. Pero aquella red se mantenía en un estado excelente de conservación.

—¡Tengo algo! —dijo de pronto—. Y sacó de su bolsillo trasero el martillo de los coches—. ¿No decías que cortaba los cinturones de seguridad?

—Sí, de tela, pero no de metal.

Estuvo todo el día probando cómo cortarla, sin éxito.

Y yo, aburrida, me dediqué a buscar y observar la vida animal y vegetal de las redes y la pared. Por dos motivos, el primero y más importante era el hambre que sentíamos después de dos días sin comer, y el segundo interés era científico. En algún momento de mi vida como futura bióloga podrían servirme los conocimientos alcanzados tras la observación detallada de la fauna y flora del estrecho de Gibraltar.

Pero allí no crecía nada. Como si la vida hubiera huido de aquella roca de muerte.

Nuestra única esperanza estaba en aquellos niños que ayudaban al Señor de los Muertos. Quizá uno de ellos sentiría misericordia y subiría a ayudarnos.

Poco antes de que atardeciera, el tritón se acercó a nosotras. Tenía la mirada perdida, como fija en un punto de la pared.

—¿Cómo están mis madres?

Nos miramos sin comprender.

La palabra «madres» en su boca me producía escalofríos.

Dana se acercó a la red con furia, pero le agarré una mano.

—Estamos muy agradecidas de la hospitalidad de su majestad, el Señor de los

Muertos –dije antes de que ella le insultara–. ¡El Gran Recolector de Almas!

—Sabía que sería así –contestó y desvió durante un segundo sus ojos a mi collar de zafiros.

—Ya que hemos contemplado las maravillas que su hogar esconde, desearíamos regresar a nuestras casas y hablar de ello a todo el mundo marino. Semejante trabajo debe ser reconocido –añadí, reprimiendo el asco.

Me quité el collar y se lo di.

El tritón esbozó una sonrisa falsa sin dejar de mirar a la pared. Cogió el collar con la mano palmeada y se lo guardó.

—Mis niños necesitan madres. Sin ellas, acaban hundiéndose en las profundidades. Vosotras seréis sus madres... Todos necesitamos una mamá. ¿No creéis? –dijo el tritón.

—Estaremos encantadas de cuidar a estos niños. Pero debemos recuperar la libertad para poder acercarnos a ellos.

—No es necesario –contestó, alejándose.

—¿Y no nos podría dar algo de comer?

—No es necesario.

Ya había anochecido, y tanto el señor como sus niños se habían retirado a descansar a unas grutas de la roca, situadas varios metros debajo de nosotras, cuando Dana decidió que subiéramos empujando la red para observar el enganche de la pared.

La argolla era sólida como panza de buque y el candado tenía el tamaño de un ballenero.

Nos dejamos colgar de nuestra desesperación.

Amaneció y de nuevo, como el día anterior, pasó sobre nuestras cabezas una lancha con inmigrantes, en realidad eran dos. Una de madera y otra hinchable, de las pequeñas que usan los niños, atada con un cabo a la anterior.

—¡No lo puedo soportar! —chilló Dana, golpeando la red.

Los niños y el tritón se preparaban debajo para atacarlos.

Las dos, en nuestra angustia, acrecentada por el hambre que teníamos, comenzamos a tirar de la red con todas nuestras fuerzas. No obtuvimos ningún resultado más que desollarnos las manos.

En ese momento cayeron sobre nosotras tres peces. Lubinas. Estaban muertas, pero eran frescas.

—Como caídas del cielo —dije y mordí una con un hambre voraz e intentando no escuchar los gritos de los ahogados.

—¿No estarán envenenadas? —preguntó Dana.

—De algo hay que morir.

Miramos hacia arriba, hacia la pared, y una pequeña luz roja, como un puntero láser, comenzó a parpadear cerca de uno de los montones que colgaban sobre nosotras.

—¿Alguien quiere ayudarnos?! —preguntó Dana, y escupió un trozo de raspa.

—¡Subamos con la red hacia arriba, quizá algún niño quiera sacarnos de aquí, mientras el Señor está distraído! —dije.

Y tan distraído que estaba el Señor, rajando la balsa hinchable.

Con movimientos suaves alzamos la red, mientras observábamos la terrible pesca del tritón loco.

Ascendimos hasta el candado y continuamos en dirección a la luz, que continuaba parpadeando. Pasamos junto a un fardo de algo parecido a libros. Centenares de libros. Antiguos, con la piedra desconchada en algunas esquinas.

Dana me los señaló con un gesto de la cabeza.

Pasé los dedos por uno de ellos de color negro: «Crónica de los Últimos Días», leí en la portada con letras doradas.

¿Dónde había oído hablar de ese libro antes? No lo recordaba.

Olvidé los libros y me concentré en el punto rojo.
La luz se detuvo señalando a una red.
Los náufragos pataleaban por mantenerse a flote.
La red donde parpadeaba la luz parecía contener objetos oscuros y alargados. Pero no la alcanzábamos, quedaba a casi un metro de nosotras.
Una mujer se hundió, dejando caer a un bebé. Los niños no lo recogieron.
Me dolía el corazón. Así que dirigí toda mi atención hacia el punto rojo de luz y hacia aquella red, que prometía ayuda.
Entonces distinguí su contenido.
—¡Son fusiles de arpones! —exclamé.
—¡A por ellos! —contestó Dana, con un arranque de furia.
Comenzamos a tirar hacia arriba con las manos estiradas.
—¡Más, más! —insistía Dana.
Los niños llevaban a los muertos hasta el Señor.
Mi mano rozó la malla.
—¡Ahí está la empuñadura! —exclamó Dana.
La red pareció moverse y pude rozar el arma con la yema de los dedos.
—¡Un poco más!
Tiré con todas mis fuerzas de la red hacia arriba. Y sujeté el mango del arpón. Tiré de él, lo agarré fuerte para que no se me cayera a las profundidades y lo extraje de la red.
De pronto se oyó un grito tan fuerte que retumbó en toda la pared:
—¡Usurpadoras!
Era el Señor de los Muertos. Nos había descubierto y se acercaba hacia nosotras con el hueso humano en la mano.
Gracias a Dios, no le seguían todos sus niños, que aún permanecían abajo hundiéndose a los muertos.
—¡Os descuartizaré! ¡Bandidas!
Escondí el fusil detrás de la espalda y dejamos que nuestra red descendiera hasta su posición original.
El tritón se acercó a nosotras y comenzó a golpearnos con su hueso. Después, sin dejar de aporrearnos, se acercó al candado.
—¡Acabaré con vosotras ahora mismo! —bramaba.
Las dos aguantábamos los golpes encogidas. Pero, mientras él intentaba abrir el candado con las manos ansiosas, subí la cabeza y vi su tórax.
Era él o nosotras. Él o decenas, miles de muertos en el mar. Él o aquellos niños.
Ni siquiera sabía si el arma estaba bien cargada, pero la saqué de detrás de la espalda, la elevé y disparé.
—¡A las sirenas no se las toca! —dije.

El arpón le atravesó el estómago.

El Señor soltó el hueso y se llevó las manos al arpón.

—¡Traidoras! —balbució, mientras le salía un reguero de sangre por la boca.

Estiró una mano para agarrarse a la pared, pero no la alcanzó.

Y después comenzó a hundirse golpeándose con los bultos y los salientes de la roca.

Desapareció en la profundidad.

Como sus muertos.

Cuando el Señor de los Muertos desapareció, se hizo en el mar un silencio tan oscuro como el abismo en el que se había hundido.

Pocos segundos después aparecieron los niños, que nos miraban atónitos.

—Gracias por ayudarnos –contesté con la pistola aún en la mano temblorosa.

Ninguno contestó. Movían los pies y las manos para mantenerse a flote y enseguida noté que algunos temblaban.

—Gracias por indicarnos con la luz dónde estaban las armas –continué.

—Nosotros no os hemos ayudado –contestó el del pelo rizado a lo pompón.

—¿No?

—Habría sido la rubia –dijo una niña.

—¿La rubia? –preguntó Dana.

—Sí, la que ha estado unos días por aquí merodeando. El Señor no la descubrió.

De pronto todos los niños miraron hacia arriba. La pequeña luz rojiza se acercaba a nosotros. La misma que nos había indicado el lugar donde se encontraban los fusiles. La observamos con curiosidad.

Lo primero que reconocí fue el pelo rubio flotando a su alrededor.

Era Ainé.

Se detuvo a nuestro lado, apagó la linterna y dijo:

—De nada.

Dana la miraba con la boca abierta de asombro.

—¿No te habías marchado?

—Sí, pero he vuelto –dijo, mirándose las uñas en un gesto que quería parecer indiferente—. Algeciras era demasiado seco para mí.

—¿Encontraste a los tritones?

—Unas capuchas gris rata horribles. Me costó deshacerme de ellos.

—¿No te habrán seguido? –pregunté.

—Creo que no. Pero hay más. Muchos más.

—¿Qué?! –pregunté angustiada.

En ese momento me di cuenta de que los niños nos miraban expectantes. Solté el

fusil con cuidado en el suelo de la red.

Tragué agua y les sonreí.

—No pasa nada —dije.

No tenía ni idea de qué íbamos a hacer con los niños.

—¿Queréis regresar a vuestras casas? —les pregunté.

—Ya no tenemos casa —dijo la niña—. El Señor ahogó a nuestros padres.

Se hizo un tenso silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Samia.

—Lo siento, Samia. No todos somos como él. Casi nadie es como él —contesté—. En el mar no podréis respirar si no acompañáis a una sirena o un tritón, pero podéis comenzar una nueva vida en la tierra. Os ayudaremos.

—Pero no queremos volver a la Otra Costa, sino a Europa.

—De acuerdo.

—Pero antes tenéis que soltarnos —les recordó Dana.

Los niños se miraron entre ellos.

—La llave estaba en su cuello —contestó Samia, señalando la profundidad en la que había desaparecido el Señor de los Muertos.

—Genial —contesté desolada.

El niño del pelo de pompón, que se llamaba Reydan, dijo:

—Tenemos herramientas.

Poco después, Ainé, con una habilidad pasmosa, abrió el candado.

—¿Dónde has aprendido a reventar cerraduras? —le preguntó Dana extrañada.

—Con Jason Bourne —contesté.

—No sé quién es ese imbécil... ¿Un amigo tuyo? —preguntó Ainé.

—Íntimo.

Al día siguiente, después de haber descansado en la gruta donde dormían los niños, nos preparamos para marcharnos. Dejamos parte de los objetos del Señor de los Muertos colgados en la pared, por si en algún momento servían a alguien. Rapiña y hurtos de siglos. Robos a inmigrantes pobres.

Vestimos a los niños con ropa nueva, y recogimos los útiles más valiosos, entre ellos, mi collar de zafiros. El collar me recordaba a Ceix, así que lo metí en una bolsa junto con otras joyas de oro que se iban a llevar los niños.

Con aquella sensación de libertad, pero también de prisa, olvidé examinar el fardo de los libros que habíamos visto el día anterior.

También nos colgamos en la espalda sendas armas.

De pronto, Dana me zarandó.

—¡Silencio! —susurró, señalando hacia la superficie.

Sobre nosotras nadaban once tritones en formación de V, como los pájaros migratorios. Uno en cabeza y cinco a cada lado.

Enseguida vi que llevaban las capuchas gris rata. Un escuadrón de la muerte.

Los precedían cuatro serpientes gigantes.

Sentí un estremecimiento.

Se acercaron a la barca y observaron la maroma que la ataba.

Atrajimos a todos los niños y los colocamos pegados a la pared.

Si los del escuadrón descendían hasta el lugar donde se encontraba el ancla de la barca, nos encontrarían.

—¿Os buscan a vosotras? —preguntó Samia. Afirmé con la cabeza.

—Huid hacia lo profundo. ¡Dejadnos aquí! —susurró Samia—. Somos malos. Nadie nos espera.

En el fondo, aquella niña tenía razón. Yo, portadora de la única llave capaz de liberar a Leviatán, no debía arriesgar mi vida, de la que dependía la paz del mundo marino. Lo más sensato sería hundirse lentamente hasta una profundidad razonable y cruzar el Estrecho cuanto antes. Pero, si los abandonábamos, los niños dejarían de respirar bajo el agua y morirían.

—O todos o ninguno —contesté acariciándole el pelo.

—Han pasado ya muchísimos más —explicó Samia.

—¿Cuándo?

—Desde hace varios días.

Los miembros del comando no descendieron hacia la pared rocosa y oscura en la que nos encontrábamos. Parecían llevar prisa.

Guardamos silencio hasta que el escuadrón pasó de largo.

—¿Os esperarán en el Estrecho? —preguntó Reydan.

—No. Seguro que nadan hacia el Océano —mentí—. Debéis salir cuanto antes.

Nos dirigimos a una playa de Tarifa en la que aquel día se celebraba una competición de cometas. En la arena habían puesto una pancarta de tela blanca en la que se leía:

Deja volar tus esperanzas.

Dana se alegró mucho al ver a tanta gente reunida bajo el sol, divirtiéndose.

—¿No estará Chete? —preguntó.

—Concéntrate en los niños —contesté.

—Os va a ir bien. La gente fuera os ayudará —les dije, mirándoles fijamente—. No enseñéis el oro a nadie. Guardadlo. Quizá en un futuro os sea necesario.

Samia se abrazó a mí.

—¡Gracias! —exclamó.

—Encontrarás a una buena familia que te querrá mucho —contesté acariciándole la mejilla.

—Tú también —dije, revolviendo el pelo de Reydan.

Afirmaron con la cabeza. Parecían asustados.

Elegimos un punto frente a un chiringuito llamado «A tu aire» y comenzaron a salir en fila. Cuando las personas que estaban en el chiringuito vieron a los niños, corrieron hacia ellos para ayudarlos.

Poco después llegó la policía, ambulancias y varios coches de los servicios sociales. Tendrían mucha labor que hacer con ellos después de haber vivido aquellas experiencias.

Antes de desaparecer entre aquella multitud, se giraron y saludaron al mar.

Y nosotras continuamos nuestro camino.

Pasamos Tarifa y volví la vista atrás. Abandonábamos el Mediterráneo, nuestro hogar y cuna de las culturas más importantes de la humanidad. Y nos adentraríamos poco después en el mar Océano, donde acababan los mapas antiguos, en los que, bajo la inscripción de *Non plus ultra*, se dibujaban terribles monstruos marinos.

Ahora aquella zona ignota de los mapas se convertía en nuestro único refugio.

Comenzamos a ascender hasta el umbral de Camarinal, unas montañas submarinas dentro del estrecho. La parte central del reloj de arena invertido. El agua nos golpeaba el cuerpo y su velocidad impedía la visibilidad completa. Sabíamos que en la cuenca de Tánger entre Camarinal y el umbral de Espartel, que se encontraba más allá, se formaba un tapón, ya que por Camarinal entraban más aguas del Mediterráneo de las que salían por Espartel y esa corriente empujaba las aguas que entraban por el Atlántico.

En Camarinal enseguida notamos que la corriente nos empujaba de nuevo hacia el este y que el agua ya no era tan profunda ni oscura.

—Creo que tenemos que darnos prisa o nos alcanzará el que nos viene siguiendo —dijo Ainé.

—¿Cómo?! ¿Nos vienen siguiendo?! —preguntó Dana.

—Un tritón, desde que salimos de Orán —puntualizó.

—¿Y lo dices ahora?! —preguntó Dana.

Por nada del mundo quería que Dana se pusiese nerviosa.

—¿Y saliste a tierra sin avisarnos antes?!

—¿Es Ceix? —pregunté, angustiada—. ¿Por qué no nos lo contaste? ¿Lleva capucha?

—Lo siento, no estaba segura, pero es el mismo y está acortando la distancia. Y no, no lleva capucha.

Comenzamos a nadar más rápido por aquel mar de corrientes enfrentadas que chocaban entre sí con fuerza.

Me sentía muy cansada y, cuando miraba hacia atrás, comprobaba, con angustia, que casi no avanzábamos y que el tritón, del que solo se percibía una sombra oscura, se acercaba y nos alcanzaría enseguida.

¿Sería el Señor de los Muertos resucitado?

Nos esforzábamos por nadar en fila y cerca de las paredes rocosas para no crear superficie de fricción. Y nos alternábamos la primera posición, en la que golpeaba el agua en la cara.

Al dejar a Ainé por segunda vez mi sitio, vi que su rostro mostraba un color amoratado.

Le agarré las manos.

—¡Nos queda poco! —dije.

—No puedo más.

—Ni hablar.

Hice una seña a Dana y cada una le agarramos de un brazo para tirar de ella.

El tritón desapareció o yo lo perdí de vista entre remolinos y corrientes.

Poco después y con gran esfuerzo alcanzamos el umbral de Espartel. Cruzando aquel punto podríamos descansar en cualquier gruta.

Pero, cuando descendíamos del umbral, encontramos algo que nos hizo detenernos llenas de pavor.

El otro lado del estrecho estaba vigilado por cientos de tritones encapuchados. Escuadrones de la muerte. Formaban una barrera que ocupaba toda la garganta por la que avanzábamos, desde la superficie hasta las profundidades.

Nos acercamos a la pared para observar sus oscuras siluetas armadas. ¿Se encontraría Ceix con ellos, como jefe de escuadrón?

Jamás conseguiríamos atravesarlo.

Allí concluía nuestra hermosa travesía. Nuestros huesos se unirían con los que cubrían las profundidades del estrecho, con los del Señor de los Muertos. O acabaríamos esclavizadas en el palacio de Bad.

Comencé a temblar.

Ya no se veía al tritón a nuestras espaldas.

Estábamos atrapadas.

Solo nos quedaba nadar hacia la costa, salir a tierra y por las playas intentar alcanzar el Atlántico. Pero quizá las playas también estaban vigiladas por tritones de piernas gordas.

Ainé dirigía al horizonte una mirada perdida, así que Dana y yo decidimos dirigirnos de nuevo a la orilla. Quizá encontraríamos otro Chete.

En ese momento descubrimos que se acercaba a nosotras desde el este una bola de color oscuro.

—¡Debemos salir! —exclamó Dana aterrorizada.

Tiramos de Ainé, pero no se movía, parecía un peso muerto. Su cuerpo se hundía hacia las profundidades.

—¡Dejadme aquí! —murmuró—. ¡No puedo más!

—Yo encantada, pero te llevaría como un peso sobre mi conciencia —contestó Dana.

Aquella masa se aproximaba.

Y Ainé parecía no reaccionar.

La cosa negra era un cardumen de sardinas. Formaban una bola de varios metros para protegerse de los depredadores.

—Mejor será dejarlo pasar y después continuamos —dijo Dana con alivio.

Pero aquella bola no pasaba de largo, todas las sardinas nadaban hacia nosotras.

—Por lo menos comeremos —indiqué.

Nos colocamos las dos delante de Ainé para protegerla y esperamos la llegada de los animales.

El banco de peces llegó hasta nosotras y nos rodeó. Un comportamiento extraño, ya que los peces de los cardúmenes suelen apartarse, cuando te acercas e intentas tocarlos.

En ese momento escuchamos una voz masculina:

—¡No temáis! ¡Nadad dentro de los peces!

Obedecimos a la voz y nos adaptamos a la velocidad de las sardinas.

Nos acercábamos poco a poco a los escuadrones, y yo rezaba para que no tuvieran hambre y para que no apareciera ningún depredador, como las serpientes asesinas que habíamos visto poco antes.

Entre la multitud de sardinas descubrí al tritón que nos había ayudado. Era Cástor, el periodista.

Los tritones que custodiaban el umbral de Espartel no nos prestaron atención y ni siquiera se dieron cuenta de que en algunos momentos sobresalía del banco de peces la cola de Ainé.

Varias *ballenadas* después del umbral, Cástor nos hizo una señal y abandonamos el cardumen.

Nos escondimos en las cuevas de Hércules.

Después de dormir unas horas comenzamos a sentirnos mejor. El que Cástor nos hubiera encontrado y nos acompañara a Tula nos ayudó a abandonar aquel sentimiento de angustia y desprotección.

Cástor había salido indemne del ataque del palacio, pero Bad había asesinado a muchos profesores más, y, aunque la mayoría había huido, se les estaba persiguiendo por el Mediterráneo.

Otras ciudades también se habían unido a los seguidores de Leviatán, sin que por el momento desde Tula, ocupada en los preparativos de las fiestas de Poseidón, se hubiera hecho nada para evitarlo.

Ainé, tras el sueño y una merluza, también se recuperó. Tanto, que comenzó a contarle, o a balbucearle, a Cástor el rapto y liberación del Señor de los Muertos.

Cástor, con una mueca en los labios, la escuchaba entre divertido e incrédulo.

—¿Tu hermana ha bebido algo? ¿Licor de sargazo? —le preguntó a Dana.

—Es verdad lo que está contando. El Señor vivía con unos niños esclavizados, y asesinaba a inmigrantes.

Crucé los dedos para que no contara que yo lo había matado en defensa propia. Después de haber estado en una cárcel, no tenía ganas de conocer otra.

—¿Y qué era? ¿Un viejo medio pirado?

—Sí, con unos pelos como antenas. ¿Lo conoces?

—Claro, mi abuela me leía cuentos de él —contestó Cástor sin poder contener las carcajadas.

—No es broma.

—¿Y quién os liberó? ¿Ainé? —preguntó retorciéndose de la risa—. ¿Abrió la jaula con una horquilla? ¡Hacía años que no escuchaba algo tan gracioso!

—Pues sí, fui yo. Y no se me corrió el maquillaje —contestó Ainé.

La entrada al continente sumergido de la Atlántida se encontraba antes de la arista submarina de los Delfines, en las islas Azores, único resto visible y terrestre del mítico

lugar.

—Aquí las noches de luna llena los pescadores escuchan el rumor de los gritos atlantes —nos explicó Cástor—. Aún pervive el eco de la tragedia que hundió el continente en el fondo del océano.

Cuando alcanzamos las islas, descendimos hacia el banco Princesa Alice, entrada a la ciudad, y pasamos sobre una cordillera de montañas submarinas, muchas de las cuales tenían la superficie plana y se llamaban guyots.

La entrada por Princesa Alice se hacía a través de una estrecha garganta rodeada de montañas.

Cástor nos explicó que la ciudad usaba distintos sistemas de seguridad para evitar que los humanos la descubrieran.

Esperábamos encontrar guardianes o policía, pero aquella entrada no mostraba ninguna vida. Nos topamos, en cambio, con dos grandes cristales a ambos lados del desfiladero. Parecían lupas gigantes colocadas sobre unos soportes alargados de un metal rojizo.

—¿Y eso? —le pregunté a Cástor.

Ni siquiera me contestó.

Empezábamos bien la relación.

Dana observaba los cristales con interés científico. Parecían descuidados, con las esquinas rotas y sucias.

—¿Para qué sirven? ¿Puedo acercarme? —preguntó.

—Yo que tú, no lo haría —contestó Cástor—. ¡Observa!

Nadaba delante de nosotras un enorme atún. Yo miraba a ambos lados de las montañas oscuras, porque, como en las películas del oeste, esperaba que salieran a atacarnos desde cualquier punto.

El atún cruzó delante de los cristales y de pronto un rayo de luz blanca atravesó uno de los cristales y golpeó al pez, que cayó al suelo muerto.

—¡Por Neptuno! —exclamó Dana, mirando a su alrededor para comprender de dónde había salido la luz.

Había oído que los atlantes poseían la ciencia y la tecnología más avanzada de los mares, pero no me imaginaba encontrar nada así.

Habían transformado la luz del sol, a través de espejos y cristales, en energía, y, aún peor, en armas.

—Cástor, ¿esto es seguro? —preguntó Dana.

—Sí, ellos eligen quién entra y sale de la ciudad.

—Unos métodos muy persuasivos. ¿Conoces a los que han inventado estos cristales?

¿Me los podrías presentar? —preguntó.

—Algo se podrá hacer —contestó Cástor.

Nos detuvimos junto al cadáver del atún. Podíamos habérselo llevado, pero desconocíamos si la energía había contaminado el cuerpo. ¿Vendría alguien a buscarlo o serviría de alimento para otros peces?

Pasamos despacio entre los dos cristales. En cualquier momento, el rayo podía caer sobre nosotros. Dana, Ainé y yo nadábamos agarradas de las manos. Yo cerré los ojos para no ver el relámpago exterminador.

—Si muero, os podéis quedar con... —comencé a decir.

—Si no tienes nada —interrumpió Dana.

—Es verdad. Despedíos de mi madre. Y de Pau.

—Siempre me atraieron mucho los humanos —contestó Dana.

—Todo tuyo.

—Prefiero a Chete.

—¿Quién es Chete? —preguntó Ainé.

Tomé agua.

—Luchad contra Leviatán... Mi epitafio será de olas y espuma —añadí.

—Os estáis poniendo demasiado dramáticas —añadió Cástor, mirando hacia atrás—. Ya hemos entrado.

Resoplé.

—En los últimos meses, la seguridad de la ciudad se está descuidando bastante —continuó Cástor—. Han despedido a algunos encargados de cristales de seguridad. El gobernador dice que la seguridad ya no es necesaria, que todos en el mundo marino somos buenos.

—¿En serio? —preguntó Dana—. Yo no estaría tan segura.

—Después de lo que hemos vivido, yo tampoco —añadí.

Abrí los ojos y tuve que parpadear varias veces para comprobar que era real lo que veía.

La hermosa Tula, capital del continente atlante, se presentaba ante nosotros.

La ciudad en la que yo había nacido, en la que había muerto mi familia. ¿Viviría aún alguien que los hubiera conocido? ¿Podrían explicarme los Tres Sabios algo sobre ellos?

La capital de la Atlántida se encontraba situada en una planicie al pie de la montaña que ascendía hasta la superficie formando la isla de Pico, una de las Azores.

Según la leyenda, Poseidón, señor de los océanos y nuestro primer padre, recibió como posesión las islas situadas más allá de las columnas de Hércules. Poseidón visitó sus tierras y descubrió el lugar más hermoso del mundo. Tanto sus frutos como sus animales sobrepasaban en esplendor a todo los que Poseidón conocía. Del mismo modo, sus habitantes podían ser contados entre los más inteligentes y bellos del orbe, poseedores de una cultura y ciencia tan avanzada que se consideraba una de las civilizaciones más perfectas sobre la tierra.

Durante esa visita, Poseidón conoció a Clito, una joven de ojos azules como el mar de verano. Y se enamoraron. Con ella tuvo diez hijos, el primero de los cuales se llamó Atlante y dio nombre al continente.

Pero nuestro padre Poseidón era voluble como el océano y comenzó a desconfiar de la bella Clito. Así que le construyó un hermoso palacio en el centro de la isla y a su alrededor cavó tres grandes fosos. Cada foso medía veinte *ballenadas* y se separaba del siguiente por la misma extensión de tierra.

Un día aciago, nunca se supo si fue producido por el impacto de un meteorito, el orbe se estremeció con fuertes terremotos, el cielo se cubrió de un manto espeso de ceniza y un gran diluvio se abatió sobre la tierra provocando grandes olas que barrieron la Atlántida y su civilización.

La ciudad terrestre desapareció, dejando paso a Tula, la ciudad marina, que fue construida del mismo modo que la polis de Poseidón.

Y allí frente a ella nos encontrábamos: la Gran Ciudad de Tula. La tierra de mis raíces.

En el centro de la ciudad se alzaba el palacio de gobernación junto a la casa de

Poseidón y una plaza frente al palacio, que se usaba como ágora para discutir asuntos de interés general para los ciudadanos. Rodeaban los edificios praderas verdes de posidonia.

Un anillo de tierra separaba aquellos edificios del segundo círculo de construcciones de utilidad pública: oficinas, academias, gimnasios, bibliotecas, cuarteles...

Más allá se extendían las viviendas de piedra situadas unas sobre otras y separadas por el resto de los anillos concéntricos.

Por la ciudad nadaban no solo sirenas y tritones con la piel de todos los colores, sino también ninfas, náyades y genios de las aguas, ataviados con trajes desconocidos para mí. Como si aquella ciudad hubiera reunido a todas las culturas marinas.

Dana los miraba entusiasmada y con cierto descaro:

—¡Vamos a estar en las fiestas poseidónicas! ¿Os hacéis cargo?

—Me hago cargo de que no podré presentar mi trabajo de dos años —contestó Ainé.

El palacio en el que vivían el gobernador y los Tres Sabios estaba construido con mármol rojo, negro y blanco. Esta combinación de colores se repetía en otros edificios, como en la universidad, la biblioteca y las academias.

El palacio de planta cuadrada, como en Uharu, elevaba sus torreones hacia el sol. Y abría sus puertas en la parte superior del edificio.

Toda la ciudad estaba iluminada por los rayos del sol a través del sistema de espejos y cristales, con los que habíamos comprobado que mataban a los peces que se acercaban a la ciudad y con los que alimentaban a sus habitantes, a los que también protegían. Este juego de luces impedía que la claridad de la ciudad fuera vista por buceadores o barcos humanos en la superficie.

Quizá allí en Tula podríamos encontrar algo de paz y descanso antes de la guerra que se avecinaba.

—Tengo un amigo que puede alojarnos. Un antiguo empleado del palacio de gobernación. Su casa se encuentra en el primer anillo —explicó Cástor, mirando hacia atrás.

Intuía que aquel antiguo empleado del palacio era el informante de la muerte del gobernador.

—¿No sería mejor ir en directo a ver a los Tres Sabios? —preguntó Ainé.

—¡No! Bajaremos sin llamar la atención. Espero que no nos hayan seguido. Saben quién sale y entra de la ciudad.

Según descendíamos, comenzamos a oír sonido de voces y gritos. Sentí cierto temor de que allí hubiera llegado la revuelta desde el Mediterráneo.

—¡Un discurso de Belgemir, el regente de la ciudad! ¡Huyamos! —dijo Cástor.

Seguimos a Cástor hasta la vivienda de su amigo. Aquel amigo no debía de ser muy amante de la limpieza, porque en la puerta se habían concentrado todas las algas y animales que se pueden pegar a una superficie bajo el mar.

Cuando llamó a la puerta, abrió un tritón joven con el pelo muy negro y tan delgado que casi se le veía la raspa.

—¿Qué pasa? —preguntó con desconfianza a través de una rendija de la puerta.

Después pasó su mirada inquisidora de Cástor a nosotras tres.

No parecía ser muy amigo de Cástor. Ni de nadie.

—¿No vive aquí Gerión? —preguntó Cástor.

—Si vivo yo, no vive ese Gedeón de mierda. ¿Está claro? —preguntó y después empujó la puerta para cerrarla.

—No, no está claro —contestó Cástor, frenándole—. ¿Dónde está Gerión? Siempre ha vivido aquí.

—¿Quién es? —preguntó una voz femenina detrás de él.

Una náyade sacó la cabeza por la abertura. Era también morena y llevaba el pelo negro sujeto en un gurrño sucio encima de la cabeza.

—Preguntamos por Gerión —insistió Cástor.

—¡Que no sabemos quién es! —contestó el tritón irritado—. La casa estaba vacía y la puerta, abierta. Ahora es nuestra. El regidor lo permite.

—¿Y el anterior inquilino? —preguntó de nuevo Cástor.

Cuando el tritón parecía que se iba a lanzar contra Cástor para golpearle, la náyade le sujetó por detrás.

—¡Déjalos! —dijo, y cerró la puerta sucia en nuestras narices.

Nos quedamos unos segundos mirando la casa del amigo de Cástor.

—¿Y conoces a alguien más en la ciudad? —le preguntó Dana.

—De tanta confianza, no. Podemos acercarnos al mitin por si reconociera a alguien. Pero debemos tener cuidado y no llamar la atención.

Delante del palacio de gobernación se extendía el ágora en el que se discutía sobre asuntos políticos y comunales. La iluminaban varios juegos de cristales con la luz que aún entraba del sol.

—Ahora, en realidad, nunca se discute nada con el pueblo, solo la usan los políticos para sus mítines —nos explicó Cástor.

La plaza se encontraba abarrotada de sirenas y tritones. Un tritón fuerte y con el pelo largo rubio casi blanco, desde unas rocas en la parte superior, gritaba.

—Ese es Belgemir, el regente de la ciudad —nos explicó Cástor.

Al acercarnos pudimos escuchar lo que decía con un marcado acento atlante.

—¡Los humanos nos roban! ¡Aniquilan a los seres de los océanos! ¡Invaden nuestro mar! ¡Nosotros necesitamos mayor espacio vital! ¡Nuestros hijos necesitan vivir en paz sin el temor de ser arponeados por la espalda!

Una fuerte ovación se levantó entre el público. Y Belgemir continuó:

—¡Nuestro pueblo es tiranizado!

De nuevo, gritos de apoyo. Belgemir secundaba con la cabeza, pero no sonreía.

Aquel discurso me recordó enseguida al de Melkarth y sentí un ligero temor interior.

Allí abajo comencé a darme cuenta de que aquella ciudad que yo esperaba encontrar en su esplendor, parecía sumida en cierta decadencia. Los edificios no estaban tan limpios ni brillaban tanto como era de esperar de la capital marina. Y aquellos ciudadanos que nos rodeaban carecían de elegancia y distinción atlante.

—¡Cuando conquistemos las Azores, vuestros hijos disfrutarán del botín! ¡Las ciudades nos pertenecerán! ¡A todos aquellos pescadores o submarinistas que osaron penetrar en el reino marino, se les juzgará!

Belgemir levantó los brazos en éxtasis.

—¡Libertad a los oprimidos! —clamó.

Todos gritaron al unísono:

—¡Libertad!

Me fijé de nuevo en las sirenas y tritones que le escuchaban enfervorecidos. Muchos llevaban el cuerpo cubierto de tatuajes y la ropa de las sirenas parecía confeccionada con trapos viejos. Todos vestidos de manera similar, como siguiendo una moda concreta. Imitación a mendigos.

Pobres y mendigos como los que habíamos visto en toda la ciudad desde que entramos. Dana enseguida se había fijado en ellos y había preguntado a Cástor si allí no se ayudaba a la gente necesitada.

Belgemir continuaba con su arenga.

—¡Avanzad los que queráis servir! ¡Se organizarán ejércitos que marcharán contra los humanos explotadores! ¡Comenzaremos aquí, pero toda la tierra nos pertenecerá! ¡Los humanos, seres inferiores, serán expulsados de sus decadentes ciudades! ¡Arrojados a los mares oscuros que nos pertenecen y obligados a sobrevivir en ellos! —bramó.

La apoteosis fue total y todos los escuchantes gritaron con los brazos en alto. Algunos se golpeaban y empujaban sin control.

Observaba atónita y asustada aquella masa enfervorecida. ¿Aquel tipo de pelo largo rubio y que nunca sonreía tendría ya la Capa de Niebla con la que pretendían invadir la tierra?

—¡Solo es necesario que el gobernador nos autorice a atacarlos! ¡Clamemos al gobernador!

De las gargantas de aquellos seres salió un grito unánime que me provocó un escalofrío.

—No encuentro a nadie —dijo Cástor—. ¡Vámonos! El ambiente parece que se anima. El gobernador «invisible» ahora se ha declarado pacifista y ha suprimido la policía por innecesaria. Y, al finalizar el mitin, reparten también comida. Así se aseguran que viene mucha gente a escucharle. Y llegan hasta las manos con tal de conseguir un pescado gratis y no tener que trabajar para conseguirlo.

—Pero no tenemos adónde ir... —dijo Ainé.

—Quizá nos dejen dormir en las dependencias de la antigua casa de Poseidón. A veces recogen a personas sin hogar.

Desde casi toda la ciudad se veía una grúa que junto al palacio de gobernación parecía levantar un monumento.

—¿Qué es eso? —preguntó Dana.

—Creo que es una estatua en honor a...

—¿Lala Mansur, la reina del Séptimo Mar? —le cortó Dana.

—Sí. ¿Por qué la construyen justo ahora? Ni idea. Quizá porque luchó contra los humanos.

—En Uharu también le levantaban estatuas —añadió Dana.

—Tendremos que investigar esta conexión —contestó Cástor—. Se rumorea que la han visto por la ciudad. No sé si viva o en formol.

—Bad habló de ella en Uharu —añadí—. Pero no recuerdo nada.

Nos acercábamos a la casa de Poseidón por la entrada posterior, cuando una sirena tapada con una capa, con una capucha que le cubría el pelo, pasó a nuestro lado.

—¡Seguidme! —dijo—. A una *ballenada*.

Nos sobresaltamos, pero dejamos que nos adelantara la *ballenada* y comenzamos a nadar detrás de ella.

—¿La conoces? —preguntó Dana a Cástor.

—No estoy seguro.

Seguimos a aquella sirena dando vueltas alrededor de los anillos durante bastante rato. Casi había caído la noche cuando se detuvo y nos hizo una seña para que también nos parásemos.

Después nos hizo entrar por un estrecho pasadizo, mientras ella observaba el mar a nuestras espaldas.

—Os seguían, pero yo creo que los hemos despistado —dijo.

Me di cuenta de que el pelo que salía debajo de la capucha era de color azul.

—¿Seguirnos? Es imposible. Hemos guardado todas las medidas de seguridad —dijo Cástor, intentando, en vano, mirarle la cara.

—Creo que no. Tendrás que repasarlas la próxima vez —contestó ella—. Regla número uno: no escuches una asamblea de Belgemir. Está atestada de soplones...

Salimos por el otro extremo del pasadizo y nos encontramos en las afueras de la ciudad. En un talud descendente hacia la oscuridad.

Al oeste, en el horizonte, se divisaba una luz, similar a un amanecer o atardecer en la tierra. No supe a qué se debía.

La sirena volvió a comprobar que no nos seguían. Y después nos dirigimos hacia unas rocas. Entre las piedras se encontraba muy bien camuflada una casa.

La sirena accionó un mecanismo, se abrió una puerta por la que entramos, y se despidió de nosotros.

—¡Hasta la próxima! —dijo, y cerró la puerta a nuestras espaldas, dejándonos encerrados en la oscuridad.

—¿Cuál era la regla número dos de las medidas de seguridad? —preguntó Dana—. ¿No fiarse de sirenas extrañas encapuchadas?

Una pequeña luz nos iluminó.

—¡No la toquéis! —dije.

Poco a poco pudimos ver que la luz se correspondía a la linterna que salía de la frente de un enorme pez cornudo, dotado de unos amenazadores dientes que sobresalían de su boca.

Al mirar a nuestro alrededor, descubrimos que nos encontrábamos en una sala cuadrada sin ningún objeto.

—¿Cómo acabamos con este bicho antes de que acabe él con nosotros? —preguntó Ainé.

Sin darnos tiempo a contestar, se oyó un ruido en una de las paredes y una voz dijo:

—¡Bienvenidos a mi casa!

Desde una puerta frente a nosotros se aproximó un tritón mayor.

—¡Gerión! —exclamó Cástor, acercándose a él para saludarle.

—Perdonad las medidas de seguridad —dijo el tritón, haciéndonos pasar a una estancia iluminada.

—No conocía tu nueva casa —dijo Cástor.

—Tuve que mudarme a principios de verano. Me avisaron una noche de que vendrían a buscarme unos tritones no precisamente amigables —contestó Gerión sonriendo, mientras nos observaba—. Os han venido siguiendo desde la entrada de Princesa Alice.

—¿Ladrones? —contestó Cástor.

—Espías del gobierno. Quizá hubiera sido más prudente entrar por el guyot Platón —dijo el tritón, refiriéndose a otro de los montes con cima plana que rodeaban la ciudad—. Bueno, ¡ya da lo mismo! —concluyó.

Nos hizo acomodarnos en la estancia, mientras él preparaba una merluza.

Aquella cueva en la que vivía Gerión carecía de decoración y sus paredes estaban cubiertas por racimos de algas y anémonas blancas. Me resultó agradable. Fue la primera

vez que me sentí en casa y sin temor después de abandonar Cueva de Lobos.

Durante la cena, Cástor puso a nuestro anfitrión al día de lo ocurrido en Uharu. Pero Gerión ya conocía los hechos, y también estaba al tanto de la legación de Guardianes de los Hielos Perpetuos. ¿Cómo se había enterado?

Y, mientras comíamos sardinas, nos enteramos de que Gerión, atlante de pelo blanco, había trabajado durante la mayor parte de su vida como entrenador de delfines en el palacio de gobernación. Tras la llegada de Belgemir a la regencia, había sido apartado de su cargo por mostrar su desacuerdo con la política del regidor. Hasta el extremo de peligrar su vida.

Gerión se interesó por nuestra procedencia. Había hecho negocios con Alfeo y había oído hablar de Cueva de Lobos. También elogió el trabajo de Lorelei en la defensa del patrimonio submarino del Mediterráneo.

Yo no conté nada de mí, como si fuera una hija más de la familia.

—No te hagas el tonto, a la que de verdad conoces es a Melusina —indicó Cástor—. Él, Melusina y otra sirena de nombre Nut encadenaron a Leviatán en los fondos abisales tras la Segunda Rebelión...

Aquellos eran los famosos y únicos supervivientes del Consejo de Ancianos, cuando catorce años antes fueron todos eliminados.

—Bueno, ahora no vamos a aburrir a estas jóvenes con historietas del pasado —contestó Gerión, quitándose importancia.

—¿Y por qué ese Belgemir clamaba ahí fuera contra los humanos? —me atreví a preguntar.

Gerión me clavó los ojos.

—Tú vives en tierra, ¿no?

Me sentí turbada, ¿cómo lo sabía?

Gerión notó mi sonrojo.

—No te preocupes, se nota por tu piel. Es más oscura que la de los demás y tienes marcas del sol... —explicó.

Después hizo una pausa y continuó:

—Nuestro regidor Belgemir está perdiendo la cordura y con él, toda la ciudad. Al principio creí que nadie seguiría sus absurdas teorías sobre la libertad de los oprimidos, pero poco a poco ha influido en los habitantes de la Atlántida hasta hacerlos odiar a los humanos. A todos los que le siguen, les proporciona comida y alojamiento gratis. No necesitan trabajar. Está criando un cardumen de vagos y maleantes.

Tomó agua y continuó:

—¿Qué queda de nuestras universidades, de nuestra tecnología? ¿De aquellos inventos y el desarrollo del magnetismo y la metalurgia submarina? Nada.

—Pero Belgemir, el regidor, no parece atlante... —dijo Dana.

—No, no lo es. Vino del norte. Yo creo que es hijo de un Centinela de los Hielos.

—¿Y qué hace aquí? ¿No son peligrosos los centinelas?

—Sí, lo son, aunque quieran aparentar lo contrario. Cada día, más. Pero Belgemir era huérfano y se crio aquí desde pequeño con una familia de adopción. Controla, junto con su esposa Manda, todos los negocios y mercancías que llegan a la ciudad. Su mujer, una oceánida, tiene el monopolio de todos los tejidos y ropas que se fabrican aquí y los que se exportan.

—Muy interesante —dijo Ainé.

—¿Y se han salvado los profesores a los que liberamos en Uharu? —preguntó de nuevo Dana.

—Si no me han informado mal, han salido al exterior y se encuentran reunidos en la ciudad de Atenas. Hemos perdido a los mejores intelectuales de aquel mar... Incluyendo a las sirenas que están encerradas. Esperemos que consigan liberarse.

—¿Y Alejandría? —preguntó Dana.

Allí vivían sus abuelos, y cerca, en Heraclión, se encontraba Oannes, su novio etíope, con toda su familia.

—Aún sabemos muy poco del mar de Levante. Solo están llegando noticias de las ciudades cercanas, del Atlántico, Tingir y Lixus. Pero nadie ha conseguido cruzar las Columnas de Hércules. Creo que sois los únicos que han burlado a los escuadrones de Bad —explicó con un marcado acento atlante.

—¿Por qué no acuden soldados de aquí a sofocar la revuelta del Mediterráneo? —preguntó Dana.

—¿Soldados? —contestó resoplando—. Aquí ya no hay soldados ni policía. Los políticos los consideran innecesarios. Todos andan ocupadísimos preparando las fiestas y el mercado de Poseidón.

—Por cierto, he oído en la asamblea que alguien hablaba sobre un barco en La Habana... —dijo Dana.

—Sí, algo muy parecido a lo ocurrido hace unas semanas en las islas Arainn con aquel submarino —contestó—. Muy extraño.

La noticia enseguida atrajo la atención de Cástor.

—¿Un barco antiguo? —preguntó.

—Sí, el *Septimus*. Se le vio por última vez en el año 1763 en el cabo de Buena Esperanza, había salido de Lisboa rumbo a Macao.

—¿Y aparece así ahora?

—Sí, en el puerto de La Habana. La tripulación ha desaparecido, claro, pero no se había usado ningún bote. También estaban todos sus objetos personales en el barco. Las autoridades cubanas lo están custodiando con gran secreto, quizá con la esperanza de encontrar en sus bodegas cargamentos valiosos.

—¡Qué interesante! ¿De dónde salen estos barcos ahora? —preguntó Dana.

—No lo sé, pero no me gusta demasiado. Varios vigilantes del puerto de La Habana han tenido que ser relevados de sus puestos al mostrar síntomas de una extraña epidemia. Ayer murió uno de ellos.

—¿Como los que entraron en el submarino?

—Eso parece —concluyó Gerión—. En la isla de Arainn no paran de morir humanos. Como si aquel submarino hubiera dejado salir una epidemia o radioactividad. Espero noticias de algunos amigos que viven por allí.

Cuando anocheció y nos fuimos al cuarto que nos había preparado Gerión para dormir, vi en la pared una piedra negra con un relieve. Se hallaba tan cubierto de algas que era casi imposible reconocer si mostraba a una persona o a un animal.

Me detuve a observarlo.

—Tengo la esperanza de que, si los animales y las algas tapan los recuerdos, estos se olvidan —dijo Gerión, acercándose.

—Deshágase de la piedra y punto —contesté.

—No es tan sencillo.

Gerión la observó unos instantes y luego dijo:

—Dentro de unos días me gustaría enseñaros la casa de Poseidón. Y después quizá os encomiende una pequeña tarea.

Aquel tritón me caía bien.

Durante dos días permanecimos ocultas en la casa de Gerión. Según el atlante, debíamos asegurarnos de que nadie nos había seguido ni vigilaba la casa.

Yo sentía una intranquilidad profunda. Mientras nosotras descansábamos, las fuerzas de Bad se armaban y se dispersaban por todos los mares.

Al tercer día, Gerión quiso enseñarnos la casa de Poseidón.

—Creo que no tenemos tiempo para el turismo —le dije antes de salir.

—Yo creo que sí —contestó.

Abandonamos la casa de Gerión por separado y nos encontramos en la puerta del templo.

Ainé no nos acompañó. Su único interés se limitaba a encontrar a Petrea, la sirena que le había invitado a las fiestas poseidónicas, e intentar preparar algunos trajes que presentar en la feria. Gerión la animó a ello y la acompañó hasta la casa de la diseñadora de ropa.

Sobre el pináculo de la casa de Poseidón se levantaba una estatua metálica de nuestro primer padre montado en su carro tirado por delfines, que era visible desde toda la ciudad.

En tiempos remotos, la entrada a su hogar estaba prohibida, ya que allí nacieron y vivieron los hijos de Poseidón y Clito. Por ese motivo lo rodeaba una cerca de oro. Ahora se visitaba como un museo.

Aquel edificio me pareció verdaderamente sublime, no tanto por sus proporciones inmensas como por su belleza. Su arquitectura parecía clásica pero con una inspiración extraña, que me resultaba hasta salvaje.

Cuando descendimos sobre el edificio, pudimos ver que la superficie estaba cubierta de plata y oro alternando con unas planchas metálicas de una tonalidad rojiza, que parecían arder como el fuego con el reflejo de la luz.

—Eso es oricalco, un metal propio de la Atlántida —nos explicó Gerión.

Enseguida entramos dentro por una abertura en la parte superior. Las paredes interiores estaban forradas de carey con relieves, y el centro de la estancia lo llenaba otra

estatua de Poseidón de oro, tan alta que su cabeza tocaba el techo. Nadé alrededor observándola despacio. Poseidón estaba representado de la manera clásica, como un anciano cubierto por ropajes de color azulado. En la mano derecha llevaba un tridente. Sus pies se apoyaban sobre una concha de la que tiraban seis curiosos caballos de mar, mitad caballo y mitad pez.

Rodeaban a Poseidón un cortejo de estatuas de tritones soplando en conchas, y nereidas montadas en delfines.

Gerión me señaló los caballos.

—Son hipocampos. Se dice que existieron en un tiempo remoto, pero hoy han desaparecido. Nadaban más rápido que cualquier otro animal marino —explicó.

En la casa de Poseidón percibía también cierto descuido en la conservación: concreciones, suciedad, restos animales y coral cubrían algunos rincones de sus paredes. Suciedad que abundaba en la ciudad: en las calles yacían animales en descomposición junto con todo tipo de desperdicios que flotaban por sus aguas turbias.

Nos detuvimos bajo la estatua del tritón. Por el tamaño parecíamos huevos de calamar bajo una ballena.

Me fijé también en los bajorrelieves de mármol blanco que cubrían las paredes de carey. Contaban la vida de nuestro padre Poseidón. En el primero aparecía expulsado del Olimpo por orden de su hermano Júpiter, contra el que había conspirado. Le seguía la representación de su trabajo como albañil bajo las órdenes del rey Laomedón durante la construcción de la muralla de Troya.

Dana me explicó que el rey no quiso pagar los servicios prestados por Poseidón y este mandó un terrible monstruo marino que asoló la región.

En otro aparecía casándose con la ninfa Anfítrite. Frente a él se encontraba el relieve más grande: la fundación y construcción de la Atlántida terrestre, una ciudad similar a la que acabábamos de conocer. Y el último relieve mostraba a su segunda esposa Clito y a los diez hijos que tuvo con ella, entre los que se encontraba Atlante, el que dio el nombre a la ciudad.

Debajo se podía leer:

«La tierra estará tan llena de conocimiento, como las aguas que cubren el mar».
Crónica de los Últimos Días.

Poco antes de cerrar el recinto, cuando ya apenas quedaban visitantes, Gerión nos preguntó en susurros si aún estábamos interesadas en saber qué le había ocurrido al gobernador.

—Sí, claro. Pensábamos hallar aquí una fuerza que luchara contra Leviatán y hemos encontrado una ciudad distraída en las tonterías de ese regidor y en un mercado de ganado —contesté.

Gerión se aproximó a una de las nereidas de oro que rodeaban a Poseidón, la que

pasaba más desapercibida en un rincón oscuro del recinto, y metió los dedos en los ojos dorados del delfín. La piedra sobre la que reposaba el grupo escultórico se movió dejando ver un pasillo que descendía. Seguimos a Gerión por él y la puerta se cerró a nuestras espaldas.

Si aquel vejete era un traidor, ahora estábamos en sus manos. Deseé que no quisiera enseñarnos el cadáver corrompido del regidor.

Continuamos por el pasillo, en cuyo final se podía ver una luz.

Salimos a una habitación bien iluminada donde nos esperaban Cástor, dos sirenas gemelas, una llamada Menya que llevaba el pelo teñido de azul y que reconocí como la que nos había guiado a la casa de Gerión; y su hermana Fenya, de pelo verde. Completaba el grupo Gargor, un tipo de pelo rubio y con cara de no haberse comido un cangrejo en su vida.

Saludamos y nos pusimos en círculo alrededor de una piedra redonda. ¿No habría tenido Clito a sus hijos encima de esa roca? Ni me atreví a preguntarlo. Sobre ella yacían ahora libros y algas escritas.

—Como ya os habrá explicado Cástor, estas dos jóvenes acaban de llegar a la ciudad desde Uharu, donde han sobrevivido al ataque de Bad —comenzó a decir Gerión.

La sirena de pelo verde abrió la boca asombrada.

—Han muerto muchos tritones... —añadió Cástor.

—Por no hablar de las sirenas encerradas en sus casas —añadió Dana sin ninguna vergüenza.

Gerión, que parecía presidir la reunión, tomó de nuevo la palabra, señalándonos.

—Vosotras no sois conocidas en esta ciudad y con vuestra ayuda podríamos avanzar en nuestro proyecto —explicó.

Las gemelas y el del pelo limón nos miraban con curiosidad.

—Somos pocos, una insignificancia, en comparación con los escuadrones y soldados que están saliendo del Mediterráneo —dijo Gerión. Para evitar que Leviatán se haga con el poder en el mar; o vencerle, si lo consigue, necesitaremos una serie de objetos dotados de un poder especial. Son nuestra única alternativa y esperanza.

Gerión encendió un proyector sobre la pared en la que pudimos ver la imagen del Tridente de Océano. Luego continuó hablando:

—Todos sabemos que han robado el tridente. Se trata de un objeto de poder que hace invencible al que lo posee frente a sus enemigos. Se desconoce su paradero.

Mi mirada se cruzó con la de Dana. Las dos lo habíamos visto el año anterior en manos de un tritón llamado Forcis. Un tritón que deseaba liberar a Leviatán.

Dana se disponía a abrir la boca cuando le hice una señal para que callara. No podíamos fiarnos de nadie.

Gerión nos observó unos segundos y añadió:

—El tridente de Océano es imprescindible para capturar a Leviatán, si es liberado. Pero existen dos objetos más que guardan un gran poder: la Caracola de Ayuda con la que se pide auxilio desde cualquier lugar del mar; y la Capa de Niebla.

—¡Bad busca la Capa de Niebla! —exclamé—. Le oí hablar de ella con Melkarth.

Gerión suspiró.

—Ya lo sabemos. Desde hace un año ha mandado a tritones por todos los océanos para dar con su paradero. Nosotros también la hemos buscado. En vano. Pero hace unas semanas Gargor regresó de sus investigaciones con nuevos datos. Por favor, Gargor, cuenta lo que sabes —dijo señalando al tritón de pelo *pollo*.

—¿Todo?

—Sí, desde el principio.

El tritón se tomó su tiempo para buscar un dibujo de la capa en un libro de piedra, y comenzó a hablar muy despacio con un acento que yo desconocía.

—La primera noticia que conocemos de la Capa de Niebla tiene su origen en el lago Titicaca. Pertenecía a los habitantes acuáticos de aquel lugar. Una colonia submarina que contaba con siglos de antigüedad. Los nativos terrestres, en contra de lo habitual, conocían su existencia; los respetaban e incluso veneraban. Pero llegaron los conquistadores y uno de ellos, de nombre Diego de Estrella, se enamoró de una náyade. Y de manera incomprensible, ella de él —añadió Gargor con gesto de repugnancia.

Aparté la vista hacia la pared del fondo. Yo había estado enamorada de un humano.

—Diego le hablaba a la náyade, cuyo nombre fue intencionadamente olvidado, de su mísera tierra y de la familia que había dejado para conquistar la gloria y el poder, aunque solo había encontrado enfermedades y muerte; y la náyade le detallaba los tesoros que su familia escondía en el lago. Entre ellos, la Capa de Niebla...

—¡No me lo cuentes! —saltó Dana—. La náyade cambió la capa por un espejo en el que poder contemplar su belleza.

Gargor observó durante unos instantes a Dana.

—¿Conoces la historia?

—Sí, la de la sirena imbécil que se deja embaucar por un espejo de bisutería se repite a lo largo de los siglos, sin interrupción.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté con interés. No quería que mi amiga comenzara una discusión sobre el cociente intelectual de las sirenas vanidosas.

—Solo falta el peine —susurró Dana.

—Una noche sin luna ni estrellas, don Diego escapó de allí con el botín y la náyade lo maldijo. Tras innumerables penalidades llegó al puerto de Veracruz donde embarcó en

el galeón Las Ánimas perteneciente a la flota de Tierra Firme rumbo a Europa. Quería regalarle la capa al emperador. Poco después de zarpar se declaró fuego en la despensa del buque. Parece ser que el virrey de Nueva España había regalado unas cajas de aguardiente al capitán del galeón, don Pedro de Salazar, y los trabajadores de la cocina al bebérselo a escondidas lo derramaron sobre la cocina. En el barco se temía que el fuego alcanzara algunas cajas de pólvora y explotaran.

—Resumiendo —pidió Cástor.

—El buen hacer del capitán y sus oficiales junto con los marineros que no se lanzaron al agua presas del pánico, consiguió apagar el incendio. El galeón se detuvo en La Habana a reparar sus desperfectos, mientras el resto de la flota continuaba. Se les echó encima la época de los huracanes que azotan aquellos mares, pero el capitán hizo caso omiso a las advertencias, y partieron rumbo a la península ibérica. Don Diego temía que ocurriera otra desgracia y durante el viaje se mantuvo en todo lo posible alejado de la borda del barco. Pero sus presagios se cumplieron. Al navegar por el Canal Viejo de Bahamas, el tiempo empeoró y el barco embarrancó por la noche en unos salientes de coral. El mar golpeó la embarcación hasta deshacer parte de su fondo y hundirla.

El tritón de pelo amarillo carraspeó antes de continuar.

—Los supervivientes se refugiaron en la superficie del barco que aún sobresalía del agua. Entre ellos se encontraba don Diego, que no había podido recuperar la Capa de Niebla de las bodegas. Mientras esperaban auxilio bajo la lluvia y el viento arreciaba, veían las aletas de los tiburones que cercaban la embarcación, pero Diego distinguía más. Decenas de sirenas rodeaban los restos del galeón dispuestas a acabar con el que había ultrajado a una de sus hermanas.

El viento redobló su furia y las olas pasaban encima de los restos del barco amenazando acabar con los supervivientes.

Y fue una ola gigantesca y una mano de sirena la que hundió a Diego en la profundidad del mar pagando así su traición con la vida.

No hubo supervivientes.

Todos guardamos unos segundos de silencio.

—¿Y qué se consigue con la capa? —pregunté.

—Un ejército de tritones y sirenas podría invadir la tierra por sorpresa sin ser vistos, ocultos entre las brumas más espesas.

Gerión tomó la palabra. Por primera vez vi que de su cuello colgaba el collar del Consejo de Ancianos, una circunferencia con un arco boca abajo.

—Gargor ha investigado en el Archivo de Indias durante varios meses. Y ha comprobado que entonces no se recuperó ningún objeto de aquel naufragio y que la capa permanece en el pecio hasta el día de hoy.

—Sé el lugar exacto donde se encuentra —puntualizó Gargor.

—¿Y después de tantos siglos aún va a seguir allí la capa? ¿Esperándonos? —preguntó Cástor.

—¿No la recuperaron aquellas sirenas vengadoras? —insistió Dana.

—Cada barco hundido con pasajeros se convierte en un cementerio que las sirenas y tritones respetan —contestó Gargor—. Pero en esta historia hay un detalle intrigante. No consigo entender por qué, después de tanto esfuerzo, no la recuperaron antes de que aquellos hombres perecieran, y no se la devolvieron a sus propietarios del lago.

—Quizá desconozcamos algo sobre la capa —añadió Cástor.

—Pero ahora debemos actuar cuanto antes —explicó Gerión—. Sabemos que el gobernador del Mediterráneo la busca. Si Belgemir, ese degenerado asesino de humanos, llega a conocer su existencia, también deseará poseerla.

—Y aún peor... Una empresa que caza tesoros submarinos, Odisea, comandada por el capitán Rauber, está inspeccionando la zona. Son submarinistas sin escrúpulos que no dudarán en destruir los restos con tal de llevarse los objetos metálicos de valor —concretó Gargor.

—Muy esperanzador. ¿Y la Caracola de Ayuda? —pregunté.

Gerión cambió la imagen del proyector y nos enseñó varios dibujos antiguos del supuesto aspecto de la caracola.

—Poco se sabe de ella. Cástor ha investigado también durante algunos meses —contestó Gerión.

—Sin ningún resultado. Parece tratarse de un objeto mítico que se encontraba en la isla de Bimini. Una isla legendaria que nunca ha existido —contestó Cástor con un deje de desesperación—. Hablamos de objetos perdidos hace cientos de años. Ahora nos han llegado algunas informaciones sobre la isla de Yonaguni, cerca de Japón.

Gerión cambió la imagen por los fondos marinos de la isla japonesa.

—Y creo que esto es todo lo que debéis saber —concluyó Gerión.

—Se os ha olvidado Crin Magnífica, el animal de poder —dijo Menya, la del pelo azul.

—¿Qué es? —preguntó Dana.

—Un caballo marino, un hipocampo, como los que monta la estatua de Poseidón, y que lleva en cualquier dirección a mayor velocidad que cualquier corriente marina. Más rápido que el viento, se diría en la tierra —explicó Cástor.

—Crin Magnífica no existe, es un ser mitológico —concluyó Gerión—. Así que he pensado que debemos dividirnos en tres grupos...

—Espere, ¿qué ha ocurrido con el gobernador? —interrumpió Dana.

Las miradas se cruzaron.

—Lo han asesinado —contestó la sirena de pelo azul—. Mi hermana y yo trabajamos en el palacio. Este invierno el gobernador comenzó a desconfiar del regidor y de sus

ayudantes. Estos poco a poco habían adquirido más poder en la ciudad, hasta dejar al gobernador como un simple títere. Un día, a principios de verano, desapareció.

—¿Desapareció?

—Sí. Se lo llevaron y nadie lo ha vuelto a ver. El regidor dijo que había enfermado y que necesitaba reposo. Desde entonces hace una pantomima entrando en su despacho y saliendo. Todos sabemos que no se encuentra allí.

—Quizá no esté muerto.

—Fenya y yo encontramos sangre en su habitación. Y aquella noche se usó el tanque de tiburones, a los que no habían dado de comer en varios días.

—Yo limpiaba aquel tanque, pero aquella semana me despidieron —dijo Gerión.

—¿Tanque de tiburones? —preguntó Dana.

—Sí, Belgemir se ha hecho traer animales peligrosos de todos los océanos: avispa y arañas de mar, tiburones tigre, escorpas...

—¿Y los Tres Sabios? —pregunté.

Fenya, la del pelo verde, contestó:

—¡Los Tres Sabios! Son nuestra única esperanza. Pero llevamos meses sin verlos, como al gobernador. Dentro de unas semanas, durante los días de Alcione, sabéis que se celebrará aquí, junto con las Fiestas Poseidónicas, el Gobierno de los Mares. Acudirán seres marinos de todos los océanos y esperemos que se aclare la situación.

Gerión tomó de nuevo la palabra:

—Organizaremos tres grupos. Vosotras dos —dijo refiriéndose a las gemelas—, como trabajáis en el palacio de gobernación, investigaréis si allí se encuentra el tridente. Cástor y yo buscaremos la Caracola de Ayuda en Yonaguni, en el Pacífico; y Gargor, Dana y Stella podrían buscar el pecio donde yace la Capa de Niebla. ¿O prefieres que las acompañe yo?

Gargor sin mirarle contestó:

—Me ha mandado casi un año al exterior a investigar en un archivo polvoriento, ¿y ahora me pide que renuncie a mis conocimientos?

Gerión pareció dudar.

—Quiero terminar con lo que he acabado —insistió Gargor.

Hubiera preferido que Gerión nos acompañara. No me apetecía mucho viajar a un lugar extraño con un tritón con pinta de memo a bucear por restos desconocidos de pecios del imperio español. ¿Tendrían alguna copia en la Atlántida del libro de Lorelei?

—De acuerdo —contestó el viejo tritón—. Solo tenemos hasta los días de Alcione. Si van a atacar, será entonces.

No me sentía preparada en ningún sentido. Y ¿quién era Alcione?

—Stella, ¿te ocurre algo? —preguntó Gerión.

—Vosotros no habéis visto esos escuadrones de la muerte, ni a Bad asesinando a

tritones a sangre fría... No somos nadie.

—Como no somos nadie, podremos vencer. Pasaremos desapercibidos. Leviatán siempre ha despreciado a los insignificantes...

—Por eso se rumorea que dejó con vida a un niño en el palacio de gobernación durante la Segunda Rebelión —añadió Fenya—. No dio valor a su pequeñez. Y ese niño será el que acabe con Leviatán y libere al mundo marino de su amenaza.

—Eso son cuentos de ballenas viejas... ¿Dónde está ese niño? Nadie lo ha visto nunca —dijo Gerión con un gesto de la mano.

—Entonces, ¿podríamos vencer a Bad? —pregunté—. ¿Y a Leviatán?

—Por supuesto, con los tres objetos, el poder estará en nuestras manos.

El poder para acabar con Ceix. Para vengarme y matarlo con todo mi odio.

Dana y yo nos miramos a los ojos.

—Contad con nosotras.

La paz y los destinos del reino marino no se encontraban en las manos de los poderosos, aunque ellos así lo creyeran, sino en las nuestras.

En mis manos sostendría la venganza.

Al día siguiente, Gerión quiso enseñarme las afueras de la ciudad.

Ainé se había marchado de nuevo con Petrea a conocer una factoría de trajes hechos en serie, y Dana visitaba con Cástor a uno de los científicos que trabajaban con los sistemas de seguridad de la ciudad.

Así que me quedé sola con Gerión. Aunque Gerión me parecía un tritón agradable y digno de confianza, al principio quise rehuir la invitación, pero durante el camino, sin miramientos, me dijo:

—He organizado los encuentros de Dana y Ainé porque quiero enseñarte algo a ti sola. No hace falta ser muy listo para percatarse de que no tenéis ni idea de lo que os espera ni de cómo afrontarlo.

—Pues sí —balbucí con cierta desesperanza.

—Pronto se cumplirán las profecías, aparecerá el libertador y debemos allanarle el camino.

—¿Libertador? —pregunté.

Siempre que se hablaba de libertadores sentía cierto temor, ya que Pólux, el arquitecto de la jaula de Leviatán, me había señalado a mí como la elegida.

Llegamos a unas praderas de posidonia que se alternaban con extensiones desiertas de arena.

—¿Usted se cree esos rollos? ¿No son cuentos de abuelas?

—No.

—¿Se refiere a lo del niño ese que Leviatán no asesinó? ¿Y si se lo inventaron los Tres Sabios para insuflar algo de esperanza al pueblo? Como una mentira piadosa... —dije.

—Las profecías que conocía se cumplieron, solo falta esta.

—¿Qué decían las otras profecías? ¿Qué dice esta?

—¿No has estudiado «Las Crónicas de los Últimos Días»? —preguntó Gerión.

—No, no entraba en mis planes de estudio. ¿O sí? Pero he leído muchos otros libros... Muy gordos —mentí.

—Seguro. El libro original de las crónicas se perdió hace muchos siglos.

—¿Desaparecido? —pregunté.

Aquel título me sonaba.

—Deberíamos también buscarlo, pero esa sí que es una misión imposible. Solo nos quedan retazos citados por otros autores de su época. En ese libro se contaba la gran batalla final entre Leviatán y el libertador del mundo marino.

Tragué saliva.

—¿Y?

—«*Aquel día el elegido castigará
con su espada afilada, grande y fuerte,
a Leviatán, la serpiente huidiza,
a Leviatán, la serpiente tortuosa.
Y matará al dragón marino*» —recitó.

Y luego se acarició la barbilla y continuó:

—Sabemos que habrá una batalla, y que ocurrirá dentro de poco, ya que las señales coinciden, pero los detalles se perdieron con el libro.

Tuve la tentación de preguntarle si era real la creencia de que, si una sirena besa a un humano, quedan unidos para siempre, pero sentí vergüenza de pensar en semejantes chorradas cuando estaba en juego el futuro del mundo marino y me callé. Se trataba de una nimiedad ridícula comparada con la salvación del mundo marino.

Al fondo se veía aquella luz extraña que habíamos visto a nuestra llegada a la ciudad.

—Es el Jardín de las Hespérides, donde se guardan las manzanas de oro, por las que competirán dentro de unas semanas jóvenes de todos los mares —explicó Gerión.

—Con ese resplandor será un sitio hermoso —dije, por si me llevaba a conocerlo.

—Desde luego, pero está vigilado por las Hespérides o Hijas del Atardecer. Cinco sirenas, cuyo cometido es custodiar el árbol donde crecen las manzanas. Y solo se puede visitar durante la competición. ¡Ah! también vigila las manzanas un dragón, de nombre Ladón... Dicen que tiene cien cabezas.

—Genial.

Gerión guardó silencio unos segundos antes de continuar hablando.

—Partiréis mañana al amanecer. Nos han llegado noticias de que Odisea, la empresa de cazatesoros de Rauber, se acerca a la zona.

—¿Tan pronto?

—No tenemos tiempo, Stella. El poder del mal es más audaz que nosotros. Deberéis regresar para las fiestas de Poseidón y el Gobierno de los Mares.

Cruzamos un bosque de árboles muertos mineralizados, que hundían sus raíces sobre la arena del suelo. Carecían de hojas, pero sus ramas retorcidas se elevaban hacia el sol. De ellas colgaban algas que semejaban lianas, y que le daban un aspecto fantasmagórico.

En el bosque, donde nadaban infinidad de peces, Gerión me guio entre los árboles

hasta un claro. Hizo un ruido con la boca y aparecieron dos delfines que comenzaron a nadar a nuestro alrededor y a darnos pequeños golpes con el hocico.

—Estos son los delfines que adiestro para carreras: Bruna y Chana.

Les toqué el lomo con cuidado.

Con otro chillido de Gerión apareció otro animal. Según se aproximaba, pude reconocer que era un hipocampo, uno de aquellos animales mitad caballo, mitad pez de la estatua de Poseidón. Se lanzó hacia nosotros a gran velocidad y, cuando creía que iba a ser arrollada por él, detuvo su cabeza a escasos centímetros de mi pecho. La agachó y me rozó con el morro.

—Quiere que lo acaricies —explicó Gerión.

Hice como me decía y me recordó a Nemo, el gato caramelo de Electra.

—Es Crin Magnífica. El animal marino más rápido que ha existido jamás.

Lo miré asombrada. Era de un color verde azulado. Su cola medía varios metros y las dos patas delanteras no terminaban en cascos, como los caballos, sino en grandes aletas, que le permitían nadar con agilidad.

—¡Usted aseguró que no existía!

—Una mentira protectora.

—¿No son de fiar los de la reunión?

—Por ahora sí, pero nunca se sabe cuándo uno de ellos puede pasarse al enemigo. Solo se conoce a los seres bajo presión, en su peor momento.

—¿Por qué le caigo tan mal a Cástor? —me atreví a preguntar.

—Si no me equivoco, estaba enamorado de la sirena que te cuidó.

—¿Calipso? ¿Cástor cree que yo tuve la culpa de su muerte?

—Eso parece. Calipso no quiso casarse con él por protegerte. Y luego... la asesinaron.

—¿Usted conoció a Calipso?

—De vista. Dejó un trabajo muy importante aquí en Tula por irse a aquella pequeña playa en la que nadáis.

Quizá nunca me había dado cuenta de los sacrificios que Calipso hizo para ayudarme.

Gerión pasó unos arneses por el cuello de Crin, que parecía disfrutar con el contacto del tritón.

Después me explicó cómo hacer que Crin nadara lo más rápido posible.

—Los hipocampos son los animales más inteligentes del mar. Crin sabrá anticiparse a tus deseos cuando lo montes —explicó—. Solo necesitas fortaleza mental y concentración. Y te defenderá de ataques de tiburones. Incluso podría salir a la superficie por poco tiempo.

Luego puso las riendas en mi mano y dijo:

—¡Ahora llévalo!

—¿Cómo? Yo solo he montado en delfines de medio pelo.

—Da igual, él te ayudará.

Crin se giró y me hizo una carantoña. Su boca parecía sonreír.

Pero, cuando tiré de las riendas para que comenzara a nadar, se lanzó hacia la profundidad oscura con tanta fuerza que tuve que agarrarme bien para no salir despedida.

Allá vamos, a perdernos en el abismo abisal, pensé.

Atravesamos bancos de peces y de medusas, pasamos junto a varios tiburones y una ballena yubarta con su cría.

Pero Crin conocía muy bien el camino y cuándo debía regresar.

Veíamos el resplandor del jardín en el horizonte, y sentí un gran deseo de acercarme.

Antes de alcanzar de nuevo la ciudad, Crin se desvió y comenzó a nadar hacia la luz del Jardín de las Hespérides.

El hipocampo aumentó la velocidad y pasó por encima de aquella luminosidad dorada que tanto me había atraído.

Nos vimos envueltos en un hermoso resplandor como polvo de oro.

Debajo de nosotros se veía un jardín de plantas y árboles áureos. Sobre él nadaban delfines rodeados de destellos luminosos. En uno de los extremos se levantaba un edificio blanco, similar a un pequeño palacio, y frente a su entrada, cubierto por un templete de mármol, crecía el árbol de las manzanas de oro.

—¡Guau! —exclamé deslumbrada por aquella belleza.

Pensé que lo del dragón Ladón sería un bulo para mantener a los curiosos alejados del lugar, ya que en aquel lugar no se movían más que los delfines y algunos peces.

Me equivocaba.

Cuando dejamos el jardín detrás de nosotros, tuve la sensación de que algo siniestro se movía en la oscuridad que rodeaba aquel vergel.

Un hálito casi imperceptible.

Gerión nos esperaba haciendo juegos con los otros dos delfines.

—Por cierto, Stella, ¿qué sabes del tridente de Océano? —me preguntó, cuando descendimos.

Con aquel tritón no podía ocultar nada, me leía el pensamiento o sabía leer mis gestos.

—Dana y yo lo vimos en la cárcel de Gormax el año pasado. Lo llevaba Forcis.

—¿Forcis?

—Un tritón con un tatuaje y una serpiente negra enrollada al cuello que buscaba a Pólux, el arquitecto de la jaula de Leviatán para secuestrarlo y conseguir que abriera la jaula.

—Lo conozco. Trabajaba conmigo en el palacio.

Le resumí lo ocurrido durante nuestro secuestro en la cárcel.

—¿Es cierto que Pólux murió? —preguntó Gerión.

—Sí.

—Ya solo queda la llave para liberar a Leviatán... Espero que los Tres Sabios la tengan a buen recaudo.

Gerión guardó silencio.

—El tridente lo tienen ellos... Empezamos mal. Muy mal. Con el tridente conseguimos capturar a Leviatán la última vez. Asesinó a todo el Consejo de Ancianos, excepto a Melusina, a Nut y a mí. Nosotros tres nos enfrentamos a él con ayuda del tridente y le vencimos. Por aquel entonces, en el mar nos protegía un ejército poderoso que enseguida capturó a sus seguidores. Ese ejército poco a poco ha desaparecido. Belgemir dice que no lo necesitamos. ¡Por Neptuno! —exclamó.

Estuvimos varias horas aprendiendo a nadar con el hipocampo hasta que comencé a sentirme exhausta.

Gerión cazó varios bogavantes que rompió con una piedra. Después me ofreció su carne transparente y deliciosa.

—Me he enterado de que te quieres presentar a los Juegos Neptúnicos...

—Sí, en la tierra competía en natación. Pero estoy muy desentrenada.

—Debes estar fuerte físicamente para la guerra. Y también tu cabeza. Tendrás que aprender a soportar la presión, la tortura, el chantaje. No va a ser fácil. Ellos buscarán tu punto débil, como nosotros buscamos el de Leviatán. Y también tienes que creer que por vivir en la tierra no eres una sirena de segunda categoría. La aventura del verano pasado cuando buscaste a Pólux demuestra que tienes fuerza para afrontarlo, ¿desde cuándo vives en tierra?

—La verdad es que nací aquí en Tula. Y a los dos años me llevaron a la tierra.

—¿Por qué saliste? ¿Y tus padres?

—Fueron asesinados por Leviatán durante la Segunda Rebelión.

—No los recuerdas, entonces —añadió Gerión con una sonrisa comprensiva.

—Hasta hace un año no sabía ni sus nombres, Rode y Dylan. Trabajaban en el palacio de gobernación. ¡Como usted...! ¿Los conoció? —pregunté con cierta esperanza.

Gerión apartó la mirada. Y comencé a preguntarme si yo acababa de meter la pata en algo.

—Me suenan los nombres —balbució—. Son tantos los que trabajaban allí y fueron asesinados.

—Por la noche intento imaginármelos, pero no puedo. Una vez vi un relieve de ellos, pero los he olvidado.

—¿El relieve de los Archivos Secretos?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe?

—¿Y cómo entraste en los Archivos Secretos? —preguntó.

—Suerte.

—Con la suerte no se abren aquellas puertas.

Guardé silencio. Contarle la verdad suponía reconocer que había accedido a su interior con la llave.

En ese momento me acordé de la frase que había leído allí:

—«*Al mediar la noche su carrera, el humilde elegido se abalanzará sobre el país condenado y lleno de muerte. En el mar pisará la tierra y tocará el cielo, y con su mano arrancará el poder del maligno*» —recité—. ¡Es del libro ese, las crónicas! ¡Lo leí en los Archivos!

—Lo sé. Yo lo grabé allí —contestó Gerión.

—¡Ah! Usted es de esos que saben más de lo que parece...

—Quizá.

Después de comer, Gerión me enseñó el uso de armas modernas y de cristales y espejos. Parecía nervioso y se le caían de las manos temblorosas. Pensé que sería la edad.

Cuando anochece, regresamos a su casa, donde nos esperaban Cástor, Dana y Ainé, atontada por las nuevas creaciones de vestidos.

—¡Qué pelos llevas, hija! —me dijo al verme—. Hoy me han presentado a Manda, una personalidad muy importante en la ciudad.

—Pues muy bien —contesté con desgana.

Gerión observó con atención a Ainé, sin hacer ningún comentario.

—Pronto comenzaré a abrirme al mundo, a encontrar mi camino. De éxito, gloria y belleza.

—Genial.

—Y vosotras, el vuestro —añadió.

—Esperemos que no coincidan —concluí.

Me despedí de Gerión antes de partir a la mañana siguiente.

Sentí cierta pena al abandonar aquella casa que durante unos días había sido como un hogar para nosotros. Aquel viaje duraría poco y al regresar podría seguir aprendiendo de Gerión y su sabiduría.

No sentía demasiada pena por dejar allí a Ainé, que ni siquiera nos despidió, porque había quedado al amanecer en la fábrica de Manda. Ainé tampoco sabía adónde íbamos ni había mostrado demasiado interés en nuestro viaje.

Conoceríamos el Caribe y sus peces. Entraríamos en un barco hundido con siglos de historia, y quizá olvidaría a Bad y los asesinatos de Orán, que se me venían a la cabeza como pesadillas.

¿También a Ceix?

—No creo que lo necesites, pero, si encontráis serpientes asesinas, úsalo —me dijo Gerión, y puso en mi mano una bolsa de asafétida—. Es importante que nadie vea a Crin Magnífica, y que no sufra heridas. Lo necesitaremos.

—Descuide.

—Stella, ten muchísimo cuidado —advirtió Gerión con gesto preocupado—. Y protégete de ti misma.

—¿De mí misma?

—De esa oscuridad que anida en tus ojos...

—¡Debéis partir! —insistió Cástor, lo que me impidió seguir preguntando.

—Regresad para los días de Alcione —se despidió Gerión.

Parecía triste.

A las afueras de la ciudad nos esperaba Gargor. Se detuvo en seco al ver el hipocampo.

—¿Y eso?!

—Es un caballito de mar. Me lo han prestado —contesté con un acento algo chulo.

—¿Quién? ¿De dónde ha salido?

—De la ciudad.

Lo rodeó asombrado.

—Creía que ya no existían. Este viejo...

Dana había conseguido un tubo hueco de metal con un pequeño mecanismo en uno de los extremos con el que pretendía barrer la arena que cubriera el pecio. También llevaba un equipo completo de investigador arqueológico.

Le pregunté a Dana qué significaba aquello de regresar antes de «los días de Alcione».

—Se refiere a los catorce días que unos pájaros, los martines pescadores, ponen sus huevos y empollan a sus crías en sus nidos de algas sobre el mar. Según los pescadores, durante esos días, el mar se mantiene en calma.

—¿Y lo de Alcione?

—La esposa de un rey de Tesalia.

—¿Qué rey?

—No recuerdo el nombre. Él hizo un viaje durante una tormenta y murió. Ella, que por un sueño sabía que durante el viaje perecería, y no había conseguido que el rey desistiera de su viaje, de pena, se lanzó al mar desde un dique. Pero cuenta la leyenda que se convirtieron los dos en martines pescadores.

—¿Que no recuerdas el nombre del rey? —dijo Gargor con arrogancia—. Se llamaba Ceix.

—Ya —contesté.

—Bueno, dejaos de rollos y de esposas melancólicas que se arrojan al mar. Yo lo único que recuerdo ahora es eso de: *Huyamos juntos a los mares tropicales...* —dijo Dana.

—*Con las ballenas y los corales...* —continué cantando.

Nos agarramos a Crin Magnífica y, tarareando la canción del verano, pusimos rumbo a lo desconocido.

Nadamos hacia el sur, dejando atrás la Arista de los Delfines, para tomar la corriente del Golfo, la norecuatorial, que nos llevaría a las costas americanas.

De nuevo, como en el Mediterráneo, comenzamos a ver aquellas medusas negras y babosas.

Gargor, después de mandar un pez mensaje para despedirse de su familia, enseguida se pegó a mí.

—Sois muy valientes las dos acompañándome a buscar la capa —dijo con una sonrisa más falsa que una sepia de plástico—. Especialmente tú. Se te nota.

¿Aquel tritón de cara color calamar estaba intentando ligar conmigo o la traición de Ceix me había dejado muy susceptible?

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo notas? Porque yo miro a la gente y no veo nada.

—Tienes algo especial —contestó con un tono de voz tan dulce que no correspondía a

su aspecto.

Le miré fijamente. ¿Qué le pasaba a aquel tritón? Acabábamos de salir y me venía con frases raras.

—Me pregunto cómo salvaste a los profesores e intelectuales de Orán...

Pues iba a seguir con la duda, porque no le iba a contar nada.

—Pura casualidad y con suerte.

—Ya me contarás qué más aventuras has vivido en el Mediterráneo. ¡Algo he oído sobre los Archivos Secretos!

Resoplé sin que se notara demasiado que su curiosidad me resultaba repulsiva. Siempre hay que mantener una pose elegante.

Si había algo que no soportaba, era a la gente aduladora. Detrás de un adulador siempre se esconde un interés y nunca bueno.

Continué haciéndome preguntas personales: dónde había vivido, quiénes eran mis padres, qué estudios había hecho...

Dana le escuchaba sonriendo, mientras nadaba detrás de nosotros.

Tanto insistía el tritón-lapa que dejé la educación para otro momento y le espeté:

—¿Esto es un concurso, o qué?

Y Gargor pareció cortarse.

—Bueno, en realidad quería preguntarte, ya que intuyo que eres la más responsable de las dos, si te importa que pesque yo para todos.

—Dana y yo somos igual de responsables —contesté, y la llamé con un grito.

Mi amiga se acercó a nosotros intrigada.

—Pregunta Gargor que si puede pescar para nosotras.

—Sin problema. Así podremos contemplar mejor el paisaje.

Aquella noche, Gargor nos trajo un bonito de gran tamaño, lo limpió y troceó. El sabor era delicioso.

Yo se lo agradecí hasta que pocas horas después comenzó a dolerme la cabeza y a sentir pinchazos en el estómago. Al día siguiente se me había pasado, pero me sentía algo atontada.

Habíamos pasado ya San Borondón y las islas Afortunadas, cuando, antes de llegar a Cabo Verde, Gargor se acercó a nosotras. Tenía la cara pálida y parecía temblar.

—¡Hay que descender! ¡Se acerca un escuadrón de la muerte!

No debían descubrirnos a nosotros ni a Crin Magnífica, o estábamos perdidos.

De nuevo se repitió en mí esa sensación de pánico del Mediterráneo.

Nos dirigimos hacia la oscuridad más profunda y observamos la masa de agua que nos cubría.

Pasó a gran velocidad una formación de tritones en forma de flecha. Llevaban capuchas grises y los seguían tres serpientes asesinas de gran tamaño con su inconfundible color negro y su cresta roja. Me estremecí al vislumbrar la silueta de las serpientes.

Comenzamos a hundirnos hacia la oscuridad total, aquel fondo abisal aún desconocido para mí.

No nos dimos cuenta de que una de las serpientes se separaba del grupo.

De pronto entreví un destello proveniente de la oscuridad.

—¿Habéis visto eso? —pregunté—. ¿Hay alguna ciudad por la zona?

Recordé, como un relámpago, a los niños del Señor de los Muertos y sus luces.

—No —contestó Gargor con cierto escepticismo—. Quizá algún ser del mundo marginal.

—¿Hay por aquí un Señor de los Muertos? —pregunté.

—¿Señor de los Muertos? —preguntó Gargor riéndose—. El Señor de los Muertos y el Recolector de Almas era el personaje de un cuento para asustar a los niños. No creerás que existe, ¿verdad?

—Nooooo —contesté.

De nuevo aquel resplandor anaranjado acompañado de chorros de agua con ceniza negra caliente.

Dana comenzó a nadar con más fuerza hacia aquella luz.

—¡No me lo puedo creer! ¡Una grieta hidrotermal! —exclamó lanzándose hacia

abajo—. Stella, aléjate de la ceniza, tiene sustancias tóxicas, y no la toques. Abajo puede llegar a cuatrocientos grados de temperatura.

—Gracias —contesté siguiéndola—. Seguro que tu madre ha escrito un libro sobre las grietas...

—No, tendrás que escribirlo tú, ¿no quieres ser bióloga?

—¡Manjares! —exclamó Gargor.

No entendía la relación entre la luz, la grieta y la comida.

Poco a poco nos acercamos a una cadena de montañas, origen de la luminosidad y pude comprobar que nos encontrábamos sobre la dorsal oceánica que cruza el océano Atlántico de norte a sur. Allí se unían las placas tectónicas de los dos continentes produciendo escapes de lava. Junto a ellos, enormes chimeneas calcáreas de muchos metros de alto lanzaban fumarolas de agua con minerales hacia la superficie.

Ahora sí entendí el comentario sobre la comida, porque alrededor de aquellas chimeneas de piedra se arremolinaban unos tubos alargados de color rojo.

—¡Gusanos tubulares gigantes! —exclamó Dana, arrancó uno con gran esfuerzo porque era más largo que ella y comenzó a comérselo.

—¿Así son los gusanos tubulares? —pregunté.

Solo los conocía en foto.

Dana, con la boca llena, ni me contestó.

—¡Cangrejos! —dijo Gargor y desapareció tras un montículo cubierto por millones de cangrejos blancos del tamaño de una mano.

No me atraían los cangrejos y aún menos los gusanos esos, así que me separé un poco de ellos.

De pronto me encontré rodeada de un mar de gambas que comencé a comer. Y cerca de ellas descubrí unas enormes conchas negras pegadas a unas rocas, que al acercarme reconocí como mejillones. Pero su concha era tan larga como mi brazo. Arranqué uno y con esfuerzo conseguí abrirlo. Aquello sería un negocio redondo para cualquier mejillonera. Con uno comería toda la familia. Jamás había probado un animal de ese tamaño y semejante sabor.

Dana pasó a mi lado persiguiendo a las gambas.

—¡Si hurgas en el fango, encontrarás almejas aún más grandes!

Después de largo rato probando aquellos manjares, nos reunimos los tres con la boca llena y decidimos continuar hacia el barco.

—Habrà que llevarse provisiones —sugirió Dana.

La propuesta pareció molestar a Gargor.

—No lo considero necesario. Yo pescaré, como hasta ahora.

—Yo sí lo considero necesario —contesté.

No quería decir que su último bonito me había golpeado el estómago como un

coletazo de ballena.

Dana comenzó a tirar de un gusano, Gargor desapareció en la oscuridad y yo me dispuse a arrancar unos mejillones. Desde el lugar donde se encontraban los mejillones, veía los gusanos tubulares moverse por los tirones de Dana.

Me hice con un par de mejillones, y me alejé unos metros hasta las almejas.

Miré de nuevo hacia los tubos de los gusanos y supuse que Dana ya había acabado porque no percibí movimiento. Pero sí escuché un suave gemido.

Rodeé la chimenea de la fumarola para comprobar que no se había herido al cortar el tubo y encontré a Dana sin sentido con una serpiente marina negra rodeándole el cuello.

Al descubrir mi presencia, la serpiente levantó la aleta roja superior en señal de amenaza.

Si mordía a Dana, moriría en minutos. Y si la ahogaba, también.

Con movimientos lentos saqué la bolsa de asafétida que me había entregado Gerión, la abrí y dejé que la resina comenzara a deshacerse.

¿Dónde estaba Gargor?

La serpiente percibió el olor, pero, en lugar de soltar a Dana y marcharse, comenzó a ascender con ella.

Su cola negra golpeaba el agua al moverse con rapidez.

No podía dejar que se llevara a mi amiga.

Me agarré con fuerza a su oscura cola viscosa.

La serpiente se giró, me miró con los ojos rojos y sacó una lengua larga color escarlata.

Lancé una bola de asafétida contra sus ojos.

La serpiente con una sacudida rechazó la resina.

Tiré de nuevo de la cola. Y esta vez se lanzó a morderme. La esquivé y di un salto hacia la chimenea de la grieta hidrotermal, en la que arranqué un tubo de gusano.

La serpiente, que había centrado toda su atención en mí, soltó a Dana, que cayó al suelo, y se lanzó a atacarme.

Me acerqué al humo negro que desprendía la chimenea, aquel gas tóxico del que me había prevenido Dana.

El calor era insoportable, pero esperé hasta que la serpiente se encontrara a unos centímetros de mí y salté hacia un lado, empujando con el tubo al monstruo hasta el humo negro y ardiente.

La serpiente tardó unos segundos en reaccionar, pero enseguida comenzó a retorcerse.

Y yo continué empujándola hacia el interior de la chimenea. Sentía que las manos me ardían y que el tubo se tronchaba en varios pedazos.

Poco después, la serpiente dejaba de moverse y su cuerpo abrasado y medio

descompuesto ascendía con los gases tóxicos.

La observé unos instantes hasta que comprobé que no se movía. Y después nadé hacia Dana, la alejé del calor y le golpeé en las mejillas. En ese momento se oyó la voz de Gargor detrás de nosotras.

—La damisela en apuros se ha desmayado. No se os puede dejar solas.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Buscando comida. ¿Y a esta qué le ha dado? ¿Una indigestión?

Dana comenzó a mover la cabeza.

—¿Y la serpiente? —balbució.

—Ya se ha ido. La he matado.

Mi amiga abrió los ojos buscándola con la mirada.

—¿Seguro? —preguntó.

—Sí. La quemé en la fumarola.

—Estas sirenas de pueblo han visto muchas películas —dijo Gargor, ayudándola a incorporarse—. Ahora estarías en su estómago, si te hubiera atacado una serpiente.

—Será mejor que nos vayamos —dije, guardando la comida que había recogido.

Dana se tocó el cuello con los dedos. Tenía una marca roja como la sangre.

Aquella noche pasamos de los repugnantes peces de Gargor y comimos los deliciosos mejillones de la fumarola. Mientras mordía uno tan grande como mi gato, pregunté a Gargor por qué odiaba tanto a los humanos. En el fondo, solo quería crísparle un poco por no haberse creído el ataque de la serpiente.

Gargor resopló y dejó de morder una almeja.

—Hablar de ellos me produce arcadas.

—Pero tú no eres de Tula... —añadió Dana.

—No. Mi madre era una *merrow* de Tir de Thoinn, la Tierra bajo las Olas, cerca de la isla de Irlanda —contestó remiso.

Tuve el presentimiento de que su padre era un humano e intentaba ocultarlo.

—¿Y? —preguntó Dana.

—Y nada.

—Después te contaré cómo entré en los Archivos Secretos... —mentí.

Gargor me observó fijamente, apartó la almeja y se limpió la boca con la mano. Después comenzó a hablar con cierta desgana.

—Allí las sirenas siempre viajan con un manto de piel de foca que las protege. Cuando salen al exterior, lo dejan en la playa escondido. Si algún humano lo encuentra, la sirena no puede regresar al mar hasta que se lo devuelven. Una hermana de mi madre había abandonado las aguas enamorada de un hombre, pero tras un año de matrimonio mi tía se ahogaba sin poder regresar al mar y enfermó. Mi madre salió a cuidarla, y llevarle una medicina que le curara la melancolía, pero un pescador descubrió a mi

madre y le arrebató la capa de piel de foca.

—¿Qué dices? —exclamó Dana.

—Cuando mi madre quiso regresar al mar, no encontró su capa. El pescador, cautivado por su belleza, le prometió devolvérsela si se casaba con él. Mi madre permaneció tres días en la playa esperando auxilio de su familia, pero nadie pudo recuperar la piel, así que accedió a casarse con el rudo pescador, de nombre Rupert.

—Tu padre —dije.

Gargor afirmó con la cabeza.

—No lo considero como tal y él a mí nunca me consideró su verdadero hijo. Rupert no le devolvió la capa de piel y la vida de mi madre se convirtió en un infierno, sobre todo desde que nací yo. Su único consuelo era la compañía de su hermana, pero esta un día quedó viuda y regresó al mar, dejándonos solos. Mi madre se consumía de tristeza y trazaba planes para recuperar la capa y marcharnos. Tanto discurrió que poco a poco su mente comenzó a rozar la locura. Pasaba las noches en la playa del pueblo gritando en sireno a sus hermanas, hasta que Rupert la iba a buscar y la traía a casa, por propia voluntad o a la fuerza. Ninguno de los dos sabíamos dónde estaba la capa, hasta que un día descubrí que Rupert la escondía en la cuadra. Decidí ayudar a mi madre y robársela. Pero Rupert nos vigilaba y me sorprendió. Le rogamos que nos la devolviese, pero se negó.

—¿Y cómo escapasteis? —pregunté.

—Tuvimos una segunda oportunidad —contestó bajando la cabeza para indicar que su relato había terminado.

—¿Tu madre vive?

—Sí, pero nunca recuperó del todo la cordura.

—Lo siento —dijo Dana.

—Y ahora lo de los Archivos —dijo Gargor.

—Por supuesto —contesté y comencé a mezclar el argumento de varias películas de aventuras que había visto en la tele.

No se dio cuenta.

La corriente del Golfo discurría como un río de aguas saladas por el océano y llevaba desde las costas de Europa a las de América todo tipo de animales marinos, y en la superficie, barcos y restos de basura.

Después de cruzar la dorsal oceánica, Gargor desplegó todos sus encantos esta vez con Dana. ¿Buscaba novia con desesperación? ¿Era simple adulación?

Comenzó, como antes había hecho conmigo, a hacerle preguntas generales, hasta que llegó a la faceta investigadora de Dana, con la que ambos se entusiasmaron.

Y así durante el resto del viaje Dana le fue contando todos los proyectos que tenía en marcha allí en Cueva de Lobos, y Gargor le escuchaba con un interés –desde mi punto de vista– excesivo.

Por fin Dana encontraba a alguien que la entendía.

Pronto nos acercamos a la isla de Cuba, dejando atrás la fosa de Puerto Rico, el lugar más profundo del Atlántico. El agua era mucho más caliente y cristalina, pero enseguida notamos que en el exterior refrescaba y el cielo se cubría de nubes oscuras.

Por fin conocería los mares tropicales, con las ballenas y los corales.

Bordeamos la isla por el noroeste dirigiéndonos hacia el Canal Viejo de Bahamas, el lugar donde se encontraba el pecio. Por aquel canal de varias millas de ancho situado entre el norte de la isla y los arrecifes de coral de las Bahamas cruzaban antaño los barcos en su carrera hacia el océano.

Gargor nos explicó..., en realidad se lo explicó a Dana, porque a mí casi ni me prestaba atención, que allí habían embarrancado a lo largo de los siglos decenas de galeones y fragatas, que no divisaban sus arrecifes, arenales e islotes hasta que habían encallado en ellos.

Durante toda mi vida había deseado conocer los arrecifes coralinos del Caribe y ahora se me presentaba la oportunidad. Pero la falta de luz solar y la acumulación de nubes grises en el cielo dificultaban que pudiera disfrutar de la belleza de sus colores.

Nadamos despacio sobre corales hongo, cerebro, ciervo... Decenas de peces de distintos tamaños y colores salían y entraban entre ellos buscando alimento. Descubrí

incluso una serpiente que casi alcanzaba los dos metros de largo y brillaba como cubierta por purpurina de colores.

Al acercarnos a la latitud donde se supone que se encontraba el pecio, nos detuvimos asustados.

A unos centenares de metros del lugar indicado y sobre la superficie del mar flotaba un barco de Odisea.

En la cubierta se preparaba un enorme tubo alargado en forma de ele de color blanco. Y también varios buceadores.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Gargor—. Llevan los métodos más sofisticados para encontrar pecios hundidos, sus magnetómetros son capaces de detectar hasta un clavo sumergido bajo las aguas. ¿Lleváis algo metálico?

Me miré el cuello de manera instintiva, pero recordé que la llave se ocultaba en mi pelo. También me quedaban los pendientes de zafiros de Bad.

—Hay tiburones, ¿no? —le pregunté cambiando de tema. No quería desprenderme de los pendientes por si los necesitaba vender en algún momento.

—Claro, ¿algún problema? ¿No te darán miedo? —preguntó con cierto desdén.

—¡Nooo! Ninguno. Dana y yo somos de la LIDETIBLATIMAR —me inventé.

—¿Cómo? —preguntó Gargor frunciendo el ceño.

—La Liga Internacional de Defensa del Tiburón blanco, tigre y martillo. ¿No la conoces?

—Pues no.

Durante todo el día, mientras en el exterior se formaba una tormenta, observamos los trabajos del barco.

Gargor, «el palizas», aprovechó los conocimientos de Dana para documentarse y casi preparar una tesis científica.

A mí me dolía de nuevo la cabeza y me sentía mareada, pero no quise achacarlo al atún con el que nos había agasajado Gargor aquel día. También me sentía desalentada. Íbamos a contemplar con nuestros propios ojos cómo nos quitaban la capa.

Los buzos se detuvieron sobre un montículo parecido a un túmulo cubierto de corales, donde permanecieron largo rato pasando unos aparatos metálicos.

Y después, sin ningún miramiento, comenzaron a arrancar los corales y, con unos instrumentos parecidos a azadas, a quitar la tierra que cubría el suelo. Los peces huían

despavoridos de la destrucción.

En un momento que Gargor dejó de acaparar la atención de Dana, esta me explicó en un susurro que los arqueólogos decentes en esos casos cuadrículaban la zona de trabajo y catalogaban los objetos encontrados, mientras se aspiraba la arena y se cribaba para buscar pequeñas piezas.

Pero los de Odisea parecían tener prisa, quizá por el mal tiempo, y solo deseaban sacar cuanto antes los restos de metales preciosos.

Entre varios operarios colocaron el tubo blanco en la hélice del barco.

—¡No! —exclamó Gargor—. ¡Van a usar la técnica del buzón!

—¿Cómo?

—Destruirán todo lo que hay sobre los restos del barco hasta alcanzar la madera.

Dana se tapó los ojos.

—No quiero verlo.

El barco se acercó y se colocó encima de la zona en la que habían trabajado los submarinistas. Encendieron los motores y una fuerte corriente de agua comenzó a salir del tubo llevándose por delante los corales y los sedimentos. También piezas de valor histórico volaban por las aguas desplazándose de su lugar original y golpeando a peces desprevenidos.

La superficie quedó limpia en todos los sentidos. Como si hubiera caído una bomba.

Y por fin, tras mucho trabajo, lo encontraron: el galeón Las Ánimas.

Primero aparecieron cañones, y después poco a poco las cubiertas de madera. En realidad y viendo lo positivo, nos habían ahorrado horas y horas de trabajo.

Mientras la tormenta arreciaba en el exterior, esperábamos que cayera la noche y se marcharan. Pero del barco, que se mecía como una cáscara de pipa sobre las aguas agitadas, descendieron unos focos que desparramaron su luz sobre el galeón. Este parecía reposar en el fondo coralino encajado entre dos rocas enormes que lo habían protegido de las corrientes destructoras durante siglos.

Una vez despejada gran parte de la superficie del barco, se prepararon para volarlo y poder acceder a su interior.

Descubrí varias sombras grandes nadando sobre nosotros. Supuse que se trataba de tiburones, pero la oscuridad impedía ver con claridad.

Serían las tres de la mañana, y esperábamos medio dormidos la explosión y la destrucción de un barco histórico, cuando ocurrió algo extraño con los buceadores del barco.

—Huele a sangre —dijo Gargor.

Los submarinistas comenzaron a ascender por la escalerilla despavoridos. Tiraron unos arneses y subieron a uno de ellos que parecía herido. Otro flotaba en la superficie, dejando un reguero de sangre. Lanzaron unos ganchos para sujetarlo a una tela similar a

una camilla.

Se oían gritos provenientes del barco, que encendió rápido los motores y desapareció sobre nuestras cabezas.

Pero no vimos a ningún tiburón comiéndose ningún cuerpo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Dana—. Esto es rarísimo. ¿Qué les ha atacado?

Nos pegamos al suelo. Yo me sentía asustada, amenazada por la incertidumbre de que se tratase de otra serpiente asesina.

—Lo mejor será que permanezcamos ocultos hasta que se haga de día —explicó Gargor—. No os he contado que esa empresa ya estuvo buscando este pecio en las islas Alacranes. Lo único que encontraron fue la muerte de varios submarinistas. Por aquellas aguas viven los caribes, unos tritones caníbales. Nunca se supo si fueron ellos. Y aquí, más al norte, viven los seminolas.

—Muy tranquilizador. ¿Tendrá la capa una maldición? —preguntó Dana.

—Lo desconozco, pero cabe la posibilidad. Quizá por ese motivo las sirenas que acabaron con don Diego no se la llevaron.

Un sentimiento vago me decía que debíamos marcharnos de allí, pero no podíamos regresar sin la capa y dejar que Bad la encontrase.

Mientras esperábamos, Gargor se irritó conmigo y se obsesionó con que mi cola de pez sobresalía demasiado de la arena y me repetía con machaconería que me agachara más. Estuve a punto de marcharme a otros corales cercanos, pero no quería dejar a Dana sola con aquel extraño tritón.

En el lugar donde habían sido atacados los submarinistas se podía ver aún la luz de un foco abandonado en la huida, que se reflejaba en sentido vertical hasta la superficie.

Cuando amaneció, salimos de nuestro refugio entre unas rocas y nos acercamos a Las Ánimas. Los submarinistas no habían regresado y el cielo, que ya era gris cuando anocheció, se había convertido en negro tormenta tropical. El viento movía la superficie del agua y levantaba olas de metros de altura.

Encima de la arena aún yacían desparramados objetos variados, entre ellos varios arpones y el foco, que se había apagado.

Observé uno de los arpones y supuse que lo habrían usado los submarinistas para defenderse de aquello que les había atacado.

Dana puso en marcha el motor de su cilindro y comenzó a mover la arena, alentada por Gargor, que trabajaba poco pero la animaba mucho. Intentaba hacer grupo con ella, dejándome de lado.

No podía soportar al tritón de pelo amarillo, así que me alejé unos metros para contemplar una variedad de coral *porites* que no conocía.

Sobre nosotros rugía el temporal y había comenzado a llover con tanta fuerza, que podíamos escuchar las gotas golpear sobre la superficie.

Aquel lugar me producía una sensación extraña e inquietante. Y me sentía mareada.

De pronto, Dana me llamó, parecía que había encontrado algo. Me disponía a regresar cuando algo que sobresalía del coral llamó mi atención. Pequeños peces nadaban alrededor como alimentándose de ello. En primer lugar pensé en un pez, pero, cuando me acerqué, comprobé con horror que eran los restos de una serpiente gigante de color negro. Como la que había atacado a Dana y como las que acompañaban al escuadrón de la muerte.

Sentí tal espanto que di un salto hacia atrás.

—¡Stella! —gritó Dana—. ¡Acércate!

Miré a mi alrededor.

Debíamos asegurarnos de que no había más serpientes ni tiburones ni un escuadrón.

Dana me señaló una escotilla cuadrada. Cerca yacían unos cañones y balas. Gargor felicitó tan efusivamente a Dana por haber encontrado la escotilla, como si hubiera pisado la superficie de Marte.

Después, sin dejar de sonreír a Dana, observó detenidamente los cañones, raspó la superficie cubierta de concreciones vegetales y animales, hasta llegar al metal.

—Cañones con asa de delfín: armada española —explicó.

Arreciaba la tormenta y el cielo se había oscurecido tanto que parecía noche cerrada.

Gargor y yo ayudamos a Dana a quitar arena y pequeños animales de la superficie de la escotilla.

—He visto por ahí un trozo de serpiente gigante —expliqué con tono neutro para que Dana no se asustase.

Los dos, afanados en abrir la escotilla, hicieron caso omiso de mi comentario.

—Será un resto de morena —dijo Gargor, ensimismado en su hallazgo.

—Un cacho de congrio —añadió Dana sin interés.

Después de un largo rato levantando arena, mientras los rayos estallaban sobre nosotros iluminándonos, conseguimos abrirla.

Yo tenía la sensación extraña de que no estábamos solos y que algo siniestro e inquietante acechaba. Empecé a pensar que algún buzo había sobrevivido al ataque de la serpiente o del bicho que fuera y nos vigilaba. No quería ni pensar en un escuadrón.

Nos dispusimos a entrar en el pecio. El interior del buque se encontraba en una terrible oscuridad.

Entrábamos en un cementerio. Lo profanábamos, ya que las sirenas respetaban a los muertos caídos en el mar y jamás expoliaban los barcos en los que reposaban. Allí abajo encontraríamos restos humanos. Quizá los de don Diego. ¿O se lo comieron las sirenas en venganza por el ultraje a la náyade?

—¿Esto es seguro? —pregunté a Gargor—. ¿O bajamos entre tablas inestables medio podridas?

—¿Tienes miedo? —contestó—. Te puedes quedar aquí y ya bajamos nosotros.

—¡Nooo!

—Quizá molestes menos —me susurró, y luego en voz más alta explicó—: La parte de proa se destrozó al encallar, pero la popa se debería encontrar en mejor estado de conservación.

—Dana, ¿no te habrás traído una luz? —pregunté de broma.

—Por supuesto —contestó Dana y encendió una linterna que se enganchó en la cabeza, como los mineros.

Nos movíamos con precaución entre aquellas maderas cubiertas de vida marina y repletas de muerte.

En mi cabeza crecía la obsesión por la maldición de don Diego.

Bajábamos desde la escotilla, hasta las bodegas. Nos guiaba Gargor, que había estudiado la disposición interior de los galeones.

A nuestro paso encontrábamos objetos, tan cubiertos de coral y orín que nos

resultaba imposible saber qué eran.

En un rincón entrevimos unos palos alargados parecidos a huesos.

—¡Don Diego! –susurré.

—¡No digas tonterías! –contestó Gargor.

La madera crujía con la fuerza de la tormenta, que ya movía las aguas inferiores en las que nos encontrábamos.

Descendimos más y llegamos a la bodega inferior.

De nuevo sentí un temor irracional de que algo que no pertenecía a nuestro mundo, sino al otro, nos esperaba.

Angustiada me llevé la mano al collar que me avisaba de los peligros en el mar. Recordé que se lo había prestado a Ceix.

La bodega principal aún conservaba gran parte de su contenido: fragmentos de armaduras, cofres, jarras de loza, mosquetes y arcabuces, incluso unos hierros ensamblados que parecían jaulas de animales.

Tuve la impresión de que algo brillaba con una luz naranja. Miré la linterna de Dana, pero su bombilla era blanca.

—¡Esperad! ¿Y si encontramos oro, tesoros, piedras preciosas? –pregunté recordando aquella habitación de la cárcel de Gormax repleta de ellos.

Gargor me miró como si hubiera dicho la mayor tontería del mundo.

—Nos lo llevamos –contestó.

—Eso... Un par de collares de esmeraldas... Y luego avisamos a los arqueólogos de Tula para que vengan a buscar el resto –añadió Dana, que no parecía darse cuenta del comportamiento antipático del tritón.

—¿Y si todo estuviera maldito? –pregunté.

—Bueno, esto es como la lotería a la que jugáis vosotros fuera. Habrá que probar –contestó Dana.

—¿Tú vives fuera? –preguntó Gargor mirándome.

—Salgo de vez en cuando –contesté evasiva-. No soporto a mis padres.

No teníamos ninguna herramienta para poder abrir los baúles y cofres, así que Dana, a la que, después de haber encontrado el barco, ya no le parecía de demasiada utilidad el cilindro metálico, comenzó a hacer palanca con él en la madera podrida.

—Por favor, que no salga de aquí que destruí objetos históricos con un aspirador casero –pidió.

—Por mi parte, ya sabes que no –contestó Gargor.

El primer baúl contenía restos de telas y pequeños objetos de uso personal: un reloj, un candelabro y un crucifijo.

—Esto es el equipaje de los pasajeros –explicó Gargor.

Me parecía tan aburrido estar ahí parada mirando a Dana, que, sin alejarme

demasiado, comencé a recorrer los restos de la bodega.

De pronto llamó mi atención en uno de los extremos una puerta cerrada con una gruesa cadena. De allí parecía proceder la luz anaranjada que había percibido antes.

Llamé a los demás, que se acercaron.

—¿No puedes abrirlo? ¡Qué inútil! —dijo Gargor.

—Seré inútil, pero yo he visto la puerta y tú, no.

Dana cogió la gruesa cadena entre sus manos y tiró, sin que se moviera un ápice.

—Creo que necesitaremos alguna de las herramientas que hemos dejado arriba —dijo Gargor—. Yo subiré.

Respiré aliviada por no tener que ascender yo.

Gargor desapareció y Dana y yo observamos la puerta con precisión esperando, en vano, encontrar alguna madera rota.

—En aquella época se tardaba dos meses en cruzar el Atlántico —me explicó Dana—. Eran viajes peligrosos. Se viajaba en convoyes protegidos por galeones de guerra, para repeler a los piratas, pero lo peor eran los temporales, que hundieron centenares de barcos como este.

Gargor tardaba tanto que abrimos varias ánforas. De algunas salía un líquido parecido a aceite.

Desde el interior del barco se podían oír los bramidos del viento y de los truenos de la tormenta.

—¿Le habrá pasado algo? —pregunté mirando hacia arriba—. ¿Le habrá enganchado un tiburón?

Nos habríamos librado de él en un suspiro.

—¿O un seminola? —dije.

No quería mencionar de nuevo a la serpiente y al escuadrón, pero tenía su imagen grabada.

Nos disponíamos a ir en su búsqueda, cuando apareció con unos alicates de gran tamaño y un martillo.

—¿Eso estaba arriba? —preguntó Dana—. No lo recuerdo.

—Sí, entre la arena —contestó Gargor, que parecía acalorado y sus mejillas se habían puesto coloradas—. Con la buena memoria que tienes, es extraño que no te acuerdes...

Con bastante esfuerzo consiguió quitar la cadena, no tanto porque se rompiera el metal, sino los enganches donde se sujetaba.

Bajó la manilla y la puerta cedió abriéndose.

—¡Luz, por favor! —pidió Gargor.

Dana se adelantó e iluminó el almacén.

De un mamparo al otro el almacén apareció repleto de cofres metálicos, que Gargor no dudó en comenzar a abrir.

Enseguida encontramos monedas y barras de oro, lingotes de plata e innumerables piezas de joyería.

—¡Con esto no necesitaremos trabajar el resto de nuestra vida! —exclamó Gargor, que sacó una bolsa y comenzó a llenarla de objetos.

—¡Para los pobres y necesitados de Tula! —dijo Dana y guardó varios collares y pulseras en su bolsillo trasero—. ¡Hay tantos!

—¡Siempre tan solidaria con los demás! —contestó Gargor, en el colmo del peloteo.

Yo me puse un pesado collar de esmeraldas y oro. Solo me llevaría lo puesto. Con demasiado peso no podría nadar bien.

Mientras Gargor llenaba la saca y le preguntaba a Dana el método para forjar los distintos metales, me dirigí a un rincón del que parecía provenir el resplandor anaranjado.

Encontré una caja de madera.

La observé en silencio.

Dentro había otra arqueta de plomo en buen estado. Sobre la superficie estaba grabado:

Abridme y abriréis vuestra perdición.

Aquellas palabras me hicieron dudar. Dana y Gargor se acercaron a mí.

La caja estaba cerrada con llave y sellada con plomo.

—Si está sellada y la abrimos, quizá se descomponga al contacto con el agua —expliqué.

Gargor sonrió e intentó quitármela de las manos.

—Es un objeto de poder —dijo—. La encontraron en un lago. No le ocurrirá nada. Y no podemos marcharnos sin comprobar si es la capa que buscamos.

—¿Y si es nuestra perdición? —pregunté sin soltar la arqueta.

—Tú no tienes suficientes fuerzas. Yo la abriré —dijo, sujetando el martillo, con gesto de no dejármelo bajo ninguna circunstancia.

—¡Bien, ábrela tú! —dije, pasándosela.

Gargor asió la caja, como abalanzándose sobre ella. Le temblaban las manos cuando quitó el sello de plomo.

Dentro, como en una *matrioska*, apareció una tercera caja. Esta era de madera con relieves precolombinos de pájaros y de otros animales que parecían pumas. No tenía candado.

Los tres nos dimos cuenta de que la habíamos encontrado.

Y allí ante nuestros ojos apareció la Capa de Niebla, una tela de un extraño color grisáceo brillante. Estaba doblada, como la dejó don Diego.

Gargor la sujetó con dos dedos y la extendió. Sobre ella aparecían también extrañas figuras y animales desconocidos de culturas ancestrales. Seguía viendo cierto reflejo luminoso a su alrededor. La capa era mucho más grande de lo que había imaginado y muy liviana.

—¡Es alucinante! —exclamó Gargor, e hizo ademán de ponérsela sobre los hombros.

Dana le sujetó el brazo antes de que la capa tocara su piel.

—¡Detente! ¿No notas un color naranja?

—No —contestó.

—¡Guárdala en la caja y vámonos cuanto antes! Su poder es peligroso...

—Eso lo dirás tú.

Gargor hizo caso omiso de la advertencia y dejó que la capa cayera sobre sus hombros. Con una mano se la sujetó al cuello y levantó la cabeza.

—Sois unas histéricas paranoicas. No ocurre nada.

Después guardó la capa de nuevo en la arqueta y nos dispusimos a salir de las bodegas del barco.

En ese momento escuchamos en la superficie un fuerte ruido de crujido de maderas. El barco pareció moverse.

—¡Rápido! —exclamó Gargor, nervioso.

Comenzamos a subir hacia la superficie. Gargor abrió el paso. Alcanzamos los camarotes de popa, cuando nos aturdió un fuerte chasquido.

El techo sobre nosotros amenazó con hundirse, como si hubiera sido golpeado en la parte superior.

—¡Deprisa, deprisa! —gritaba Gargor, mientras la madera caía sobre nuestras cabezas.

Cuando subimos a cubierta, el barco pareció aplastarse con un crujido de ultratumba.

Pero habíamos recuperado la capa.

Ya había caído la noche y los rayos iluminaban las aguas del mar como si fuera de día. Algunos impactaban sobre la superficie.

—Si subimos, moriremos electrocutados —explicó Gargor.

—¿Y el barco se queda así? Somos unos expoliadores —preguntó Dana—. Los arqueólogos deberían encontrarlo como cuando se hundió. Posee un valor incalculable.

—Nosotros ya hemos conseguido lo que queríamos.

—Quizá haya que preservar la historia... También es un cementerio —añadí yo.

—En unos meses la vegetación y los corales lo habrán vuelto a cubrir —replicó Gargor molesto—. Y, si Bad consigue la capa, quizá no sobrevivan los arqueólogos submarinos.

Colocamos encima los restos de coral, y nos dirigimos a las rocas en las que habíamos pasado la noche anterior.

Dejaba el barco a mis espaldas, cuando noté una sombra que pasaba detrás de mí. Me giré rápida, pero no vi nada, ni un tiburón. Ni siquiera nadaban peces a nuestro alrededor.

El agua se había vuelto turbia por el movimiento de los fondos marinos a causa de la tormenta.

Dana y Gargor nadaban delante arrastrando la caja metálica. Gargor se giraba y contorneaba como una anguila, buscando algo a su alrededor. Y sus desconcertantes movimientos hacían peligrar el equilibrio de la caja.

Poco después llegamos a las rocas donde habíamos dormido, dejamos la arqueta escondida en un recoveco y nos dispusimos a buscar comida.

—Yo me quedo aquí con la capa —dijo Dana.

Gargor, con ojos escrutadores, nos miró y dijo:

—No es momento de comer, se acerca la hora de la verdad.

Lo de «la hora de la verdad» me sonó a la fiesta de Orán. A muerte y a rollos de tritones sedientos de poder.

—¿Qué verdad, ni qué tonterías? ¡Vamos a comer! —dije enfadada.

No estaba dispuesta a tragar más esos peces de Gargor que me provocaban mareos.

Como una flecha me hundí en las profundidades.

—¡Espera, Stella! —exclamó. Oí su voz en la lejanía.

Enseguida encontré una barracuda de buen tamaño.

Me disponía a lanzarme contra ella con una pequeña lanza, cuando otra vez percibí algo oscuro a mis espaldas. Y no parecía un pez. Pero al girarme, de nuevo, no descubrí nada.

Comencé a sentir miedo.

¿Qué era «la hora de la verdad» para Gargor? ¿Nos iba a robar la capa?

La barracuda desapareció, cogí un par de peces payaso y decidí regresar cuanto

antes.

Subí hacia la superficie y me arriesgué a que me fulminara uno de esos rayos que golpeaban el mar. Saqué los ojos y comprobé que sobre nosotros soplaba un terrible viento muy frío, que levantaba grandes olas.

Cuando regresé a la piedra en la que nos esperaba Dana, la encontré vacía. Habían desaparecido ella, Gargor y la arqueta.

Demasiado tarde me di cuenta de que me clavaban en la nuca un objeto punzante.

—Mañana solo te dolerá la cabeza —dijo una voz detrás de mí.

Cuando me giré encontré un tritón con la cara pintada de blanco y rojo.

Y perdí el sentido.

Un cocodrilo me miraba fijamente a un metro de distancia.

¿O era un caimán? Casi podía contar los dientes amarillos que sobresalían entre sus mandíbulas.

Cuando me desperté, estaba atada y rodeada de *crocodilia* de varios metros de largo. Me habían atado las manos a un palo blanco clavado en la arena del fondo.

Enseguida me di cuenta de que no se trataba de ningún palo, sino de un hueso de ballena, su costilla. El esqueleto completo del cetáceo, que parecía de ballena jorobada, yacía sobre la arena de aquellas aguas, poco profundas, dulces y pobladas de plantas para mí desconocidas. ¿Nos habían sacado del mar? ¿Dónde nos encontrábamos?

Mi costilla era una más en un círculo de prisioneros. ¿Qué prisioneros? Nosotros éramos solo tres y allí parecía haber una docena. ¿Los submarinistas?

La turbidez de las aguas, el cieno y la viscosidad de la vegetación me impedía observar al resto de compañeros de cautiverio con precisión. Esperé que dos de ellos fueran Gargor y Dana.

En el centro del círculo, en el anterior estómago de la ballena, podía distinguir algo parecido a una roca plana. ¿No sería para sacrificios humanos? ¿Nos habían capturado los caribes? ¿Dónde se encontraba la Capa de Niebla? ¿Esta era «la hora de la verdad» a la que se refería Gargor?

De fondo se oían unos cánticos tribales acompañados de golpes de tambor. Un sonido repetitivo que te taladraba el cerebro.

Enseguida me di cuenta de que en aquellas aguas dulces nadaban juntos caimanes y cocodrilos. Algo realmente extraño. Podía diferenciar a ambos animales por la forma de sus cabezas y sus mandíbulas. Esa explicación del libro de biología sí la había leído, pero no recordaba en qué parte del mundo vivían juntos.

Y tampoco me acordaba de en qué lugar los cocodrilos nadaban entre tritones y sirenas sin atacarlos.

Me di cuenta de que uno de ellos despedazaba un bulto negro. No podía distinguir de qué se trataba. Seguro que era la primera víctima.

Mis respuestas llegaron poco después materializadas en una hilera de unos doce

tritones y náyades. Se fueron aproximando a nosotros mientras cantaban al son del tambor lejano.

Todos tenían la cara pintada de blanco y rojo. Los tritones llevaban el pelo levantado en una cresta de colores variados. Los mismos colores que decoraban su pecho.

Las náyades recogían su pelo con trenzas decoradas con cuentas de colores. Además de un corpiño hecho de trozos de tela, collares de cuentas cubrían todo su cuerpo. ¿Serían las náyades del lago Titicaca que venían a recuperar su tesoro?

Se detuvieron en el centro del círculo sin prestar ninguna atención a los cocodrilos, que se apartaron a su entrada.

Dos de ellos se adelantaron, un tritón y una náyade. Ella tomó la palabra con un acento extraño:

—Yo soy Hip, también llamada Rocío de la Mañana, y él, Rock o Manatí Salvaje, hijos de la tribu de los seminolas.

Hizo una pausa, en la que el tambor tocó varios golpes secos, momento que yo aproveché para saludar con la cabeza y un gesto de respeto. Lo del respeto siempre va bien, cuando te han apresado y están a punto de comerte.

—Habéis ultrajado y allanado nuestro territorio. Vuestra intención era robar los sacrosantos tesoros que ocultan nuestras aguas. Y para ello habéis profanado un cementerio sagrado, y asesinado a humanos. Vuestra osadía merece un castigo conforme a vuestro delito.

Continuó hablando Rock, al que de la nariz le colgaba un collar que se le enganchaba en la oreja:

—Mañana, tras el crepúsculo, seréis juzgados.

Busqué a Dana con la mirada, pero no distinguía los rostros del resto de prisioneros.

—¡A vida o muerte! —añadió el Manatí Salvaje.

Guardó silencio para dejar paso a los amenazadores golpes de tambor.

—Estos cocodrilos y caimanes no comerán hasta que se haya dictado sentencia —concluyó.

De nuevo el bombo retumbó fijando en nuestras mentes el destino que nos esperaba.

Los tritones y náyades hicieron la fila, comenzaron a cantar y se marcharon dejándonos en aquellas aguas pantanosas rodeados de predadores.

—¡Stella! —gritó Dana.

No parecía estar situada muy lejos. Su voz cayó sobre mí como un bálsamo.

—¡A tu izquierda! —contesté, intentando mover los brazos.

—¿Tienes la arqueta? —gritó.

—No sé de qué me estás hablando —contesté.

No sabía quiénes eran los prisioneros que nos acompañaban en el cautiverio. ¿De dónde habían salido?

—¿Gargor?

—Sí —contestó el tritón con voz indiferente.

—¿Dónde estamos?

—En las Ciénagas Eternas.

Los cocodrilos comenzaron a moverse nerviosos con nuestros gritos. Y guardamos silencio, interrumpido por el sonido del tambor. A pesar del dolor de brazos, el bombo y la angustia, me dormí a pequeños ratos.

¿Ciénagas Eternas?

Siempre había pensado que se trataba del escenario de un cuento de fantasía. Uno de esos lugares en los que encierran a los protagonistas para que mueran entre fuegos fatuos, arenas movedizas y horribles animales asesinos. Y ahora descubríamos que los que íbamos a morir éramos nosotros.

Brillaba el sol en el exterior cuando el maldito sonido del tambor se intensificó y a sus golpes se unieron los de otros bombos que resonaban en todos los manglares. Unos golpeaban bajo el agua y otros contestaban desde la tierra con su ritmo repetitivo e hipnótico.

A los tambores siguió un cántico, distinto al del día anterior, y gritos de tritones.

—¿Quieres que te diga por dónde les voy a meter el bombo a esos? —dijo Dana, desde su hueso de ballena.

—Ya me lo imagino.

Las aguas habían recuperado su claridad y pude ver que la piedra situada en el centro del círculo parecía el ara de un altar y sobre ella reposaba un objeto tapado por largas hojas de algas.

Y también pude observar al resto de prisioneros. No eran humanos. Atados a los restos del cetáceo conté a una decena de tritones encapuchados. Capuchas grises que me hicieron estremecer.

Nos habían capturado con un escuadrón de la muerte.

De nuevo entró la hilera de seres marinos del día anterior, pero esta vez no eran doce, sino un centenar o más. Parecía una reunión de todo el pueblo y portaban estandartes de madera con imágenes de animales pintados de colores chillones. Solo pude distinguir una tortuga.

Venía presidiendo aquella procesión un tritón viejísimo, y tan arrugado, que su piel parecía la de un galápago. Llevaba el pecho cubierto de collares de cuentas de colores y en la mano portaba un bastón de mando con cascabeles. Le seguían Hip, la náyade del

Rocío Matutino, y Rock, el Manatí Salvaje.

Todos los cocodrilos, hambrientos, salieron del círculo.

El anciano del bastón se dirigió a la piedra y se sentó encima junto al objeto tapado con algas. Al insoportable sonido de los tambores se unió el movimiento de los cascabeles de su bastón. Rocío y Manatí se quedaron a su lado.

El resto se distribuyó entre el interior del círculo y el exterior del esqueleto de la ballena. Mientras se situaban, cantaban sus cánticos incomprensibles.

Los del exterior del esqueleto unieron sus manos e hicieron un pequeño baile en círculo sin dejar de chillar.

Y no sonaba aquello como la canción del verano de los mares tropicales.

El tritón mayor movió el bastón con los cascabeles, se detuvo el baile y se hizo el silencio.

Un tritón tiró en medio del círculo los restos de unas serpientes asesinas, negras y repugnantes, y comenzó el juicio.

Hip se acercó a nosotros tres y preguntó:

—¿Qué hacéis en estas aguas? ¿Os han mandado los Centinelas de los Hielos Perpetuos? ¿O Lala Mansur?

Aquellos nombres me sonaban mucho...

Fue Gargor el que contestó:

—No conocemos a los guardianes. Y Lala murió hace siglos. Buscábamos el tesoro de Las Ánimas.

—¿No sabéis que los pecios son tumbas que no pueden ser profanadas?

—Somos arqueólogos. Buscamos arte e historia.

La náyade acercó su cara a la de Gargor y dijo:

—¿Dónde habéis estudiado arqueología? El barco quedó destrozado.

—Fueron los submarinistas. Nosotros respetamos los pecios antiguos.

Hip se acercó a mí y tocó con su dedo el collar de esmeraldas. También llevaba los pendientes de zafiro de Bad.

—No lo parece —musitó—. ¿De dónde venís?

—De Tula —contesté.

—¡Otros aventureros de Tula! ¿Tan mal os trata ese regidor de pacotilla que tenéis ahora? —preguntó Rock—. Y no solo eso... Asesináis a buceadores desarmados.

—¡No! —exclamó Dana—. No hemos atacado a nadie. El barco de los submarinistas se marchó mientras vigilábamos, escondidos, el pecio.

—¡Mientes! —observó la náyade—. Les heristeis con los arpones y les atacaron las serpientes gigantes.

—¡No fuimos nosotros! —objeté yo—. Solo les observábamos y, cuando se marcharon, pensamos que les habían embestido tiburones.

—¡Qué excusa más tonta! —dijo la náyade y soltó una carcajada falsa.

Acarició las cuentas del collar que lucía en su cuello.

—Repito: ayer fueron asesinados dos submarinistas de una empresa de cazatesoros cuando se disponían a volar con dinamita Las Ánimas —explicó—. Afirmáis que estuvisteis a unos metros vigilando su trabajo durante todo el día y no tenéis nada que ver. Ya.

—¿Y esto? —preguntó Rock señalando los despojos negros de las serpientes asesinas—. Las serpientes de esta especie están prohibidas en libertad.

—No son nuestras —contestó Dana.

Mientras el tritón mayor escuchaba todo en silencio, la náyade hizo una señal y les quitaron la capucha a los miembros del escuadrón de la muerte.

Vi un bulto de pelo rubio que sacudía la cabeza y me encontré frente a Ceix.

Me sonrió.

—¿Cuál es vuestro lugar de procedencia? —le preguntó Hip al tritón que se encontraba a la derecha de Ceix.

—Él es el jefe —contestó ladeando la cara.

—¿Tú eres el jefe de qué? —preguntó Rock pegando su cara a la de Ceix.

Ceix se tomó unos segundos para sonreír antes de contestar.

—Del grupo de protección de estas sirenas —contestó señalándonos—. Venimos todos juntos.

—¡Nooooo! —grité con todas mis fuerzas.

Hip irritada me hizo un gesto para que callase.

—¿Los conoces? —preguntó el tritón a Ceix.

—Sí, claro. La pelirroja es mi hermana. Y a la morena esa la he visto alguna vez —afirmó con desprecio.

El odio volvió a encenderse en mi interior. Sin aquellas cuerdas que nos ataban me habría abalanzado sobre él para acabar con su vida.

—¿Es verdad que eres su hermana? —preguntó Rock a Dana.

—Sí, pero miente. ¡No trabajamos juntos!

—¡Qué casualidad! —añadió Hip acercándose a Ceix, al que observó más de cerca—. Dos hermanos que coinciden en el mismo tesoro... Pero no trabajan juntos.

—¿Y esas capuchas? —insistió Rock.

Ceix sonrió de nuevo y no contestó a la pregunta:

—Ellos tres dirigen el grupo y nosotros solo les protegemos. ¿No llevaban con ellos una arqueta y una bolsa de oro? Era lo primero que sacaban de los tesoros de Las Ánimas.

—Bien, bien. Ahora comienzo a entender —dijo Rock.

—¡No! ¡Miente! —grité, intentando soltarme—. ¡Son escuadrones de muerte del

Mediterráneo! Ellos atacaron a los submarinistas.

Rock se acercó a mí.

—¿Por qué te pones tan nerviosa, preciosidad?

—Yo le contestaré —dijo Ceix—. Sus ganancias por el expolio son las más altas del grupo. Ni siquiera quiso que yo me quedara con este humilde collar de cristal —dijo, llevándose la mano al cuello.

El collar era negro.

—Eres un mierda —contesté, manteniendo una mirada de odio profundo.

—Si soltáis a mi equipo de protección, podremos ayudaros a vosotros contra submarinistas como los de Odisea —se ofreció Ceix y guiñó un ojo a Hip.

La atraparía antes o después en su tela de araña.

—No es mala idea —contestó la náyade halagada.

—¿Entonces, reconoces que vosotros disparasteis a los submarinistas? —preguntó Rock.

—Sí, bajo sus órdenes —contestó y me señaló con el mentón—. Ella es la que manda y dirige la expedición. Cuando los de Odisea limpiaron la superficie del barco, nos ordenó acabar con ellos.

—¡No! —grité.

—¡Stella! ¡Siempre fuiste tan buena actriz! ¡Cuéntales cómo entraste a robar el año pasado en los Archivos Secretos de Alejandría!

Rock levantó una ceja.

—¿Entraste en los Archivos Secretos?

—Me engañó. Nos traicionó a todos. Él y los suyos solo quieren liberar a Leviatán.

Se hizo el silencio cuando pronuncié la palabra Leviatán. Al silencio le siguió el sonido del cascabel del tritón mayor.

—Desea que nos cuentes lo que sabes de Leviatán —dijo Rock.

Hice un pequeño resumen de lo ocurrido en Orán. Lo que contaba resultaba tan poco convincente que sonaba a cuento.

Hip, que había estado hablando en voz baja con un Ceix que no paraba de sonreírle, se acercó a mí con un gesto arrogante.

—Todo esto me parece un rollo atlante... —concluyó—. Hemos oído suficiente. Ahora pronunciaremos un veredicto.

Tanto Rock como Hip nos dieron la espalda y se acercaron al tritón mayor de la roca.

Yo tiraba de las cuerdas para soltarme. Cuando tuviera una mano libre, estrangularía a Ceix. Acabaría con él y con su maldad. Mientras tanto, solo podía mirarle con odio, pero él sonreía con una mueca boba.

—¡Ceix! ¡Soy tu hermana! —dijo Dana.

—Preferiste a Stella antes que a mí —contestó Ceix.

—Me ibas a matar.

—Necesito la llave.

Tuve que tragar agua para tranquilizarme cuando Hip y Rock descendieron de la piedra para proclamar el veredicto.

Rock habló:

—Oídos todos los testimonios y partes, declaramos que tanto unos como otros sois culpables de allanamiento, robo y asesinato. Mañana os entregaremos a la furia de los cocodrilos. Eso servirá de escarmiento a futuros cazatesoros que se acerquen a la zona. Se respetarán vuestras cabezas, que serán clavadas en estacas sobre el pecio como muestra de nuestra justicia. Que nuestros primeros padres, el Gran Manatí, el Sagrado Caimán y nuestra Madre la Nutria se apiaden de vosotros. La pena puede ser conmutada por entregaros a la tribu de los caníbales.

La verdad, prefería que me comiera un cocodrilo a un tritón.

Aquellas palabras me golpearon en el pecho y tuve que hacer esfuerzos para no perder el sentido.

Hip miró a Ceix y continuó:

—Solo uno de vosotros, Ceix, permanecerá aquí como prisionero para asesorarnos en la defensa de un posible expolio de los restos del barco.

El tritón mayor tocó de nuevo el cascabel. Se formó la fila y salieron. Vi cómo Hip acariciaba ligeramente con una mano el pecho de Ceix al pasar junto a él.

El tritón mayor se giró para mirarme antes de perdersen de vista.

Hubiera comenzado a llorar en ese momento, pero no quería darle la satisfacción a Ceix de ver cómo me hundía, así que levanté la cabeza bien alta y cerré los ojos para no verle.

Echaron a los cocodrilos los restos de las serpientes asesinas. Y durante el resto del día pudimos comprobar cómo los cocodrilos se ponían más nerviosos y nadaban acercándose más a nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Gargor había permanecido en silencio la mayor parte del juicio.

—Meditar en el Más Allá —susurró Dana mordiéndose el labio.

Era noche cerrada y sobre la superficie de los manglares se reflejaba la luna, cuando noté que alguien me tocaba por la espalda y cortaba mis cuerdas. Pensé, aún con inocencia, que Ceix había cambiado y que venía a salvarnos, después de habernos traicionado y mandado a una muerte segura.

Pero no era Ceix, que permanecía atado y con la cabeza tapada frente a nosotras, sino el tritón mayor, el de la piel de galápago.

—Mi nombre es Yoholo —dijo acercando su cara pintada de blanco y rojo a la mía—. Y sé quién eres.

Tuve la impresión de que venía en son de paz.

Me froté las muñecas doloridas.

—¿Ahora es cuando nos echará a los cocodrilos? —pregunté.

—Antes debéis conocer los designios de la Tortuga Sagrada.

Ya no se oía el sonido de los tambores. Supuse que descansarían para animar al día siguiente el espectáculo de sangre y muerte.

Yoholo también soltó a Dana y a Gargor, y nos hizo una señal con el bastón de mando para que nos acercáramos a la piedra central. Ceix y el resto del escuadrón parecían dormir. Yoholo destapó el bulto tapado con algas y apareció ante nuestros ojos una enorme concha de tortuga que resplandecía bajo los rayos lunares.

—¿Es la Caracola de Ayuda? —pregunté.

—No. Quiero que escuchéis los designios de nuestra Madre Tortuga. Tú primero —ordenó, señalando a Gargor.

Yoholo golpeó la concha tres veces con el bastón y Gargor se aproximó con cara de asco.

—¿Tiene tortuga dentro o está vacía? —preguntó antes de acercar la cara al agujero de la cabeza.

El seminola señaló el agujero y Gargor introdujo su cabeza con temor.

La sacó enseguida.

—No hay nada y huele fatal ahí dentro. ¿Es esto una farsa? ¿Una broma antes de matarnos?

Yoholo le miró serio y no contestó. Solo señaló con el palo a Dana, que se mordió el labio.

—¿Es necesario? —preguntó.

El seminola no contestó.

Dana se agachó y metió la cara dentro de la concha. Permaneció así unos segundos y después se echó hacia atrás tan asustada que cayó al suelo.

—¡No! —exclamó llevándose las manos al estómago y doblándose sobre sí misma—. ¡No!

—No es tu muerte. Pero te dolerá como si lo fuese —contestó Yoholo.

—No... —murmuró Dana.

Me acerqué a ella y la ayudé a levantarse. Su cara era blanca como una perla.

—¿Qué has visto? —pregunté, pero Dana no contestó.

Me tocaba mi turno, pero puse la mano delante del agujero de la tortuga.

—Yo no quiero mirar —dije—. No quiero conocer mi futuro. Ni deseo vivir angustiada sabiendo cuándo y cómo van a enfermar o morir las personas a las que quiero. Vosotros vivís aquí en paz con vuestros cocodrilos, pero se aproxima la guerra.

—Lo sé, Stella. Y depende de ti evitarlo.

Volví a mirar hacia la concha.

—No creo en las profecías ni en las predicciones de antiguas crónicas —añadí—. No estamos determinados por lo que alguien dijo hace cientos de años, ni por la concha de una tortuga vacía. ¡Somos libres!

Yoholo giró a mi alrededor observándome.

—La Gran Madre tortuga es maestra. Solo te enseñará lo que necesites y puedas soportar —dijo el tritón señalando la concha de nácar.

—¿Y por qué él no ha visto nada? —pregunté señalando a Gargor.

—Eso no lo sabes... —dijo Yoholo.

Luego pensé que por meter ahí la cabeza no perdería nada y el seminola se quedaría tranquilo.

En aquella oscuridad solo oía un eco suave, como el de una caracola, pero poco a poco el sonido comenzó a elevarse y se convirtió en una tormenta perfecta, con rayos y truenos. Muy parecida a la que habíamos vivido sobre el pecio. De pronto oí un grito que me llamaba. Era la voz de Pau. Y detrás de ella, la de otras muchas personas. También reconocí a Dana. Cuando iba a separarme, Yoholo dijo:

—Aún no ha terminado.

El sonido descendió hasta convertirse de nuevo en el rumor suave de la caracola y comencé a sentir alivio y paz.

Tras sacar la cabeza, Yoholo me agarró del brazo y me apartó de Dana y Gargor.

—Stella, deberás preparar tu corazón para la traición.

¿Qué me contaba aquel tritón sobre la traición? Mi interior estaba cubierto de cicatrices, de heridas de traición aún sin curar.

—Ya sé lo que es la traición. Ceix, ese tritón, ha mentido. Está con Leviatán.

—Lo sé. Pero tu ira debe conducirse hacia el bien, si se desvía hacia el mal, se convertirá en odio —continuó—. El odio acabará contigo y con los seres que amas.

¿Alguien me amaba? ¿Amaba yo a alguien?

—¿Qué es el amor? —pregunté desencantada.

—Deberás averiguarlo tú.

—No estoy para amores...

—Pero sí para venganzas... —dijo Yoholo—. Stella, deberás encabezar la defensa del reino del mar contra Leviatán. Su poder crece, su fuerza aumenta.

Cogió del suelo la arqueta de la Capa de Niebla y la dejó en mis manos.

—Regresad cuanto antes. No te separes de ella y escóndela de los que la están buscando. Los traidores están más cerca de lo que crees.

—Buscamos también la Caracola de Ayuda. ¿Sabe dónde puedo encontrarla? ¿No será esta concha? —pregunté señalando la de la Gran Madre Tortuga Maestra de Vientre Naranja.

—No. Largo tiempo anda perdida la caracola para el mundo marino. La encontrarás en la mítica Bimini.

—¿Bimini?

Recordé aquellas palabras de Cástor explicando que aquella isla no existía.

Se escuchó el coletazo de un caimán.

—O te encontrará ella a ti. ¡Y ahora marchaos!

—¿Dónde está ese lugar? —insistí.

—En los mapas antiguos —contestó.

El tritón tapó la concha de tortuga y nos dio la espalda, alejándose del esqueleto de ballena.

—Si estalla la guerra, ¿contaremos con vosotros? —pregunté a Yoholo antes de que desapareciera.

—Nos escucharás en la voz de nuestros antepasados —contestó.

Típica frase ambigua que no se sabía qué significaba.

—Huid hacia el este pero no os adentréis demasiado en el mar de los Sargazos. Fuerzas oscuras se están desatando allí, en el Mare Tenebrosus junto al Limbo de los Perdidos —añadió Yoholo.

—Gracias —contesté.

Posó su mirada sobre cada uno de nosotros y luego nos señaló la oscuridad a nuestra derecha, más allá de los cocodrilos que dormían sobre el fondo cubierto de limo. Alguno abrió un ojo amarillo al pasar sobre ellos.

Miré a nuestro alrededor. Allí se quedaban Ceix y los miembros del escuadrón de la muerte.

Huimos de las Ciénagas Eternas lo más rápido que nos permitían nuestras fuerzas siguiendo el cauce de un río que serpenteaba en los manglares.

Dana y Gargor hablaban entre ellos delante de mí. Gargor intentaba convencer a Dana de algo.

No habíamos nadado más de dos *ballenadas*, cuando Dana se detuvo.

—Gargor tiene razón. Yo no me voy sin Ceix —dijo—. Es mi hermano. He visto una muerte en la tortuga y no quiero que sea la suya.

—Le van a soltar y le dejarán como protector —contesté.

Bajo ninguna circunstancia ayudaría a Ceix.

—Eso es lo que dice la náyade esa, pero no hay que ser tonta para darse cuenta de que el viejo lo sabe todo. Como dice Gargor, acabarán matándolo.

—Gargor no conoce a tu hermano.

—¿Y tú, sí?! —preguntó Dana con desprecio.

Le dije con claridad lo que pensaba:

—Es tu hermano, pero merece morir. Cuanto antes, para que no haga más daño.

Dana abrió la boca y se llevó la mano al pecho.

—¿Te crees Dios para decidir quién debe morir y cuándo? Stella, ¿en qué te estás convirtiendo?

—¡Nos ha traicionado...! ¡Dos veces! La misericordia con el mal hace que ese mal crezca.

—Con el mal, sí, con el malvado, no. ¿Cómo miraré a la cara de mis padres y les diré que pude salvar a su hijo y no lo hice?

Guardé silencio.

—Regresaré sola y lo soltaré. Gargor me cubrirá las espaldas. Tú haz lo que quieras.

—Será nuestra vida o la de él.

Vi cómo Dana se alejaba hacia el mar negro y peligroso.

Gargor permaneció en silencio durante la discusión, pero, cuando Dana desapareció, me observó detenidamente unos instantes.

—No te puedes marchar sola con la capa. Tienes que dármele o esperar a que

regresemos.

—¡Porque tú lo digas!

Un caimán verdoso abría su boca sobre Dana cuando la empujó. El caimán mordió el agua, pero se preparó para un nuevo bocado. Si hubiera leído aquel libro de Lorelei sobre animales salvajes, habría aprendido que las mandíbulas de los caimanes de las Ciénagas Eternas muerden con doscientos setenta kilos de fuerza, y que en sus bocas viven bacterias capaces de provocar infecciones mortales.

—¡Yo le distraigo! ¡Suelta a Ceix! —exclamó Dana, abalanzándose contra el reptil.

Sentí más miedo al acercarme al hermano de Dana, que a los caimanes, como si me aproximara a una sustancia ponzoñosa que en cualquier momento pudiera herirme.

Con el cuchillo comencé a cortar la cuerda de Ceix, que aún conservaba la capucha sobre la cabeza.

—Stella, sabía que vendrías. ¿No me odias? ¿Por qué me liberas? ¿Por qué? —preguntó con una falsa y dulce voz.

—No he sido yo, sino Dana. Eres lo peor que he conocido en mi vida —contesté acercando el cuchillo a su cuello—. Te mataría ahora mismo. No mereces vivir.

—Stella, eres un fracaso como sirena. ¿No te avergüenzas de ti misma? Tu vida no vale nada, ni antes ni ahora.

—¡Cállate!

—¿Quién te lloraría si uno de estos caimanes te comiera? Nadie. Nadie te quiere, porque eres despreciable. Una sirena de pacotilla y una humana fracasada. Además, ¿estás segura de que todas las personas a las que aprecias aún están vivas? ¿Pau, el de nombre de foca? ¿Tu madre, la pintora de mierda?

Comenzó a temblarme la mano y apreté más el cuchillo contra su cuello.

—¡Stella, rápido! —murmuró Dana pasando a mi lado con el caimán detrás—. ¡Suéltale!

—Seré despreciable, pero no soy como tú. Un traidor asesino.

Di un golpe certero en la nuca de Ceix dejándolo inconsciente. Ahora debería terminar de cortar la cuerda y arrastrarlo hacia la corriente.

Pero miré el cuchillo que brillaba bajo la luz plateada de la luna y comencé a dudar.

Ceix debía morir. Y yo sería la mano que liberaría al mundo marino de uno de los

principales seguidores de Leviatán.

Apreté el cuchillo en la mano reuniendo todas mis fuerzas hasta que mis nudillos se volvieron blancos.

Lo levanté en el aire saboreando aquella venganza. Nadie jamás se burlaría de mí.

—Ceix, ¿soy como tú? —balbuceé, antes de clavárselo.

—¡Stella! —oí la voz de Dana que me llamaba desde un punto lejano, como un relámpago en la oscuridad—. ¿Estás bien?

Me estremecí.

Dirigí el cuchillo de nuevo a la cuerda.

Y la corté.

—Sí —contesté—. Estamos bien.

Dana apareció a mi lado y me sonrió. Llevaba el pelo rojizo alborotado por la huida del caimán.

—¿Se ha desmayado? ¡Coge un brazo y yo el otro!

No quería tocar la piel de aquel tritón.

—¡Venga! ¡Rápido! —dijo Dana, respirando entrecortadamente.

Tiramos de Ceix hasta sacarlo del esqueleto de ballena.

—¿Y el caimán? —pregunté, cuando pasamos junto a los cocodrilos que reposaban en el limo del fondo.

—Fuera de juego.

Cuando dejamos el lago con el esqueleto de ballena, nadando por un estrecho río entre los manglares, y comenzamos a saborear el agua salada, encontramos a Gargor.

—¿No nos ibas a cubrir las espaldas? —le pregunté.

—Debía cuidar de la Capa de Niebla, el objeto de nuestra misión —se disculpó.

Le miré con cara de sirena casi asesina.

Debíamos ocuparnos de Ceix.

—Dana, nos va a seguir —le indiqué.

—Creo en la bondad humana —contestó.

Dejamos que Ceix se hundiera en las profundidades marinas.

Antes de tocar fondo, se habría despertado.

Y poco después encontramos, o nos encontró él a nosotros, a Crin Magnífica y nos agarramos a él.

—¿La legendaria Bimini?! —preguntó Dana con cierto desdén.

Aún se sentía algo molesta por haber querido abandonar a Ceix en las Ciénagas Eternas.

¡Si me hubiera visto empuñar el cuchillo para acabar con la vida de su hermano!

—¿Tú estás loca? ¿Te crees todo lo que dice un viejo tritón medio pirado?

—Te recuerdo que ese tritón nos ha salvado la vida. E indirectamente la de tu hermano —contesté.

—¡A mi hermano lo he salvado yo! ¡Que no se te olvide! —bramó, como una hidra de varias cabezas—. ¡Y Gargor, que me dio la idea!

Gargor, que nos observaba discutir con indiferencia, le sonrió.

Resoplé.

Aquel tritón de cara de pandereta con su adulación se había ganado tanto la confianza de Dana, que esta me trataba ya con su mismo tonillo insolente.

En el fondo, yo no deseaba regresar a Tula.

Desde que levanté el cuchillo para matar a Ceix, sentía una gran desazón en mi interior, como si algo se me estuviera descomponiendo y solo fuera cuestión de tiempo para que la podredumbre saliera a la vista.

—Gargor, ¡por favor, explícale de nuevo a esta iletrada qué es Bimini! —exclamó Dana.

—Actualmente son dos islas de las Bahamas, pero la legendaria Bimini nadie la ha encontrado nunca —contestó el tritón con desgana.

—¿No existe? —pregunté.

La palabra «iletrada» me daba vueltas en la cabeza.

—En ningún mapa. Los humanos llevan cinco siglos buscándola. Hace pocos años encontraron unas piedras de gran tamaño cerca de las Bahamas que parecían talladas por mano humana, si es que a un humano se le puede llamar inteligente, y se fabuló sobre la posibilidad de que fueran los restos de Bimini, la civilización perdida. Pero no encontraron nada de valor y se concluyó que la forma de aquellas piedras era fruto de la erosión...

—¿No queréis buscar Bimini durante un par de días? —insistí.

—¡No! —contestaron los dos.

—¿Y si estuviera allí la Caracola de Ayuda?

Dana ni contestaba.

—La caracola puede estar en San Borondón, Hiperborea, Lemuria, Lyonesse... Eres tan ignorante que no sabes el riesgo que corremos nadando sin rumbo en este mar infectado de tiburones y de indígenas caníbales —dijo Gargor.

—Ayudaríamos a Gerión y a Cástor —contesté—. Y a Tula y al mundo marino... —añadí—. Las últimas palabras las había dicho sin convicción con un deje cínico. ¿Salvar el mundo marino? ¿Evitar la liberación de Leviatán? No creía en mí misma, y menos aún en aquellas frases grandilocuentes sobre salvación, ayuda, sacrificio y heroínas. Me sonaban más huecas que la caracola que buscaba.

—Nuestra misión consistía en recuperar la Capa de Niebla, y ya lo hemos conseguido. Ahora debemos regresar —dijo Gargor, sacándome de mis pensamientos.

—Estoy de acuerdo con Gargor —añadió Dana—. Tula nos espera.

Rezongando les seguí.

Pero aquella noche, mientras dormían, hice lo que recomiendan que no hagas: me marché con Crin Magnífica y los dejé solos. Solos en el océano con sus clases magistrales de ciencia y sus sermones de moral.

Si Bimini se encontraba cerca de nosotros, debía aprovechar la oportunidad de encontrar la caracola. Que ellos se llevaran la Capa de Niebla a Tula, y también todos los honores. Allí los recibirían durante las fiestas de Poseidón y todo sería alegría, paz y amor.

Yo no quería regresar. La búsqueda de la caracola era una excusa y, si no la encontraba, me daba lo mismo.

Me perdería en los mares tropicales, con las ballenas y los corales.

Si yo, la iletrada e ignorante, hubiera leído alguno de los libros de Lorelei, habría sabido que la legendaria isla de Bimini estaba relacionada con la Fuente de la Eterna Juventud. Los arahuacos de las islas del Caribe contaban historias de la mítica isla en la que fluía una fuente con aguas milagrosas que hacían recuperar la juventud a cualquier anciano y la salud a los enfermos.

El que mayor empeño puso en encontrar la isla fue don Ponce de León. El conquistador salió con una expedición a buscar la fuente, pero descubrió la Florida y las Ciénagas Eternas. Y sus hombres, en lugar de hallar juventud, murieron de fiebre amarilla. Él mismo cayó herido en una escaramuza con los indios.

En el último instante, antes de partir, recordé las palabras de Yoholo, recomendándome que no dejara la capa en ningún momento. Así que la saqué de las

cajas, la doblé y me la metí en el bolsillo trasero de mi ropa. Seguía notando aquel brillo anaranjado que ya percibiera en el barco.

TERCERA PARTE

¿De qué color es el amor? ¿Rosa, el color de los cuentos de hadas? ¿Morado, como el sacrificio? ¿O amarillo, como el fuego, en el que se acrisola?

¿Cómo diferenciar el amor verdadero de la vulgar apetencia, el deseo mediocre o el afán de posesión?

¿Cómo recuperar la confianza hundida en oscuras simas abisales?

¿Hasta dónde estás dispuesto a sumergirte?

Me encaminé hacia poniente.

Yoholo me había aconsejado buscar en mapas antiguos, pero carecía de ellos. Quizá en los restos de Las Ánimas podía encontrar algo, pero se había hundido al salir nosotros.

—¡Bimini! —susurré en la oreja de Crin y tomamos el camino de lo desconocido.

El hipocampo nadaba más despacio de lo normal y varias horas después teníamos un tiburón tigre a varios metros detrás de nosotros.

Espoleé a Crin para que avanzara más rápido, pero el tiburón no se separaba de nuestro camino. Comencé a sentir miedo de que pudiera abrir su hambre el olor a la sangre de los peces que yo comía. Así que pescaba algunos pececillos pequeños y los tragaba casi enteros.

Poco después desapareció.

Había caído la noche y nos acercamos a descansar en unas pequeñas rocas cubiertas de corales, sin saber dónde se encontraba la costa de México, cuando el tiburón nos atacó.

Embistió desde abajo contra mí. Me aparté tan rápida que no me alcanzó, y Crin Magnífica pataleó sobre su cara, pero el tiburón le mordió en una aleta. Como no le soltaba y creía que se la iba a arrancar, comencé a golpearle en un ojo. El tiburón lo soltó y me volvió a embestir, Crin lo detuvo y caí sobre las rocas medio aturdida.

Solo oía el enfrentamiento encarnizado entre ambos animales. Poco después noté que el mar se teñía de sangre. Recé para que no fuera de Crin. Y enseguida el ruido y el alboroto cesó.

No sabía si el tiburón me buscaría para matarme a mí también, pero había perdido las fuerzas para moverme.

Esperé la dentellada, pero no llegó.

Cuando la arena se posó, y el agua se volvió de nuevo transparente, reuní fuerzas y me aproximé con precaución.

No encontré nada. Solo arena removida, ni al hipocampo ni al tiburón tigre.

Confíe en que, si Crin Magnífica había sobrevivido, me encontraría enseguida, así

que me escondí entre los corales y esperé a que pasara la noche.

Amaneció y me encontré sola en el océano.

Guiándome por el sol, me encaminé hacia el oeste. En algún momento encontraría una ciudad en la costa, donde pedir ayudar. Incluso podría encontrar sirenas y tritones amables y quedarme allí un tiempo.

Pero nadaba y nadaba y no encontraba costa ni nadie a quien preguntar.

Y comencé a cansarme y a desear no haber abandonado al indeseable Gargor y a Dana, la sirena-furia. Y olvidé Bimini y la caracola, y decidí regresar al día siguiente antes de que los famosos caníbales dieran buena cuenta de mi aleta.

Cuando cayó la noche, subí a la superficie. Sobre mí aparecía el cielo tachonado de estrellas.

Ahora sí que debía preguntarme qué estaba haciendo con mi vida. Y comencé a sentir una punzada de soledad tan fuerte, que creí ser la única persona que se encontraba en el mar.

En la calle Soledad.

Ceix tenía razón, no interesaba a nadie. Si mi vida se terminaba, llorarían unos minutos indiferentes y enseguida me olvidarían. Ni Dana ni mi madre sufrirían demasiado... Y Ceix se reiría a carcajadas.

Mis ojos se fijaron en una de las estrellas. Brillaba más que el resto y parpadeaba. Me imaginé a Pau en algún lugar mirando la misma estrella. Pero ya no me quería.

Quizá lo más sencillo sería desaparecer en aquel océano. Olvidarlo todo.

Cerré los ojos y, cuando estaba a punto de dejarme hundir en lo más profundo, escuché un aleteo y un graznido sobre mí.

Era un enorme alcatraz que pasó rozando la superficie del mar.

Los alcatraces o albatros representaban para los marineros el espíritu de sus compañeros muertos.

Voló perdiéndose en el horizonte, pero en la oscuridad percibí que aleteaba sobre algo. Recordé que los alcatraces son capaces de nadar largas distancias sin parar y que solo se detienen a anidar en algunas islas rocosas del océano.

Me llené de curiosidad y decidí seguirle por el mar azabache hasta que vislumbré que aquel mar chocaba contra algo. Oía las olas golpear la arena de una playa.

El mar se hizo menos profundo y me encontré en una pequeña isla de arenas blancas, sobre la que rompían olas brillantes, como iluminadas por miles de luces verdosas azuladas. Supuse que sería lo que los marineros llamaban «fantasma de mar» o «fuego de mar», provocado por un alga del plancton, cuyo nombre no recordaba.

Salí del agua, y estuve unos minutos contemplando la belleza de aquella playa, similar al cielo estrellado. Sentí cierto alivio a mi angustia interior.

Me tumbé sobre la arena y me dormí.

2

Un sol inmisericorde golpeaba mi cara al despertar. Sentía ligeros pinchazos en las piernas y, cuando me incorporé, observé horrorizada que centenares de diminutos cangrejos de colores me mordisqueaban. Me levanté de un saltó y los aparté.

Me encontraba en una pequeña isla con palmeras y cocoteros. En el centro se erguía una montaña y en uno de los extremos se veían unos acantilados rocosos. Supuse que allí estarían los nidos de los alcatraces.

Me disponía a regresar al mar, cuando algo llamó mi atención.

Se trataba de un extraño camino marcado por objetos blancos y marrones que se extendían a lo largo de la playa desde el agua hacia el interior de la isla.

Me acerqué a ellos pero me detuve llena de pavor.

Ante mí yacían decenas de cadáveres: huesos secos, petos de cuero, cascos de acero cubiertos de orín, armas hechas de madera y abalorios con plumas. Incluso descubrí los restos de un tritón cerca del agua.

¿Qué era aquello? ¿Había llegado a una de las islas de los caribes? ¿Y por qué no me habían capturado a mí mientras dormía?

Pensé que, si se los hubieran comido, no habrían dejado los huesos colocados a lo largo de la playa, sino en montones. Enseguida me di cuenta de que todos estaban orientados hacia el mar, como si huyeran del interior de la isla. Y que no sobresalían armas de ningún cuerpo.

Y eso decidí hacer yo: huir de aquel lugar de muerte y adentrarme en el mar.

De pronto vi que uno de los cadáveres aún sujetaba entre los huesos de sus dedos una copa de metal muy deteriorada. Con cuidado la cogí y observé en la parte superior un escudo en el que podía entreverse un león y un castillo. Imposible saber para qué utilizaría aquella persona una copa mientras huía muriéndose.

El cadáver llevaba aún puesto un peto de cuero marrón que había resistido a las inclemencias del tiempo, igual que su espada, mientras que el resto de su ropa se reducía a unos jirones de trapos.

Miré hacia las palmeras temiendo que alguien en mi descuido me atacara, pero no se percibía ningún movimiento.

De uno de los hombros del cadáver colgaba algo parecido a un bolso o cartera, también de cuero. Con el pie lo separé del muerto y después lo abrí. Dentro aún conservaba unos papeles enrollados. Al tocarlos se deshicieron entre los dedos, pero uno de ellos, no, parecía ser un pergamino. Así que le quité una pequeña cuerda que lo ataba y lo extendí.

Era un mapa grabado a fuego.

De una isla.

Y en uno de los extremos se podía leer: Bimini.

Me senté sobre la arena sin apartar mis ojos de aquellos dibujos centenarios.

¿Aquel hombre buscaba Bimini? ¿La había encontrado, además de la muerte?

Intenté situarme en los accidentes geográficos que indicaba el mapa. La playa, la vegetación, que podía haber cambiado, una montaña en el interior, los acantilados rocosos con los nidos de aves.

Todo coincidía.

En el centro del mapa, encima de una montaña se veía una pequeña fuente con un surtidor. Y debajo habían escrito: «*Fons*».

¿Sería la Fuente de la Eterna Juventud? ¿Y por qué todos morían?

Según lo que Cástor nos había contado en la reunión, algunos indígenas ancianos tras visitar la isla regresaron a sus hogares habiendo recuperado parte de su vigor y fuerza física.

Al enrollar de nuevo el mapa descubrí unas letras en su reverso. Con gran dificultad, leí:

«Solo se salvará el puro de corazón».

Así que me levanté e hice lo contrario de lo que la prudencia aconseja: me dirigí al interior de la isla siguiendo el reguero de cadáveres.

En el fondo no tenía nada que perder y quizá algo que ganar.

3

Bajo un sol ardiente me adentré en un terreno cubierto de vegetación y palmeras. Los muertos indicaban el camino. Miraba con atención a ambos lados y a la parte superior de los árboles, movidos por una ligera brisa. Me sobrevolaban algunos pájaros de colores chillones.

Bajo las palmeras yacían algunos cocos de buen tamaño. Sentía una enorme sed. Intenté partir uno tirándolo contra una piedra, pero el esfuerzo fue inútil.

Tenía la percepción de que algo o alguien me seguía y vigilaba mis pasos.

La vegetación se fue haciendo más espesa, y la luz a mi alrededor disminuyó. Aquel sendero conducía a la montaña.

Pronto el camino comenzó a ascender hacia el interior de la isla. No llevaba nada que me protegiera los pies de las piedras y guijarros.

La sed y el calor por el sol fueron en aumento, así como el sonido de los trinos de muchos pájaros. Y siempre la sensación de ser observada.

Le quité un sombrero a uno de los cadáveres, que debía de llevar allí cuatrocientos años, y poco después a otro, que parecía un indígena, algo parecido a unos mocasines de piel. No quise pensar en la descomposición del individuo.

Poco después encontré el esqueleto de otro indígena ataviado con muchas cuentas de colores y plumas desvaídas. Estaba sentado sobre una roca y, al pasar junto a él, algo cayó al suelo. Era un palo alargado de unos cincuenta centímetros.

Se trataba de un bastón de mando parecido al de Yoholo, pero este no tenía cascabeles ni abalorios, era de una piedra como el ónix, de color negro. A pesar de ser de piedra, al cogerlo, lo noté caliente.

Me quedé con él en la mano y continué subiendo la ladera cubierta de vegetación.

Pasó largo tiempo, horas, antes de alcanzar la cima de la montaña, sobre la que se había formado una nube blanca que tapaba el sol.

La vegetación había desaparecido y la roca negra aparecía pelada ante mis ojos.

Sentí que, antes de alcanzar la cumbre, debía despojarme del gorro del muerto y los mocasines, y continuar descalza.

En la cima, no solo noté una brisa fría y que la temperatura bajaba, sino una

presencia más.

Giré sobre mí misma, pero solo vi el contorno claro de la isla y el mar circundante.

El sonido de los pájaros había cesado. Me rodeaba un profundo silencio.

El frío fue en aumento, como si hubiera subido a la cumbre nevada de una cadena montañosa. Me temblaba todo el cuerpo y, como no estaba dispuesta a vestirme con ropa de muerto, cogí lo único que tenía, la Capa de Niebla.

Si a Gargor no le había ocurrido nada, a mí tampoco, pensé.

La extendí y la coloqué sobre mis hombros. Continuaba mostrando aquel brillo anaranjado que había notado en el interior de Las Ánimas.

Era tan liviana que no notaba su peso y pensé que no me aliviaría demasiado del frío. Pero me equivocaba. Cuando la capa me tocó los hombros, mi temperatura corporal comenzó a subir hasta sentir una calidez agradable.

Si hubiera leído uno de aquellos libros de Lorelei, habría sabido que los tesoros muestran su presencia con una luz: blanca si esconde plata, roja si se trata de oro, y naranja cuando los objetos son malditos.

Si esperaba encontrar en la cima de la montaña algo parecido a un templo marmóreo que custodiara una hermosa fuente de metales preciosos con aguas cristalinas, no lo hallé. En su lugar, solo fluía de una roca oscura un pequeño riachuelo que caía sobre un pozo poco profundo.

Sentía la lengua cuarteada, como el cuero. Y de nuevo se apoderó de mí la sensación de ser observada.

Me acerqué a la fuente.

Aparté otro cadáver que llevaba algo parecido a una calabaza en la mano y que yacía cerca del agua.

Me incliné con desconfianza sobre la poza. Allí no se veía ninguna caracola. Y aún menos la eterna juventud. Solo una epidemia, como mínimo.

En realidad esperaba encontrar dentro otro muerto. Pero no, el agua cristalina caía sobre la piedra oscura cubierta de verdín.

Quizá el agua no estaba contaminada y podría saciar mi sed.

Recogí agua con las dos manos, y, cuando estaba a punto de llevármela a la boca, percibí que algo brillaba en el interior.

Con temor metí la mano. Era más profundo de lo que me esperaba, y, cuando el agua me alcanzó el hombro, toqué algo duro y suave al mismo tiempo.

Saqué la mano rápida, con cierto asco.

Pero aquello brilló de nuevo invitándome a cogerlo.

Volví a meter el brazo y lo así con fuerza.

Al abrir la mano, descubrí una caracola, del tamaño de una naranja. Jamás había visto un molusco semejante, de una especie desconocida para mí. Era de un color azul

púrpura irisado y parecía desprender cierto brillo blanquecino.

Noté cómo la lengua seca me rascaba el paladar.

Puse la caracola en mi oído, pero solo me llegó el sonido del mar, similar al de cualquier caracola.

Soplé con fuerza por el orificio, del que solo salió aire.

Como me había ocurrido con la Capa de Niebla, no noté efecto o fuerza poderosa. Pero sí percibía algo extraño que me rodeaba.

Metí de nuevo la mano bajo el chorro de agua fresca con intención de beber. Solo se encontraba a varios centímetros de mi boca.

Pero la dejé caer.

Si se necesitaba un corazón puro para beber de la Fuente de la Eterna Juventud, el mío no lo era más que el de aquellos cadáveres que me rodeaban. Odiaba a Ceix y había estado a punto de matarlo, odiaba a Bad. Y odiaba a Leviatán hasta desear su exterminio y no por liberar al mundo marino de su poder, sino por venganza personal.

Aquellas manos que ahora sujetaban el agua fresca, y que albergaban intenciones asesinas, habían sentido antes temblar en ellas el amor, puro y tibio. Y lo habían dejado morir. Había estado dispuesta a traicionarme a mí misma y a mis principios por un tritón al que solo me unía una llama de pasión, tan vaga y fugaz como la de una vela.

¿Conseguir la eterna juventud? ¿Para qué? ¿Para disfrutar de la eternidad yo sola?

No quería contemplar cómo los demás envejecían, mientras mi carne permanecía joven y mi alma se agostaba en amargura.

Durante unos segundos sentí el sufrimiento que había provocado en los demás. Y un arrepentimiento y un dolor tan fuerte que tuve que llevarme la mano al pecho.

Miré al cielo, cubierto por la nube blanca. Ya no se veía el sol, ni los pájaros me sobrevolaban, solo la inmensidad y yo.

Ataviada con la capa, que ahora mostraba un suave color plateado, sujetando con una mano la caracola y en la otra el bastón de mando, cerré los ojos y dejé que la brisa acariciara mi cara.

¡Qué importaba ser de la tierra o del mar, si ambos estaban unidos! ¿Para qué preocuparse por el triste pasado o por el futuro desalentador, si en aquella inmensidad alguien velaba por mí?

Ya no notaba aquella presencia extraña, sino una fuerza desconocida, profunda, ancestral, que parecía emanar de las entrañas de aquella isla a través de esas aguas.

Una fuerza que me transmitía su poder y un conocimiento superior que deseaba que yo aceptara.

Levanté el bastón de mando hacia el cielo.

Si había sido elegida, aceptaba aquel poder y su sabiduría. Con él lograría traer la paz al mundo marino.

No sé cuánto tiempo permanecí allí de pie, hasta que el trino de un pájaro me hizo abrir los ojos.

Anocheceía.

Tuve la certeza interior de que debía devolver la caracola a la fuente, así que la dejé caer con cuidado dentro de las aguas cristalinas.

Alcancé la playa cubierta de «fuego de mar», cuando la noche ya había caído. Corrí sobre las olas iluminadas por aquel plancton azulado salpicando de destellos de luz la oscuridad. Me rocié la cara y el cuerpo de aquel resplandor luminoso, y, cuando noté que mis piernas desaparecían, me lancé al mar, hacia el este, hacia Tula.

Los días de Alcione estaban cerca.

Nadé sola y a gran velocidad durante días por el azul océano.

Si Crin Magnífica había sobrevivido, me encontraría en algún momento.

Para regresar a Tula debía tomar la corriente del Atlántico Norte, que fluía hacia el este. Bordeaba el norte del mar de los Sargazos, aquel mar donde Yoholo nos había recomendado que no nos adentráramos demasiado en nuestra huida de los escuadrones. Había mencionado el Mare Tenebrosum y el Limbo de los Perdidos, lugares de los que nunca había oído hablar.

Si atravesaba el mar de los Sargazos, acortaría la distancia hasta la Atlántida, pero aquellas aguas carecían de corrientes y de vientos, lo que le había dado en la antigüedad la fama de ser un cementerio de barcos que quedaban allí atascados durante semanas. También ocupaba parte del denominado Triángulo de las Bermudas, donde desaparecían naves y aviones tras perder el control de sus aparatos.

Los sargazos, de color marrón o verde, se extendían hacia la profundidad como si fueran lianas, y en la superficie flotaban gracias a unas vejigas llenas de gas.

Cogí una con la mano, suave y viscosa, y la exploté.

Las aguas superficiales cálidas y con pocos nutrientes de aquel mar reducían la vida animal al mínimo, a excepción de pequeñas tortugas que se criaban allí después de nacer en las costas americanas, y las crías de anguilas, que como pequeños gusanos nadaban hacia los grandes ríos.

¿Cómo sabían las pequeñas anguilas dónde se encontraba el río en el que habían sido concebidas?

En la Antigüedad se afirmaba que provenían de la Atlántida. Alguno, como Aristóteles, las creía hijas del limo, otros, del rocío matutino e incluso se pensó que nacían de las gotas de lluvia que caían sobre las crines de los caballos.

Me dejaba llevar por la corriente del Atlántico sin perder de vista a mi derecha las grandes extensiones de algas marrones que cubrían aquel mar sin costas. Cerca de ellas podría nadar más protegida, tanto de grandes depredadores, como de algún escuadrón de la muerte.

Cuando necesitaba comer, bajaba hacia las aguas profundas y frías, donde abundaban los peces.

Un día, poco después del amanecer, noté que una extraña sombra me cubría. Sombra de gran tamaño, como una manta gigantesca, que tapaba la luz del sol.

No había oído el canto de ninguna ballena por la zona, así que me sumergí pensando que quizá podría tratarse de una red de arrastre, pero allí no faenaba ningún barco en ese momento.

Aquella sombra extraña se movía con el viento y poco a poco pude diferenciar un pez muerto de una botella de plástico, y una bolsa de asas, de una lata oxidada.

Eran toneladas de basura.

En medio de aquella extensión de porquería yacía una tortuga de gran tamaño.

Ascendí rápida, para liberarla, pero comprobé que estaba muerta y que de su boca salía una bolsa de plástico transparente.

Me encontraba rodeada de un basurero marino.

Si hubiera estado allí Gargor, habría dicho algo así como:

—Así tratan los humanos lo que creen que les pertenece. Destruyéndolo.

Conocía asociaciones terrestres que denunciaban situaciones como aquella, pero casi nadie les prestaba demasiada atención.

¿A quién le interesaba un montón de porquería en mitad del océano?

A dos pescadores y tres científicos, a los que tacharían de chiflados.

En ningún momento me di cuenta de que al nadar cerca de las algas mi cuerpo rompía pequeñas ramas, finas como de tela de araña. Si hubiera prestado atención, habría notado que no eran obra de la naturaleza, ni del sargazo; sino de mano marina.

Creía estar sola, pero alguien vigilaba mis movimientos.

Después de mediodía, el cielo se oscureció.

Subí a la superficie y pude ver que una enorme nube de color anaranjado se elevaba desde la superficie del agua y ocultaba el sol. Por su forma cilíndrica pensé que se trataba del inicio de un tornado, pero allí no arreciaba el viento, más bien parecía reinar una calma chicha. La corriente me llevaba hacia la nube, así que me acerqué con precaución.

La oscuridad fue en aumento con el paso de las horas hasta que me envolvió una noche oscura como erizo de mar. En el cielo no brillaban la luna ni las estrellas y la nube anaranjada se había transformado en una niebla negra y espesa, que descendía hasta tocar el agua. El mar, cuya superficie horas antes movían las olas, ahora estaba en absoluta calma, inmóvil como una lámina de azabache.

De pronto escuché un grito que rasgó la oscuridad. Era una llamada de auxilio

desesperada de alguien que se ahogaba. No podía determinar de dónde procedía, así que nadé en círculo cerca de los sargazos. Si alguien se estaba ahogando, debía salvarle la vida.

Después salí a la superficie y grité. No obtuve respuesta, pero sí se oyó el sonido de un cañonazo lejano. Me acerqué rápida hacia el lugar del que parecía provenir la descarga, pero solo encontré un desierto de oscuridad.

Lo vi demasiado tarde y me rozó la espalda. Era el mascarón de un barco que se aproximaba muy despacio.

Me hundi aturdida y me coloqué debajo para observarlo con detenimiento. Pude comprobar que la quilla, que se suponía era de madera, estaba totalmente cubierta de concreciones y de algas distintas que chorreaban como lianas. Era extraño que un barco navegase así sin ser limpiado. Cuando me recuperé del dolor, ascendí de nuevo. El barco era un galeón con la arboladura desnuda y los aparejos podridos.

—¡Ah, los del barco?! —grité.

Pero en aquellas aguas cubiertas de sargazos el silencio se podía escuchar.

Nadie parecía viajar en aquel buque, que pasó a mi lado sin detenerse.

Cuando su estela espumosa desapareció, oí el susurró de voces que parecían rezar con desesperación. Eran mujeres y niños.

Seguí al barco, pero había desaparecido en la niebla oscura.

Intenté tranquilizarme tumbándome boca arriba, pero volví a escuchar el disparo de otro cañón y gritos desesperados de hombres que parecían luchar.

Debía regresar a la corriente del Atlántico cuanto antes.

Me disponía a sumergirme de nuevo, cuando noté la espuma de unos remos, que golpeaban de manera rítmica la superficie del mar.

Enseguida descubrí a unos metros otro mascarón de proa que rasgaba la niebla. Era un extraño animal pintado de blanco y rojo. La barcaza, de la que no supe reconocer su origen ni época, continuó también su trayecto hacia la nada en medio de aquel silencio inquietante.

No se veían hombres empuñando los remos.

Con un alarido de angustia, desde el barco algo cayó al mar a mi lado levantando espuma.

Busqué al hombre que había gritado, pero no lo encontré.

Poco más allá distinguí el mástil de otra nave.

¿Qué era aquello? ¿Un cementerio de barcos? ¿El lugar del que salían las naves que aparecían en nuestros puertos?

Alguien daba órdenes en un idioma extraño a mis espaldas, cuando me adentré en la corriente del Atlántico y me dejé llevar por ella, sin fuerzas.

La tensión me había cansado tanto que solo deseaba dormir, pero primero debía dejar

atrás aquellas tinieblas.

Por fin el cielo se tachonó de estrellas y, temblando, me hundí para buscar un lugar en el que descansar.

Al adentrarme en las profundidades, llamaron mi atención unas luces que provenían de las simas abisales.

Si se trataba de una grieta hidrotermal, comería bien y podría aprovisionarme para el camino.

Pero aquellas luces parecían estar colocadas en hileras.

Llena de curiosidad, me dirigí con precaución hacia ellas.

No me constaba que en aquella región hubiera asentamientos marinos.

Una de las luces, similar a un foco, se movía hacia arriba y abajo poco a poco como buscando a alguien.

Me detuve de golpe, sobrecogida, cuando pude distinguir el origen de aquella luminiscencia.

Debajo de mí se encontraba una gigantesca plataforma metálica de varias decenas de pisos. Se extendía sobre la arena como si se tratase de una ciudad, cuyo final era incapaz de vislumbrar. Las luces se situaban en la parte superior, en unas terrazas en las que reposaban objetos alargados similares a submarinos.

No se veía ninguna sirena ni tritón salir de aquel lugar. Parecía muerto, a excepción de las luces y de algo negro que flotaba sobre la superficie. No supe distinguir de qué se trataba.

De pronto el foco comenzó a dirigirse hacia mí. Así que me alejé hasta encontrarme fuera de su alcance.

Jamás había oído hablar de unas instalaciones submarinas similares.

Descendí alejándome del foco de luz hasta alcanzar la parte superior en una terraza poco iluminada. Allí descansaba un submarino antiguo y cubierto de excrecencias, como el encontrado en la isla de Arainn. Lo seguían, formando una fila, decenas de otros sumergibles. Entre ellos se agitaban miles de medusas negras, como las que habían llegado a nuestro pueblo semanas antes.

Rodeé el edificio sin perder de vista el borde exterior hasta que alcancé una pared de cristal transparente. Algo se movía dentro, así que, con cuidado de no tocar las medusas, me detuve a observar, oculta tras una tubería alargada. Oía un ruido similar al de una

bomba de agua en la cubierta superior.

Dentro de un acuario nadaban animales de distintas especies. Unos eran similares a tiburones pero de un inquietante color oscuro. Me recordaron enseguida a los extintos megalodontes. Pero estos eran más pequeños, ya que los megalodontes podían alcanzar el tamaño de una ballena. ¿O tenía ante mis ojos las crías?

Extraños y gigantescos cangrejos grises parecidos a los cangrejos araña japoneses con los que nos había deleitado Bad en su fiesta, andaban por el suelo. Pero triplicaban su tamaño original.

También descubrí las serpientes marinas que tan bien conocía.

No parecían cuidados por nadie. Y no luchaban ni se atacaban entre sí. Yo había presenciado el año anterior la lucha entre un tiburón blanco y una serpiente, y aún tenía pesadillas algunas noches.

De fondo escuchaba el sonido de la bomba. Pensé que aprovisionaría de agua el acuario de animales que acababa de ver. Pero enseguida me di cuenta de que no se trataba de una bomba de succión de agua, sino de una compuerta que se abría y cerraba en intervalos cortos.

Mi vista no alcanzaba a verla, porque la tapaban las medusas negras. Y de pronto me di cuenta de que las medusas salían de allí junto con los chorros de agua. Miles, millones de medusas venenosas.

Me impulsé en el tejado y nadé hacia arriba. Y no me detuve hasta que vi la claridad de las estrellas.

Me encontraba agotada, pero nadé sin descanso hasta asegurarme de que no encontraba ninguna medusa.

Cuando amanecía, me acerqué a los sargazos, y me até a una de las lianas de algas para dormir.

Las enganché a las muñecas y cerré los ojos.

Durante la aurora en aquel mar, mientras dormía, ocurrieron muchas cosas.

La primera fue que quien me perseguía, avisó a quien me buscaba. Y este se acercó a mí.

Y me despertó.

6

Abrí los ojos asustada y me encontré frente a mí la cara blanco sepia de Gargor. Más feo que nunca.

Me observaba a escasos centímetros de mi cara.

Di un respingo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, alejándome de su rostro.

Me di cuenta de que me había atado con las algas. Me retorcí intentando soltarme, en vano.

—Te estábamos esperando —contestó enfadado.

Me miró de arriba abajo buscando algo con gesto ansioso.

—Sí, tengo la capa.

Sacó una navaja y cortó las algas.

—¡Jamás vuelvas a atarme! —contesté escupiendo las palabras.

—Te hemos buscado durante días. No tenías que haberte ido así. ¿Y Crin? —preguntó.

—Nos atacó un tiburón y, por defenderme, murió —contesté, mientras me frotaba las muñecas—. ¿Dónde está Dana?

—Ahora sube. ¿Encontraste Bimini? —preguntó Gargor.

Noté en su voz cierta ansiedad.

—El mar está lleno de islas. ¿Dana está bien? ¿Cómo me habéis encontrado?

—Estudí en el colegio con alguien que vive aquí. Sabe cuándo entra alguien desconocido.

—¿Habéis visto los barcos antiguos? —pregunté.

—No —contestó Gargor mirando hacia atrás con un gesto nervioso de cabeza.

Decidí no comentar nada de la plataforma metálica.

—¿Estamos en el Limbo de los Perdidos del que nos habló Yoholo?

—No sé de qué me hablas —contestó con cierto desdén.

—Pues yo tampoco. ¿Y Dana? —insistí.

Esperaba oír la voz de Dana gritando mi nombre, pero solo escuché un ligero movimiento, que indicó que se acercaba.

Miré su cara pálida y algo en ella me inquietó.

La abracé con fuerza, pero noté frialdad en su respuesta. Pensé que aún estaría resentida por haberme marchado.

—Perdóname por haberte dejado sola. ¿Estás bien?

—Sí, hay mucha comida en este mar —contestó apartando la cara, y sin mirarme a los ojos—. ¿Tienes la capa?

—Sí.

Dana levantó la vista y clavó su mirada perdida detrás de mí, en Gargor, como esperando una orden.

—¡Debemos irnos! —bramó Gargor.

Luego añadió irritado:

—¿No habrás usado la capa?

—¡Qué alegría me da volverte a ver! —dije a Dana, sin contestar a Gargor, y después susurré—: ¿Qué ha ocurrido?

Agarré a Dana de la muñeca. Mis dedos tocaron algo áspero sobre la piel. Y, al mirar, descubrí que tenía una pequeña marca negra cuadrada, como un tatuaje.

Dana se soltó de mi mano y solo contestó:

—Llegaremos tarde a la fiesta.

Durante el camino de regreso, en el que tuvimos que sortear varios bancos de medusas negras, observé no solo la muñeca de Dana, donde se veía claramente un dibujo oscuro, sino su comportamiento. Parecía abstraída y no recordaba nada de lo ocurrido durante la semana que habían pasado en el Mar de los Sargazos esperándome.

Una fuerte algarada y gritos nos recibieron al descender sobre Tula. No nos chillaban a nosotros.

Y tampoco eran gritos de alegría por las fiestas Poseidónicas, ni de los jóvenes que habían acudido a la competición de las manzanas del jardín de las Hespérides.

Centenares de tritones y sirenas, encabezados por Belgemir, rodeaban un barco pesquero de color blanco y azul que yacía en las afueras de la ciudad.

Nos enteramos de que era el último ataque a humanos de la semana. Habían dejado a los pescadores en la superficie atados a un flotador y habían hundido el barco con su cargamento de bacalao, que ahora sacaban de las bodegas y se disputaban entre ellos, como si fueran lobos peleándose por un trozo de carroña.

En otras circunstancias, Dana y yo habríamos subido a ayudar a los pescadores, pero Dana ni se había dado cuenta de lo ocurrido.

Nos alejamos del barco sin llamar demasiado la atención y descubrimos que la ciudad ya se preparaba para las fiestas.

En el ágora, donde nos recibió por primera vez Belgemir y su discurso, descansaban animales de todos los mares del mundo, presentados para su venta e intercambio. Peces vaca y escorpión del Mauna Kea, cangrejos Yeti, serpientes y sepias de Papúa, medusas de cristal, anjovas de terribles dientes, arañas y plumas de mar, anguilas de Gulper...

Me hubiera gustado detenerme a contemplarlos pero Gargor me apremiaba con impaciencia.

También habían llegado ya a la ciudad delegaciones al Gobierno de los Mares. Nos cruzamos con bellas nixes, ondinas, crenas, nereidas, ninfas de los ríos, rusalkas y vodyanoi de los lagos siberianos, y genios de las aguas con la piel de todos los colores. Los miembros de las delegaciones no prestaban ninguna atención a los alborotadores y su bacalao.

Nunca había visto aquellos seres acuáticos antes, y los observaba atónita. Si Dana hubiera estado en sus cabales, me habría cerrado la boca y se habría reído de mí para luego explicarme que aquellos tritones y sirenas tan hermosas y bien vestidas, que

paseaban rodeadas de un séquito, eran Señoras de las Lluvias y Señores de los Ríos y las Tormentas. Pero Dana nadaba a mi lado con la mirada perdida. Y yo sentía una terrible inquietud por su estado, que me impidió darme cuenta de que nos seguían.

En los siguientes días, todas aquellas criaturas marinas, junto con los representantes del Mundo Marginal y la Oscuridad Total, se reunirían con el gobernador, si es que vivía, y le plantearían sus problemas locales e intentarían buscar soluciones conjuntas.

No encontramos a ningún Centinela de los Hielos.

Cerca de la casa de Gerión, a las afueras de la ciudad, nadaban y se entrenaban tritones y sirenas jóvenes que se presentarían al torneo de las manzanas de oro en el Jardín de las Hespérides. La competición tendría lugar al día siguiente.

Sentí cierta envidia de ellos, que jugaban y se divertían desconocedores de la amenaza que se cernía sobre nuestro mundo.

Toda la ciudad se concentraría encima del dorado jardín para observar el torneo.

Los participantes se habían dividido por los colores de sus ropas y armaban barullo con su griterío.

Si Leviatán quería levantarse, este era el momento oportuno. Atraparía a los mejores jóvenes de las aguas.

Gargor insistió en acompañarnos a la casa de Gerión, que no conocía. Pero pensé que, si Gerión no le había enseñado su casa, sus razones tendría. Así que le dije que nos arreglábamos solas, y nos despedimos, no sin antes recordarnos, de manera insistente, que guardáramos bien la Capa de Niebla.

Al acercarnos a la puerta de la casa de Gerión nos dimos cuenta de que la entrada, antes tapada con algas, había desaparecido cubierta por rocas.

Sentí cómo se apoderaba de mí la desesperación. ¿Para qué nos mandaban a una misión al otro extremo del Océano, y luego nos abandonaban así?

—Os esperaba —dijo una voz joven detrás de nosotras.

Era un tritón adolescente de rasgos orientales, que llevaba unas tiras de telas de colores, como los participantes del concurso.

—Gerión me ha pedido que os muestre otra entrada a su casa.

Respiré aliviada.

Le seguimos unos metros hasta un terreno liso pero en completa oscuridad. El tritón, que había encendido una pequeña luz en su mano, observaba el suelo arenoso hasta que encontró un pequeño agujero, como los que hacen los berberechos en la arena. Lo presionó y una plancha de piedra se levantó unos centímetros del suelo y se movió hacia un lado, dejando ver una abertura.

—Adiós, Stella —se despidió. Y desapareció entre el barullo.

De nuevo nos encontrábamos en una habitación intermedia, pero allí no se veía

ningún pez abisal con luz. No nos dio tiempo a comprobar si se escondía otro animal defensivo en las sombras, ya que Gerión asomó la cabeza pocos segundos después. Al abrir la puerta mostraba un gesto sombrío, pero se alegró tanto al vernos que nos abrazó aliviado.

Tenía la cabeza y un hombro vendados.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, mientras la segunda puerta se cerraba a nuestras espaldas.

—Nos encontramos con una criatura nada amigable.

—¿En Japón?

Afirmó con la cabeza.

—¿Estás en peligro? —pregunté señalando la entrada.

—Ya ningún lugar es seguro en esta ciudad.

En la casa de nuestro tritón protector no se oían los gritos de los jóvenes. Por fin podríamos descansar durante unos días.

—¿Y Gargor? —preguntó con interés.

—Se habrá ido a su casa, no sé —contesté.

Gerión no contestó.

—Dana, tengo que darte una mala noticia —dijo Gerión, encendiendo un pez linterna.

Dana le miró sin interés.

—Tu hermana ya no está aquí. En nuestra ausencia se marchó a vivir al taller de Petrea, aquella sirena diseñadora que se dedica al mundo de la moda.

Dana se encogió de hombros.

—Si es lo que quiere —contestó con desgana.

¿Qué le había ocurrido a Dana en el Mar de los Sargazos? En otras circunstancias habría salido como una fiera a buscar a su hermana, a ayudarla, como había hecho con Ceix.

—Petrea está muy bien relacionada con Manda, la esposa del regidor —explicó Gerión, mientras nos observaba con detalle—. Las dos sobornan a los comerciantes y mantienen un mercado negro de productos de todo tipo. Sabemos que Ainé visita a menudo el palacio de gobernación. Puede ser peligroso para ella. Quizá tendrías que hablar con tu hermana.

Dana negó con la cabeza.

—Da lo mismo.

Guardamos silencio unos instantes. Gerión parecía no entender qué le había ocurrido a aquella sirena de pelo rojizo.

Nos situamos alrededor de la mesa central de piedra.

Gerión sacó unos tomates de mar de una red y, después de ofrecérmolos, nos explicó que los ataques a humanos habían empezado poco después de marcharnos nosotros.

Barcos pesqueros, submarinistas, lanchas de recreo... Cualquier humano podía caer en las manos de una chusma enloquecida por las palabras de Belgemir, el regidor.

Dana no probó ningún tomate, su comida preferida.

La Capa de Niebla ocupaba un lugar central en la mesa.

Me di cuenta de que aquel tritón que cuidaba de nosotras parecía haber envejecido durante nuestro viaje.

—Estoy muy contento con vuestro trabajo. Ahora deberemos ocuparnos de ocultarla —nos dijo con una gran sonrisa, después de extender la capa. Mostraba de nuevo el color anaranjado—. Mañana nos encargaremos de ella.

Su mirada se posó en Dana, que mantenía la cabeza agachada, como dormida.

Cuando le conté a Gerión la pelea entre Crin y el tiburón y mis sospechas de que hubiera muerto, Gerión torció la boca en un gesto que quería ser una sonrisa, pero que se quedaba en mueca. Y después guardó silencio.

—Con los hipocampos nunca se sabe —acabó por decir.

Al día siguiente, Gerión había sido convocado a una reunión del Consejo de Ancianos. Eso significaba que Melusina vendría a la ciudad y podríamos preguntarle por el resto de la familia, por Electra y mi madre. Por Pau.

Si Melusina vivía aún.

Dana, al oírnos hablar de Melusina, balbuceó, retorciéndose las manos con angustia:

—¿Mi abuela vendrá?

Era la primera vez que se preocupaba por algo desde que la había encontrado.

—Tu abuela, seguro que sí. Sorteará cualquier peligro que se encuentre, si sabe que estáis en apuros —contestó Gargor. Y sus ojos se posaron en la muñeca de Dana y aquella extraña marca.

Dana no saludó a Cástor, cuando llegó de su trabajo un par de horas después. Mi amiga escondía en su interior algo tan pesado, que la sumergía en un estado de apatía, que yo jamás había conocido. Cástor, al que le faltaba un trozo de aleta, y mostraba una cicatriz en la mejilla, le habló despacio, intentando hacerla comprender que se alegraba de su regreso. Pero ella parecía no reconocerle.

Y Cástor se hundió en un desasosiego tal que no quiso cenar, y ni siquiera me preguntó por el viaje.

Al llevar a Dana hacia nuestra habitación para dormir, me di cuenta de que Gerión había limpiado las algas del relieve de su familia.

8

Aún no nos habíamos echado a dormir, cuando Gerión me avisó de que teníamos reunión de nuestro grupo.

Sentí cierto temor. Me preguntarían por todos los detalles del rescate de la Capa de Niebla y mi narración del viaje no solo tenía lagunas, sino océanos de silencio. Y Gerión lo notaría enseguida.

El estado de Dana sería el segundo tema a tratar en la reunión.

Gerión abrió una trampilla del suelo del comedor y descendimos a otra habitación en un piso inferior. Dejamos a Dana dormir arriba.

Esta vez solo estábamos nosotros tres.

—¿Y Gargor? —pregunté.

—Prescindiremos de Gargor por ahora —dijo Gerión al cerrar la puerta tras de sí.

Enseguida me enteré de que Menya y Fenya, las hermanas del pelo de colores que trabajaban en el palacio de gobernación y las encargadas de buscar el tridente de Océano, habían desaparecido.

—Nadie las vio salir del palacio. Pero dentro parece que tampoco están... Por lo menos vivas —explicó Gerión.

Tampoco Gerión y Cástor habían encontrado la Caracola de Ayuda en mares japoneses, tras haber sido atacados por un ryujin, una serpiente dragón japonesa.

—¡Debemos acabar cuanto antes con Leviatán! —exclamé cuando nos acomodamos en unos cojines de algas—. ¡Ya!

Gerión y Cástor me observaban con gesto serio.

—¡He encontrado barcos y submarinos fantasma en una plataforma tan extensa como una ciudad! ¡Animales extintos! ¡Millones de medusas venenosas! ¡Se preparan para invadir la tierra!

Los dos continuaban mirándome sin reaccionar. Y yo tenía la impresión de estar haciendo teatro.

—¿Qué le ha ocurrido a Dana? —preguntó Cástor sin poder ocultar su enojo.

—No lo sé. La encontré así en el Mar de los Sargazos. Estuvimos separadas una semana. ¡Allí encontré la plataforma, en el Limbo de los Perdidos, después del Mare...!

Cástor me interrumpió:

—¿Por qué os separasteis?

—Me marché a buscar la caracola –contesté–. Gargor me criticaba continuamente.

Gerión parecía también más reservado de lo normal. Y Cástor estaba a punto de montar en cólera.

—¿Por qué la dejaste sola?! –exclamó Cástor golpeando con el puño la mesa.

—Si Gargor suponía un peligro para nosotras, ¿por qué nos dejasteis viajar con él?

Cástor hizo un gesto para que continuara hablando.

—Yoholo, el seminola, nos contó que la caracola se encontraba cerca, en Bimini.

—Ni Yoholo sabe dónde se encuentra Bimini –dijo Gerión.

Debía proteger a Dana, así que conté nuestra captura, pero omití que habíamos liberado a su hermano.

—¿La encontraste? –preguntó Gerión.

—A Dana, sí, la isla no estoy segura.

—¿Y la fuente? –insistió.

—No sé.

—¿Y la caracola?

—No sé.

—Si fueras otra sirena, pensaría que estás mintiendo. Pero confío en ti –concluyó Gerión.

Cástor resopló y se levantó con un aletazo. Tuvo que contener un gesto de dolor.

Me sentía cohibida con la mirada escrutadora de Cástor sobre mí.

Ya hablaría todo con Gerión al día siguiente cuando hubiera regresado de la reunión del Consejo de Sabios. Quizá Melusina nos podría ayudar.

—Stella, hemos notado que fuerzas antiguas y poderosas se están despertando en lo más profundo de los océanos. Fuerzas titánicas que permanecían ocultas y en quietud desde el albor de los tiempos. Desconocemos si son buenas o malas. Si se unirán a Leviatán o no –explicó Gargor–. Alguien las ha invocado.

Permanecí en silencio.

—¿Has notado algo?

Negué con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí.

Gerión tamborileó con los dedos en la mesa.

—Conozco un lugar en la casa de Poseidón donde podríamos guardar la Capa de Niebla –propuso, cambiando de tema.

—¿No sería mejor entregarla a los Tres Sabios? –pregunté.

—No lo sé. Mañana intentaré confirmar si es cierto que asesinaron al gobernador y

quién ejerce el poder real ahora mismo en los mares.

Afirmé con la cabeza.

—Y antes de acabar te tengo que advertir de un grave peligro —dijo Gerión—. Y no es la chusma enloquecida que hunde barcos de humildes pescadores, sino de los escuadrones de la muerte. Han comenzado a llegar en masa desde el Mediterráneo y se están extendiendo por todos los mares. Su jefe supremo es Bad, pero para la organización ha nombrado a un tritón joven, que parece ser un psicópata y que no se para ante nada ni ante nadie.

Afirmé con la cabeza.

—Antes de marcharos vosotras mató sin motivo a varios niños en las Columnas de Hércules. Solo deseaban cruzar con sus padres. Los torturaron para conseguir información.

—¡Horrible! —musité.

—Ceix. ¿Te suena el nombre?

—Ya —contesté bajando la cabeza.

Sentía como si me hubieran dado un golpe en la boca del estómago.

—Hablaré de él con los ancianos. ¿Sabes dónde se encuentra? —preguntó Gerión.

—No. Lo dejamos en Uharu. Pero siempre quiso viajar al Caribe...

—De donde tú has venido. ¿Te has encontrado con él? —preguntó Cástor—. ¿No estabas enamorada de Ceix?

El tono de voz de Cástor me intimidaba.

—Cuando te serenes, contestaré a tus preguntas —dije intentando mantener una serenidad que no tenía.

—Creo que estamos cansados y debemos dormir —concluyó Gerión—. Mañana tras la reunión del Consejo de Ancianos nos reuniremos de nuevo.

Cuando salía de la habitación, Cástor pasó a mi lado y me susurró:

—¿Por qué destruyes la vida de las personas que se te acercan?

En otras circunstancias, aquella pregunta me habría dolido y humillado, pero ahora solo veía ante mí un tritón con el corazón destrozado que intentaba, como todos nosotros, sobrevivir.

Aquella noche casi no dormí. Dana se revolvía atormentada por pesadillas ponzoñosas como un vaso de veneno. Mientras le sujetaba la cabeza para que no se golpeará contra las paredes en su duermevela maldito, le repetía que todo iba a salir bien.

¿Mentía?

9

Al día siguiente, Cástor se marchó antes del amanecer a cubrir el torneo de las manzanas de oro para el periódico en el que trabajaba.

Gerión también se preparó en silencio para acudir poco después a la reunión del Consejo de Ancianos. Nunca lo había visto tan serio.

Cuando vino a despedirse de mí, yo observaba el relieve de su familia. Un tritón y una sirena con una niña.

—Eran mi hijo, su mujer y su hija. Los asesinó Leviatán —me explicó—. Cuando vi sus cuerpos muertos, el de mi nieta ni siquiera lo encontraron, según la versión oficial, la engulló; juré no detenerme hasta verlo entre rejas. Y lo conseguí.

—Lo siento mucho.

—Pensé que, si algún día Leviatán recuperaba su poder, yo ya habría muerto. Y ahora de nuevo se acerca el peligro. No sé si tengo fuerzas para soportar la muerte de otro ser querido, de tantas sirenas y tritones inocentes.

—¡Lucharemos contra él y sus seguidores! Me gustaría saber con exactitud cómo lo atraparon y cómo le arrebataron el poder...

—Y a mí me gustaría saber la verdad de lo que ha ocurrido en el viaje a Bimini —contestó Gerión.

Bajé la mirada.

—¿Regresará con Melusina? Dana se encuentra mal —dije.

—Eso espero... Regresar.

Me miró unos instantes y luego añadió con gesto preocupado:

—No dejes a Dana sola. Y esta vez va en serio.

No había transcurrido ni una hora, cuando llamaron a la puerta. Al abrir, desde el exterior nos llegó el jaleo de todas las personas de la ciudad que se dirigían al Jardín de las Hespérides.

Era Gargor con su cara blanca de pandereta. Aún parecía más pálido que de costumbre, como si su piel estuviera cubierta de nata.

¿Qué hacía allí Gargor si el día anterior me había asegurado que no conocía la casa

de Gerión? ¿Cómo había encontrado la segunda puerta secreta?

—Me he encontrado con Gerión. Me ha explicado cómo entrar y me ha dicho que ha conseguido que un médico amigo suyo que trabaja en el palacio de gobernación reconozca a Dana. También ha obtenido permiso para entregar la Capa de Niebla a los Tres Sabios —explicó después de saludarme.

—Muy bien, ¿cuándo? —pregunté sintiendo cierto alivio.

—Ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Estás seguro? ¿No van los Tres Sabios a la competición? ¿No se reúnen hoy con el Consejo de Ancianos?

—No sé. La audiencia es dentro de media hora. Y después visitaremos al médico.

Dana aún no se había despertado y yacía en un estado semiinconsciente en la habitación.

Gargor miró con curiosidad hacia el interior de la casa.

—El protocolo impide retrasar una audiencia. ¡Avísala! —insistió.

—Bien —contesté—. Solo tardaré unos minutos.

Entré en la habitación y zarandeé a Dana.

—Debemos irnos... —dije, y, antes de que me diera tiempo a explicar adónde, se había incorporado y me seguía.

—¿Cómo? —preguntó con desgana.

—*Huyamos juntas a los mares tropicales... Con las ballenas y los corales.* ¿Recuerdas? —susurré.

—No sé de qué me estás hablando —contestó.

Cogí la capa y nos dispusimos a seguir a aquel tritón.

Antes de salir, dejé el bastón de mando en la habitación de Gerión.

Entregando la capa a los Tres Sabios podría demostrarles que yo era una sirena normal, valiente y esforzada, a pesar de vivir en tierra. También podría convencerles de que el mar se encontraba en un grave peligro.

Y después de que el médico curara a Dana, quizá dejaría de sentir la terrible culpa que me corroía las entrañas.

No tardamos demasiado en llegar a la isla central de Tula, que parecía desierta. Incluso habían cerrado los puestos del mercado de animales para acudir al torneo. Dana nos seguía medio adormilada y con la mirada perdida.

Junto a la casa de Poseidón se encontraba el palacio de gobernación que elevaba los pináculos de sus cúpulas hacia el cielo. Gracias a unos cristales, el sol se reflejaba sobre el mármol de colores, negro, rojo y blanco, que brillaba dándole un aire majestuoso.

Al acercarnos a la fachada, pudimos leer sobre mármol rojo la siguiente frase:

«El mar es la Fuente de la Vida. Quien ignore esta regla, morirá».

Entramos por una puerta solitaria situada en uno de los laterales. Los tritones que hacían guardia nos dejaron entrar sin dificultad y sin preguntar nada.

Nos adentramos por un pasillo recubierto de nácar, con bellas escenas de animales marinos grabadas en las paredes.

Sentía cierta emoción por encontrarme dentro de aquel palacio donde habían trabajado mis padres y habían encontrado su final. Quizá antes de salir tendría la oportunidad de conocer las dependencias en las que trabajaron. E incluso encontrar a alguien que aún los recordara. El médico...

También deseaba encontrar a los Tres Sabios que me habían confiado la llave de la jaula de Leviatán. Podría oír de sus labios los designios para los tiempos futuros.

Este también habría sido el momento que tanto esperaba para vengarme de Ceix. Le podría denunciar delante de los Tres Sabios. Contar todo lo ocurrido en Uharu y en las Ciénagas Eternas. Dana tendría que aceptar que su hermano era un asesino, aunque le doliese. Sin misericordia.

Pero ya no deseaba la venganza, sino justicia.

Ceix ya no me dolía.

Llegamos a otro control de seguridad. Hicieron una seña con la cabeza a Gargor y seguimos avanzando. Detrás de nosotros se cerró suavemente una reja que cubrió el vano de la puerta.

Aquel lugar me recordó a un laberinto en el que un pasillo conducía a otro, y los corredores se abrían a decenas de puertas.

Encontramos una tercera entrada situada al fondo de un pasillo que permanecía en penumbra. Distinguí entre las sombras a dos tritones armados con tridentes, que abrieron una puerta metálica plateada con cuarterones labrados con escenas marinas. Nos detuvimos en un vestíbulo circular.

—Dana, puedes regresar ya —le ordenó Gargor.

Ella afirmó con la cabeza. Parecía haber perdido su voluntad.

—Lo siento —susurró.

—¿Cómo? —pregunté sin entender nada—. ¿Por qué te vas? Tienes que entregar la capa con nosotros.

Dana se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Gargor, ¿y el médico? —pregunté.

Atónita, vi cómo Dana, sin contestar, cruzó la puerta metálica, que se cerró detrás de Gargor y de mí.

Y en ese momento me di cuenta de que los tritones con los que nos habíamos cruzado llevaban la cabeza cubierta con la capucha gris de los escuadrones de la muerte.

—¡Stella, entra! ¡Te estoy esperando! —dijo una voz de mujer.

El vestíbulo en el que nos encontrábamos se abría a una enorme sala abovedada con el suelo de oricalco rojizo, que brillaba como el fuego, y flanqueada por estatuas de sirenas y tritones. Numerosos peces abisales de varios tamaños la iluminaban.

Al final de la estancia se erguían tres tronos de oro a una altura superior que el resto del suelo, y que permanecían en la oscuridad, excepto por unas luces de color azulado que se movían a su alrededor.

Un único trono se hallaba ocupado por una sirena, de la que solo podía entrever el cuerpo alargado.

Al acercarme reconocí las luces azules como las extremidades de calamares vampiros del infierno. Nunca había visto uno al natural, ya que vivían en las zonas más profundas de los mares tropicales. Allí movían sus cuerpos rojizos y atraían a las presas con sus deslumbrantes colores.

Gargor permanecía detrás de mí observándola o quizá observando mi reacción al mirarla.

—Te presento a Lala el-Galiya bent Mansur, reina del Séptimo Mar —enunció Gargor.

Tuve que contener un respingo.

—¡Stella! —exclamó—. ¡Bienvenida a Tula y al jardín de las Hespérides! ¡Acércate!

Me aproximé, con precaución, a aquella sirena rubia de pelo tan largo que rozaba el suelo.

Me sentía confusa. Esperaba encontrar a tres ancianos arrugados como tortugas centenarias poseedores de una sabiduría secular, pero no a aquella reina milenaria que había conocido a Ulises.

—¡Más! ¡Acércate más! ¡Quiero contemplar la belleza de la juventud! —insistió, pero, cuando me encontraba a pocos metros de los tronos y de la reina, hizo un gesto para que me detuviera.

Aquella sirena llevaba puesto un extraño vestido plateado cubierto de perlas, y se cubría tanto la cabeza como el torso y los brazos por una gasa, que se le pegaba como

una segunda piel.

Cuando me acostumbré a la oscuridad, descubrí que no era tan joven como parecía. Las manos estaban pintadas con dibujos geométricos de color oscuro, como había visto en las humanas de la Otra Costa.

Sujetaba un arco en el regazo.

Busqué en la oscuridad la presencia de algún guardia armado, pero no descubrí a nadie tras los tronos o las columnas.

—¡Qué hermosa eres! ¡Tenía tantas ganas de verte! —exclamó con voz dulce.

Me abrumaba aquella amabilidad excesiva en una sirena milenaria, con fama de asesina.

—Encantada de conocerla, Majestad —contesté para agradecerla—. Todo ser marino conoce las hazañas de la reina Lala Mansur.

Sonrió halagada al oír el título honorífico.

Un calamar pasó cerca de su cara y distinguí la piel acartonada y poco natural, como sus carnosos labios. El labio inferior, tan grueso, caía unos milímetros, dando la impresión de que se fuera a descolgar. Se los había pintado con un rojo anaranjado luminoso.

—Es un honor también para mí conocer a los Tres Sabios —añadí, y mis ojos se sintieron atraídos por su pelo rubio.

Tuve que parpadear para comprobar que aquella melena que le caía por la espalda era una peluca de plástico. La llevaba sujeta con una cinta gris, como una diadema. Dana me habría explicado que esas cintas de macho de carnero marino eran un distintivo propio únicamente de los reyes y reinas atlantes.

—Los Tres Sabios... —dijo, intentando sonreír con una mueca extraña—. Se acercan tiempos de cambio, Stella, también para los Tres Sabios y para el Gobierno de los Mares. ¿Sabes que hoy va a ser disuelto y eliminado el Consejo de Ancianos? Se sustituirá por el Consejo de Juventud. Sangre nueva, ideas nuevas. Corrientes y olas de cambio. ¿Te gustaría pertenecer a él?

Eliminado...

Por fin, aquella sirena iba al grano.

—No, gracias —contesté tragando saliva—. Me gustaría denunciar delante de usted a un tritón traidor...

Lala me interrumpió.

—Más tarde, ¿qué me has traído? —preguntó señalando la caja que reposaba en el suelo.

—La Capa de Niebla. La encontré con Gargor y Dana, una amiga que enfermó durante el viaje. Necesita ayuda —contesté agachándome para cogerla.

—¡Tranquila, pesará mucho! ¡Por favor!

Hizo un gesto con la mano cubierta de dibujos y alguien se acercó a mí por la espalda. Yo pensé que era Gargor, pero, cuando una mano con una cicatriz en el dorso agarró la caja, supe de quién se trataba.

Forcis.

Me impulsé hacia atrás apartándome de él.

Aquel tritón había intentado matarnos el verano anterior en la cárcel de Gormax. Él portaba entonces el tridente de Océano.

Mis ojos se fijaron en el tatuaje del brazo de Forcis con el dibujo de una humana a la que se le subía la falda por una corriente de aire. Era él. Solo le faltaba la serpiente negra de lengua amarilla, alrededor del cuello.

—Ya os conocéis, ¿verdad? —preguntó la reina.

—Sí —contesté mordiéndome el labio.

Forcis había llegado hasta ella y le ofrecía la arqueta de la capa.

—Es mi mejor colaborador. Le mandé el año pasado a buscar a Pólux, el arquitecto. El pobre Pólux murió en un triste accidente.

No. Había sido asesinado.

Mansur abrió la caja y extendió la capa gris con destellos anaranjados.

—¡Es una maravilla, Stella! ¡La Capa de Niebla! ¡Gracias a ti y a Gargor, otro de mis fieles colaboradores!

Gargor. Había desaparecido.

—Forcis no consiguió traer a Pólux, pero ahora has venido tú —continuó sonriendo.

—Ya le he entregado la capa. Me gustaría que un médico viera a mi amiga Dana y después regresar a casa.

—Stella, tú no tienes casa... Este podría ser tu hogar, si quisieses.

—Le estoy muy agradecida, pero no me siento cómoda en los palacios.

—Te sentarías aquí conmigo. Te enseñaría cómo gobernar a sirenas y humanos. Te transmitiría mis conocimientos. Todo el poder de los mares estaría en tus manos.

—No necesito el poder, solo vivir en paz.

La sirena se levantó del trono y comenzó a nadar de un lado a otro del estrado.

—¡Paz! Tú nunca has sentido paz desde que te convertiste en una sirena...

—Usted no lo sabe —contesté.

Pero Mansur tenía razón.

—A las sirenas se las conoce por sus cicatrices, y yo conozco las tuyas, Stella.

—Las cicatrices simbolizan las batallas ganadas.

La reina soltó una carcajada falsa.

—¿Y tú qué has conquistado? ¿Has luchado ya en una guerra? —preguntó resoplando. Se detuvo y me señaló con la uña larga de su dedo.

—Aquí vivirías como tú quieres, sintiéndote una de nosotros, una sirena de verdad,

no un engendro mitad pez, mitad mujer. Tendrías el favor de cualquier tritón que desearas... Te amaríamos como eres.

—Ya tengo gente a mi alrededor que me quiere.

—¿En serio? —preguntó soltando otra sonora carcajada más falsa que la anterior—. ¿Qué te clavaron para hacerte esas heridas? ¿Una espada de traición? ¿Desamor?

Ni siquiera al reírse se arrugaba la piel de la cara de Mansur.

—Aquí conseguirías venganza. ¿De qué tritón querías hablarme antes?

—No importa. Me quiero marchar ya.

—No, no, no. Primero quiero pedirte otra cosa más.

No contesté. Sabía bien de qué se trataba.

—Quiero la llave. Veo que ya no la llevas al cuello.

—Me la quité.

Me sentía tan nerviosa que intentaba respirar agua lo más despacio posible para tranquilizarme.

—Los Tres Sabios te la otorgaron y ahora la necesitamos, ¿sabes?

—No habérmela entregado hace catorce años.

—Las olas cambian de dirección según el viento, Stella. Y los mares necesitan un nuevo gobernador.

—¿Leviatán?

—Exacto. Él restaurará nuestro poder sobre toda la tierra. Ya va siendo hora de que los seres marinos aplastemos a los humanos. Tú nos serías muy útil, los conoces mejor que nosotros, y trabajarías como intermediaria.

—¿Para esclavizarlos? Jamás os daré la llave.

Lala tardó en contestar.

—Has vivido demasiado entre ellos, pero pronto cambiarás de idea.

Hizo otro gesto con la mano y Forcis se acercó rápido a mí y me agarró los brazos por detrás con tal fuerza que sentí dolor.

—¡Llévatela!

—¡Espere! —dije, intentando zafarme de Forcis—. ¿Y los barcos y los submarinos fantasma? —pregunté—. He visto la plataforma del Limbo de los Desaparecidos.

Forcis se detuvo para que escuchara la contestación.

Mansur se tomó unos segundos para contestar.

—Allí trabajan los mejores científicos de los mares dispuestos a acabar con la raza humana. Y allí podría haber investigado tu amiga Dana con sus conocimientos. Pero no quiso... Prefirió regresar contigo y con su familia. No sabe que es por poco tiempo y que su vida se extingue...

Forcis me empujó a una habitación pequeña recubierta de una plancha de oro, en la que habían engarzado piedras preciosas, azules, rojas y verdes. Relucían con un rayo de luz que desprendía un cristal del techo. Dentro de la habitación nadaban diversos peces y crustáceos: gambones, pequeñas caballas y algún jurel.

Supuse que serían para comer. Pero no tenía hambre, solo una tensión interior terrible.

Me tumbé sobre una superficie lisa de oro que se encontraba en un extremo de la habitación. Supuse también que sería para dormir. Frente a mí en la pared veía unas luces titilar entre las piedras preciosas. Parpadeé varias veces y pensé que sería producto de mi imaginación. Toqué con los nudillos en la pared. Quizá como el palacio de Uharu, tenía las paredes dobles. Según Bad, el suyo había copiado al de Tula. Pero el tabique no sonaba a hueco.

Después me giré hacia la puerta. En cualquier momento entraría alguien a torturarme hasta que les entregara la llave.

Moriría antes de dársela, lo tenía claro.

Intenté dejar la mente en blanco. No quería asustarme pensando en lo que me esperaba. A veces el miedo al futuro es peor que el futuro mismo.

Unas semanas antes, Ceix me había preguntado, en la playa de la Isla, qué estaba haciendo con mi vida, hacia dónde corría, de qué huía. Y yo me había sentido una sirena varada.

Ahora sabía para qué serviría mi vida y aquel poder que me había sido otorgado en Bimini: para salvar el mundo submarino y evitar el terror de Leviatán. Quizá no ganaríamos la primera batalla, pero sí la guerra. Como aquellos griegos del paso de las Termópilas, mi sacrificio permitiría a los demás armarse para la batalla final.

Allí tumbada, mirando hacia lo desconocido y esperando un futuro incierto y oscuro como fondo abisal, comencé a notar cierta paz. Ni siquiera sentía odio hacia Ceix, me resultaban indiferentes él y su traición. Ya no me hacían daño.

Y tampoco necesitaba aprobación de nadie ni mendigar amor para sentirme bien, porque mi único objetivo no se centraba en mí, sino en salvar el mundo marino y, por

ende, la tierra.

Quizá algún día los nietos de Pau y aquella mema de Bibi me recordarían. Y, aunque mi nombre no se escribiera con letras doradas en los libros de historia, yo sabría que mi sacrificio no había sido en vano.

Me acordé de mis padres. Desconocía cómo habían muerto, quizá Leviatán los mató enseguida o los encerró y torturó también aquí en una habitación semejante a esta. ¡Los echaba tanto de menos!

Lo único que me perturbaba, como un aguijón, era la imagen de Dana, enferma, sin fuerzas ni voluntad, como si le hubieran suministrado una droga. ¿Qué había ocurrido en el Limbo de los Perdidos?

Enseguida me quedé dormida.

No sabía cuántas horas habían transcurrido en aquella jaula dorada, cuando me desperté asustada. Alguien me había llamado por mi nombre. Estaba segura. Solo había oído un susurro débil pero real.

De pronto se abrió la puerta. Yo me incorporé para marcharme tras mis torturadores, pero entró Gargor e hizo un gesto con la mano.

—Aún no es la hora —dijo con displicencia.

—¿La hora de...?

—El inicio del nuevo imperio —contestó sin atravesar la puerta. Gesto que agradecí.

Parecía más pálido si cabe que la última vez que nos encontramos. Blanco cadáver.

—Supongo que habrás alcanzado tu doble objetivo: conseguir la capa y que yo fuera capturada en este palacio —dije.

—Pues sí. Ahora comienza lo mejor. Me gustaría que meditases sobre lo que te puede ocurrir más adelante.

—Ya lo he hecho.

—Si aceptas nuestra oferta, ostentarías un gran poder... A pesar de tu inutilidad e incompetencia. La reina es generosa.

—No quiero poder ni utilidad ni competencia. Soy como soy. Pero vendrán a ayudarme.

Gargor soltó una carcajada falsa, como una mosca de pescar.

—¿Quién? ¿Gerión, ese viejo loco? ¿Ainé, la frívola del mundo de la moda? ¿Dana? Está acabada...

—¿Qué le hiciste a Dana en el mar de los Sargazos?! —pregunté.

—¿Qué le hiciste tú? La abandonaste... Le hicimos una oferta interesante que rechazó. Como tú ahora. Y pagará por ello.

Se pasó la mano por su pelo amarillento y continuó:

—Tus amigos jamás conseguirán entrar en este palacio.

Me acordé de Fenya y Menya que trabajaban allí. Pero, como si me hubiera leído el

pensamiento, añadió:

—A las del pelo de colores las hemos eliminado.

—¿Y me vas a torturar tú o será otro? —pregunté, intentando parecer indiferente.

—No, no tengo ese placer. Ya intenté envenenarte durante el viaje. Con la comida de la fumarola no me dio tiempo a rematarte —explicó con una sonrisa—. Pero a ti no te vamos a torturar... —concluyó cerrando la puerta.

Aquella última frase se me clavó en el corazón como un pez vela.

Tenían a Dana. Acabarían con ella.

Salí de mi cárcel en tensión física y mental, pero dentro de mí sentía cierta serenidad. Dos tritones encapuchados me acompañaban.

Los tronos de la gran sala abovedada se encontraban ocupados por los nuevos sabios. En el centro, la reina Lala Mansur acompañada de Forcis. Esta vez, la serpiente negra sí estaba enroscada en el cuello del tritón.

A su derecha, Bad con la Capa de Niebla anaranjada sobre los hombros.

Y a su izquierda, Belgemir, el regente de la ciudad, con el tridente de Océano, en forma de rayo.

Por toda la habitación nadaban los calamares vampiros.

La peluca rubia de Lala Mansur había sido sustituida por una de plástico color negro. Mantenía la cinta regia de piel de carnero y el velo que le cubría parte del rostro y el torso. En la mano sujetaba el arco.

Uno de los tritones de la capucha me empujó hasta ellos.

—Saluda, por favor, a los nuevos sabios —instó Forcis.

—Creo que su codicia supera a su sabiduría —contesté.

Bad, que sonreía enseñando sus dientes verdes, levantó una de sus cejas en señal de desaprobación. Aquel tritón no concebía que una sirena contestase sin que un tritón le diera permiso.

A un lado de la estancia habían colocado una pecera de cristal tan grande como una habitación. Dentro, tras una doble puerta nadaban unas medusas blanquecinas. Si hubiera leído alguno de los libros de Lorelei, habría sabido que se trataba de avispa de mar, *chironex fleckeri*, y que el veneno de una de ellas podía matar a sesenta personas.

Bad tomó la palabra y descendió del estrado en el que se encontraban los tronos hasta situarse a un metro sobre mí. Me sonrió con sus dientes picudos. De nuevo llevaba la cabeza adornada con las patas de cangrejo.

—Aún no sabrás que esta mañana el torneo de las manzanas del Jardín de las Hespérides lo ha ganado una joven sirena del Pacífico. Belgemir y yo hemos «invitado» a todos los participantes a celebrar la fiesta con nosotros. A la que también se han unido los representantes del Gobierno de los Mares. La fiesta ha terminado y todos están

esperando...

Me mantuve en silencio.

—Y ya nos ha informado su majestad Lala Mansur de tu poco espíritu de colaboración... Stella.

—Jamás os daré la llave.

Bad volvió a esbozar una sonrisa condescendiente. De imbécil. La capa anaranjada caía sobre sus hombros, liviana, como si fuera de papel.

—Yo creo que sí que nos la darás. ¿Sabes que tu amiga Dana morirá en una semana? Gargor le implantó un tatuaje con veneno que le hará perder la cabeza y la conducirá a la locura lentamente hasta morir. Vio demasiado en el Limbo de los Desaparecidos. Pero eso no es todo...

Hizo un gesto con la mano y entró Ceix rodeado de cinco tritones armados.

De nuevo Ceix.

—¡Qué sorpresa volver a verte, Stella! —exclamó—. ¿Sabéis que me salvó la vida? Allí, rodeados de cocodrilos. Quizá aún tiene la esperanza de que me enamore de ella. ¿No es así, Stella? ¿O será esa incomprensible misericordia?

No contesté.

Ceix se aproximó dejando a los tritones de su escuadrón en medio de la sala.

Y acercó su cara a la mía.

—Jamás tocaría a una sirena que ha besado a un humano.

—Das pena, Ceix —contesté sin perder la serenidad.

Me agarró de la nuca y echó mi cara hacia atrás.

—Ahora vamos a jugar, Stella —dijo, acercándose hasta casi rozarme.

Me soltó con un movimiento brusco y después chasqueó los dedos.

Se abrió de nuevo la puerta y yo esperaba ver entrar a Dana con la mirada perdida, pero apareció una sirena rubia con una trenza.

La sirena rubia tiraba de una cuerda.

Tuve que observarla unos segundos para reconocerla.

Era Bibi.

La chica nueva de la clase de Pau, la que acababa de llegar a vivir al pueblo. Tocaba el piano y era una mema... Y una sirena.

Sabía en quién acababa la cuerda.

Tiró de ella y Pau cayó al suelo golpeándose con él.

—Hola, Stella, nos volvemos a ver. Creo que esto no te lo esperabas —dijo Bibi.

Después lo levantó del suelo. Como una marioneta.

Mi mirada se cruzó con la de Pau. No parecía asustado.

—Intuyo que ahora sí que nos vas a dar la llave —dijo Ceix.

Negué con la cabeza.

—Genial —contestó Ceix y tiró de él arrastrándolo hasta la pecera con las avispas de mar—. Nos divertiremos. Este humano con nombre de foca va a saber lo que le ocurre a los que se acercan a sirenas... Y las besan.

—Bibi, fue fácil traerlo, ¿no? —preguntó Bad.

—Débil, como todos los humanos... —contestó Bibi.

Ceix levantó la mano y la señaló con un dedo.

—Esta sirena ha soportado vivir durante nueve meses en la tierra seca para conseguir a este humano. Será debidamente recompensada.

Bibi agradeció con un gesto de cabeza.

—¿Quieres despedirte del humano antes de que entre con las avispas? —preguntó Mansur desde su trono.

—Lo siento, Pau —balbucí.

Me temblaba todo el cuerpo.

Ceix resopló con asco.

Me di cuenta de que Pau, que llevaba un traje de neopreno, tenía un ojo morado.

—¿Qué te han hecho? —pregunté.

—Stella, no les entregues la llave —contestó.

—Te van a matar si no se la doy.

—Lo sé. Pero tu mundo marino es más importante que yo.

Me mordí el labio para no llorar. Sentía un dolor tan fuerte que pensé que se me pararía el corazón.

Aquello no era un sacrificio, sino un holocausto.

Oí la voz de Lala Mansur:

—Podrías salvarlo. Está en tu mano. Nos entregas la llave y lo dejamos en la superficie.

—Jamás os daré la llave —contesté.

Ceix comenzó a reírse a carcajadas.

Tiró de los brazos de Pau, atados a la espalda, y golpeó su cabeza contra el cristal de la pecera.

—¿Te parecía guapo? —preguntó—. Ahora va a perder su belleza.

Lala Mansur levantó la mano, antes de que Ceix golpeara de nuevo a Pau.

—¿La llave o el humano? —preguntó la reina.

Me sentí yo también golpeada por la muerte oscura.

—¡Nooooo! —grité.

Lala miró a Belgemir, que portaba el tridente de Océano. Este brillaba con una luz azulada. Belgemir lo inclinó levemente hacia mí y sentí un poder que me arrebatava toda la fuerza para resistir.

—Os daré la llave —balbucí sin respiración.

El tiempo se detuvo en aquella sala durante unos segundos.

Mansur sonrió y se acarició el pelo de plástico.

Pensé que en ese momento soltarían a Pau y nos marcharíamos y todo volvería a ser como antes, pero la reina continuó hablando:

—De todos modos, debe morir. El amor de un hombre por una sirena se castigará con la muerte. Su sangre derramada cae sobre un nuevo imperio. Un imperio que aplastará a los humanos para elevar a los seres marinos.

Me doblé sobre mí misma.

—¡Traidores! —chillé—. ¡Acabad con los dos!

Mansur se levantó y se acercó a mí.

—¿Traidores nosotros? Tú sí eres una renegada. Has permitido que el amor de tu vida muera. Te dejaremos con vida para que te retuerzas de asco y vergüenza en las profundidades, recordando este día.

—No sabéis dónde está la llave.

—Claro que sí, Stella. Lo sabemos todo. Ceix, por favor.

Dos tritones me agarraron por detrás los brazos, Ceix se acercó a mí, y, despacio, metió su mano en mi pelo hasta tocarla.

Noté que los dedos de Ceix temblaban.

—Ni siquiera tienes imaginación —murmuró en mi oído.

No contesté.

—¿Por qué me soltaste? —preguntó en un susurro, mientras con un cuchillo cortaba mi pelo tirando con fuerza de los mechones.

Parecía preso de un gran nerviosismo.

—¿Por qué me salvaste la vida? —insistió, zarandeándome—. ¡Contéstame!

—Por tu hermana.

No se limitó a cortar el pelo donde se encontraba sujeta la llave, sino el de toda la cabeza. Mechón a mechón, mordiéndolo con el cuchillo. Sin compasión. Dejando que cayera al suelo, con gestos de repugnancia.

Después sacó la llave con su cadena. Tembloroso me empujó ligeramente con desprecio.

Se acercó a la reina y con una reverencia se la ofreció.

La sirena sujetó la cadena y la elevó sobre su cabeza enseñándosela a todos.

Se hizo un silencio expectante que se rompió por un grito de Lala Mansur:

—¡Nuestra liberación!

Todos contestaron con un gran clamor de victoria.

Me situaron frente a la pecera para que viera cómo moría Pau.

Ceix se había alejado y ahora era Bibi la que le sujetaba aplastándole contra el cristal. La pecera tenía dos puertas de seguridad separadas por una cabina de unos centímetros que impedía que alguna medusa pudiera salir. Bibi rajó en la espalda el traje de buceador de Pau, abrió la primera puerta y lo empujó a la cabina de aislamiento.

Pensé que no iba a poder soportar ver cómo moría. Acababa de perder la llave y al amor de mi vida. Dana también moriría, y el Consejo de Ancianos...

¿Para qué había servido tanto esfuerzo? ¿Y el poder que había recibido en Bimini?

Oí un ligero silbido detrás de mí, al que siguieron varios más. Me giré y vi que los tritones del escuadrón de la muerte, incluido Ceix, se tocaban el cuello. Volví mis ojos a Pau y a Bibi. La sirena llevó su mano a la frente de la que sobresalía un dardo. Un segundo después se desplomaba sin conocimiento.

—¡Stella, agáchate! —gritó una voz a mi espalda.

Me tiré sobre el pavimento rojo de oricalco, mientras los sabios se refugiaban detrás de los sillones de oro, menos Lala, que se había apoyado el arco en el hombro y disparaba sin saber dónde se encontraba el enemigo.

Llovían flechas detrás de mí, contra los Tres Sabios, pero era incapaz de descubrir de dónde provenían.

La puerta, hasta ese momento cerrada, se abrió de golpe.

Entró un escuadrón encapuchado y armado. Y comenzaron a disparar contra los tronos.

El que encabezaba el grupo se quitó la capucha. Era Gerión. Le acompañaban Cástor, Ainé, Dana y varias docenas de sirenas y tritones que no conocía.

Belgemir se adelantó con el tridente de Océano en la mano dispuesto a usarlo contra nosotros. Pero un dardo se le clavó en la muñeca, atravesándola, lo que le obligó a soltarlo. Enseguida se agachó a recogerlo y, arrastrándose, consiguió llegar a una salida situada detrás de los tronos.

Mis amigos se parapetaron entre las estatuas. Yo también me acerqué a la escultura

de una sirena y me pegué al metal frío. Cerca de mí podía ver a Ainé disparando arpones con gran puntería. Enseguida atravesó a Gargor, que cayó herido. Después dirigió sus arpones hacia Bad, el que un día pudo ser su marido, al que habría compartido con diez sirenas más.

Me di cuenta de que los dardos salían de pequeños agujeros de las paredes.

Los sabios, bajo una lluvia de arpones, se dirigieron a la portezuela situada detrás de los tronos.

Ceix, que yacía hasta ese momento en el suelo, se arrancó el dardo, se incorporó y dirigió a la pecera. Pau se había agachado contra el pavimento de la cámara de seguridad.

Ceix estiró el brazo hacia la palanca que subía la segunda puerta.

Y la abrió.

Mi corazón se estremeció ante la maldad y el odio del tritón.

Pero las medusas no se movieron.

Ningún arpón ni dardo lograba alcanzar a Ceix. Solo uno le pasó rozando la cara, que comenzó a sangrar.

Empezó a sacudir hacia arriba y abajo la puerta para provocar un movimiento en las medusas.

En ese momento, Bad agarró el cuerpo herido de Gargor por los hombros y, situándolo delante de él, como un escudo, se dirigió también hacia la pecera. Un arpón atravesó a Gargor, pero Bad consiguió llegar, indemne, a la pecera de las medusas.

Llevaba algo en la mano, que parecía un martillo.

Los dardos y arpones agujereaban el cuerpo muerto de Gargor. Bad se situó detrás de la pecera y soltó al tritón con indiferencia para golpear el cristal con las dos manos. Al tercer golpe la pecera estalló.

—¡Noooooo! —grité.

Los cristales salieron despedidos por toda la sala, y con ellos las medusas, que comenzaron a diseminarse.

Quise salir para proteger a Pau que yacía en el suelo, pero por la portezuela había entrado otro escuadrón de tritones del palacio que disparaban también contra nosotros. Y Pau se encontraba en un fuego cruzado.

Arrastrándome alcancé la pistola de uno de los tritones del suelo.

Bad agarró a Ceix y tiró de él hacia la puerta.

Una medusa se dirigió a Pau. Sus tentáculos lo rozarían en unos segundos.

Disparé y la atravesé con un arpón, la alejé unos metros pero sus brazos venenosos colgaban rozando el pavimento de oricalco.

Ceix salía ya por la portezuela, arrastrado por Bad. Pero de pronto se giró y me miró.

No había odio en sus ojos, sino una expresión extraña, enajenada.

Bad tiró de él.

Pero, antes de desaparecer de nuestra vista, Ceix se soltó y nadó entre el fuego cruzado hacia Pau.

Apreté el gatillo.

Fallé y el arpón le atravesó un brazo.

Preparé un nuevo disparo.

Pensé que había regresado para llevárselo, para ensañarse de nuevo con él.

Miré por el visor para disparar.

Ceix golpeó con el brazo los tentáculos de la medusa que se aproximaba a Pau. No entendía qué hacía con él.

Cuando se disponía a tumbarse encima de Pau tapando los agujeros de su traje con su propio cuerpo y salvarle la vida, disparé aturdida.

El arpón le atravesó el pecho. Y cayó muerto sobre Pau.

Los tentáculos de las medusas se extendían por toda la sala abovedada, lo que provocó la huida de los tritones que nos disparaban.

Yo no podía moverme, con la mirada fija en el cuerpo de Ceix que yacía inmóvil protegiendo a Pau.

Gerión y los suyos también se dirigieron a la puerta por la que habían entrado.

Pensé que me había quedado sola, pero alguien me sacudió un brazo.

Era Dana, despierta y en su sano juicio con el pelo rojo alborotado.

Me di cuenta de que llevaba la muñeca vendada con padinas, unas algas.

—Dana, ¿estás bien?

—No tenemos tiempo para explicaciones. ¡Debemos ir a buscarlos! —dijo, señalando a su hermano.

Llevaba un plástico en la mano.

Ante nosotros se nos presentaba una cortina de medusas.

—¡Estamos vacunadas! —explicó—. ¿Recuerdas?

No dudé y, como en un sueño, aparté los tentáculos y me dirigí hacia ellos. Agarré a Ceix de los brazos y tiré de él. De su pecho sobresalía mi arpón. Parecía muerto y pesaba mucho.

Enseguida Dana tapó a Pau con el plástico. No mostraba heridas abiertas y la siguió andando hacia la salida, donde les esperaba Ainé.

Después Dana regresó y me ayudó a arrastrar a Ceix, hasta que lo sacamos de la sala.

Junto a la puerta me detuve para tirar la pistola. Pero Dana me sujetó el brazo.

—La vas a necesitar —dijo.

Enseguida Cástor nos ayudó a cargar el cuerpo de Ceix apoyándolo en su espalda.

Poco después salíamos del palacio por una puerta secundaria.

—¡Abandonad la ciudad cuanto antes! —dijo Gerión—. Nosotros intentaremos liberar a los jóvenes del Jardín de las Hespérides y a los miembros del Gobierno de los Mares.

—¡No! ¡Os ayudaremos! —balbuceé sin fuerzas.

Gerión se acercó a mí y me sujetó por los hombros.

—Stella, debes sobrevivir —aseguró clavando sus ojos en los míos.

Y desapareció seguido de las gemelas y Ainé.

Ainé ya no parecía una mema dedicada solo al mundo de la moda, sino una guerrera, preparada para la lucha.

Había caído la noche cuando dejamos la ciudad en la que reinaba un oscuro y extraño silencio, y sobre la que nadaban cientos de miles de medusas negras, como una nube que presagiaba tormenta.

En las afueras nos esperaba Melusina con Crin Magnífica y varios delfines más.

La abracé con todas mis fuerzas.

—¡Tranquila! —exclamó, acariciándome el pelo.

Cástor acomodó a Ceix sobre una red y nos pusimos en marcha hacia un futuro incierto.

Existían unas islas medio olvidadas en el Atlántico donde podríamos refugiarnos durante un tiempo, mientras nos preparábamos para luchar contra la tiranía de Leviatán.

Y así nos encaminamos a las islas Cíes.

Me encontraba tan cansada que solo tuve tiempo de preguntar a Melusina:

—¿Se morirá?

Sabía que estaba muerto, pero sin esperar respuesta me acurruqué en otra red y caí en un sopor.

Un roce suave me despertó. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo.

Nos habíamos detenido en un pequeño valle entre montañas submarinas. Busqué con la mirada a Pau, sentado en un rincón.

Enseguida me di cuenta de que ocurría algo.

Todos parecían serios.

Melusina se acercó a mí.

—Debemos despedirnos de él —dijo. Y señaló con la cabeza el cuerpo muerto de Ceix.

Me acerqué.

Dana se encontraba a su lado y le sujetaba una mano. Aún llevaba las padinas en la muñeca tapando su cicatriz. De aquellos días en el Mar de los Sargazos, Dana no recordaba nada.

A Ceix le habían quitado los arpones, y vendado las heridas, pero su aspecto era terrible. Todo su cuerpo estaba cubierto por manchas rojas, como marcas de hierro candente.

Y su cara, con los ojos cerrados, mostraba un color blanco amarillento.

Agarré su otra mano. Fría.

—Ceix, ¿me oyes?

Sabía que no.

Aparté el pelo rubio de su frente.

—Ceix, perdóname. Yo también te perdono —susurré a su oído—. Nuestro padre Poseidón y el buen Dios de la misericordia te esperan.

Saqué de su cuello mi collar de cristales y me lo colgué.

Besé su frente.

Enfajaron el cadáver de Ceix con algas y lo atamos a unos delfines. Nadamos detrás de él hasta la llanura de Iberia.

Su espíritu vagaría por aquellas aguas turquesas que tanto le gustaban.

Pau me seguía sin hablar.

En mi interior se mezclaban a partes iguales el dolor y la tristeza, pero había desaparecido la angustia, dejando que aflorara cierto sosiego.

Aquel tritón me había quitado la vida y me la había dado. Y ahora nos disponíamos a llevar su cuerpo a las llanuras abisales, donde reposaría por toda la eternidad.

—Debemos buscarle un nombre —anunció Dana.

Se hizo un silencio entre la comitiva.

—Tormenta del Océano —dije.

Todos estuvieron de acuerdo.

Se alejaron los delfines que lo llevarían hasta las profundidades. Dana incoó una oración y esperamos hasta que los perdimos de vista. Pau observaba la escena alejado unos metros de nosotros.

Melusina pasó su brazo por mi hombro.

—No te preocupes, Stella —musitó.

—Leviatán escapará... —contesté apoyando mi cabeza en su hombro.

—Hemos perdido una batalla, no la guerra.

Nadé junto con Melusina en silencio hasta el anochecer, cuando sacó una red repleta de redes y me la ofreció.

La rechacé con un gesto de la mano.

—Come, Stella, lo vas a necesitar.

Cogí un pequeño lenguado y lo mordisqueé.

—Quiero que sepas que Ainé trabajaba para mí desde el principio. Yo la envié al palacio de Bad, y yo le pedí que se infiltrase en el entorno de Manda, la mujer de Belgemir. Ella fue la que consiguió que entraran en el palacio para ayudarte.

—Disimuló muy bien, es una buena actriz. ¿Qué ha ocurrido con el Consejo de Ancianos? Pensé que os habían matado.

—¿A nosotros? ¿A Gerión y a mí? ¡No conoces a tu abuelo! Nos estamos preparando para capturar de nuevo a Leviatán.

—¿Cómo?! —pregunté.

—Capturar a Leviatán.

—No, me refiero a lo de mi abuelo... —pregunté levantando la cabeza.

Melusina se mordió el labio.

—Creo que alguien me está llamando —contestó. Y se marchó hacia el final del grupo.

Entre ellos busqué con la mirada a Gerión pero no lo encontré.

No recordaba que, cuando partimos, Gerión se quedó en la ciudad para liberar a los prisioneros.

Mi abuelo.

Habíamos dejado atrás la llanura de Iberia, y amanecía en un cielo lluvioso cuando Gerión, las gemelas y Ainé nos alcanzaron.

Cástor me había contado que Fenya y Menya se habían escondido durante semanas en las paredes dobles del palacio de gobernación, donde trabajaban, para preparar el ataque. Desde allí habían lanzado los dardos envenenados.

Traían dos noticias importantes.

Leviatán había sido liberado y se disponía a convertirse en el Gobernador de los Mares.

Y la segunda tenía que ver con los Centinelas de los Hielos. Era público que Belgemir había sido enviado de niño a Tula para infiltrarse en la ciudad y conseguir un cargo de poder importante. Su padre verdadero había resultado ser Njörd, rey de los centinelas. Belgemir había pactado con los Tres Sabios que, a cambio de su apoyo, él y su pueblo recibirían el poder y el control en la capital del mundo marino, a la que en el fondo odiaban, y ayudarían a Leviatán a instaurar un nuevo imperio.

Gerión había conseguido burlar a los Centinelas de los Hielos y liberar a algunas delegaciones del Gobierno de los Mares, pero no a todos los jóvenes encerrados en el Jardín de las Hespérides, donde las fuerzas gubernamentales habían asesinado a las Hespérides, las sirenas que custodiaban las manzanas. El dragón Ladón se había unido a los seguidores de Leviatán.

Muchos habitantes de la ciudad habían conseguido también huir de la ciudad y buscaban refugio en mares alejados de la Atlántida, cuyas aguas no solo se habían cubierto de medusas negras y venenosas, sino también de serpientes gigantes, megalodontes y monstruosas arañas.

Con la luz del amanecer, emprendimos de nuevo el camino hacia la libertad.

Me invadía el temor a lo desconocido, pero en mi interior se acababa de encender una pequeña luz de esperanza.

Me puse a la altura de Gerión, que me saludó con una sonrisa.

—¡Cuánto me alegra saber que estás bien! —dijo.

—Gracias por vuestra ayuda. Gargor me engañó.

—Sospechábamos de Gargor desde el principio. Odiaba demasiado a los humanos. Pero confiábamos en que os podríais defender bien. He investigado en Tir de Thoinn durante vuestra ausencia, y ahora sabemos que Gargor, cuando era un niño, asesinó a su propio padre, un hombre, para ayudar a escapar a su madre, una *merrow* prisionera en tierra.

—¿Lo asesinó? —pregunté, recordando la historia que nos había contado durante nuestro viaje.

—No sospechaba que después en Tula fuera a ocurrir esto... Discúlpame, tenía que haber sido más precavido.

—Tengo una duda.

—¿Sí?

—¿Me parezco más a mi padre o a mi madre?

—Tienes la valentía de tu padre y la elegancia de tu madre —contestó conteniendo una sonrisa.

—Me gustaría tener también la sabiduría de mi abuelo... ¿Cuándo se dio cuenta?

—Lo intuí cuando te vi por primera vez.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Quizá hubiéramos puesto en peligro la misión... Pero ahora...

—Ahora he perdido la llave.

—Pero has recuperado a tu abuelo.

Le sonreí.

—Todos juntos venceremos a Leviatán —añadió Gerión—. Te dejaste esto en casa —dijo, poniendo en mi mano el bastón de mando de Bimini—. Es tuyo. Úsalo bien.

Pocas jornadas después llegamos a las islas Cíes. Un lugar muy hermoso, pero insignificante para Leviatán, en el que podríamos prepararnos durante meses hasta que nos encontraran o decidiéramos atacar.

En la costa oeste de la isla de Monteagudo, además de las mariñas originarias de las islas, encontramos a las primeras sirenas, nereidas, náyades, nixes y tritones de la resistencia, entre ellos, Zohra, la esposa de Bad, y su padre, que habían cruzado la Península Ibérica a pie.

También habían alcanzado la isla Artagatis de Heraclión la madre de Oannes, el amigo de Dana, con dos de sus hijos. Oannes había desaparecido junto con su padre y otros seres marinos al intentar cruzar Europa por tierra. Por el color de su piel, los habían confundido con inmigrantes ilegales y se sospechaba que se encontraban en un centro de refugiados en algún lugar del continente.

Y también nos esperaban Lorelei y Alfeo con sus dos hijos pequeños. Dana y Ainé se abrazaron a ellos y les contaron lo ocurrido con Ceix.

—¿Y Electra? —pregunté aún con angustia.

—Salió a tierra para proteger a tu madre.

—¿Buscaban a mi madre? —pregunté asustada.

Lorelei apartó la vista.

—Sí. Pero Electra la ha llevado a un lugar seguro.

En otras circunstancias me habría sentido sola al ver a aquella familia abrazándose. Pero ahora no, tenía un abuelo al que ayudar y con el que me enfrentaría a los peligros.

Ya no vivía en la calle Soledad.

Enseguida se corrió la voz de que yo me había enfrentado a los Tres Sabios, y comencé a notar cómo los demás me trataban con cierta deferencia y un respeto del que no me creía merecedora.

Lo importante ahora era proteger y formar a aquellas personas en el arte de la guerra, y en el de la paz. Todos debíamos utilizar nuestra vida en las islas, antes de que se extendiera el terror de Leviatán, para prepararnos.

Gerión y Melusina serían nuestros mejores maestros.

Al mismo tiempo yo huía de Pau. No quería enfrentarme a la realidad de lo ocurrido, y la vergüenza me atenazaba las entrañas.

Intentaba tapar la herida con la indiferencia, pero notaba que cada día esta crecía y dolía más.

Él esperaba en el exterior de las islas, y, sin que se diera cuenta, le observaba subir por los riscos y adentrarse en los bosques o bañarse en las playas. Su piel, antes blanca por su estancia en las profundidades marinas, se había bronceado, dándole, con una barba corta, un aspecto de náufrago.

Durante varios días descansamos en aquellas aguas fértiles y tranquilas. Lorelei y Ainé nos proporcionaron decenas de libros de la cercana biblioteca de Vicus. En la gruta donde yo dormía apareció una mañana un libro muy grueso: «Historia de los naufragios de la Armada española. Dónde están hundidos. Qué llevaban».

Quizá ya había llegado el momento de comenzar a leer los libros de Lorelei.

Gerión también organizó nuestro entrenamiento. El día antes de empezar, vino a hablar conmigo.

—Stella, creo que tendrías que despedirte de Pau.

—¿Por qué? ¿Se marcha? —pregunté asustada.

—Mañana lo acompañaré a Vicus. Vivirá con un tritón que trabaja en el zoo de la capital.

Sabía que aquel momento llegaría e interiormente me había preparado para ello. Durante el viaje, su sola presencia, el saber que se encontraba a mi lado, me había consolado. Notaba su fuerza junto a mí, esperando con paciencia que yo reaccionara.

Quizá unos meses antes le hubiera suplicado que se quedara, habría pensado en mí y en mis sentimientos, pero ahora debía dar un paso más y velar por él y su vida amenazada.

Busqué a Pau, en vano, cerca de la playa de Rodas, donde solía pasear. Aquella playa de arena blanca y aguas turquesas era bellísima.

Mientras observaba la playa, me di cuenta de que podía haberle acompañado en esos paseos, y que había perdido el tiempo mientras intentaba encontrar un sentido a todo lo que me había ocurrido.

Encontré a Pau al oeste del lago Dos Nenos. Sentado en una roca contra la que rompía el mar en cortinas de espuma, miraba la puesta de sol. A su lado había algunos hilos de pesca y anzuelos, que seguramente había encontrado en algún lugar de las islas.

Ya no llevaba el traje de bucear roto; Gerión le había conseguido uno nuevo.

Me toqué el pelo. A pesar de que Ainé me lo había arreglado y trenzado con algas, después de que Ceix me lo cortara, me sentía extraña.

Era la hora del crepúsculo y el sol se escondía más allá del *finis terrae*.

Me senté a unos metros de él, pero no apartó la vista del horizonte.

—Antes de que te marches, quiero pedirte perdón —dije.

Pau giró la cabeza y me miró. Disimulaba una sonrisa.

Tenía muchas cosas que decirle, y desconocía si aquella barrera invisible entre los dos se había roto.

—Puse tu vida en peligro. Te traicioné —continué—. Me sentía un ser de dos mundos...

Pau había apoyado la cabeza sobre sus rodillas y me miraba de lado. Se apartó el flequillo de la cara.

—Dile a mi madre que me encuentro bien. Que regresaré... Y espero que a ti todo te vaya bien por la capital... Quizá algún día volvamos a encontrarnos, no sé, en alguna playa, o a lo mejor necesitas ayuda en una competición de piraguas...

Pau no contestaba y comencé a sentirme como una imbécil.

Le miré buscando una respuesta, y me disponía a marcharme, cuando Pau se levantó y se acercó. Se sentó a mi lado. Su traje de buzo estaba cubierto de pequeñas partículas de sal, que brillaban con los últimos rayos de sol.

Pasó su brazo por mis hombros y me abrazó. Como una caracola abraza al cangrejo

que se esconde en ella.

Si nuestro mundo se hundía, si perecíamos todos bajo el yugo de Leviatán, siempre me quedaría Pau y aquel abrazo.

Aquella noche salí a la superficie y me senté en la playa. Sobre el mar, la luz de la luna rielaba formando un camino plateado.

Ya no se presentaba ante mí la dulce tentación, sino una oscura amenaza llena de peligros.

Pero ya no estaba sola.

Ahora era fuerte y me rodeaban los seres a los que amaba, y, aunque se mostraran débiles y en algún momento me traicionasen, mi fortaleza no se quebraría.

Ellos me sostendrían y yo sería el baluarte sobre el que se apoyarían en los momentos de dolor.

Ellos serían mi esperanza.

GUÍA DE PERSONAJES

STELLA

Al cumplir los dieciséis años descubre que, cuando sus pies tocan agua salada, se convierte en una sirena. Hecho que le complica la vida y le obliga a dejar la natación. Huérfana desde los dos años. Sus padres fueron asesinados por Leviatán. Vive en un pueblo del Mediterráneo.

PAU

Piragüista y dibujante de comics. Tiene una relación especial con Stella. Sabe que ella es una sirena.

JULIA

La mejor amiga de Stella en la tierra.

MÉNDEZ

El hermano de Julia. Gran aficionado a la repostería, está especializado en recetas de flanes.

CONCHA

Madre adoptiva de Stella. Es ama de casa y pintora.

DANA

La mejor amiga de Stella en el mar. Su pelo rojo y su carácter colérico son famosos en todo el Mediterráneo. Le gustan los experimentos científicos y también un tritón llamado Oannes.

CEIX

Hermano de Dana. Es uno de esos guaperas insoportables. Durante unos meses, y tras un ataque de una serpiente asesina, le encargan velar por la seguridad de Stella.

AINÉ

Hermana de Dana y Ceix. Se dedica al mundo de la moda diseñando ropa para sirenas. Busca marido con desesperación.

LORELEI Y ALFEO

Son los padres de los anteriores. Lorelei, medio ondina y medio sirena, es originaria de Baltrum, una isla del mar del Norte. Trabaja como arqueóloga submarina y profesora de las sirenas y tritones de su región.

Alfeo procede de Alejandría y tiene un laboratorio en la isla de Cueva de Lobos, donde investiga en medicinas y otros inventos.

Tienen otros dos hijos pequeños, Glauca y Ponto.

MELUSINA

Ondina del Rin. Abuela de la familia. Pertenece al Consejo de Ancianos y se encarga de la seguridad de todos los seres marinos de la región.

ELECTRA-CORNELIA

Durante una temporada dejó el mar por un tritón llamado Pólux. Pólux la abandonó y ella perdió la cabeza. Se paseaba por el pueblo con un carro lleno de bolsas y un gato. Ha regresado al mar y predice el tiempo atmosférico y los lugares en los que se encuentran

los mejores cardúmenes de peces.

CALIPSO

La sirena encargada de vigilar y proteger a Stella desde su llegada al pueblo. Durante un viaje a Tula es atacada por los seguidores de Leviatán y muere.

CÁSTOR

Tritón de la ciudad de Uharu. Periodista algo conspiranoico. Tenía puestas sus esperanzas en Calipso, antes de que falleciera.

MELKARTH

Miembro del Consejo de Ancianos. Ha pasado de ser director de la biblioteca de Orán-Uharu a Delegado de Gobernación para el Mediterráneo. Oculta algo...

BAD

Antiguo secretario de Melkarth, ahora se ha convertido en regidor de la ciudad de Uharu. Le pierde el afán de poder, como a casi todos los políticos.

LEVIATÁN

Ser maligno encerrado en los abismos marinos. Busca seguidores para escapar de nuevo y apoderarse del mar y de la tierra.

BELGEMIR

Regidor de la ciudad de Tula. Mantiene una política racista contra los humanos. Cercano a los Centinelas de los Hielos.

GERIÓN

Antiguo empleado del palacio de gobernación de Tula. Encabeza la resistencia contra Leviatán en esa ciudad.

GARGOR

Ayuda a Gerión en su lucha contra Leviatán y sus secuaces.

MENYA Y FENYA

Empleadas del palacio de gobernación de Tula. Ayudan a Gerión.

PÓLUX

Tritón arquitecto que proyectó y construyó la jaula en la que está encerrado Leviatán. Murió en la cárcel de Gormax. Engañó a Electra de muy mala manera.

PROTEO

Durante el viaje de Stella y sus amigos a Alejandría les ayudó, pagándolo con su vida.

OANNES

De origen etíope. Vive en Heraclión y mantiene cierta relación a distancia con Dana. Su madre Artagatis de Heraclión es una de las científicas más importantes del Mediterráneo.

Índice

Primera Parte	8
1	9
2	13
3	16
4	24
5	26
6	30
7	32
8	36
9	37
10	40
11	42
12	47
13	50
14	54
15	59
16	63
17	66
18	68
19	72
20	75
21	78
22	80
23	84
24	86
25	88
Segunda Parte	90
1	91
2	96
3	98
4	100
5	102
6	106

7	108
8	110
9	114
10	117
11	119
12	122
13	124
14	126
15	128
16	130
17	133
18	136
19	139
20	143
21	146
22	152
23	158
24	161
25	164
26	167
27	169
28	172
29	177
30	180
31	183
32	188
33	192
34	194
35	196
Tercera Parte	199
1	200
2	202
3	204
4	208
5	212

6	214
7	216
8	220
9	223
10	225
11	227
12	231
13	234
14	238
15	241
16	242
17	244
18	245
19	247
20	249
21	251
Guía de personajes	252